

# Julie Klassen

La hija  
del tutor

novel  
PALABRA

Julie Klassen

# **La hija del tutor**

novel

Título original: *The Tutor's Daughter*

Copyright © 2013 by Julie Klassen

© Ediciones Palabra, S.A. 2017

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

[www.palabra.es](http://www.palabra.es)

[palabra@palabra.es](mailto:palabra@palabra.es)

© Traducción: Almudena Ligeró

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-580-5

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

# Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Nota de la autora

Con cariño para mis tíos  
Al, Ed, Hank y John.

Y en recuerdo  
de mi tío Bill.

*Se aloja a JÓVENES CABALLEROS  
en régimen de pensionado  
por dieciocho guineas al año.  
Los jóvenes serán instruidos  
en inglés, redacción, aritmética, LENGUAS CLÁSICAS,  
dibujo, geografía y conocimiento de las esferas,  
materias que se enseñarán por separado  
desde una perspectiva moderada.*

*Anuncio publicado en el  
Hampshire chronicle en 1797*

*E. England hace saber a sus conocidos y al resto del público  
que está dispuesto a alojar en su casa  
a un número limitado de alumnos por catorce guineas al año.*

*Los alumnos serán instruidos  
en gramática inglesa, caligrafía y matemáticas,  
así como historia, geografía, conocimiento de las esferas  
y dibujo, según el método de la perspectiva.*

*Anuncio publicado en el  
Stamford mercury en 1808*

# Prólogo

LONGSTAPLE, DEVONSHIRE  
1812

**A** QUÍ *hay algo raro* –pensó Emma, nada más entrar en su habitación–.  
*¿Qué es...?*

La joven recorrió con los ojos su cama perfectamente estirada, su ordenado escritorio y su cómoda... *Ahí está*, pensó, dando un paso atrás.

En la taza de té que decoraba su cómoda vio un ramo de rosas diminutas. Seguramente las habían cogido del jardín de su tía, pero lo importante es que lo habían hecho por ella, y que además había sido *él*... Todo lo demás carecía de importancia.

Emma sabía perfectamente quién había sido: Phillip Weston. Entre los numerosos alumnos del internado de su padre, Phillip era su favorito. Además, era el único que sabía que hoy era su cumpleaños; su dieciséis cumpleaños. Qué educado era Phillip en comparación con su hermano mayor, Henry, que había vivido con ellos hacía unos años.

Emma levantó la taza con cuidado, se acercó las flores a la nariz y aspiró la dulce fragancia a rosas y hierbas silvestres.

—Mmm...

A continuación sostuvo la taza en el aire, admirando el contraste que formaban los pétalos rosados y las hierbas verdes con el papel de su dormitorio.

Aquella imagen le recordó el día en que su madre le regaló la taza, hacía

ya tres años. El mismo día en que Henry Weston estuvo a punto de romperla.

Emma desató la cinta, apartó el papel con cuidado y abrió la caja. Cuando miró en su interior la invadió un profundo placer. Su instinto no la había engañado. Además, hacía tiempo que la taza no estaba en el aparador, junto al resto de la vajilla.

—Esta taza perteneció a tu abuela —le había dicho su madre—. La compró en su viaje de novios a Italia. ¿Te imaginas?

—Sí —dijo Emma conteniendo la respiración, mientras admiraba la taza ribeteada de oro, con su dibujo de una góndola veneciana—. Es preciosa. Siempre me ha gustado.

Un extraño hoyuelo se formó en la pálida mejilla de su madre.

—Lo sé, hija.

Emma sonrió.

—Gracias, mamá.

—Feliz cumpleaños, querida.

Emma guardó la taza y el plato en la caja, con la intención de llevarla a su dormitorio. Pero, nada más salir del salón, ¡pum!, una pelota de madera golpeó la pared de enfrente y estuvo a punto de arrebatarse la caja de las manos. Emma levantó la vista y contempló enfadada a un alumno de su padre, que la miraba con una sonrisa burlona.

—¡Henry Weston! —gritó Emma, protegiendo la caja con los brazos—. ¡Debería tener más cuidado!

El joven posó sus ojos verdes en el rostro de Emma y después en sus brazos. A continuación se acercó a ella.

—¿Qué guarda en esa caja?

—Un regalo.

—Ah, es verdad. Olvidaba que hoy es su cumpleaños. ¿Cuántos años cumple? ¿Diez?

Emma alzó la barbilla.

—Como bien sabe, cumplo trece.

Henry se acercó aún más, apartó el papel y echó un vistazo al interior de la caja. Sus ojos centellearon con un brillo burlón. Luego soltó una risita, que poco a poco fue convirtiéndose en una profunda risotada.

Emma se quedó mirándole un momento.

—No entiendo qué encuentra tan gracioso —dijo.

—Es un regalo perfecto para usted, Emma Smallwood. Una taza de té individual. Una solitaria taza de té. ¿Recuerda lo que le digo siempre, que va a terminar convertida en una solterona?

—Eso no es verdad —insistió Emma.

—Como siga encerrada en su casa leyendo, su cabeza empezará a crecer y sus extremidades, a encogerse. ¿Y luego quién demonios querrá casarse con usted?

—Alguien mucho mejor que usted, sin duda.

Henry lanzó un resoplido.

—Si alguien llega a casarse con usted, Emma Smallwood, le prometo que... que bailaré la danza del sable en su banquete de bodas —dijo Henry con una malvada sonrisa—. Desnudo.

Emma hizo una mueca de disgusto.

—Nadie tiene el menor interés en verle bailar desnudo, señor Weston. Además, ¿quién le ha dicho que voy a invitarle a mi boda?

Henry sacudió la cabeza.

—Es usted una literata sin remedio.

—¡Y usted un papanatas! —refunfuñó Emma.

—Emma Smallwood... —dijo su madre a su espalda—. ¿Qué es lo que acabas de decir? ¿Te doy un regalo y tú me lo agradeces con esa palabra tan fea?

—Lo siento, madre.

—Buenos días, señor Weston —dijo su madre—. ¿Podría disculparnos un momento, por favor?

—Por supuesto, señora Smallwood —dijo Henry, haciendo una pequeña reverencia antes de desaparecer escaleras abajo.

—Emma —siguió diciendo su madre—. Una dama nunca debe hablar a un caballero con ese tono.

—Henry no es un caballero —dijo Emma en voz alta, deseando que Henry pudiera escucharla—. O al menos no se comporta como tal.

Su madre frunció los labios.

—En cualquier caso, lo que has hecho no está bien. Así que vete ahora mismo a tu habitación y ponte a leer el libro sobre modales que te dejé.

—Pero, mamá... —protestó Emma.

Su madre levantó una mano para interrumpirla.

—No quiero oír ni una palabra más. Sé que siempre te estoy regañando por leer demasiado, pero prefiero que leas un libro sobre modales femeninos que esos horribles mamotretos de tu padre.

—Sí, mamá —suspiró Emma, mientras subía las escaleras con su taza.

Cuando el recuerdo se hubo disipado, Emma contempló el ramo de rosas que le había regalado Phillip, el hermano pequeño de Henry. No pudo evitar preguntarse qué diría Henry Weston si pudiera verla.

Cuando Henry dejó la Academia Smallwood, Emma se sintió aliviada, pero le daba pena pensar que su hermano Phillip acabaría haciendo lo mismo. Era increíble que dos hermanos pudieran ser tan distintos.

# Capítulo 1

*A Lucy le encantaba tener  
un sitio para cada cosa  
y cada cosa en su sitio.*

*El triunfo de la chica traviesa,  
en torno al 1800*

CINCO AÑOS DESPUÉS.

ABRIL DE 1817

EMMA Smallwood, convertida ahora en una joven de veintiún años, quitaba el polvo a su colección de libros favoritos. Aquella era la única tarea doméstica que seguía haciendo, a pesar de las protestas de la señora Malloy, su cocinera y ama de llaves. Después de limpiar sus libros, Emma eliminó de su taza cualquier partícula de polvo que se hubiera atrevido a alojarse allí. La taza y su plato correspondiente habían sido un regalo de su madre, y estaban hechos de auténtica porcelana ribeteada de oro.

Emma volvió a colocar la taza encima del volumen de cuero del *Viaje sentimental por Francia e Italia*, de Sterne. Luego giró la taza para que pudiera contemplarse mejor el dibujo: una graciosa góndola veneciana.

Nunca había llegado a beber de aquella taza, aunque le encantaba mirarla. Le recordaba a su madre, muerta hacía ya dos años. También le recordaba a un joven que una vez le regaló un ramo de rosas. Además, le hacía fantasear con un futuro viaje a Italia.

Una vez que hubo terminado sus rituales matutinos, Emma guardó los utensilios de limpieza y echó un vistazo a su reloj. Había terminado justo a tiempo. Ahora debía bajar al vestíbulo a despedir al último alumno.

Cuando llegó al final de la escalera, se quedó mirando a Edward Sims. El joven, vestido con una imaculada levita y una chistera, parecía destinado a conquistar el mundo.

—¿No olvida nada, señor Sims? —preguntó Emma.

El joven se dio la vuelta con su maleta.

—No, señorita Smallwood.

Aunque solo era cuatro años mayor que Edward, Emma sentía una ternura maternal hacia él.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó, echando un vistazo por el vestíbulo vacío.

El señor Sims sacudió la cabeza.

—La verdad es que no le he visto en toda la mañana.

Emma forzó una sonrisa.

—Qué lástima. Seguro que le habría gustado despedirle.

Lo más probable era que su padre hubiera ido a visitar la tumba de su madre. Por enésima vez.

El señor Sims la miró con una incómoda sonrisa.

—¿Podría despedirle de mi parte y agradecerle todo lo que ha hecho por mí?

—Por supuesto.

—También me gustaría darle las gracias a usted, señorita Smallwood. He aprendido mucho en sus clases.

—Gracias, señor Sims. Espero que le vaya bien en la universidad.

Desde la ventana, Emma lo vio alejarse por el camino empedrado, sintiendo la tristeza que solía invadirla cada vez que les dejaba un alumno. Y esta vez con más razón, pues no había nuevos alumnos para reemplazarle.

De pronto, la casa le pareció vacía y silenciosa. Emma deseó que el señor Sims tuviera un hermano pequeño. O mejor, *seis* hermanos pequeños, pensó suspirando. Tal vez ni siquiera el señor Sims se atrevería a recomendar a su padre como tutor, teniendo en cuenta el escaso interés que había puesto en su

formación. ¿Pero cómo iban a pagar a la señora Malloy, por no hablar de la montaña de facturas que languidecían en el escritorio, si no encontraban nuevos alumnos?

Emma se dirigió a la salita, sacó un cuaderno del escritorio y echó un vistazo a las listas que había escrito.

*Libros leídos este año.*

*Libros que quiero leer el año que viene.*

*Mejoras necesarias en las habitaciones de los alumnos.*

*Medidas para economizar.*

*Lugares que me gustaría visitar algún día.*

*Textos y manuales necesarios para el próximo curso:  
ninguno.*

*Entretenimientos para mejorar el ánimo de papá.*

*Mejoría percibida: ninguna.*

*Alumnos por año.*

Sus listas de alumnos, que habían ido reduciéndose con el paso del tiempo, incluían breves anotaciones sobre el carácter de cada uno y sus planes para el futuro.

Emma observó la lista de alumnos de hacía tres años, pasó el dedo por encima de los nombres y se detuvo en uno en particular.

*Phillip Weston. Amable y educado. Segundo hijo. Planes: estudiar derecho en Oxford.*

Aquella anotación no le hacía justicia. Aparte de amable y educado, Phillip Weston había sido su único amigo.

En la página siguiente, Emma encontró una nueva lista.

*Posibles alumnos para el año que viene: ¿Rowan y Julian Weston?*

Emma se acordó de la carta que había enviado al padre de los Weston hacía dos semanas. Sabía que Henry y Phillip tenían dos hermanastros

pequeños. Phillip hablaba a menudo de ellos. Julian y Rowan Weston debían de tener ahora unos quince años. Pero su familia no había querido enviarlos a su academia.

En el pasado, Emma sacó varias veces el tema en presencia de su padre, sugiriéndole que debía escribir al padre de los chicos. Pero su padre se había limitado a suspirar, argumentando que, si el barón hubiera querido enviarles a sus dos hijos pequeños, ya lo habría hecho. O que, seguramente, sir Giles y su nueva esposa habían preferido otros colegios más prestigiosos, como Winchester, Harrow o Eton.

—En cualquier caso, no hay nada de malo en preguntar —sugirió Emma.

Pero su padre se limitó a sonreír y dijo que ya lo haría en otro momento.

Así que Emma, que llevaba cierto tiempo encargándose de la correspondencia, había tomado la pluma y el tintero y había escrito a sir Giles en nombre de su padre, preguntándole si pensaba enviar a su internado a sus dos hijos pequeños, al igual que había hecho con los mayores.

Emma no terminaba de creer que hubiera sido capaz de hacer algo así. ¿Qué le había pasado? Pero en el fondo sabía muy bien por qué lo hizo. En aquel momento estaba leyendo los atrevidos viajes de la princesa Catalina Dáshkova. La lectura de sus hazañas le inspiró aquel extraño acto de valentía —o de insensatez—. Pero al parecer la carta no había servido de nada, pues no hubo respuesta. ¿Se habría ofendido sir Giles por su atrevimiento? Desgraciadamente, Phillip no podría interceder a su favor, porque aún estaba en la universidad.

Después de pasar una página en su cuaderno, Emma mojó la pluma en el tintero y empezó una nueva lista:

*Posibles medidas para conseguir nuevos alumnos.*

De pronto oyó que alguien llamaba al marco de la puerta y giró la cabeza. Era su tía Jane que, como de costumbre, había entrado en la salita por la puerta lateral.

—¿Ya se ha marchado el señor Sims? —preguntó Jane con una sonrisa, mostrando sus colmillos ligeramente torcidos.

—Sí. Siento que no hayas llegado a tiempo para despedirle, tía —dijo Emma, volviendo a dejar la pluma en el tintero.

Su tía dejó el sombrero en el aparador y se atusó el cabello. En medio de su brillo caoba, Emma advirtió unas cuantas canas plateadas.

Jane, la hermana de su padre, era seis años más joven que él y nunca se había casado. Vivía en la casa de enfrente, que antes pertenecía a sus padres. Allí regentaba un internado femenino parecido al de su hermano.

Jane se quitó los guantes.

—¿Dónde está tu padre?

Emma sacudió la cabeza.

—Se marchó después de desayunar.

Tía Jane frunció los labios y sacudió la cabeza, imitando a su sobrina.

En ese momento entró la cocinera y ama de llaves de los Smallwood, la señora Malloy, con la bandeja del té. La mujer no pareció sorprenderse de la presencia de Jane Smallwood. De hecho, ya había puesto tres tazas en la bandeja.

—¿Te apetece tomar una taza de té, tía Jane? —preguntó Emma, aunque sabía de sobra su respuesta.

—Sí. Gracias, querida.

Como atraída por el vapor de la tetera y el aroma de las pastas, la puerta de la casa se abrió y entró el padre de Emma arrastrando los pies. El hombre andaba con la cabeza gacha y la boca contraída, y aparentaba más de sesenta años, aunque solo tenía cuarenta y ocho.

La señora Malloy se apresuró a quitarle el sombrero y la bufanda.

—¡Señor Smallwood! —refunfuñó—. ¡Mire cómo trae los zapatos! ¡Y todos los pantalones mojados! ¿Es que ha vuelto a casa nadando?

—Discúlpeme, señora Malloy —repuso él con un brillo de ironía en los ojos—. Le aseguro que no me caí en ese charco con la intención de molestarla. —El hombre limpió sus zapatos y miró a su hija y a su hermana—. ¿Llego a tiempo para tomar el té?

—Sí —dijo Emma—. Pero el señor Sims hace tiempo que se marchó.

Su padre parpadeó, visiblemente sorprendido.

—¿Ya? Dios mío. Espero que te hayas despedido de mi parte.

—Por supuesto.

Su padre tomó asiento y empezó a frotarse las manos.

—Hace un día muy frío. Y húmedo.

—No deberías pasar tanto tiempo en la calle, John —le reprendió su hermana—. Como sigas así, vas a enfermar.

—No tendré esa suerte —murmuró él.

Tía y sobrina intercambiaron una mirada de preocupación.

Emma vertió el té en su taza, y la conversación fue languideciendo mientras los tres compartían su sencillo almuerzo, compuesto de té caliente, pan, queso y pastas. Emma advirtió que su padre comía un poco de todo, aunque su apetito distaba mucho de ser el acostumbrado.

Emma mordisqueó un poco de pan y queso pero renunció a las pastas, a pesar de que eran su dulce favorito. Su esbelta figura era una de las pocas cosas que le hacían sentirse orgullosa. Solo comía dulces en Navidad y el día de su cumpleaños.

Después de sorber el té, dejó descansar la taza en el plato.

—¿Sabes una cosa, papá? —preguntó—. He empezado una nueva lista.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata esta vez?

Emma percibió un tono de condescendencia en su voz.

—De las cosas que podríamos hacer para conseguir nuevos alumnos.

—Ah —dijo su padre, agitando una mano al aire para quitarle importancia.

—¿Y qué has pensado, Emma? —intervino su tía.

—Podríamos poner otro anuncio en el periódico. Y publicarlo también en otros periódicos, aunque eso sería un poco caro. Tal vez deberíamos cambiar el cartel del jardín. Está empezando a estropearse. Además, apenas resulta visible.

La tía Jane asintió.

—Así es. Un cartel más grande y visible sería de gran ayuda.

—El anterior está bien —refunfuñó el señor Smallwood—. Ni que los padres fueran vagando por las calles en busca de un tutor...

Emma reflexionó un momento.

—Tienes razón, papá. No necesitamos a simples transeúntes, sino a familias ricas que vivan en otras zonas del país.

Su padre la miró con ojos tristes.

—No tengo fuerzas para eso, Emma. Ya no soy joven.

—Vamos, John —intervino su hermana—. Te quedan muchos años por delante.

—Qué idea más terrible —suspiró él.

—Deberías pensar en tu hija, John —dijo su hermana.

El señor Smallwood se encogió de hombros.

—Emma es perfectamente capaz de cuidar de sí misma. Y tú también.

Al escucharle, Emma y su tía intercambiaron otra mirada de preocupación.

Si Emma no encontraba otra forma de ayudar a su padre, pronto acabarían metidos en graves problemas económicos. Los dos perderían su casa y su escuela, que era el único sustento de su padre... Y el suyo.

— —

Emma se pasó los días siguientes repasando los periódicos en busca de familias con hijos que no estuvieran inscritos en otros colegios. Estaba sentada en el escritorio de la salita cuando entró la señora Malloy a traerle el correo.

—Aquí tiene, querida.

Como necesitaba estirarse un poco, Emma se levantó y revisó perezosamente el montón de cartas, temiendo encontrarse con más facturas. Su mano se detuvo en una carta dirigida a su padre. La dirección del remitente era la mansión Ebbington de Ebford, Cornualles.

La mansión Ebbington era la residencia habitual de sir Giles Weston y su familia. Una oleada de entusiasmo y temor recorrió su espina dorsal. Había perdido toda esperanza de obtener respuesta.

Como su padre le había dado permiso para abrir su correspondencia —especialmente el creciente número de facturas—, Emma rasgó el sobre sin remordimientos y desdobló la carta, al igual que había hecho con tantas otras.

Después de echar un vistazo a la puerta, empezó a leer las líneas, escritas por lo que parecía una mano apresurada:

*Estimado señor Smallwood:*

*Me gustaría agradecerle su interés en mis dos hijos pequeños. Efectivamente, ambos tienen la misma edad –en realidad, más– que tenían mis hijos mayores cuando fueron a estudiar con usted en Longstaple. Sin embargo, lady Weston cree que los pequeños son todavía demasiado delicados para vivir lejos de su madre. Personalmente, opino que la experiencia sería muy positiva para ellos, al igual que lo fue para Henry y Phillip, y que serviría para endurecer su carácter, aunque en este asunto temo discrepar de mi esposa.*

*Me pregunto si podría considerar la posibilidad de trasladarse a la mansión Ebbington y enseñar a los niños aquí. Estaría dispuesto a ofrecerle el doble de lo que cuesta el alojamiento en su internado. Me encantaría que pudiera pasar un año aquí preparándoles para la universidad. Por supuesto, sé que es mucho pedir, teniendo en cuenta la reciente pérdida de su esposa, que lamento profundamente. No obstante, si en algún momento desea cambiar de aires, hágamelo saber. Siempre será bienvenido en mi casa. Y su hija también.*

*Afectuosamente,*

*Barón sir Giles Weston*

¡Por todos los santos! ¿Cómo podía pensar sir Giles que su padre estaría dispuesto a abandonar su academia para enseñar a dos alumnos? ¿Acaso pensaba que estaba a su servicio? Muchos caballeros jóvenes, recién salidos de la universidad pero carentes de fortuna, trabajaban de tutores en las grandes mansiones. ¿Pero suponer que el señor Smallwood iba a abandonar su internado para hacer lo mismo...? Emma se sintió ofendida en nombre de su padre. ¿Se habría expandido el rumor de que los Smallwood tenían problemas económicos? Después de resoplar, Emma lanzó la carta a la montaña de facturas.

Luego se quedó de pie, dándole vueltas al asunto. Cuando se calmó, volvió a leer la carta. En realidad, el tono era muy educado. De hecho, sir Giles parecía avergonzado por atreverse a sugerir una idea semejante. El barón solo deseaba que sus hijos recibieran una buena educación, a la vez que intentaba satisfacer los caprichos de su esposa.

La primera lady Weston, la madre de Phillip y Henry, murió cuando sus hijos eran aún pequeños. Según le había contado Phillip, su madrastra, la segunda lady Weston, era una mujer difícil que mostraba una clara predilección por sus hijos de sangre. Phillip reconocía que su relación con ella era más bien tensa.

Sin embargo, Emma no recordaba haber oído hablar a Henry sobre su madrastra, ni a favor ni en contra, aunque Henry y ella nunca habían sido amigos y jamás habían hablado de asuntos personales.

Emma pensó en la mansión Ebbington, una casa que no conocía pero que había imaginado muchas veces, situada en lo alto de un acantilado, en la costa de Cornualles. Por supuesto, no le importaría volver a ver a Phillip Weston. Pero en aquel momento Phillip estaba en Oxford, probablemente en su tercer año de derecho. No iba a estar sentado en la mansión, esperando su visita.

¿Debía enseñarle la carta a su padre? Lo más probable era que no quisiera ir, especialmente ahora, que pasaba la mayor parte del día visitando la tumba de su esposa. Y, aunque accediera, ¿qué podía hacer ella? ¿Enviar a su padre a Cornualles mientras se quedaba en casa con la tía Jane?

Por un lado, la idea de quedarse la atraía. ¿Cuántas veces le había propuesto su tía que diera clases en su escuela y se convirtiera en su socia?

Pero su padre la necesitaba. Emma llevaba muchos años ayudándole, primero durante la larga enfermedad de su madre, y después cuando su madre falleció y el ánimo de su padre empezó a decaer. Su padre no era capaz de arreglárselas sin su ayuda. No obstante, en la mansión Ebbington solo tendría que ocuparse de la educación de dos alumnos, y no de la administración de un internado, con todo lo que eso implicaba: mantener la disciplina entre los estudiantes, llevar los asuntos económicos, tratar con el maestro de baile, el profesor de dibujo y el tutor de francés... Sí, puede que a su padre le conviniera centrar su atención en algo más sencillo. Aun así, Emma no estaba del todo segura, y tampoco podía soportar la idea de dejarle ir solo. ¿Y si fracasaba? ¿Y si tenía que soportar la humillación de ser despedido? Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba su padre últimamente, seguramente no sería capaz de soportarlo.

*Te estás preocupando por nada, Emma,* se dijo a sí misma. *De todas*

*maneras, no querrá ir.*

Pero, cuando sacó el tema después de cenar, su padre se enderezó en su silla y prestó atención. Sus ojos reflejaban mayor entusiasmo del que Emma había visto en mucho tiempo.

—¿Es cierto que sir Giles nos ha invitado a vivir en su casa? —preguntó.

—Sí —repuso Emma—, pero...

—Qué idea más interesante... —añadió su padre, mirando el techo con aire pensativo.

—Padre, te aseguro que yo no sugerí en ningún momento semejante acuerdo. Solo me limité a preguntarle si pensaba enviarnos a sus dos hijos pequeños.

Su padre asintió. No parecía ofendido por la invitación, ni por la libertad que se había tomado su hija al escribirle.

El señor Smallwood solicitó leer la carta, y Emma se la entregó.

Su padre la leyó, bajó sus lentes y dijo:

—Sinceramente, querida, estoy deseando cambiar de aires. Tener que estar encerrado en esta casa día tras día, en el mismo lugar donde mi esposa murió... Rodeado de los objetos que me recuerdan no los días felices, sino los últimos días. Los más dolorosos. ¿Por qué crees que salgo tan a menudo?

—Pensé que... ibas a visitarla al cementerio —dijo Emma en voz baja.

Su padre se encogió de hombros.

—Sí, voy allí de vez en cuando para comprobar que la tumba esté bien cuidada, para arrancar las malas hierbas y dejar algunas flores. Pero no para visitarla. Tu madre no está allí, Emma. Está en un lugar mucho mejor.

Las lágrimas humedecieron sus ojos, y Emma pestañeó con fuerza para reprimir las suyas. En aquel momento estaba demasiado preocupada por el futuro para llorar por el pasado.

—Pero... Ebford está muy lejos —protestó Emma—. Está al norte de Cornualles.

—No está tan lejos. Además, solo será un año —dijo su padre, recostándose en su silla—. Recuerdo cómo describía Phillip la mansión Ebbington. Un viejo caserón lleno de habitaciones en lo alto de un acantilado. Con preciosos caminos junto a la costa...

—Pero tú no vas a pasear por la costa, padre —le recordó Emma—. Vas a enseñar.

—Sí, lo sé. Pero seguro que tendré tiempo para disfrutar del paisaje. Aunque me imagino que no querrás acompañarme. Ya no eres una niña.

Emma se quedó dudando un momento. ¿Realmente sería capaz de dejar su casa para vivir un año en Cornualles?

—Creo que... que necesito pensarlo.

—Por supuesto, querida. Ha sido muy precipitado. Desde luego, la noticia ha sido una sorpresa, aunque una sorpresa agradable, al menos para mí. Pero tú siempre sabes lo que me conviene. Me dejaré guiar por tu decisión.

¡Cuánta responsabilidad! ¿Debía aceptar y vivir bajo el mismo techo que Henry y Phillip Weston? Seguramente, Phillip volvería a su casa en vacaciones. Pero Emma no tenía la menor idea del paradero de su hermano mayor.

En su mente se formó la imagen de Henry Weston, con su cabello oscuro y rizado y su rostro anguloso. El joven la miraba con aire amenazador mientras le ordenaba que no entrara en su habitación o le gastaba una broma de mal gusto.

Emma sintió un escalofrío.

El sonido del atizador la sobresaltó. *Qué estúpida soy*, pensó, tratando de alejar aquel pensamiento.

Emma se levantó. Iría a hablar con su tía Jane. Sí, ella sabría qué hacer.

Aquella noche, sentada en el despacho de su tía, Emma le dio la carta. Mientras esperaba a que la leyera, Emma observó la desconchada taza de té que tenía entre las manos. Luego contempló el juego de té rosado y blanco — con sus tazas, sus platos y sus bandejas— que descansaba en el aparador de la esquina. Siempre le había gustado aquel juego de té. Una vez le preguntó a su tía por qué no lo usaba.

—Ese juego de té es demasiado bueno para el uso diario —había dicho su tía—. Lo guardo para otra ocasión.

—¿Qué otra ocasión? —preguntó Emma—. ¿El día de tu boda?

—¿El día de mi boda? Por todos los santos, no —Jane acarició con cariño la nariz de su sobrina—. Lo guardo para la tuya —sus ojos adquirieron un aire

distante—. En realidad no lo sé... Algún día lo usaré. Pero de momento, no.

Ahora, Emma volvió a mirar el juego de té y sintió que se le encogía el corazón. Mirarlo la entristecía, aunque no había motivos para estar triste. De pronto se acordó de la taza de té que le había regalado su madre. Le encantaba limpiarla y contemplarla, pero tampoco la usaba. Así que... ¿quién era ella para cuestionar a tía Jane?

Emma contempló el rostro de su tía, con su nariz afilada y su barbilla puntiaguda. Sus ojos eran grandes y verdes, como los de Emma. Siempre había amado el rostro de su tía. Con el paso de los años, sus arrugas se habían vuelto más pronunciadas. Pero a Emma le seguía pareciendo bonita, aunque imaginaba que no todo el mundo compartiría su opinión.

Cuando terminó de leer la carta, su tía arqueó una ceja.

—El barón menciona a sus dos hijos, Henry y Phillip... —dijo—. Recuerdo muy bien a los dos.

Efectivamente, su tía había coincidido con ellos en numerosas ocasiones: cuando se acercaba a tomar el té, cuando iban a la iglesia, cuando comían todos juntos...

Jane contempló a su sobrina entre sus largas pestañas.

—Recuerdo que tú te sentías atraída hacia uno de ellos.

Emma sintió que le ardían las mejillas.

—Phillip y yo éramos amigos, tía. Nada más. Y de eso hace muchos años.

Tía Jane frunció los labios.

—¿Y qué opina tu padre?

—Curiosamente parece agradarle la idea, aunque prefiere que sea yo la que tome la decisión. Pero, sinceramente, no tengo ninguna gana de hacer el equipaje y marcharme. ¿Qué va a ser de nuestra casa y de nuestros libros?

—Seguro que encontráis un inquilino —dijo Jane—. Y yo puedo cuidar de la casa en tu ausencia.

Emma miró a su tía con incredulidad. Aquella no era la reacción que esperaba.

—Pero yo *no quiero* ir —protestó con tono lastimero, muy diferente a su tono habitual.

—Has leído mucho sobre Cornualles —dijo su tía—. Ahora tienes la

oportunidad de verlo con tus propios ojos.

—¿Entonces quieres que nos marchemos?

—Emma... —dijo su tía, mirándola con sus ojos grandes y expresivos—. Lo que yo quiera no tiene nada que ver con esto.

—Pero... —protestó Emma, haciendo un mohín de disgusto—. Tú nunca has sentido la necesidad de salir de aquí, ni de vivir ridículas aventuras, ni de conocer a ningún hombre...

Jane miró a la lejanía.

—Tal vez debería haberlo hecho.

Emma se quedó callada. Se preguntó si su tía estaría pensando en el señor Farley, un admirador al que rechazó para consagrarse a su escuela. Emma nunca llegó a conocerlo, pero su tía le había hablado de él y le había enseñado su carta.

Jane Smallwood apretó suavemente la mano de su sobrina.

—No me malinterpretes, Emma. Estoy contenta con mi suerte. Enseñar me produce una gran satisfacción. Pero eso no significa que de vez en cuando no me pregunte lo que me he perdido. O cómo habría sido mi vida si hubiera dicho sí a aquella pequeña aventura.

# Capítulo 2

*El tutor de Edward Ferras era el reverendo Pratt,  
que le daba clases en su casa de Longstaple,  
cerca de Plymouth...*

*Deidre Le Faye, Jane Austen. El mundo de sus novelas*

Emma escribió a sir Giles en nombre de su padre, aceptando su invitación. **E** John Smallwood sería el tutor de Julian y Rowan Weston en la mansión Ebbington, durante un año y por el salario propuesto.

A Emma le preocupaba cómo reaccionarían Phillip y Henry Weston cuando se enteraran de que su padre y ella –sobre todo ella– iban a instalarse en su casa. Esperaba que ninguno de ellos sospechara un motivo oculto detrás de su decisión. Quería que lo interpretaran como lo que era: una buena oportunidad para su padre.

O eso esperaba: que el cambio fuera bueno para él. Prácticamente rezaba para que así fuera, aunque, a decir verdad, últimamente apenas lo hacía. Era evidente que Dios había dejado de escucharla, de modo que había renunciado a hablar con Él. Desde la muerte de su madre, Emma solo confiaba en sí misma. Si necesitaba algo, lo más probable es que tuviera que esforzarse en conseguirlo. ¿Acaso su decisión más reciente –enviar una carta a sir Giles– no era una prueba de ello?

Así que, por más que le disgustara, si quería sanear sus finanzas y levantar el ánimo de su padre, no le quedaba más remedio que abandonar su casa y acompañarlo a Cornualles. A la mismísima casa de Phillip y Henry Weston.

El solo hecho de pensarlo le hacía transpirar las palmas de las manos.

— —

Como tía Jane había predicho, pronto encontraron inquilinos para la casa. El vicario estaba buscando un alojamiento para su hermana mientras su marido estaba embarcado en alta mar. La mujer podía haberse quedado con el clérigo, pero la pequeña vicaría solo disponía de una habitación libre, y su hermana tenía muchos hijos.

El padre de Emma habló con el reverendo Lewis, y pronto llegaron a un acuerdo. Mucho antes de lo que Emma esperaba. Efectivamente, Emma conocía al vicario. Pero no conocía a su hermana ni a sus hijos. ¿Y si no cuidaba bien de los muebles? Aunque, en realidad, los muebles le importaban más bien poco. Lo que más le preocupaba era la taza de té de su madre y sus libros. Emma se preguntó cuántos podría llevarse a Cornualles.

El día que llegaron a un acuerdo con el vicario recibieron una carta de sir Giles. El barón decía estar sorprendido y agradecido de que los Smallwood quisieran aceptar su oferta, y les invitaba a instalarse en su casa cuando quisieran.

A la mañana siguiente, Emma y su padre fueron a planear el trayecto con el dueño de la posta. Emma volvió a escribir a sir Giles para informarle del día y la hora de su llegada.

A continuación empezaron a hacer el equipaje.

Teniendo en cuenta el coste del transporte, Emma se dio cuenta de que solo podrían llevar un baúl mediano cada uno. No podría llevarse todos sus libros. No le quedaba más remedio que seleccionar entre sus libros favoritos. Haciendo de tripas corazón, Emma empezó a descartar los más pesados.

En una caja guardó los libros que no podría llevarse, pero que no estaba dispuesta a dejar en casa para que terminaran manoseados por unos dedos sucios. Luego llevó la caja a casa de tía Jane y le pidió que se los guardara.

Jane curioseó entre los volúmenes de la caja: *Robinson Crusoe*, *La historia de Pedro el Grande*, *Los viajes de Gulliver*, *Las anécdotas juveniles...*

—Cuántos libros para niños, Emma —dijo su tía—. Seguramente no volverás a leerlos. ¿Por qué no los donas a la iglesia?

Emma sintió un nudo en el estómago.

—Me encantan los libros viejos, tía. Nunca sería capaz de donarlos. Nunca.

Jane hojeó un viejo volumen de las *Fábulas* de Esopo.

—Seguro que te los sabes de memoria.

Después de negar con la cabeza, Emma le arrebató el libro y volvió a meterlo en la caja.

—Prométeme que los cuidarás —dijo.

Aquella tarde, John Smallwood se detuvo en la puerta de la habitación de su hija. Primero la miró a ella, luego a su baúl abierto, y a continuación a los vestidos que había encima de la cama.

—¿Cómo va el equipaje, querida?

—Me resulta muy difícil guardar todo lo que necesito en un solo baúl —mordiéndose el labio, Emma sacó una sombrerera y llenó el espacio resultante con otro montón de libros. Con un sombrero y un bonete sería suficiente. Luego echó un vistazo a sus vestidos.

Al verla, su padre dijo:

—Recuerda que solo será un año, querida. Tus libros seguirán aquí cuando vuelvas.

Emma descartó uno de sus vestidos. ¿Cuántos necesitaría realmente? Lo más probable era que los Weston no los invitaran a ninguna fiesta o cena formal. Al fin y al cabo, su estatus en la casa solo sería ligeramente superior al de los criados.

Sí, definitivamente sus libros eran más útiles para el invierno en Cornualles que un vestido de seda crujiente y muselina.

¿Qué más cosas necesitaba? Su taza de té, por supuesto. Un pequeño juego de ajedrez para entretenerse en las largas tardes de invierno. Un par de zapatos para la casa y unas botas de media caña para pasear por la costa. Una cálida pelliza, una capa, un chal y, por supuesto, sus guantes. Emma se quedó de pie, tratando de decidirse entre la novela de Ann Radcliffe que tenía en una mano y el joyero que tenía en la otra. Finalmente decidió dejar su colección de

joyas, por pequeña que fuera, en casa de su tía.

Luego se quedó dudando ante un frasquito de colonia. Se lo había regalado Phillip Weston el día que dejó el internado. Y lo hizo sin ceremonias, con un simple: «Pensaba que podría necesitarlo».

Sería muy desconsiderado por su parte dejarlo allí. De modo que lo metió en el baúl y tiró con fuerza de los cordones para cerrarlo.

— —

El primer lunes de mayo, Emma y su padre visitaron la tumba de Rachel Smallwood en el cementerio, dijeron adiós al vicario y finalmente se despidieron de su tía. Allí, en el camino que separaba ambas casas, Emma recibió un beso de su tía Jane, esforzándose en sonreír. Mientras su padre abrazaba a su hermana, Emma se dio la vuelta y siguió al mozo que transportaba sus baúles hasta la posada.

Emma y su padre viajaron por etapas desde Longstaple, Devonshire, hasta Ebford, Cornualles, parando cada diez o quince millas para pagar el peaje o cambiar los caballos. Otros pasajeros subían y bajaban en las distintas paradas del camino —algunos se apretujaban contra ellos en el interior del carruaje, otros se sentaban en el techo—. Al menos Emma y su padre habían comprado asientos en el interior.

De vez en cuando, Emma sentía la mirada de su padre. Cuando sus ojos se encontraban, su padre arqueaba las cejas, como preguntándole: *¿Estás bien?* Emma forzaba una sonrisa para tranquilizarle. No compartía su entusiasmo, pero, al fin y al cabo, todo había sido idea suya. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Mientras el coche avanzaba, Emma se esforzó en alejar la imagen de Henry Weston de su mente, pero esta se empeñaba en regresar para atormentarla. Intentó leer, pero el traqueteo del carruaje le daba náuseas. Dejó el volumen de *Mujeres viajeras* en el regazo e intentó pensar en Phillip Weston. Phillip y ella practicando el minué en el salón de baile, o mirando las estrellas por la noche. Phillip consolándola cuando su madre cayó enferma... Pero la imagen del malhumorado Henry Weston terminó por imponerse y

siguió atormentándola el resto del viaje.

Cuando Henry llegó por primera vez a Longstaple, era un joven taciturno y antipático. Siempre estaba encerrado en su habitación. Cada vez que Emma intentaba acercarse a él, Henry le daba con la puerta en las narices. Además, le tenía terminantemente prohibido tocar sus pertenencias. Pronto aprendió a mantenerse alejada de él.

Al año siguiente, Henry llegó antes que los demás. Parecía más resignado a quedarse en la academia. Cuando se aburrió de estar solo, le preguntó a Emma si quería jugar con él a una gran variedad de juegos: al fútbol, al críquet, al tiro, a la esgrima... Pero Emma rechazó todas sus propuestas. No se le daban bien los juegos físicos.

—¿A las cartas? —preguntó Henry, desesperado.

—Detesto jugar a las cartas —dijo Emma.

—¿A montar a caballo?

—Como usted bien sabe, no tengo caballo.

Enfadado, Henry le preguntó:

—¿Es que no sabe jugar a nada?

A Emma le habría gustado devolverle el insulto, pero no le quedó más remedio que morderse la lengua. Con tono calmado, le dijo que no le importaría jugar al ajedrez.

Henry aceptó a regañadientes. Emma se dio cuenta de que era superior a él pero, con buen sentido, le dejó ganar. A partir de entonces, Henry solo quiso jugar al ajedrez.

Pero, cuando llegó el resto de los estudiantes, Henry volvió a ser tan cruel como siempre. Cuando la interrumpía en mitad de sus lecturas —algo que hacía con frecuencia—, solía decirle:

—A los hombres no nos gustan las literatas, ¿sabe? Como siga así, terminará hecha una solterona.

Fue entonces cuando empezó a gastarle bromas pesadas...

No, Emma no tenía el menor deseo de ver a Henry Weston. Si al menos Phillip estuviera en casa... Emma intentó consolarse pensando que era muy improbable que el orgulloso Henry Weston buscara la compañía de la hija de un tutor.

Aquella tarde llegaron al pueblo de Ebford, pero no había nadie para recibirlos. Los mozos dejaron sus baúles fuera de la posada, mientras los posaderos llevaban los caballos a la parte de atrás del establecimiento. Al parecer, Ebford era el final del trayecto, al menos por esa noche.

Emma y su padre entraron en la posada. El establecimiento, pobremente iluminado, tenía el techo surcado de vigas de madera y estaba lleno de hombres toscamente vestidos, de humo y de olor a pescado y a cerveza.

—Espera aquí —le susurró su padre. Emma se quedó al lado de la puerta mientras su padre se acercaba al tabernero.

Los parroquianos la miraron con recelo. Emma miró nerviosamente a su alrededor, pero no vio señal de sir Giles, ni de nadie que tuviera aspecto de trabajar para él.

Su padre preguntó al tabernero si aquella tarde había venido alguien de la mansión Ebbington para preguntar por ellos.

El hombre mostró su sonrisa desdentada y sacudió su calva cabeza.

—No. Ahora aclárese, ¿quiere una pinta de cerveza o no?

—No, gracias. Solo quería preguntarle.

El hombre se quedó mirándole un momento. Luego siguió limpiando la jarra que tenía en la mano.

Dándose por vencido, su padre se dio la vuelta y acompañó a su hija fuera de la posada.

Emma miró a un extremo de la calle y luego al otro. El pueblecito se curvaba en forma de media luna alrededor del puerto. A ambos lados de la costa se alzaban los acantilados.

—Escribiste a sir Giles para informarle de cuándo llegaríamos, ¿verdad? —preguntó su padre.

—Sí. A lo mejor se le ha olvidado. O ha tenido que atender un asunto más importante.

Su padre sacudió la cabeza.

—Sir Giles es demasiado educado para ignorarnos de esta manera. Lo más seguro es que la carta se haya perdido. O que el cochero se haya retrasado.

Emma deseó que su padre tuviera razón.

Un cuarto de hora más tarde decidieron contratar a un mozo para que les llevara a la mansión Ebbington en una carreta.

—Así que se dirigen al viejo caserón, ¿eh? —preguntó el joven con su bonito acento de Cornualles.

—Sí —respondió Emma—. ¿Sabe dónde está?

—Claro. Todo el mundo conoce la mansión Ebbton —el joven señaló hacia lo alto del acantilado. Allí, un caserón rojizo resplandecía a la luz del crepúsculo.

El mozo la ayudó a subir a la carreta. Su padre trepó para sentarse a su lado, y el joven azuzó al burro para que echara a andar. Los tres dejaron atrás el puerto, cruzaron un puente y empezaron a ascender penosamente por un camino empinado. A medida que subían, el viento se volvió huracanado y la temperatura descendió. Emma se cubrió los hombros con su pelliza. El camino avanzaba en zigzag y seguía ascendiendo.

A sus pies, el pueblo y los barcos parecían cada vez más pequeños. El burro avanzaba a duras penas. El mozo lo azuzó hasta que coronaron la pendiente y el camino dio paso a una llanura de hierba.

La enorme mansión volvió a aparecer ante sus ojos, con sus tejados de distintas alturas coronados por chimeneas, construidas para resistir los envites de las tormentas.

El camino que conducía a la mansión se ensanchó hasta convertirse en un amplio paseo que se bifurcaba en dos.

—¿Piensan entrar por la puerta principal o por la puerta de atrás? —preguntó el mozo.

—Oh... —titubeó Emma, recordando que su estatus en la mansión solo sería ligeramente superior al de los criados.

—Por la puerta principal, por supuesto —dijo su padre con aire orgulloso—. Soy un viejo amigo de la familia.

El joven se encogió de hombros, al parecer poco impresionado por su respuesta, y dirigió la carreta hacia la puerta principal.

Emma se imaginó la lamentable imagen que debían ofrecer, entrando por la puerta principal en una carreta arrastrada por un burro. No quería pensar qué

diría Henry Weston si los viera.

—A lo mejor deberíamos entrar por la puerta de atrás, papá, con los baúles y el resto del equipaje —susurró.

—Tonterías.

Desde aquella distancia, Emma pudo contemplar la casa con más detalle. El exterior, de piedra rosácea, resplandecía a la luz del atardecer. La mansión tenía unas ventanas modernas de estilo georgiano en una de las alas, y unas más antiguas con parteluces en la otra. La puerta principal, de madera de roble negro y estilo medieval, estaba decorada con guirnaldas de hierro forjado y pequeños pinchos.

Ningún criado acudió a recibirlos. Mientras el mozo ayudaba a Emma a bajarse de la carreta, su padre descendió, corrió hacia la puerta y dio tres golpes con su bastón.

Al cabo de un rato, un mayordomo de unos cincuenta años abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó, mirando primero a su padre, luego al burro y finalmente a los baúles.

—Soy el señor Smallwood y esta es mi hija, la señorita Smallwood.

El mayordomo parpadeó.

—¿Le esperaban los señores?

—Sí. Soy el tutor de sus hijos pequeños.

Después de fruncir el ceño, el hombre miró a su padre y se mordió el labio.

—¿Quién es, Davies? —preguntó una mujer detrás de la puerta, con voz elegante y afectada.

El mayordomo volvió el rostro para responder:

—Es el señor Smallwood, señora. Dice que es el nuevo tutor.

—¿Tutor? ¿Qué tutor?

Emma sintió que se le encogía el estómago. Enseguida se apresuró a abrir su bolso de mano para sacar la carta de sir Giles. No se le había ocurrido pensar que podría necesitarla.

El mayordomo se apartó de la puerta. Su rostro fue reemplazado por el de una bella dama con un precioso vestido, aunque Emma advirtió que sus cabellos estaban ligeramente despeinados y que seguía resistiéndose a abrir la

puerta.

—Usted es el señor Smallwood, ¿verdad? —preguntó la mujer.

Su padre se quitó el sombrero e hizo una pequeña reverencia.

—Sí. Y supongo que usted es lady Weston. No la conozco en persona, pero tuve el placer de dar clase a sus hijos en mi academia de Longstaple.

—Querrá decir a mis hijastros. Recuerdo su nombre, señor Smallwood —el rostro de lady Weston reflejaba diversas emociones, pero Emma no tuvo tiempo de identificarlas. La mujer forzó una sonrisa—. Lo siento, pero no esperábamos su visita.

Emma sintió que le ardían las mejillas.

—¿Cómo es posible? —preguntó su padre—. Sir Giles nos envió una carta para pedirnos que nos hiciéramos cargo de la educación de sus hijos aquí, en su propia casa.

La mujer arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y nosotros le escribimos aceptando su invitación hace más de dos semanas.

Emma añadió:

—También le enviamos una carta para informarle de nuestros planes de viaje.

Lady Weston la miró de reojo.

—Debió de olvidarlo —dijo, echando un vistazo por encima del hombro—. Desgraciadamente, me temo que han llegado en mal momento —la mujer miró sus baúles, que descansaban junto a la puerta—. Pero supongo que no podrán volver mañana, teniendo en cuenta la hora que es...

Su padre frunció el ceño.

—Sentimos mucho molestarla, señora. Me imagino que este mozo podrá llevarnos de vuelta al pueblo...

Otra voz se escuchó detrás de la puerta. Se trataba de una voz suave y masculina.

—¿Cómo? ¿Quién? Dios mío... Olvidé que llegaban esta noche... Lo sé, pero ya no se puede hacer nada.

La puerta se abrió completamente y apareció sir Giles con su traje de

noche, aunque le faltaba el pañuelo y la piel le colgaba por encima del cuello de la camisa.

—Señor Smallwood. Por favor, perdone que le hayamos recibido así. Ha sido por mi culpa. La comunicación no es mi punto fuerte, como mi querida lady Weston me recuerda siempre, y me temo que con razón —el barón agachó la cabeza en señal de disculpa—. Pasen, por favor.

El señor Smallwood se volvió hacia Emma.

—¿Se acuerda usted de mi hija, Emma?

Sir Giles la miró, sorprendido.

—¿Esta es la pequeña Emma? Dios mío, la última vez que la vi me llegaba por aquí —dijo, poniéndose la mano a la altura del pecho.

—Así es. Los niños crecen. Me imagino que Henry y Phillip también habrán crecido.

Detrás de ellos, el mozo se aclaró la garganta. Su padre se dio la vuelta y hurgó en su billetera, pero sir Giles sacó una corona del bolsillo y dijo:

—Permítame —a continuación lanzó la moneda al cochero, diciendo—: Gracias, Tommy. Buenas noches.

El joven atrapó la moneda en el aire y respondió:

—Gracias, señor.

El señor Smallwood se agachó a coger su pequeño baúl, pero sir Giles le detuvo.

—No se preocupe por eso. El mozo llevará su equipaje directamente a sus... habitaciones... Bueno, directamente no, pero... Por favor, vayan pasando —dijo el barón, sujetando la puerta.

Emma entró en el inmenso vestíbulo, tratando de disimular su sorpresa. Era evidente que la casa era muy antigua, a pesar de las modernas ventanas que había visto en el exterior. Las paredes estaban cubiertas de espadas y escudos nobiliarios.

Sir Giles los guio por el suelo de baldosas hasta una puerta abierta.

—Por favor, pasen a la sala de dibujo —a continuación se volvió hacia su esposa—: Querida, ¿podrías pedir a la criada que traiga el té y algo de comer? Seguro que el señor y la señorita Smallwood están hambrientos.

Lady Weston esbozó una frágil sonrisa.

—Como gustes —antes de salir de la sala, la mujer se dio la vuelta—. Por cierto, ¿has decidido ya en qué habitaciones alojaremos a nuestros invitados?

Sir Giles los miró, avergonzado. Sin duda, no quería que supieran que aún no tenían ninguna habitación preparada. El barón volvió a sonreírles y les preguntó si podían disculparle un momento.

Aunque el hombre cerró las puertas tras él, Emma captó algunos fragmentos de la conversación.

—... En el ala norte.

—... no se puede hacer nada.

—... que iba a venir con su hija...

—... de momento.

Al cabo del rato, sir Giles volvió a abrir la puerta. Emma fingió que miraba un mapa de Cornualles que había en la pared.

—Pronto vendrá el té y un pequeño refrigerio —dijo el barón, frotándose las manos—. ¿Les apetece beber algo mientras esperamos?

—No me importaría tomar una copa de brandy —bromeó su padre.

—Yo esperaré al té, gracias —dijo Emma.

Sir Giles destapó una botella de cristal y llenó dos copas.

—Me imagino que habrán tenido un día agotador. Primero el viaje, y ahora este terrible recibimiento. ¿Cómo podría recompensarles?

—No se preocupe —respondió el señor Smallwood—. Solo espero que nuestra presencia no les cause demasiadas molestias.

—En absoluto. Les agradezco mucho que hayan venido.

—Pero... ¿no recibió usted nuestras cartas? —preguntó Emma.

—Ah... Sí, claro. Pero cuando llegaron estaba muy ocupado, y no pude prestarles suficiente atención. Pero no se preocupen. A partir de ahora me ocuparé personalmente de todo. —Sir Giles le tendió una copa a su padre. Luego añadió—: Debe saber que no hemos desatendido del todo la educación de nuestros hijos. El vicario les da clases de latín y griego, así que no son unos completos salvajes —dijo, riendo nerviosamente.

Su padre sonrió.

—Me alegra mucho saberlo.

Sir Giles se llevó su copa a un sillón y se acomodó encima de los cojines.

—Antes me preguntó por Henry y Phillip.

—Sí. ¿Cómo están? —preguntó su padre—. ¿Tendremos el placer de verlos?

—Sí. Phillip está en Oxford, pero volverá a casa cuando termine el trimestre. En cuanto a Henry, ha salido unos días para atender... unos asuntos familiares, pero pronto volverá.

Su padre exclamó:

—¡Cuánto me alegro!

Emma forzó una sonrisa, pero sintió un escalofrío al pensar que tendría que volver a encontrarse con Henry Weston.

# Capítulo 3

*No puedes imaginar el viaje que hicimos por Cornualles. Ojalá hubieras podido acompañarnos a sus antiguas iglesias, al interior de sus cuevas, a la profundidad de sus minas y a lo alto de sus vertiginosas montañas, donde se escucha el rugido de su indescriptible mar verdososo.*

Charles Dickens

CUANDO sir Giles los dejó solos, Emma y su padre tomaron una cena ligera. Luego apareció el ama de llaves con una lámpara en la mano para acompañarlos a su habitación.

—Dormirán en el ala sur —dijo la señora Prowse, mientras los guiaba hasta una sencilla escalera de estilo georgiano, un añadido al antiguo vestíbulo principal.

Cuando llegaron al segundo piso, su padre se detuvo para mirar arriba. Emma siguió su mirada hasta el alto techo, surcado de inmensas vigas de madera, enormes y negras como la pez.

—¿Cuándo fue construida la mansión? —preguntó el señor Smallwood.

La señora Prowse se volvió y extendió el brazo para dibujar un amplio arco.

—El vestíbulo tiene más de trescientos años. Originalmente era la única estancia de la casa, a excepción de las alas laterales, destinadas a las cocinas y los establos. A lo largo de los siglos se han ido añadiendo más pisos y nuevas alas.

*Ah*, pensó Emma. Eso explicaba la extraña mezcla de estilo medieval, tudor y georgiano que había advertido tanto en el exterior como en el interior de la casa.

El ama de llaves los guio dos pisos más arriba por aquella escalera chirriante, deteniéndose en cada uno de ellos para encender las lámparas.

—El ala norte de la casa se extiende en esa dirección —dijo la mujer, señalando con la barbilla—. Pero no deben aventurarse hasta allí —añadió, señalando el pasillo opuesto. La mujer se dio la vuelta y los llevó por el otro pasillo, que tenía el suelo irregular después de siglos de reformas y añadidos.

A mitad de camino, la señora Prowse se detuvo delante de una puerta.

—Esta es su habitación, señor Smallwood. La habitación de la señorita Smallwood está a la vuelta de la esquina, al final del pasillo siguiente.

Su padre frunció el ceño.

—¿No podría alojarla más cerca?

Consciente de las molestias que habían causado, Emma se apresuró a decir:

—No te preocupes, papá. No estoy tan lejos.

La señora Prowse asintió. Luego preguntó a su padre:

—¿Dispone usted de un criado, señor Smallwood?

—Me temo que no. Pero me las arreglo perfectamente yo solo.

—Le atenderá Jory, nuestro criado. ¿Y usted, señorita? Me imagino que viaja también sin criada, ¿no?

—Así es.

En casa, la señora Malloy o la criada, Nancy, la ayudaban a vestirse. Y ella misma se encargaba de peinarse.

—En ese caso le enviaré a Morva, nuestra criada más joven.

Emma se sintió incómoda, como siempre que alguien le hacía saber que necesitaba ayuda. Pero lo cierto era que la necesitaba. La mayor parte de sus vestidos se abrochaban por la espalda.

—Gracias —murmuró.

La señora Prowse iba a darse la vuelta, pero pareció recordar algo y la miró levantando un dedo.

—Ah. Antes de que se me olvide. A partir de ahora tomarán sus comidas

en el cuarto del mayordomo. El señor Davies los acompañará.

—Muy bien. Gracias.

Como Emma sospechaba, su estatus en la casa era solo ligeramente superior al de los criados. Pero haberlo adivinado no le produjo ningún placer.

Después de dar las buenas noches a su padre, Emma siguió al ama de llaves hasta el final del pasillo. A continuación doblaron la esquina y recorrieron el pasillo siguiente. Por el camino, Emma iba observando los viejos retratos de las paredes, que la miraban con ojos curiosos bajo la parpadeante luz de las velas. Un escalofrío le recorrió la espalda. De pronto deseó que su habitación estuviera más cerca de la de su padre.

Al final del pasillo, la señora Prowse abrió una puerta. Emma entró en la habitación y se alegró de ver una vela encendida en la mesilla y un pequeño fuego chisporroteando en la chimenea.

—Si necesita algo, llámeme —dijo el ama de llaves.

—Gracias —dijo Emma una vez más. Se sentía como un loro al que solo hubieran enseñado a decir una palabra.

Después de asegurarse que la criada vendría enseguida, el ama de llaves se despidió y cerró la puerta.

Emma echó un vistazo a la habitación. Su baúl descansaba al lado del armario, pero no tenía fuerzas para deshacerlo. Había tomado la precaución de guardar un camisón, un peine y polvos para los dientes en su bolso de mano. Con eso se las arreglaría para pasar la noche. Acababa de colocarlo todo en el aguamanil cuando oyó unos golpes en la puerta.

—¿Sí?

La puerta se abrió con un crujido y una joven asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Emma se sorprendió de que la criada se molestara en preguntar.

—Por supuesto —dijo.

La joven la miró con una pícaro sonrisa. Unos graciosos tirabuzones oscuros enmarcaban su rostro pecoso. No llevaba delantal, y su bonito vestido marfil parecía demasiado elegante para su condición.

—No parece usted una criada —dijo Emma sin darse cuenta.

La muchacha hizo una pequeña reverencia.

—Gracias, señorita. Es que no lo soy.

Emma enrojeció.

—Discúlpeme. El ama de llaves me dijo que la criada vendría inmediatamente.

—¿Ah, sí? Menos mal. Pensaba que esa vieja se olvidaría de llamarla y que tendría que desvestirse usted sola. Por eso se me ocurrió pasarme por aquí, para ver si necesita algo. Yo tampoco tengo criada. Me atiende el ama de llaves.

—Ya veo.

Emma esperó a que la muchacha se presentara, pero ella se limitó a quedarse allí, sonriendo. *Es una joven muy bonita*, pensó Emma. *Debe de tener unos diecisiete años. Solo unos pocos menos que yo.*

—Permítame que me presente –dijo Emma, tomando la iniciativa–. Soy la señorita Emma Smallwood –luego se quedó callada y arqueó las cejas con aire expectante.

—¡Ah! –exclamó la muchacha–. Discúlpeme. Yo soy Lizzie. Lizzie Henshaw.

Emma esperó a que la joven explicara cuál era su relación con la familia. Pero, al ver que no añadía nada más, le preguntó:

—¿Y usted es...?

La muchacha la miró, muy sorprendida.

—¿No había oído hablar de mí? –preguntó–. Estos chicos... No sé de qué me sorprende. Yo soy la ahijada de lady Weston. Pensaba que lo sabía. Hace tres años que vivo en esta casa. ¿Phillip nunca le habló de mí?

—No, que yo recuerde.

Al ver su cara de decepción, Emma se apresuró a añadir:

—Pero hace ya tres años que no lo veo, así que es posible que me hablara de usted y lo olvidara.

Lizzie se encogió de hombros.

—No se preocupe. Si alguna vez le habló de mí, seguro que lo hizo para burlarse. Le encanta gastarme bromas. Todos los jóvenes son iguales, ¿no le parece?

Lizzie la miró con ojos brillantes.

—Ah, hablando de jóvenes. ¿Ha conocido ya a los mellizos?

—No.

—Su padre va a tener mucho trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque son incapaces de estar sentados. Sobre todo desde que su institutriz se fugó con el profesor de dibujo. Y de eso hace ya unos años.

—Sir Giles mencionó que tenían un profesor de latín y griego.

—¿Quién? ¿El señor McShane? Sí, el vicario les da clase unas horas a la semana. Es un hombre muy guapo, aunque algo entrado en carnes...

—¿Pero es buen profesor?

Lizzie arrugó su nariz pecosa.

—De eso no tengo ni idea. Confieso que de vez en cuando me paso por la biblioteca para echar un vistazo. Pero no entiendo nada de lo que dice.

*Qué triste*, pensó Emma. Sabía que la mayor parte de las jóvenes de su edad desconocían el latín, y que los hombres —al menos la inmensa mayoría— preferían que fuera así.

Lizzie prosiguió:

—En cualquier caso, los mellizos siempre han hecho lo que han querido. Son mucho más traviosos que sus hermanos mayores —añadió, encogiéndose de hombros—. Pero ya sabe, todos los jóvenes son iguales.

—Me imagino que mañana tendré el placer de conocerlos.

Una vez más llamaron a la puerta, y una diminuta criada con cofia y delantal entró en la habitación.

—¿Me buscaba, Morva? —preguntó Lizzie.

—Sí, señorita. Estaba en su habitación esperándola. La señora Prowse me ordenó que la atendiera a usted primero.

—No se preocupe —dijo Lizzie—. Atienda primero a la señorita Smallwood. Ha hecho un largo viaje y debe de estar agotada. Yo no tengo ninguna prisa.

La criada se mordió el labio.

—Adelante —dijo Lizzie, señalando a Emma—. Si lady Weston se enfada, dígame que yo se lo ordené más imperiosamente.

La criada frunció el ceño.

—¿Más qué?

—Écheme la culpa —aclaró Lizzie, abriendo la puerta. Antes de marcharse, la joven se dio la vuelta y le guiñó un ojo—. La veré por la mañana, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Espero que pasemos mucho tiempo juntas —sonrió Lizzie—. Creo que soy la única persona que se alegra de su presencia en esta casa.

Emma forzó una sonrisa.

A los pocos minutos, la criada terminó de desvestirla y se fue a atender a Lizzie. A pesar del cansancio, Emma decidió escribir unas palabras en su diario, como solía hacer todas las noches antes de dormir. Eso la ayudaría a calmarse un poco. La joven se metió en la cama, se cubrió las piernas con las mantas y colocó su tabla de escribir sobre el regazo. Después de destapar el tintero, mojó su pluma y escribió:

La acogida en la mansión Ebbington ha sido muy desconcertante. Al parecer, nuestra llegada ha sido inesperada e inoportuna, y eso que lo planeamos todo con mucho cuidado y enviamos una carta explicando nuestros planes. Si no tuviéramos la casa alquilada, no me habría importado darme la vuelta y volver. Pero ya es demasiado tarde para eso.

Espero que lady Weston se acostumbre a nuestra presencia y que los mellizos terminen encariñándose de papá, como hicieron Phillip y Henry cuando eran pequeños. Espero también que papá mejore su ánimo, después de tantos meses sumido en la melancolía. Si los hermanos Weston hablan bien de papá, lady Weston podrá terminar acostumbrándose a tener un tutor privado en su casa. A él y a su hija. Mañana va a ser un día importante. Pienso hacer todo lo posible para que papá cause buena impresión.

Afortunadamente, la fría acogida se ha visto compensada por dos pequeños consuelos. El primero es que Henry Weston no está en casa. Y el segundo tiene que ver con una muchacha llamada Lizzie Henshaw. Al

parecer es la ahijada de lady Weston. Me imagino que será la hija de un familiar de la señora, probablemente una huérfana que se ha instalado en la casa, al parecer de manera permanente. No recuerdo que Phillip me hablara de ella, y no entiendo por qué.

De todas las personas que he conocido hoy, Lizzie es la más simpática. Es la única que parece alegrarse de nuestra presencia. Tan solo es unos años más joven que yo, pero espero que lleguemos a ser buenas amigas. Me alegra tener una compañía femenina en la casa. No me gusta hacer juicios precipitados, pero me ha parecido que...

Un extraño aullido penetró por la puerta. Emma se quedó paralizada con la pluma en la mano. El corazón le latía a toda velocidad. Al cabo del rato volvió a escucharlo otra vez. Se trataba de un lamento agudo, similar al que haría un niño enfermo, o una mujer asustada, o... un fantasma. Emma trató de calmarse. Sin duda, tenía que haber una explicación natural para aquel sonido sobrenatural.

La joven cerró los ojos y prestó atención. De pronto oyó unos pasos lejanos que recorrían el pasillo a toda velocidad. Será una criada, pensó. ¿Pero por qué razón corría tan rápido? ¿Habría ocurrido algo grave?

Emma recordó que ya no estaba en su humilde casa, con la señora Malloy y Nancy. En la mansión Ebbington había un ejército de criados que se pasaban día y noche encendiendo chimeneas, llevando agua caliente y quién sabe qué más. Seguramente no sería nada grave.

¿O sí...?

*Plop.* Una mancha de tinta aterrizó en su diario, errando por poco su blanco camisón. Aquello bastó para sacarla de su desconcierto. Emma se apresuró a tapar el tintero y a guardar sus utensilios de escritura.

Pero tardó un buen rato en quedarse dormida.

A la mañana siguiente, después de levantarse, Emma se aseó con el agua que quedaba en la jarra. Luego se vistió lo mejor que pudo, consultando su reloj de vez en cuando. Esperaba que la criada llegara pronto para abrocharle el vestido y empezar su jornada cuanto antes.

Finalmente, Morva irrumpió en la habitación, murmurando diversas disculpas.

—Discúlpeme, señorita. No estoy acostumbrada a atender a dos personas. Tengo mucho trabajo.

Morva le ató el corsé y abrochó los corchetes de su vestido color lavanda.

—Ya está lista, señorita. ¿Desea algo más?

—No me vendría mal un poco de agua fresca. Cuando pueda.

—Ah. Muy bien. Luego limpiaré su habitación. Pero primero tengo que...

—Emma no llegó a escuchar el final de la frase, porque la criada ya se había marchado.

Después de peinarse, Emma se miró en el espejo del aguamanil. Sus ojos verdes parecían cansados, y sus mejillas lucían más pálidas que de costumbre. Se había recogido el cabello en un moño, pero unos ricitos dorados le caían en mechones encima de la frente. Emma empezó a pellizcarse las mejillas, pero se obligó a detenerse. Deseaba causar buena impresión a sus alumnos. Pero, aparte de eso, no tenía ninguna necesidad de parecer bonita. Ni Phillip ni Henry Weston estarían presentes para verla. No es que se sintiera atraída hacia ninguno de los dos, pero... en fin, no le importaba demostrarles que había mejorado con la edad.

Al ver que su padre no estaba en su habitación, Emma bajó las escaleras que conducían al vestíbulo. Cuando llegó al final, se encontró con Lizzie Henshaw, que la esperaba con los brazos abiertos.

—¿Ha visto qué pronto me he levantado? Le aseguro que no acostumbro a salir de la cama a estas horas. Llamé a Morva al amanecer y luego le ordené que fuera a atenderla a usted. No le viene mal estar ocupada, se lo aseguro. Es una descarada —dijo Lizzie, guiñándole un ojo—. Seguro que estará preguntándose por qué me he levantado tan temprano. Pues verá. Estoy segura de que no sabe dónde tiene que desayunar. ¿A que no?

—El ama de llaves me dijo que debía tomar las comidas en el cuarto del

mayordomo.

—Sí, ¿pero acaso sabe dónde está?

Emma negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea.

—¿Ve? Lo suponía —Lizzie la tomó del brazo y la guio por el vestíbulo—. Es por aquí.

—Pero... ¿y mi padre...?

—Su padre ya ha desayunado, ha ido a dar un paseo y está en la sala de estudio preparándolo todo. Es un hombre muy madrugador.

—Sí —admitió Emma, sorprendida de haberse levantado tan tarde. La verdad es que no había dormido muy bien—. Lizzie, ¿anoche no oyó algo raro? —preguntó.

—¿El qué?

—Un aullido.

Lizzie sacudió la cabeza.

—Seguramente fue el viento. A veces hace sonidos muy extraños. Julian dice que es un fantasma, pero lady Weston asegura que es el viento. De todas formas, no sé por qué se ha empeñado en alojarla en esa habitación, llena de corrientes de aire y tan lejos de la familia... —Lizzie se detuvo bruscamente—. Bueno, en realidad sí lo sé. No le ha gustado comprobar que la hija del tutor está hecha una mujer. Lady Weston no quiere que ninguna joven soltera se acerque a sus queridos hijos. Anoche me dijo: «Menos mal que la señorita Smallwood no es bonita» —Lizzie observó detenidamente a Emma y sacudió la cabeza—. Pero yo no estoy de acuerdo. A mí sí me parece bonita. A su modo, pero bonita.

—Gra... Gracias —murmuró Emma, sorprendida por la franqueza de la muchacha. Lady Weston es una mujer muy desagradable, pensó Emma, antes de recordar que no debía hacer juicios precipitados.

—Ojalá pudiera cenar con nosotros —dijo Lizzie—. Pero, por desgracia, lady Weston es muy rigurosa en cuestiones de protocolo. Es una lástima. Le aseguro que las comidas son un auténtico aburrimiento, especialmente desde que Henry y Phillip no están aquí —Lizzie suspiró—. Menos mal que el señor Davies es un hombre simpático, aunque es algo dentón y un poco viejo para

usted. A lo mejor le gusta más el señor McShane.

Emma frunció el ceño.

—Señorita Henshaw, yo...

—Por favor, llámeme Lizzie.

—Muy bien, Lizzie. Espero que no tenga la errónea impresión de que he venido aquí buscando un marido.

Lizzie volvió a detenerse.

—¿Ah, no? A lady Weston le gustará mucho saberlo.

—¿Y por qué iba a pensar que he venido a eso? —preguntó Emma.

Lizzie la miró maliciosamente.

—¿Entonces a qué ha venido?

—Para ayudar a mi padre. Nosotros... quiero decir... mi padre enseña distintas asignaturas, y yo soy su ayudante. Además... hace solo tres años que mi madre falleció. No quiero dejarle solo.

—Lo entiendo.

Emma advirtió que Lizzie se resistía a revelar cualquier tipo de información sobre su familia, pero no quiso presionarla. En lugar de eso le preguntó:

—¿Sabe por qué ha resultado tan inoportuna nuestra llegada?

Lizzie se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Ayer todo el mundo estaba muy nervioso. A mí me enviaron a mi habitación para que no molestara. Al parecer tenía algo que ver con Henry.

—Sir Giles mencionó que Henry había salido para atender unos asuntos familiares.

—¿Ah, sí? No lo sabía. A mí nadie me cuenta nada. Dicen que no sé guardar secretos —Lizzie le guiñó un ojo—. ¿Y sabe qué? Tienen razón.

Emma trató de memorizar aquella información para recordarla en el futuro.

Lizzie le tiró del brazo y la guio por un pasillo.

—El cuarto del señor Davies está aquí, junto a la puerta del servicio —la joven se detuvo delante de una puerta—. Ya hemos llegado. Por cierto, no se acostumbre a tener una señorita de compañía. Pienso retomar mis perezosas costumbres mañana mismo —dijo la joven, guiñándole un ojo. Emma no pudo

evitar sonreír.

Cuando Lizzie se hubo marchado, Emma entró en el cuarto del mayordomo. En su interior había una sencilla mesa con un mantel y varios cubiertos. En el aparador vio una tetera y varias bandejas con pan, carnes frías, huevos hervidos y dulces. Las migas y las tazas usadas en el mantel indicaban que al menos dos personas habían desayunado allí antes que ella. Emma se sirvió una taza de té y un huevo hervido y se sentó a comer en silencio.

Media hora después subió a la sala de estudio. Su padre estaba sentado en su escritorio, hojeando un libro. Dos jóvenes ocupaban unas mesas delante de él. La sala era estrecha y alargada, y el techo, que se inclinaba abruptamente en uno de los extremos, tenía unos tragaluces desde los que se podía ver el tejado y, más allá, la costa.

Su padre levantó la cabeza.

—Ah, Emma. Eres tú —dijo, invitándola a pasar.

Emma entró en el aula y se quedó de pie junto al escritorio de su padre. Estaba acostumbrada a presentarse cada vez que llegaba un alumno nuevo a Longstaple, pero en casa de los Weston se sentía más cohibida que nunca.

—Chicos, me gustaría presentaros a mi hija, la señorita Smallwood. Ella me asistirá en las clases. Emma, este es Julian Weston —dijo su padre, señalando a uno de los mellizos—. Y este es su hermano Rowan.

—Yo soy Rowan. Él es Julian —le corrigió uno de ellos.

—Oh. Disculpe.

Emma observó a los dos chicos, o, mejor dicho, a los dos hombres. No eran del todo idénticos, pero era lógico que su padre los hubiera confundido. Ambos llevaban el cabello corto y oscuro y tenían los ojos azules. Sin embargo, Julian tenía la cara más redonda y pecas en la nariz, y sus ojos eran de un azul más pálido. Además, parecía mucho más joven que su hermano.

Rowan tenía el rostro más alargado y anguloso, y la piel ligeramente más oscura. En cuanto a sus ojos, eran de un azul más profundo que los de Julian, y su labio superior, más pronunciado.

Ambos eran muy guapos, pero Julian seguía pareciendo un adolescente, mientras que Rowan era un hombre en toda regla. En cualquier caso, ambos eran más mayores de lo que pensaba.

—Todavía no hemos podido empezar —dijo su padre—. Cuando llegué esta mañana, la sala estaba desordenada y el baúl, sin deshacer.

El señor Smallwood había llenado su baúl con mapas, cuadernos escolares y libros de consulta.

—Tuve que pedirle al ama de llaves que barrierá un poco y quitara el polvo —dijo su padre—. Aún no me ha dado tiempo a organizarme.

—Ya me encargaré yo —dijo Emma—. Tú sigue adelante con tu clase.

Su padre asintió.

—Gracias, querida. Al parecer, el vicario les enseña en la biblioteca de su padre.

—El señor McShane dice que esta sala es para niños —intervino Rowan—. Y nosotros tenemos casi dieciséis años.

El señor Smallwood le sonrió.

—Tiene razón. Ustedes son ya unos caballeros. Pero no está mal que yo tenga mi propia aula y el señor McShane la suya —el hombre miró a Emma—: He acordado con sir Giles que el vicario puede seguir enseñándoles latín y griego. Al menos lo que queda de semana. Así tendremos más tiempo para instalarnos.

Emma asintió. Su padre volvió a concentrarse en el libro.

—Emma, estaba buscando el párrafo sobre la importancia de los clásicos en la educación. ¿Recuerdas dónde estaba?

—En el capítulo dos, creo. Hacia la mitad.

Después de pasar unas cuantas páginas, el rostro de su padre se iluminó.

—Sí. Aquí está. Chicos, id a la página quince del libro.

Los mellizos abrieron sus libros. Rowan con entusiasmo, Julian de mala gana.

El señor Smallwood miró a Julian.

—¿Puede empezar a leer, Rowan?

—Julian —gruñó el joven.

—Sí. Discúlpeme.

*Dios mío*, pensó Emma. *Esto no ha podido empezar peor*. Tendría que enseñar a su padre a distinguirlos.

Mientras su padre daba la clase, Emma llevó el baúl a una esquina y,

silenciosamente, empezó a sacar los libros y el resto del material escolar. Luego empezó a colocar los libros en la estantería, con la esperanza de encontrarlos fácilmente.

Cuando la clase terminó y su padre dejó salir a los chicos, Emma apenas se inmutó. Y, cuando el señor Smallwood anunció que iba a dar un paseo por los alrededores, Emma se limitó a asentir y siguió ordenando. Había libros muy buenos en aquella sala. Libros que llevaban años sin que nadie los leyera. No seguían un orden lógico, pero Emma decidió ponerle remedio cuanto antes. Decidió crear un índice por autor y materia. Siempre le había gustado catalogar, organizar y ordenar el caos.

Los libros que no conocía, Emma los hojeaba para catalogarlos en función de su contenido. Muchos le parecieron fascinantes. Era una lástima que estuvieran allí acumulando polvo. Si había semejantes tesoros en aquella sala, ¿qué maravillas no escondería la biblioteca de sir Giles? Emma se preguntó si el barón le dejaría leerlos alguna vez.

A no ser que se pareciera a su hijo Henry. En ese caso, ya podía olvidarse.

Cuando llegó a Longstaple, Phillip la invitó a tomar prestados sus libros. Pero su hermano mayor no quiso dejárselos por nada del mundo.

El día que Henry llegó al internado, Emma tenía once años. Él tenía catorce, y era un joven callado y antipático. Después de mirar el montón de libros que asomaban en su baúl, Emma le preguntó si necesitaba ayuda para deshacer el equipaje. Él se apresuró a cerrarlo.

—Le agradecería que no tocara mis cosas. Aquí no hay juguetes.

Emma señaló las cajas de soldaditos que había encima de la cama.

—¿Y eso qué es?

Henry la miró con rabia.

—Son figuritas militares en miniatura. Y, como se le ocurra referirse a ellas de otra manera, se lo haré pagar muy caro.

Emma se asustó.

—No me extraña que su familia le haya enviado aquí —dijo.

Era la primera vez que hacía un comentario tan cruel. Y además, a un alumno. ¿Qué le había ocurrido? Ciertamente, aquel joven le resultaba muy desagradable. Pero eso no excusaba su comportamiento.

Por un segundo, Henry la miró con la boca abierta. Parecía que iba a echarse a llorar. Pero, al momento, su rostro volvió a endurecerse otra vez. Finalmente le cerró la puerta en la cara, dejándola sola en el pasillo.

Una voz femenina la distrajo de sus pensamientos.

—¿Es que no piensa salir de ahí?

Emma se dio la vuelta y vio a Lizzie en la puerta de la sala, mirándola con una sonrisa.

—Qué trabajadora es usted —dijo Lizzie—. Sigue ordenando cuando todo el mundo se ha ido. Me parece que su padre se ha tomado el resto del día libre.

Emma frunció el ceño.

—¿Qué hora es?

—Hace tiempo que dieron las cuatro. Se ha perdido el té, y, como no vaya a cambiarse ahora mismo, llegará tarde a la cena.

Emma se incorporó. Al hacerlo notó que le dolían terriblemente las rodillas.

—¿Tengo que cambiarme?

—Sí. Incluso aquí, en el *salvaje* Cornualles, nos gusta vestirnos para cenar —bromeó Lizzie—. Y usted también debería hacerlo. Tiene la cara y el vestido manchados de polvo.

Emma se llevó las manos a las mejillas, avergonzada.

Lizzie sacó un pañuelo de la manga y se lo dio. Luego señaló su mejilla para indicarle dónde se había manchado.

Emma se frotó la mancha.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor —dijo Lizzie, tomándola del brazo—. Venga, yo la ayudaré a cambiarse. Quién sabe dónde estará Morva a estas horas.

—¿Y usted? ¿No va a cambiarse también?

—Oh, yo tengo tiempo de sobra —explicó Lizzie—. La familia cena más tarde.

—Ah.

Así que Lizzie formaba parte de la familia.

De camino a su habitación, Emma oyó que lady Weston hablaba con sus hijos en el piso de abajo.

Lizzie le apretó el brazo y se puso un dedo en los labios.

—Shhh...

—¿Qué tal el nuevo tutor? —preguntó lady Weston.

—Un aburrimiento, mamá —dijo Julian con su voz profunda.

—No está tan mal —intervino Rowan—. Y la señorita Smallwood es muy simpática.

—Más que el cascarrabias de su padre, desde luego.

—Julian, ten cuidado con lo que dices —le regañó sir Giles—. El señor Smallwood es un profesor muy culto y de gran reputación. Se merece un respeto.

—¿Y eso qué tiene que ver? —objetó lady Weston—. No puedes regañarle por expresar su opinión, querido.

Emma se alegró de que su padre no estuviera presente. Como no le gustaba escuchar a escondidas, tiró de Lizzie para que ambas siguieran su camino. Cuando doblaron la esquina, Lizzie susurró:

—No se lo tome a mal. Ya le dije que los mellizos no soportan estar sentados. Solo se portan bien cuando viene el señor McShane a recitarles los verbos latinos.

—¿Nunca han ido a un colegio?

—Una vez. «El mejor colegio del suroeste de Inglaterra», solía decir lady Weston.

Emma se quedó sorprendida. No sabía que hubieran ido a un colegio.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

Lizzie frunció el ceño.

—No lo sé. De todos modos, no les gustó. Al parecer, el director era muy severo. Y los demás estudiantes, una panda de salvajes. Así que lady Weston los trajo de vuelta a casa.

Emma recordó la carta de sir Giles. El barón mencionaba que, según lady Weston, sus hijos eran demasiado delicados para vivir lejos de su madre. Emma se preguntó por qué los habían enviado a un colegio desconocido, en vez de mandarlos a la Academia Smallwood.

Una vez en su habitación, Lizzie abrió el armario y examinó sus vestidos, con la misma curiosidad con la que Emma habría hojeado un libro.

—¿Solo ha traído esto?

—Me temo que sí.

Lizzie chasqueó la lengua.

—¿Tan pobres son los tutores? —preguntó abiertamente.

—He dejado algunos vestidos en casa —dijo Emma—. Solo podía traer un baúl.

Lizzie echó un vistazo a sus libros, que se amontonaban en el suelo y en la mesilla.

—Pero, por supuesto, no podía renunciar a sus libros.

—No.

Lizzie tomó un libro de la mesilla y lo hojeó distraídamente.

—Confieso que nunca me han interesado los libros...

—Y yo que creí que podríamos ser amigas... —dijo Emma.

Lizzie la miró con el ceño fruncido. Emma se apresuró a decir:

—Solo era una broma. Sé que la mayoría de las mujeres no aman los libros tanto como yo.

—Una literata sin remedio —dijo Lizzie—. Así es como la describió Henry una vez que hablaba de usted con su hermano.

Emma esbozó una triste sonrisa.

—Sí. Ese comentario es muy propio de él.

Lizzie tomó otro volumen de la mesilla. Emma sintió un vuelco al corazón.

—Oh, ese es mi diario —dijo, corriendo hacia ella—. No creo que le interese.

Lizzie se resistió a devolvérselo, pero finalmente le entregó el diario con su sonrisa habitual.

—¡Oh, la la! Seguro que está escribiendo una novela gótica, llena de secretos familiares y escándalos —Lizzie arqueó las cejas—. Eso *sí* que me gustaría leerlo.

Emma decidió añadir *entrometida* a la lista de cualidades de Lizzie Henshaw.

Lizzie le ayudó a ponerse su vestido favorito de muselina marfil, con flores bordadas en el corpiño y en la falda. A continuación, Emma se puso una túnica rosa, que se abotonaba debajo del pecho y estaba ribeteada de cinta en

el cuello y en los puños. Lizzie comentó que la túnica era muy elegante, pero que hacía siglos que no veía una igual. Emma forzó una sonrisa y le dio las gracias. A continuación, ambas bajaron las escaleras.

Para hacer conversación, Emma le preguntó:

—He oído que Phillip vino a casa por Pascua.

—Sí. Estuvo dos semanas antes de regresar a la universidad.

—¿Y cómo le encontró?

—Me pareció que echaba de menos su casa.

Emma la miró de reojo.

—¿No le gusta la universidad?

—¿A quién puede gustarle la universidad? Lo digo sin ánimo de ofender, señorita Smallwood.

Las dos llegaron al cuarto del mayordomo, por lo que no hizo falta que Emma respondiera. Su padre ya estaba sentado a la mesa, mientras el señor Davies llenaba dos copas de bebida.

—Este es mi padre, el señor Smallwood —anunció Emma—. Papá, te presento a la señorita Lizzie Henshaw.

—¿Cómo se encuentra, señorita Henshaw?

Emma se apresuró a añadir:

—La señorita Henshaw es la ahijada de lady Weston.

—Encantado de conocerla, señorita.

El mayordomo se dio la vuelta e hizo una brusca reverencia.

—Yo soy el señor Davies. Encantada de conocerla, señorita Smallwood. Liz... quiero decir... señorita Henshaw...

—Buenas noches, señor Davies —dijo Emma.

El mayordomo iba vestido de negro como un caballero. Su cabello repeinado era todavía oscuro, pero sus patillas lucían un brillo plateado. Tenía unos pliegues en el rostro que le caían a ambos lados de la boca, como si fuera un perro de caza, y su voz poseía un extraño acento. ¿Tal vez escocés?

Su padre aceptó una copa de jerez.

—Iba a preguntarle al señor Davies si tendremos el placer de ver a Henry —dijo el señor Smallwood, mirando a Lizzie—. Pero tal vez usted lo sepa.

Lizzie sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea de adónde ha ido. ¿Lo sabe usted, señor Davies?

El rostro del mayordomo se contrajo en una extraña mueca.

—Yo creo que... —empezó a decir. Luego se aclaró la garganta—. Bueno, en realidad no sé cuándo volverá; creo que nadie lo sabe con exactitud.

—¿Ve? Se lo dije —protestó Lizzie, mirando a Emma—. En esta casa nadie confía en mí. Ni siquiera el señor Davies. Bueno, les dejo cenar. Espero que no murmuren sobre mí en mi ausencia —dijo, antes de marcharse.

Después de despedirse de Lizzie, Emma se sentó a la mesa mientras un criado les servía la sopa. Durante la cena, el señor Davies les habló un poco de su vida. Al parecer había sido el mayordomo de lady Weston desde que era niña. Cuando su señora contrajo matrimonio con sir Giles, Davies se trasladó con Violet Heale-Weston a la mansión Ebbington, donde empezó a trabajar de mayordomo, con el objetivo de administrar sus bienes y supervisar a sus arrendatarios. Había estado casado, pero su esposa había fallecido hacía unos años.

El padre de Emma mencionó la pérdida de su propia esposa, y los dos viudos compartieron confidencias durante un tiempo, lo que le permitió a Emma —que estaba agotada tras el ajetreo de las últimas semanas— sumergirse en un cómodo silencio.

Tan pronto como le permitió el protocolo, Emma se retiró a su habitación e hizo sonar la campanilla para llamar a Morva. Cuando la criada terminó de desvestirla, Emma se metió en la cama con su diario, pero se quedó dormida antes de poder escribir una sola línea.

# Capítulo 4

*A las muchachas inteligentes se las miraba con recelo. Enseguida eran calificadas de «literatas», término que poseía un matiz profundamente despectivo.*

Sharon Lauder milk y Teresa L. Hamlin,  
*La mujer en el período de la Regencia*

**A** LA mañana siguiente, Emma volvió a encontrar la habitación de su padre vacía, de modo que bajó sola a desayunar. Cuando se acercaba al cuarto del mayordomo, le pareció escuchar unas voces masculinas y dedujo que el señor Davies y su padre estarían desayunando juntos. Pero, cuando entró, encontró al señor Davies sentado en su escritorio, hablando con un hombre al que no había visto nunca, un hombre que aún no se había quitado ni el abrigo ni la gorra.

*Qué maleducado, pensó Emma.*

Debajo de la gorra de *tweed* del desconocido asomaban unos mechones de cabello pelirrojo. Será un comerciante o un granjero, pensó Emma, aunque su traje, de buena calidad, contrastaba con su sencilla gorra y su cabello descuidado.

El hombre la miró. Sus ojos se posaron en su rostro y luego en su pecho. Emma se alegró de llevar un pañuelo atado al cuello, aunque no le tapara lo suficiente.

El señor Davies se levantó.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días.

Emma aguardó, pero Davies no quiso presentarle al desconocido.

—¿Desea que... vuelva en otro momento? —titubeó Emma—. La verdad es que no tengo mucha hambre.

—No, señorita —repuso Davies, fulminando al hombre con la mirada—. El caballero estaba a punto de irse.

—Por favor, no se preocupen por mí —sonrió el hombre—. ¿Ha dicho señorita?

El señor Davies siguió resistiéndose a hacer las presentaciones, así que Emma asintió bruscamente.

El hombre esbozó una malvada sonrisa.

—Había oído que tenían invitados en la mansión, pero no esperaba encontrarme con una joven tan atractiva.

Emma notó que le ardían las mejillas. Rápidamente se dio la vuelta y se sirvió unas rebanadas de pan para el desayuno. ¿Cómo iba a comer si el hombre no dejaba de mirarla?

Pero acababa de dejar el plato sobre la mesa cuando el hombre se levantó.

—Entonces nos veremos a primeros de mes, Davies. No estoy dispuesto a esperar ni un día más.

El mayordomo suspiró profundamente.

—Haré lo que pueda.

Después de mirar a Emma por última vez, el hombre pelirrojo se ajustó la gorra y se marchó.

Davies se quedó el tiempo suficiente para preguntarle si necesitaba algo más. Luego hizo una pequeña reverencia y se retiró.

Una vez más, Emma desayunó a solas.

Cuando terminó, se sorprendió de encontrar a su padre en la puerta del servicio, abrochándose el abrigo y tomando su bastón del perchero.

—Buenos días, papá —le dijo.

—Buenos días, Emma.

—¿Adónde vas?

Emma temió que su padre le pidiera dar la clase en su lugar. No quería pensar en lo que diría lady Weston cuando se enterara.

—Voy a dar un paseo. Los mellizos están en la biblioteca con el vicario.

—¿Y no te importa?

—En absoluto —respondió su padre—. Estoy seguro de que el latín del vicario es mucho mejor que el mío.

A Emma le sorprendió que su padre estuviera dispuesto a admitir algo semejante.

—En cualquier caso —prosiguió el señor Smallwood—, quiero aprovechar mi tiempo libre para conocer la región. ¿Te gustaría acompañarme?

—No. Gracias, papá.

—No sabes lo que te pierdes, querida. La propiedad se extiende hasta unos acantilados que dan directamente al Atlántico. Las olas rompen contra las rocas y sopla una tonificante brisa del océano. En Longstaple no tenemos nada parecido, te lo aseguro. Es un paisaje muy estimulante. Deberías verlo.

Su padre tenía las mejillas sonrosadas, tal vez por el paseo del día anterior. En cualquier caso, hacía mucho que Emma no le veía tan contento.

—Te acompañaré otro día —dijo Emma—. Pero hoy no. Quiero aprovechar para seguir ordenando la sala de estudio.

Después de aconsejarle que anduviera con cuidado, la joven se despidió de su padre. Luego se dio la vuelta y recorrió el vestíbulo. Como no vio a nadie, se acercó sigilosamente a la biblioteca, cuya puerta estaba ligeramente entornada.

Cuando miró por la rendija, vio a Rowan y a Julian sentados en la mesa, inclinados sobre sus papeles. Emma se imaginó que estarían traduciendo algún texto. Paseando delante de ellos había un hombre algo corpulento, cuyo cabello castaño cubría, aunque no del todo, unas orejas prominentes. El hombre llevaba un traje negro y un alzacuellos blanco.

Cuando dejó de pasear, el vicario se cruzó de brazos y observó a sus alumnos. Desde aquella posición, Emma pudo contemplar mejor su rostro. El hombre tenía la nariz bien proporcionada y la boca ancha, con el labio superior bien definido. Su cara era agradable, pensó Emma, aunque no tan atractiva como Lizzie le había hecho creer.

Aparentemente aburrido, el vicario arrugó un trozo de papel y se lo lanzó a Rowan.

Emma frunció el ceño, al igual que hizo Rowan, que levantó la vista con cara de sorpresa.

—Solo quería asegurarme de que seguía despierto, Rowan —dijo el señor McShane.

—Por supuesto que sí. El problema es que el texto es muy difícil.

—Claro —repuso el vicario en tono burlón—. Todo lo que merece la pena lo es.

Rowan torció el gesto, pero volvió a concentrarse en su trabajo.

—¿Y usted cómo va, Julian? —preguntó el vicario.

Julian no se dignó a mirarle.

Al ver que no respondía, el señor McShane le golpeó suavemente en el brazo. Se trataba de un gesto inofensivo, sin mala intención, pero Julian levantó la cabeza y miró al vicario con furia. En su rostro había desaparecido el encanto infantil que Emma vio el primer día. En su lugar había un hombre furioso, dispuesto a pelear.

—Como vuelva a tocarme, le daré un puñetazo.

Emma quiso entrar a poner orden, pero decidió quedarse donde estaba.

En un abrir y cerrar de ojos, Rowan se levantó y se interpuso entre su hermano y el vicario. El joven era casi de la misma altura que el señor McShane. Rowan se quedó de pie, alerta y en tensión, dispuesto... ¿a qué? ¿A defender a su hermano o a golpear a su provocador?

—Le aconsejo que no vuelva a hacerlo, señor McShane —dijo lentamente.

El vicario se llevó la mano al pecho en señal de arrepentimiento.

—*Mea maxima culpa* —dijo—. Le ruego que me perdone. No pretendía hacerle daño ni ofenderle. Lo siento.

Rowan se quedó donde estaba, mientras su hermano miraba al vicario con rabia. Emma esperó con inquietud, temiendo que estallara una pelea.

Pero Julian se limitó a sonreír, como si todo hubiera sido una broma.

—*Te absolvo* —dijo finalmente—. Pero solo por esta vez.

Emma se dio la vuelta y empezó a subir los numerosos escalones que llevaban a la sala de estudio. Por una parte, le aliviaba saber que el vicario tenía las mismas dificultades con los mellizos que su padre. Pero, por otra, le disgustaba haber presenciado semejante falta de respeto a un profesor, y

encima religioso.

Cuando llegó al aula, siguió catalogando los libros que llenaban las estanterías. Entre ellos encontró un volumen polvoriento sobre la historia de Ebford. Emma se arrodilló delante de la estantería y lo hojeó. El libro contenía una lista de las familias que habían fundado el pueblo: los Heale, los Trewin, los Teague y los Morgan. *Heale...* ¿No era ese el apellido de soltera de lady Weston? Emma pensó que efectivamente era así, pero no estaba del todo segura.

— —

Aquella tarde, Lizzie la invitó a dar un paseo por la mansión Ebbington. No solo quería enseñarle las habitaciones principales, como había hecho la señora Prowse, sino también las zonas más alejadas de la casa. A Emma le extrañó que la señora Prowse no se hubiera ofrecido a hacer lo mismo. Pero ahora que pensaba en ello, se dio cuenta de que no había vuelto a verla desde que llegaron.

Para empezar, Lizzie le enseñó el piso de abajo.

—La mayoría de las estancias ya las conoce —dijo, señalando las que daban al vestíbulo—: la sala de dibujo, el comedor, el salón, la biblioteca... ¿Ha visto la sala de música?

—No.

Lizzie abrió la puerta y la invitó a pasar. Emma miró detenidamente en su interior. Había numerosos tapices y retratos en las paredes, un piano en el centro y un arpa olvidada en una esquina.

—¿Alguien sabe tocarla? —preguntó Emma.

—¿Se refiere al arpa? Creo que no.

—¿Y el piano?

—Tanto Julian como Rowan tuvieron un profesor de piano durante mucho tiempo. Pero dicen que Julian lo toca mejor.

Emma la miró.

—¿Y usted? ¿Es de la misma opinión?

Lizzie se encogió de hombros.

—Yo no tengo oído para la música —dijo la muchacha, apresurándose a cerrar la puerta—. Venga. Nos quedan más habitaciones arriba.

Emma la acompañó al primer piso.

—Esta es la habitación de lady Weston —dijo Lizzie, abriendo una puerta—. Ese es el vestidor. El dormitorio está ahí —la joven señaló la sala contigua, donde se vislumbraba una preciosa cama con un dosel. Luego echó un vistazo al tocador—. ¿A que nunca había visto nada igual? Aquí hay lociones y ungüentos para alisar las arrugas de un elefante. La verdad es que nunca he visto un elefante, pero en fin... he leído *algunos* libros a lo largo de mi vida.

Emma observó el tocador, con su espejo de tres lunas y su mantel de encaje. La mesa estaba cubierta de cosméticos, cepillos, brochas con mango de plata y un vaso de cristal con flores frescas.

La habitación le pareció muy femenina, pero un poco frívola.

—No deberíamos estar aquí —susurró Emma.

—¿Por qué no? ¿No quiere saber en qué gasta lady Weston su dinero?

—¿*Su* dinero?

Lizzie sonrió maliciosamente, pero no respondió.

—Sígame —dijo, dando media vuelta.

Pero, nada más cerrar la puerta, apareció la mismísima lady Weston al fondo del pasillo.

—Lizzie. Señorita Smallwood. ¿Qué están haciendo aquí? —preguntó, arqueando una ceja.

—Estoy enseñándole la casa a la señorita Smallwood —respondió Lizzie.

Lady Weston miró brevemente a la muchacha y luego a la puerta cerrada.

—Ah. Es muy amable por su parte.

Finalmente abrió la puerta de su habitación y las dos jóvenes siguieron su camino. Pero, nada más darse la vuelta, escucharon su voz.

—¿Lizzie?

Ambas se volvieron.

Los fríos ojos de Violet Weston se posaron en Emma y luego en Lizzie.

—Tenga cuidado, Lizzie. Recuerde que el ala norte está... clausurada. El suelo está en mal estado y... hay poca luz.

Lizzie la miró con ojos brillantes.

—¿Clausurada, señora? No lo sabía.

—Así es, Lizzie.

—Muy bien. Gracias por... preocuparse por nosotras.

Lady Weston volvió a mirarla fijamente.

—Tenga cuidado, Lizzie.

—Siempre lo tengo.

Una vez que lady Weston hubo entrado en su habitación y cerrado la puerta, Emma susurró:

—¿Por qué ha dicho eso?

—No estoy segura. Pero me acabo de acordar de una cosa. Tengo que enseñarle algo.

—Pero... ¡Lizzie!

Emma tuvo que correr para alcanzar a la joven, que trotaba escaleras arriba hacia el piso siguiente, donde Emma y su padre tenían su habitación. Cuando llegó al rellano, en lugar de dirigirse a derecha o izquierda, Lizzie se acercó a una pequeña hornacina. Allí, iluminado por la luz que se filtraba por la ventana, había un retrato.

—Esto es lo que quería enseñarle...

Emma levantó la cabeza para observar el cuadro. La luz del otoño se filtraba por la ventana, tornando la tez del personaje de color dorado. Se trataba de una mujer de unos veinte años, con el cabello oscuro y espeso, las facciones finas y regulares y los ojos azules de Phillip Weston.

—Esta era la primera lady Weston –susurró Lizzie–. La madre de Phillip y Henry.

—Sí, es fácil adivinarlo –dijo Emma–. En su rostro hay un poco de los dos, aunque hace mucho que no los veo.

—Tiene razón –admitió Lizzie–. Cada uno ha heredado parte de sus rasgos.

Emma asintió mientras miraba la imagen con atención.

—¿Y por qué está el retrato aquí, si la mayoría de la familia tiene sus habitaciones en el piso de abajo?

Lizzie la miró arqueando una ceja.

—¿Usted qué cree?

Emma prefirió no responder.

—En mi opinión —siguió diciendo Lizzie—, la primera lady Weston era mucho más bella que la actual. Pero nunca diga que se lo he dicho. Estoy dispuesta a negarlo hasta la muerte.

—No creo que tenga ocasión.

—No esté tan segura. Ahora dígame, ¿está preparada para la mejor parte del recorrido?

Emma deseó que no tuvieran que adentrarse en el ala norte.

—¿Cuál? —preguntó.

Lizzie volvió a arquear las cejas.

—¡Las habitaciones de Phillip y Henry! —la muchacha la tomó del brazo y volvió a conducirla al piso de abajo—. ¿A que nunca ha entrado en la habitación de un caballero? —preguntó con aire condescendiente.

Emma estuvo a punto de decirle que había entrado en la habitación de muchos caballeros. Aunque entonces no fueran caballeros, sino adolescentes... Pero entonces recordó que Lizzie era incapaz de guardar secretos, y decidió no contarle nada que pudiera repetir o malinterpretar.

La habitación de Phillip no le pareció nada del otro mundo. Durante su larga ausencia, las criadas la habían mantenido limpia y ordenada, y los postigos permanecían cerrados para proteger los muebles de los dañinos rayos del sol.

En la habitación de Henry, por el contrario, había montañas de libros encima del escritorio y de la mesilla. Grandes montones de papeles, plumas usadas y tinteros se acumulaban en cada una de las superficies de la habitación. Emma se preguntó cómo se las arreglarían las pobres criadas para limpiar el polvo.

—Pues esto no es nada —dijo Lizzie, al ver su expresión de disgusto—. Tendría que ver su despacho.

—¿Y qué dirían Phillip y Henry si se enteran de esto? —preguntó Emma.

Lizzie se encogió de hombros.

—No creo que les importe. A veces tengo la impresión de que me ven como una hermana pequeña. O como un perrillo adiestrado.

—¿Y usted? ¿También los ve como hermanos?

—Puede ser. Pero eso no me impide coquetear con ellos. Con los cuatro.  
Emma la miró con la boca abierta.

—¿Ah, sí?

—Claro. ¿Por qué no? No me importaría casarme con alguno. Así, los otros tres seguirían siendo mis hermanos.

—¿Le atrae alguno en particular? —preguntó Emma secamente.

—No. Aunque hay uno que me ha declarado su amor.

—Dios mío —suspiró Emma.

Lizzie la miró con una sonrisa. Luego agitó una mano en el aire para quitarle importancia.

—Pero ¿quién puede confiar en las palabras de un hombre?

*Yo sí*, pensó Emma. Ella confiaba en la palabra de su padre. Y una vez confió en Phillip. Y esperaba seguir haciéndolo.

Lizzie la observó detenidamente. Luego estalló en una carcajada.

—Solo estaba bromeando, señorita Smallwood —dijo la muchacha, golpeándose el muslo por encima de su vestido de muselina—. Tendría que verse la cara. ¡Es usted una auténtica puritana!

Lizzie volvió a reír. Emma la miró con desaprobación, lo que la hizo reír todavía más.

Emma se preguntó si alguna vez podría confiar en ella. Cuando iba a darse la vuelta, Lizzie la tomó del brazo.

—Vamos, señorita Smallwood. No se ofenda. Solo me estoy divirtiendo un poco. Es la primera vez que tengo una amiga, y me he dejado llevar por el entusiasmo. Pero a partir de ahora prometo comportarme —dijo, poniéndose la mano en el corazón—. No diré más tonterías. ¿Le apetece jugar a la pelota? No me importaría hacer algo de ejercicio. O podríamos dar un paseo por el pueblo para mirar los escaparates.

—No, gracias. Será mejor que vuelva a la sala de estudio.

Lizzie suspiró.

—Qué aburrida es usted...

Emma tuvo una idea.

—Todavía no me ha enseñado su habitación, Lizzie. Me gustaría mucho verla.

Lizzie frunció los labios.

—No creo que le interese. No hay nada que ver —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero está de camino a la sala de estudio, así que, si quiere, puedo enseñársela.

En el tercer piso, unas extrañas escaleras comunicaban una de las ampliaciones con la siguiente. A mitad del pasillo, Lizzie abrió una puerta. Su habitación parecía limpia y bien iluminada, aunque su decoración era muy austera. Solo se veía una pequeña cama sin dosel ni cortinas y un sencillo aguamanil como el de Emma, aunque Lizzie disponía de tocador y dos grandes armarios llenos de ropa.

—Qué afortunada es usted, Lizzie —suspiró Emma, observando sus vestidos.

—Lady Weston quiere que vista bien. Le preocupan mucho las apariencias.

—Ya veo.

Cuando salieron de la habitación, ambas se separaron. Emma pasó el resto del día en la sala de estudio en compañía de su padre. Más tarde cenó con él y con el señor Davies.

Aquella noche, antes de dormir, empezó varias listas en su diario:

Lizzie Henshaw: simpática, divertida, entrometida y caprichosa. Oculta algo.

Lady Violet Weston: antipática, orgullosa, fría y elegante. Oculta algo.

Luego cerró el diario, apagó la vela y se quedó dormida. Pero al poco tiempo volvió a despertarla un ruido. ¿De qué se trataba esta vez? ¿Tal vez el chirrido de una bisagra? ¿O el cierre de un pestillo? Por un momento se quedó inmóvil, escudriñando la oscuridad. La habitación estaba completamente a oscuras, a excepción de unas ascuas que brillaban débilmente en la chimenea. Los muebles formaban extrañas siluetas en las sombras. ¿Había alguien en la habitación, o era el armario? Emma sintió que se le aceleraba el pulso.

Finalmente se incorporó y susurró:

—¿Quién anda ahí?

Silencio.

Aquí no hay nadie, se dijo. O tal vez era una criada que había venido a avivar el fuego. A Emma le extrañó que el servicio se ocupara de semejantes tareas a esas horas de la noche. ¿Pero quién, si no, podía ser?

La joven volvió a tumbarse en la cama, se tapó hasta el cuello y apretó los ojos con fuerza.

De pronto le pareció notar un olor en el aire. ¿Sería jabón de afeitarse? ¿O colonia de hombre? Dios mío, aquello sí que era extraño. En su vida había olido nada semejante.

Emma respiró profundamente, apretó los ojos y se puso a pensar en la novela que estaba leyendo. Finalmente se quedó dormida.

Cuando despertó a la mañana siguiente, una luz tenue se filtraba por las ventanas. La habitación estaba en silencio y el fuego ya se había extinguido. Debía de ser temprano, porque Morva aún no había entrado a reavivarlo.

Emma echó un vistazo por la habitación y la encontró aparentemente tranquila. Todo estaba en su sitio. ¿En qué estaría pensando la otra noche?

Como tenía que usar el orinal, Emma se levantó, se alivió y lavó sus manos con el agua que quedaba en la jarra.

Cuando volvía a la cama, su pie tropezó con algo duro y afilado.

—¡Ay...! —gruñó, agachándose para recogerlo.

A la luz del amanecer, el pequeño objeto parecía de un color gris apagado. Emma lo cogió y lo acercó a la ventana para identificarlo. Sus ojos pestañearon de sorpresa. Era un soldadito de juguete. Aquello le recordó a su pasado en la Academia Smallwood, cuando los alumnos dejaban olvidadas pelotas de madera, naipes y soldaditos por toda la casa, haciéndola tropezar continuamente.

Henry Weston, por el contrario, se mostraba muy cuidadoso con su colección de figuritas militares, como él las llamaba, que solía utilizar para recrear batallas históricas.

De no ser porque estaba fuera, atendiendo unos asuntos familiares, Emma habría pensado que fue Henry el que entró en su habitación. La joven se sonrió ante aquel pensamiento. Seguramente el soldadito estaba olvidado debajo de

la cama, y una criada lo habría sacado al barrer. Sí, eso tenía mucho más sentido.

Cuando Morva terminó de vestirla, Emma bajó a desayunar. Al llegar al vestíbulo encontró a Lizzie mirando por la ventana.

—Buenos días —dijo Emma.

Lizzie se dio la vuelta un instante, pero su mirada volvió a concentrarse en la ventana.

—Sí que lo son.

—Veo que hoy también se ha levantado temprano.

Lizzie guardó silencio. Picada por la curiosidad, Emma se acercó a ella y miró por la ventana para descubrir qué había captado su atención.

Más allá de la puerta del jardín, en la verde llanura, se acercaba un hombre montado en un caballo negro y musculoso. El viento agitó las crines del animal, que galopó por la hierba y saltó la puerta del jardín con aparente facilidad. El jinete montaba con estilo, recto y seguro de sí mismo, con unas botas altas, unos impecables pantalones de montar y una chistera que le ensombrecía el rostro.

Cuando el caballo llegó a los establos, Emma se dio cuenta de que el jinete era nada menos que Henry Weston. Inmediatamente sintió un nudo en el estómago.

—Es un jinete excelente —suspiró Lizzie.

Emma frunció el ceño.

—No sabía que vendría esta mañana.

—No. Llegó anoche.

Emma la miró, asustada.

—¿Anoche?

Lizzie se dio la vuelta.

—Sí. Después de las diez. Usted ya se había ido a la cama.

Emma se quedó con la boca abierta. *No puede ser. Tiene que haber sido una coincidencia.*

—¿No oyó lo de anoche? —preguntó Lizzie.

—¿El qué?

Emma pensó en el sonido que la había despertado.

—La discusión entre Henry y su padre. Lady Weston también estaba.

—No.

Emma no quiso preguntar el motivo de la discusión; aquello no era de su incumbencia. Ni de Lizzie tampoco.

—¿Sabe Henry que... que mi padre y yo estamos aquí? —preguntó, deseando que ese no fuera el motivo de la discusión.

—Sí, lady Weston se lo contó —dijo Lizzie con una sonrisa—. Bueno, más bien se lo advirtió.

Emma se quedó sorprendida. ¿Qué querría decir con eso?

Después de desayunar, Emma subió a la sala de estudio con la intención de preguntar a los mellizos por el soldadito. Colocó la figura encima de la mesa y siguió catalogando los libros. Pronto se dio cuenta de que estaba leyendo mucho y ordenando muy poco, pero recordó que no tenía ninguna prisa. De pronto descubrió un pequeño volumen que había resbalado detrás de la estantería. Como estaba sola, se agachó despreocupadamente a recogerlo, hasta que consiguió recuperarlo sano y salvo.

Una risa seca la distrajo de sus pensamientos.

—Vaya, señorita Smallwood. Sigue usted igual que siempre.

Una oleada de vergüenza le recorrió todo el cuerpo. Habían pasado muchos años, pero podía reconocer esa voz en cualquier parte.

Emma intentó incorporarse, pero el zapato se le enganchó en los bajos de la falda y terminó tropezando. Finalmente consiguió ponerse en pie. En una mano sostenía el libro que había rescatado. La otra se la pasó por el cabello, por miedo a que estuviera tan descontrolado como sus nervios.

Henry Weston se quedó apoyado en el marco de la puerta. Sus ojos felinos recorrieron su rostro, su cabello, su vestido y el libro que sostenía contra el pecho como un escudo.

Emma tragó saliva y se esforzó en guardar la compostura, recordándose que ya no era una adolescente. Los oscuros cabellos de Henry estaban más cepillados que de costumbre, y sus facciones eran más afiladas. ¿Era una impresión, o seguía teniendo la misma sonrisa burlona de siempre? Emma levantó la barbilla.

—Señor Weston...

Él sacudió la cabeza.

—No ha cambiado lo más mínimo, señorita Smallwood. Sigue siendo usted una literata sin remedio. Aquí está, encerrada en casa en un día tan bonito como este.

Emma vio algo en su sonrisa que la hizo sospechar. No le extrañaba que, nada más enterarse de su presencia en la casa, Henry hubiera entrado en su habitación para gastarle una broma.

—Me sorprende que no esté usted cansado, señor Weston, después de pasarse toda la noche colándose en la habitación de los demás.

Henry arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿Cansado? ¿Por qué iba a estar cansado?

—Porque estuvo despierto hasta muy tarde.

Henry arqueó ambas cejas.

—Haciendo nada bueno, se lo aseguro —insistió Emma.

El joven la miró con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber a qué se refiere?

—Lo sabe perfectamente.

—Si se refiere a la... discusión con mi padre, me temo que eso no es de su incumbencia.

—No es eso a lo que me refiero. Y sí que es de mi incumbencia.

Emma dejó el libro en la estantería, cogió el soldadito y se lo enseñó, sosteniéndolo entre el pulgar y el dedo índice.

—Esta mañana encontré esto en mi habitación. ¿Tal vez se le cayó sin darse cuenta, o lo dejó allí a propósito, como señal de advertencia?

Henry se quedó mirando la figurita con el ceño fruncido. Luego se acercó y la cogió con cuidado, evitando rozar sus dedos.

—Es usted un poco mayor para seguir jugando con soldaditos, ¿no le parece? —dijo Emma.

—No es un soldadito. Es una figurita militar en miniatura —repuso Henry mecánicamente.

¿Cuántas veces le había oído decir eso?

—¿Ha dicho que lo encontró en su habitación?

—Sí. Ahí es donde pretendía dejarlo, ¿no?

Henry la miró con furia.

—¿Cree que yo he entrado en su habitación? Esa es una acusación ridícula, por no decir escandalosa.

—También yo lo encuentro ridículo, pero recuerdo que era usted muy aficionado a entrar en habitaciones ajenas.

Henry echó un rápido vistazo por encima del hombro. Luego se acercó a ella.

—Debe tener cuidado con lo que dice, señorita Smallwood —dijo, bajando la voz—. ¿No entiende que alguien podría malinterpretar sus palabras?

Emma sintió que le ardían las mejillas.

—Puede que haya hecho mal en mencionarlo, pero eso no es nada comparado con lo que ha hecho usted.

Henry se mordió el labio.

—¿Qué habitación le han asignado?

—Como si no lo supiera.

Henry le lanzó una mirada de furia que la obligó a rectificar.

—La última del ala sur, al final del pasillo.

¿Por qué le estaba explicando dónde encontrar su habitación, si él ya había estado allí?

Henry consideró su respuesta.

—Sin duda, idea de lady Weston.

El joven miró el soldadito por última vez. Luego lo deslizó en el bolsillo de su abrigo.

—Seguramente lo dejó allí uno de los mellizos. Hace siglos que nadie usa esa habitación.

Henry volvió a mirarla. Luego le preguntó:

—¿O tiene motivos para pensar que alguien entró en su habitación? ¿Aparte del soldadito?

—Un ruido me despertó. Luego me pareció escuchar a alguien. Olía a... jabón de afeitar, creo. O a sándalo.

Henry la miró, pero su rostro parecía concentrado en sus propios pensamientos.

—Señorita Smallwood, le prometo que anoche no entré en su habitación —

dijo al fin—. Seguramente no entró nadie. Pero, si vuelve a pasar algo parecido, hágamelo saber. En cuanto a lo que escuchó, lo más probable es que fuera mi propia voz. Anoche tuve un pequeño desencuentro con mi padre. Le pido disculpas.

Emma asintió, pero le pareció que Henry le estaba ocultando algo.

—Espero que... no estuvieran discutiendo por nuestra culpa.

Henry vaciló un momento.

—No. Era una discusión sobre... asuntos familiares. No tiene de qué preocuparse.

—Me temo que hemos llegado en mal momento. Escribimos a su padre para informarle, pero...

Henry agitó una mano en el aire para quitarle importancia.

—Mi padre es un hombre olvidadizo y algo... descuidado. Por eso Davies y yo nos ocupamos de la administración de sus bienes.

Emma se retorció las manos.

—Entonces... ¿se alegra usted de que estemos aquí?

El señor Weston la estudió detenidamente.

—Eso está por ver.

# Capítulo 5

*El barco naufragó en Saint Minver...  
Dos marineros se aventuraron  
en alta mar para recuperar una caja de mercancías,  
pero fueron engullidos por las olas y se ahogaron.*

Noticia publicada en el *West Briton* en 1818

A QUELLA noche, Emma, su padre y el señor Davies estaban terminando de cenar cuando Henry Weston llamó a la puerta. Emma se puso tensa, como si estuviera esperando un bofetón.

Davies iba a levantarse, pero el señor Weston alzó una mano para detenerle.

—Por favor, no se levante. Solo quería saludar al señor Smallwood.

Su padre se levantó de la mesa y se acercó a él con los brazos abiertos.

—¡Henry!

Ignorando a Emma, el joven se acercó y estrechó la mano de su padre.

Henry estaba muy elegante con su traje negro, pensó Emma. Un pañuelo y un chaleco de cuadros asomaban entre las solapas de su chaqueta, y el cuello de una camisa blanca enmarcaba su poderosa mandíbula.

Su padre le dio una palmada en el hombro.

—¡Dios mío! Está más alto que yo. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien —repuso Henry—. Aunque siento no haber estado presente cuando llegaron.

—No se preocupe por eso —dijo su padre—. Tanto Emma como yo estamos

encantados de estar aquí, especialmente ahora que ha llegado usted –el señor Smallwood se volvió para mirar a su hija–. ¿Verdad, querida?

Emma forzó una sonrisa.

—Sí.

Su padre miró a Henry con atención.

—No sabe cuánto me alegro de verle.

—Yo también. Recuerdo con mucho cariño los años que pasé en su academia –dijo Henry. Luego miró al mayordomo–. El señor Smallwood fue mi tutor antes de ingresar en Oxford. ¿Se acuerda, señor Davies? También fue el tutor de Phillip.

—Claro que me acuerdo –dijo el mayordomo secamente–. Yo era el encargado de pagar las facturas.

Si Henry le escuchó, no dio muestras de ello. Su rostro parecía sumido en sus pensamientos.

—Fui muy feliz en Longstaple.

Emma se sorprendió al escucharle. Nunca había imaginado que Henry fuera capaz de reconocer algo así.

—Espero verle a menudo ahora que ha vuelto a casa –dijo su padre.

—Por supuesto. Si quiere, podemos jugar una partida de backgammon esta misma noche.

—Con mucho gusto –respondió su padre, sonriendo.

Henry recorrió la mesa con los ojos, evitó mirar a Emma y volvió a posarlos en el señor Smallwood.

—Bueno, les dejo cenar. Si necesitan algo, háganmelo saber.

Su padre sonrió.

—Gracias.

Henry hizo un leve asentimiento, inclinó la cabeza ante Emma sin mirarla a los ojos y se marchó.

Su padre regresó a su silla.

—Vaya –dijo, hundiendo su cuchara en el pudín–. Parece que Henry se ha convertido en un auténtico caballero.

Pero Emma no estaba tan segura. Hacían falta mucho más que unas frases amables para convencerla de que Henry había cambiado.

Después de cenar, Emma subió las escaleras. Aún era temprano, pero quería escribir en su diario y leer un rato antes de dormir. Pero la imagen de Henry Weston no dejaba de atormentarla. ¿Le habría preparado una trampa? De lo contrario, ¿a qué venía tanta amabilidad de repente?

*Henry es un caballero, Emma*, se dijo. Es imposible que siga haciendo las mismas travesuras.

Emma entró en su habitación y miró a su alrededor. Todo estaba como lo había dejado. Luego echó un vistazo a la cama. Ella misma la hacía todas las mañanas al despertarse. De pronto le pareció ver un bulto bajo la colcha. ¿O era fruto de su imaginación?

Emma se acordó de una noche que se acostó sin darse cuenta de que había un bulto en su cama. Cuando tiró de las mantas, el bulto cobró vida y empezó a retorcerse, a arañarle la pierna y a chillar. Emma gritó con todas sus fuerzas. La señora Malloy acudió en su ayuda y apartó las mantas de un golpe, dejando al descubierto un calcetín que se retorcía sin parar. Alguien había metido un ratón dentro y había anudado el extremo.

Su padre convocó a los estudiantes y les pidió que confesaran la verdad. Pero todos se declararon inocentes.

Emma estaba segura de que había sido Henry Weston. Pero su padre no quiso seguir investigando. Al fin y al cabo, Henry era el primogénito de un barón. Era un privilegio contar con su presencia en la academia.

Como no quería arriesgarse, Emma se acercó a la cama lentamente. A continuación palpó la colcha y apartó las mantas. Pero no había nada. Seguramente, Morva había cambiado las sábanas y, con las prisas, no las había estirado lo suficiente.

Emma sacudió la cabeza e hizo sonar la campanilla para llamar a Morva. Cuando la criada terminó de desvestirla y se marchó, Emma se metió en la cama con su diario.

Hoy he visto a Henry Weston. Está muy cambiado: ha crecido mucho, y su espalda se ha ensanchado considerablemente. Sus facciones parecen más angulosas de lo que recordaba, tanto los pómulos como la mandíbula. Tiene las cejas espesas y un cabello ondulado que le llega a la altura de la barbilla. Sus ojos son verdes y rasgados, como los de un gato.

Hay algo en su sonrisa que me recuerda al adolescente que vino a Longstaple hace tantos años. Pero ahora parece un hombre serio y seguro de sí mismo. Ya le tenía miedo cuando era niña, pero con la edad se ha vuelto aún más terrorífico.

Cuando terminó de escribir, Emma dejó el diario en la mesilla y tomó su libro para leer un rato.

Más tarde, mientras estaba acostada en la oscuridad pensando en los acontecimientos del día, Emma inspiró con fuerza. Pero solo olía a lejía y al humo del fuego. Luego se quedó escuchando atentamente. Al cabo de un rato, ascendiendo desde la escalera, surgió el sonido distante de un piano. A Emma le extrañó que alguien estuviera tocando el piano a esas horas.

¿Quién podía ser? ¿Lizzie? Una señorita como ella debía estar acostumbrada a tocar el piano.

¿O tal vez Henry? Pero Emma no recordaba haberle oído tocar el clavecín en Longstaple ni una sola vez. Cuando le enseñó la casa, Lizzie mencionó que Julian y Rowan sabían tocar. Probablemente sería uno de los mellizos.

Emma recostó la cabeza en la almohada y se dijo que no le importaba quién estuviera tocando. Era una melodía muy agradable, aunque no pudiera escucharla con claridad. ¿Sería Mozart? Quienquiera que fuera lo hacía muy bien, aunque ella no era quién para juzgar. Además, era posible que la distancia filtrara las notas fallidas.

Emma decidió preguntarlo al día siguiente. Luego se acurrucó en la cama y se quedó dormida.

— —

A la mañana siguiente, mientras Rowan y Julian estaban en clase de latín con el señor McShane, Emma bajó a buscar a Lizzie.

La encontró sentada en la sala de dibujo, bordando. Desde la puerta, Emma percibió varios detalles de la sala que no había visto antes. Las vigas del techo mostraban que aquella estancia también había formado parte del vestíbulo. Unos bonitos tapices oscuros adornaban las paredes, y una acuarela

de la mansión Ebbington coronaba la chimenea.

Al no ver señal de lady Weston, Emma entró en la sala tranquilamente.

—¿Era usted la que tocaba el piano anoche? —preguntó.

Lizzie levantó la vista de su labor.

—¿Mmm?

—El piano. Anoche escuché que alguien lo tocaba.

—¿De veras? Pues yo no fui. Hace siglos que no lo toco. ¿Sonaba bien o mal?

—Yo diría que bien.

—Entonces no era yo —rio Lizzie.

Lady Weston entró en la sala de repente. Emma se sintió incómoda.

—Buenos días, señora —dijo Lizzie con naturalidad—. La señorita Smallwood me estaba contando que anoche oyó que alguien tocaba el piano.

La mujer se volvió lentamente hacia Emma.

—¿Anoche? ¿A qué hora?

—No lo sé exactamente —respondió Emma—. Ya me había metido en la cama. Debían de ser las diez y media.

—¿Tan tarde? —murmuró lady Weston—. ¿Y ya estaba en la cama? A lo mejor estaba soñando.

Emma frunció el ceño.

—No creo. Estoy segura de que estaba despierta.

—Mmm —murmuró lady Weston—. A lo mejor lo imaginó. En esta casa se oyen muchos ruidos, sobre todo cuando sopla el viento. Ya se acostumbrará.

—No creo que el viento logre imitar a Mozart.

Lady Weston esbozó una sonrisa.

—¿Ha dicho Mozart? Entonces seguro que fue Julian. Tiene mucho talento para la música. A lo mejor bajó un rato a tocar antes de acostarse. ¿Quién puede culparle? Cuando el artista se siente inspirado, hay que dejar que se exprese.

—No sabía que Julian tuviera talento para la música —dijo Emma—. No me importaría oírle tocar alguna vez.

Lady Weston se acarició la barbilla.

—Tiene razón. Le pediré que nos dé un pequeño concierto. Hace mucho

que no nos divertimos en esta casa. Una noche de música... Qué delicia. Lizzie, tú también podrías tocar.

—Oh no —protestó Lizzie—. No creo que sea una buena idea. Yo toco muy mal.

—Entonces practica, querida. ¿Para qué contraté a un profesor de música el año pasado?

—Le agradezco mucho que contratara a un profesor, lady Weston. Y sé que debería practicar. Pero prefiero que toque la señorita Smallwood —dijo Lizzie, mirando a Emma.

—Gracias, Lizzie. Pero yo no toco tan bien como Julian. Creo que debería ser un concierto en solitario.

—Sí, eso será mejor —dijo lady Weston secamente—. Ahora, si me disculpan...

La mujer se dio la vuelta y salió de la sala, olvidando el propósito que la había llevado hasta allí.

Cuando Emma abandonó la sala de dibujo, Julian y Rowan salían de la biblioteca en compañía del señor McShane.

El vicario se dirigió a ella, deshaciéndose en sonrisas.

—Buenos días. Usted debe de ser la señorita Smallwood. Permítame que me presente. Soy Gerard McShane —dijo, haciendo una pequeña reverencia.

—Encantada de conocerle, señor McShane —repuso Emma, respondiendo a su reverencia con un leve asentimiento.

El vicario la miró con ojos brillantes.

—Rowan y Julian me han hablado de usted y de su padre. Estaba deseando conocerlos.

—Mi padre ha salido a dar un paseo, pero pronto volverá. Espero que... no le moleste nuestra presencia en esta casa. No sabíamos que los chicos tenían ya un tutor.

El señor McShane agitó una mano en el aire para quitarle importancia.

—Solo les enseño latín y un poco de griego. Hace tiempo que intentaba convencer a lady Weston de que necesitan un tutor privado. Me alegré mucho cuando supe que habían contratado uno.

—Gracias.

—¿Y su padre? ¿No le ha molestado saber que debe compartir sus clases con un aficionado?

—En absoluto. De hecho, piensa dar un largo paseo cada vez que venga usted.

El señor McShane sonrió.

—Me alegra serle útil.

Emma se dio la vuelta para saludar a los mellizos.

—Buenos días, señor Weston. ¿Cómo está, señor Weston?

—Puede llamarnos por nuestro nombre —dijo Julian.

—Gracias, Julian. Me temo que ustedes tendrán que seguir llamándome señorita Smallwood —bromeó Emma. Luego observó a Julian—. Tengo entendido que es usted un gran pianista.

Julian arqueó una ceja.

—Eso se lo ha dicho mi madre. ¿A que sí?

—Así es. Pero anoche tuve el placer de oírle tocar.

Los mellizos intercambiaron una mirada.

—Puede ser. La verdad es que no lo recuerdo —repuso Julian bruscamente.

*¿Que no lo recuerda?*, se preguntó Emma. *Pero si fue anoche...*

—Julian es sonámbulo —intervino Rowan—. A veces se levanta cuando está dormido. Eso lo explica todo.

Emma miró a los mellizos, atónita.

—Vaya. En cualquier caso, no me importaría oírle tocar otra vez.

—Puede que toque mejor cuando estoy dormido —dijo Julian con una sonrisa burlona.

—Estoy segura de que lo hará muy bien —Emma se volvió al vicario—. Discúlpeme, señor McShane. No quiero interrumpir su clase.

—No se preocupe. Confieso que estoy un poco cansado de los verbos latinos. ¿Qué le parece si vamos a la sala de música a escuchar a Julian?

—¿Ahora? —preguntó Emma.

—¡Sí! —exclamó Rowan, entusiasmado.

Emma titubeó.

—Bueno. Si no le importa...

Al ver que todos estaban de acuerdo, la joven los siguió a la sala de

música.

Una vez allí, Julian se sentó al piano.

—¿Qué les gustaría escuchar? ¿Alguna petición?

Como nadie decía nada, Emma sugirió:

—¿Por qué no toca la pieza de anoche?

Julian frunció el ceño.

—No recuerdo qué pieza era. Pero el libreto está abierto por la *Marcha turca* de Mozart. ¿Qué les parece?

Todos asintieron, y Julian abordó la pieza con entusiasmo. La marcha era muy alegre y poseía un ritmo frenético. Los dedos de Julian volaban por encima de las teclas.

Pero Emma tuvo la extraña impresión de que no era él el músico de la noche anterior.

De pronto, Henry Weston irrumpió en la sala, visiblemente alarmado. Después de mirarlos de uno en uno, su expresión se relajó.

Julian levantó la vista del piano e interrogó a Henry con la mirada. Él le hizo un gesto para animarle a continuar. Luego se sentó al lado del señor McShane.

Cuando los últimos acordes se fueron desvaneciendo, lady Weston entró en la sala con el ceño fruncido.

—Se supone que era yo la que debía organizar el concierto —dijo, fulminando a Emma con la mirada.

La joven tragó saliva.

—Disculpe, yo...

—Fui yo el que le pedí que tocara —dijo el vicario, saliendo en su defensa—. Solo queríamos divertirnos un poco.

—Ah. Muy bien —dijo lady Weston, esbozando una frágil sonrisa—. En ese caso no hay ningún problema.

Una vez terminado el concierto, Emma fue la primera en abandonar la sala. Quería evitar a Henry Weston. Cuando se dirigía a la escalera, vio en la puerta del servicio al señor Davies, que estaba hablando en voz baja con dos hombres. El mayordomo les dijo que esperaran un momento. Luego dio media vuelta y atravesó el vestíbulo. Mientras subía las escaleras, Emma lo vio

llamar a Henry Weston, que en ese momento salía de la sala de música.

—Han venido el señor Green y el ingeniero —dijo el mayordomo en voz baja—. ¿Desea entrevistarse con ellos en mi cuarto o en su estudio?

—En su cuarto, si no le importa. Allí podremos hablar con mayor discreción.

—Muy bien, señor.

Emma se preguntó de qué trataría todo aquello, pero decidió que no era de su incumbencia. Luego subió a la sala de estudio y se perdió en un grueso volumen sobre la historia de Cornualles.

Pasó más de una hora leyendo sobre la emocionante historia de esa región: sus rebeliones, sus batallas, sus piratas y sus naufragios, así como sus mitos y leyendas, que incluían hadas, gigantes, sirenas y fantasmas. También encontró un interesante capítulo sobre el contrabando y los saboteadores de barcos. Uno de los contrabandistas más famosos había sido John Heale, nacido en Stratton. ¿No era Stratton el pueblo de al lado?

Antes de que pudiera seguir leyendo, su padre y los mellizos irrumpieron en el aula. Emma ayudó a su padre con la clase. Luego se sumergió en su libro hasta la hora de cenar.

Cuando bajó al cuarto del mayordomo, se sorprendió al encontrar a Henry Weston sentado con el señor Davies y dos caballeros, estudiando unos mapas desplegados en la mesa. Antes de que pudieran verla, Emma se escabulló y entró en la biblioteca para esperar a que se fueran. Encima del escritorio vio varios periódicos, tanto locales como londinenses. La joven se sentó y echó un vistazo a los titulares. Había noticias parlamentarias, información sobre los acontecimientos sociales de la temporada... Emma no tenía ningún interés en los acontecimientos sociales, pero se preguntó por qué la familia Weston no iba nunca a Londres a participar en ellos. Al ser barón, sir Giles no formaba parte del parlamento, pero le extrañaba que lady Weston no quisiera disfrutar del bullicio de Londres, y de paso aprovechar para buscar una esposa para sus hijos.

De pronto oyó que alguien llamaba a la puerta. Emma se levantó de un salto.

Sir Giles le sonrió desde el umbral.

—Buenas tardes, señorita Smallwood.

—Discúlpeme, sir Giles. Estaba esperando a que el señor Davies y Henry terminaran su reunión.

—Ah, sí. Creo que mi hijo tenía una entrevista con el señor Green y el ingeniero. Creo que planean construir un canal. ¿O era reforzar el rompeolas? No me acuerdo muy bien.

El barón observó los periódicos.

—Solo estaba echando un vistazo a las noticias —dijo Emma, avergonzada—. No leía el periódico desde que dejé Longstaple y tenía curiosidad por saber qué está ocurriendo en el mundo.

—Hace muy bien, querida. Puede consultar todo lo que quiera. Yo tampoco estoy al tanto de la actualidad. Me temo que ya no me interesa tanto como antes —sir Giles la invitó a sentarse con un gesto—. Por favor, póngase cómoda. También puede tomar prestados los periódicos para leerlos en sus ratos libres. Me temo que la reunión de Henry va para largo.

—¿Usted no quiere leerlos?

—La verdad es que no. Pero no se preocupe, mañana habrá más —dijo sir Giles, volviéndose hacia la puerta.

—Por favor, no se marche por mi culpa —dijo Emma.

El barón agitó una mano en el aire para quitarle importancia.

—No se preocupe. Solo venía a buscar a Henry. Olvidé que estaba reunido.

—¿Está seguro?

—Sí. Cuando termine la reunión mandaré a un criado para avisarla. Aunque me temo que será un poco tarde.

Emma se sentó.

—Muy amable. Gracias. La verdad es que me encanta leer.

Sir Giles abrió la puerta.

—Lo sé —dijo—. Phillip me contó que era usted muy culta.

—¿Ah, sí? —preguntó Emma, sintiéndose halagada.

—Ahora, si me disculpa...

Una vez que sir Giles se hubo marchado, Emma volvió a sumergirse en la lectura. Las luces del atardecer se filtraban por las ventanas, haciendo de la

biblioteca un lugar alegre y bien iluminado, perfecto para leer. Emma empezó por la *Gaceta real de Cornualles* y el *West Briton*.

En las noticias de la semana anterior, leyó que la policía estaba investigando un naufragio que se había producido hacía poco en la costa norte de Cornualles. Los propietarios se lamentaban de haber perdido gran parte de sus mercancías, a pesar de que habían enviado a agentes de la policía para rescatar las cajas de joyas y las cuberterías de plata.

También encontró una mención a un tal Henry Weston de la mansión Ebbington, que viajaba a Helston como invitado del señor Trengrouse para presenciar una demostración de su último invento: una especie de cohete que disparaba una cuerda salvavidas para los barcos en peligro. Emma se preguntó cómo habría salido la demostración.

En el ejemplar de ese día del *West Briton*, leyó que el ayuntamiento de Ebford sometería a votación la última propuesta del señor Weston: adquirir un barco de salvamento de los astilleros de Plymouth. Emma se preguntó el motivo. Otro artículo captó su atención:

## **Naufragio en Godreavy**

Un barco llamado Neptuno naufragó cerca de la bahía de Saint Ives. Unos criminales se acercaron a la nave y, con el pretexto de proteger las mercancías, acabaron robándole al capitán su reloj y despojaron a los marineros de toda su ropa. Uno de los miembros de la tripulación, que llegó a la orilla prácticamente desnudo, reprochó a los malhechores la atrocidad de su conducta. Los criminales le dijeron que, si no se iba inmediatamente y dejaba de molestarlos, le estrangularían allí mismo.

Emma sintió un escalofrío. *Así que este es el «salvaje Cornualles»*, pensó, acordándose de las palabras de Lizzie.

Finalmente decidió dejar a un lado las noticias locales y empezó a leer el último ejemplar del *Times*. En la sección de anuncios, ojeó la publicidad de varias sombrererías y casas de modas. De pronto, una casa de subastas de Londres llamó su atención. La casa anunciaba la subasta de una reciente

adquisición de joyas y cuberterías de plata. Se trataba de una extraña coincidencia. ¿O no?

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo su lectura. Emma se levantó de un salto. Le avergonzaba estar sentada en el escritorio de sir Giles, como si fuera una dama. Pero solo era un criado.

—La cena está servida, señorita.

—Gracias.

Emma cogió el *Times* y un periódico local para leerlos más tarde en su habitación.

Cuando llegó al cuarto del mayordomo, solo encontró a su padre y al señor Davies. Emma dejó los periódicos en la mesa y se sentó a compartir la sustanciosa cena: pastel de carne y riñones, ensalada, fruta y pastel de higos. Mientras comían, el señor Davies le dijo a su padre que la reunión había durado más de lo previsto. Los hombres se habían reunido para estudiar los planes de ampliación y refuerzo del rompeolas del puerto. También habían discutido la posibilidad de construir un canal y una esclusa, lo que permitiría la entrada de barcos más grandes, independientemente del nivel de la marea. Con eso pretendían atraer el comercio a la zona, que tanto lo necesitaba.

Emma le escuchó con interés. Le sorprendía que Henry Weston estuviera implicado en proyectos tan importantes, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo en voz alta. Se preguntó si alguna vez tendría el valor de preguntarle por sus planes. Desde su regreso a casa le había visto más bien poco.

Cuando la conversación empezó a languidecer, Emma mencionó lo que había descubierto en la biblioteca.

—Cuando estaba leyendo el periódico he advertido una extraña coincidencia. Una casa de Londres anunciaba la subasta de unas joyas y unas cuberterías de plata dos meses después de que un barco perdiera esas mismas mercancías aquí, en Cornualles. ¿Qué le parece?

El señor Davies la miró con el ceño fruncido.

¿Por qué la miraría así?

—¿No lo encuentra interesante? —añadió Emma con una tímida sonrisa.

El señor Davies la estudió detenidamente.

—¿Por qué ha mencionado esa noticia?

Emma titubeó.

—Por nada. Solo... solo estaba intentando hacer conversación.

El señor Davies la miró fijamente.

—¿De veras?

—Sí. ¿Por qué, si no, iba a mencionarlo?

Extrañado, su padre la miró a ella y luego al señor Davies.

El mayordomo dirigió los ojos a su padre. Emma advirtió que le temblaba la nuez.

—Nada... Solo era... simple curiosidad.

Después del postre, el señor Davies se disculpó y se marchó abruptamente. Emma y su padre se miraron, extrañados. Emma se preguntó por qué le habría ofendido tanto su comentario. ¿Pensaría que estaba despreciando a los habitantes del pueblo, asumiendo que habían robado las mercancías cuando no era así?

Emma y su padre se quedaron charlando quince minutos más. Ambos se contaron cómo les había ido el día y discutieron los planes para el día siguiente. Cuando Emma se levantó para marcharse, su padre se quedó esperando a Henry para jugar una partida de backgammon.

Con los periódicos bajo el brazo, Emma se dirigió a su habitación. Cuando pasaba por la sala de dibujo vio al señor Davies al lado de la puerta, hablando con lady Weston. Al oírla, ambos dejaron de hablar y la miraron con disimulo. Davies parecía cohibido; lady Weston, molesta. Cuando llegó a la escalera volvieron a retomar la conversación. Emma tuvo la inconfundible impresión de que estaban hablando de ella, de modo que subió las escaleras lo más deprisa que pudo.

— —

A la mañana siguiente, Emma se aseó, cepilló sus dientes y se hizo un moño en la nuca. Mientras esperaba a Morva, aprovechó para hacer su cama. Cuando la criada terminó de vestirla bajó al vestíbulo con los periódicos. Pensaba devolverlos después de desayunar.

En el cuarto del mayordomo encontró al señor Davies con un periódico

local encima de la mesa. Al oírla, el hombre levantó la cabeza y apartó el periódico a un lado.

—Por favor, siga leyendo —dijo Emma, dejando su ejemplar del *West Briton* y el *Times* en la mesa—. Yo también he traído unos periódicos para leer. Sir Giles tuvo la amabilidad de prestármelos ayer.

Davies asintió y siguió bebiendo su taza de té. ¿Seguiría enfadado por su comentario de la noche anterior?

Emma llenó su plato y se sentó enfrente del mayordomo. Davies era un hombre agradable, aunque ella no se sentía cómoda en su presencia, a menos que estuviera su padre para llevar el peso de la conversación.

La joven intentó leer, pero se sentía cohibida. Cada bocado y cada sorbo de té parecían resonar en el techo del cuarto. Había dejado el *Times* abierto en el anuncio de la casa de subastas, y notó que el mayordomo lo miraba de reojo. El hombre no había probado sus huevos revueltos, que se enfriaban en el plato.

Emma cerró el periódico y lo deslizó hacia el señor Davies.

—Ya he terminado de leerlo. ¿Quiere echarle un vistazo?

—Oh... —el mayordomo infló sus mejillas, inquieto—. No, gracias. No me interesan las noticias de Londres.

El silencio entre ellos se prolongó incómodamente. Emma terminó su desayuno lo más deprisa que pudo, se disculpó y salió del cuarto.

Con el deseo de escapar de las tensiones de la casa —que parecía haber provocado ella misma sin darse cuenta—, Emma dejó los periódicos en la biblioteca y decidió salir a dar un paseo.

Su padre, que era un gran madrugador, ya se había marchado. Pero nada le impedía pasear a solas. Emma subió a su habitación y se puso su pelliza, su sombrero y sus guantes. Aunque estaban a principios de mayo, seguía haciendo fresco.

Cuando bajó las escaleras, su padre estaba entrando por la puerta, con las mejillas sonrosadas y el cuello de la camisa levantado. Después de despedirse de su hija, el señor Smallwood se dirigió al cuarto del mayordomo para tomar una segunda taza de té con pastas. Su apetito había mejorado considerablemente desde que llegaron a Cornualles.

Emma se aventuró fuera de la mansión. Sus botas de media caña crujían sobre la gravilla del camino y las hojas caídas del jardín. El sendero estaba bordeado de plantas silvestres y la hiedra cubría los muros de piedra. Era evidente que la primavera había llegado a Cornualles; el aire olía a manzanos en flor, a jacintos y a lirios del valle. Mientras paseaba, Emma vio muchas variedades de plantas que no se daban en Longstaple, como el laurel y el ficus, muestras del clima suave y semitropical de Cornualles, que protegía a las plantas de los fuertes vientos.

Una vez que cruzó la puerta del jardín, Emma abandonó los terrenos de la mansión Ebbington por primera vez. Cuando coronó una pequeña colina, el viento empezó a soplar con fuerza, amenazando con arrebatarse el sombrero. No obstante, la luz del sol calentaba lo suficiente para hacer el paseo agradable. Emma respiró el aire fresco y entendió por qué su padre y Henry Weston se sentían tan atraídos por la naturaleza.

Después de cruzar los campos, salpicados de florecillas y jacintos silvestres, siguió avanzando por el cabo hacia el horizonte, donde la tierra terminaba y el mar se extendía hacia el infinito. Cuando llegó al sendero que discurría paralelo a la costa, echó un vistazo por el acantilado. Emma sintió un escalofrío al contemplar las piedras afiladas y, más abajo, las playas rocosas. Las olas rompían contra las rocas, formando crestas de espuma blanca. Más allá, la luz del sol resplandecía en el mar.

Era una vista muy hermosa.

Emma miró hacia el oeste. ¿Estaría América en esa dirección, más allá de su vista y de su imaginación? Eso había leído. Qué inmenso era el océano. Y qué pequeña se sentía en comparación con él.

Había leído que el norte de Cornualles era la región más remota de la península occidental. Ahora podía comprobarlo con sus propios ojos.

—¿Qué le parece Kernow? —preguntó una voz a su espalda.

Emma se asustó. Cuando se dio la vuelta, se encontró con el hombre pelirrojo que había visto en el cuarto del señor Davies.

—Disculpe, pero... es la primera vez que oigo esa palabra —tartamudeó.

—Así es como llamamos a esta tierra sus habitantes. Pero los Weston nunca se han considerado de Kernow. Tampoco nosotros los consideramos de

los nuestros.

—Pero la familia Weston lleva muchos años viviendo aquí.

—Ahora sí. Pero, durante años, los antepasados de sir Giles dejaron estas tierras en manos de sus arrendatarios. Solo venían a pasar el verano, o para atender sus negocios. Al fin y al cabo, así es como hicieron fortuna, explotando las minas de esta zona. Pero hace mucho que vendieron su participación.

Emma trató de asimilar sus palabras.

—Pero todos los hijos de sir Giles han nacido y crecido aquí, en Ebbington —protestó.

—Puede ser. Pero a los mayores los enviaron lejos para que aprendieran a hablar con un acento *elegante*.

—Le aseguro que la pronunciación no es una de las asignaturas de mi padre.

El hombre se encogió de hombros.

—Da igual lo que hayan aprendido. Son unos señoritos. No tienen que preocuparse por nada. Hay muchas personas trabajando para ellos.

—¿Y a qué se dedica usted exactamente? —preguntó Emma con brusquedad, ofendida por la falta de respeto de aquel hombre hacia sus anfitriones.

—La mayoría de los habitantes del pueblo viven del mar: trabajan en los astilleros, o en la carga y descarga de los barcos. Otros son pescadores, o empleados de los almacenes de salazón de sardinas. Unos pocos trabajan en los hornos de cal.

—¿Y usted?

El hombre miró hacia el Atlántico, con una ligera sonrisa en los labios.

—Podría decirse que yo también vivo del mar.

Emma seguía sin entender cuál era la relación de aquel hombre con la mansión Ebbington, pero no quiso seguir indagando. No le parecía prudente prolongar aquella conversación.

Los cascos de un caballo llamaron su atención. Emma echó un vistazo a su espalda y sintió una mezcla de alivio y temor cuando vio a Henry Weston cabalgando hacia ellos.

El hombre se bajó la visera de la gorra en señal de despedida y se marchó a toda prisa.

Henry detuvo su caballo y miró a Emma con el ceño fruncido.

—¿Qué hacía hablando con ese hombre?

Ella levantó la cabeza para mirarle a los ojos.

—Era *él* el que hablaba conmigo. Yo solo intentaba ser amable.

—Pues no lo sea. ¿Me oye, señorita Smallwood? Aléjese de él.

— —

Aquella noche, Henry David Weston se contempló en el espejo mientras su criado, Merryn, terminaba de cepillarle el frac. Pero no fue su rostro lo que vio en el reflejo, sino el de la señorita Smallwood.

Henry se acordó de la conversación que había mantenido con ella en la sala de estudio. Le había mentado cuando le dijo que no había cambiado. Porque, desde la última vez que la había visto, Emma sí que había cambiado, al menos físicamente. Seguía siendo alta y delgada, pero se movía con una grácil elegancia que contrastaba con la torpeza de cuando era niña. Su rostro se había despojado de su expresión infantil y se había vuelto más definido, con pómulos altos y una boca carnosa. Henry sonrió al recordar cómo la había encontrado, agachada torpemente sobre sus libros.

Seguía gustándole provocarla. No podía evitarlo. Emma había sido siempre tan reservada, tan dueña de sus sentimientos... Siempre se callaba sus emociones, como si llevara un bocado y una brida y el mismísimo Dios sostuviera las riendas.

Sus cabellos castaños eran más oscuros de lo que recordaba, y los llevaba primorosamente peinados. Sus ojos le habían sorprendido. Henry había olvidado que eran verdes, como los suyos, de un verde claro, siempre que no brillaran de indignación, como hoy, cuando la regañó por hablar con aquel hombre —un total desconocido para ella—. De sus enfados sí que se acordaba, y muy bien.

Henry reflexionó sobre la pregunta que le había formulado: si le importaba que ella y su padre estuvieran en la mansión. Él le había respondido con

franqueza. Siempre había sido un hombre sincero. Pero lo cierto es que aún no sabía qué pensar de su presencia allí. Efectivamente, sus hermanastros necesitaban un tutor. El vicario había hecho todo lo que estaba en su mano, pero el señor Smallwood tenía más experiencia. Sin embargo, habían llegado en un momento tan inoportuno... Había sido una semana tan ajetreada, con tantos asuntos en el aire... Aún tenían que solucionar tantas cosas... Además, lady Weston seguía empeñada en mantener una absoluta discreción al respecto. Pero iba a ser muy difícil conservar su secreto con Emma Smallwood viviendo bajo su mismo techo. Siempre había sido una joven muy lista.

# Capítulo 6

*En la escuela de la experiencia  
las lecciones cuestan muy caras,  
pero solo en ella aprenden los insensatos.*

Benjamin Franklin

**E**L domingo por la mañana, los Weston los invitaron a ir a la iglesia con la familia.

A la hora señalada, todo el mundo se reunió en el vestíbulo para esperar a los carruajes. Todos menos Henry Weston. Nadie hizo el menor comentario sobre su ausencia, de modo que Emma decidió seguir su ejemplo. Al parecer, Henry no iba a la iglesia con su familia. *No sé de qué me sorprendo*, pensó Emma. Pero también ella se sintió culpable. Hacía dos años que solo iba a la iglesia por costumbre. Desde la muerte de su madre, su relación con Dios no estaba en buenos términos.

Emma llevaba un vestido azul de manga larga y talle alto, con una pañoleta de lino blanco atada en el cuello. Cuando miró a las otras damas, pensó que había escogido bien y que su atuendo no desentonaba con el vestido, la capa y el sombrero que llevaban Lizzie y lady Weston. Los caballeros vestían levitas negras, chalecos de estampados sobrios, pañuelos blancos y chisteras de castor. A los hombres les resulta tan sencillo vestir según la ocasión, pensó Emma.

Como en Ebford no había iglesia, la familia acudía a misa en Stratton, el pueblo vecino. Sir Giles, lady Weston, Lizzie, Rowan y Julian se montaron en

el enorme landó de la familia. El coche tenía la capota echada para protegerlos de la niebla y era conducido por un elegante cochero.

El señor Smallwood y Emma compartieron el asiento de atrás de un coche de dos ruedas tirado por un solo caballo. El señor Davies llevaba las riendas. A su lado, sentada en el asiento delantero, iba la señora Prowse. El resto de los criados –los que trabajaban el domingo– iban en una carreta conducida por un mozo.

Cuando el coche se puso en marcha, el mayordomo y el ama de llaves empezaron a hablar entre ellos en voz baja, permitiendo que Emma y su padre disfrutaran del paseo en paz.

Quince o veinte minutos más tarde llegaron a Stratton. La iglesia de Saint Andrew era una impresionante construcción de piedra gris con un altísimo campanario. Nada más bajarse del coche recorrieron el jardín, que estaba salpicado de lápidas y de resplandecientes narcisos amarillos. Al entrar en el interior, Emma y su padre se sentaron varias filas por detrás de la familia Weston, en el primer banco que encontraron vacío. Pronto empezaron a llegar otras personas. Emma observó en silencio a los feligreses, cuyos rostros estaban iluminados por la luz de las velas. Se trataba de una congregación numerosa de todas las edades, desde recién nacidos a ancianos que miraban el altar en silencio. Algunos iban bien vestidos, otros menos. Todos se quitaron el sombrero pero se dejaron puesto el abrigo, inundando el templo de olor a sudor, a turba y a pescado.

Lizzie parecía ensimismada en sus propios pensamientos, y no hizo el menor esfuerzo para seguir su libro de oraciones. Emma se acordó de cuando iba a la iglesia con su padre y sus alumnos en Longstaple. Cuántas veces había tenido que llamar la atención a un adolescente Henry Weston porque no estaba cantando ni rezando ni recitando una sola lectura. Al parecer, ahora ni siquiera se molestaba en ir a la iglesia.

El señor McShane subió los escalones del púlpito, les dio la bienvenida y enunció las oraciones y las lecturas del día. Más tarde pronunció una homilía sobre el capítulo siete del evangelio de Mateo: *No juzguéis y no seréis juzgados.*

Emma pensó en la severidad con que había juzgado a Henry Weston y se

revolvió en el banco, incómoda.

Después de escuchar la homilía, concluyó que el vicario era un excelente orador, aunque no estaba tan segura de su talento para la enseñanza.

Una vez terminada la misa, todo el mundo se acercó al señor McShane para felicitarle por su sermón. Los Weston y sus criados se apresuraron a volver a la mansión Ebbington en la misma procesión en la que habían llegado. La niebla había desaparecido, pero el cielo seguía cubierto de nubes.

Cuando llegaron a la casa, su padre la ayudó a bajar del coche. Los dos caminaron detrás de los Weston, que avanzaban sin prisa hacia la mansión.

De pronto escucharon el sonido de una carreta. Lady Weston, que ya estaba subiendo la escalinata, se dio la vuelta. Sir Giles se volvió para ver qué había llamado la atención de su esposa.

Por el paseo avanzaba la misma carreta que había traído a los Smallwood a la mansión Ebbington. Emma sintió un vuelco al corazón. Porque allí, en el asiento de atrás, estaba Phillip Weston. Emma sintió una mezcla de placer e inquietud. Esperaba que Phillip se alegrara de verla.

Phillip agitó una mano en el aire para saludarles. ¿La estaría saludando a *ella*?

Sir Giles bajó la escalinata y recorrió parte del sendero.

—¡Phillip! —exclamó—. ¡Qué alegría! No esperábamos tu visita.

Phillip se bajó de la carreta de un salto.

—Hola, padre.

El joven extendió la mano, pero sir Giles tiró de ella para darle un abrazo.

Lady Weston bajó la escalinata sin prisa, con el ceño fruncido.

Phillip se quitó el sombrero.

—Hola, madre.

Emma se preguntó si Henry llamaría a su madrastra de la misma manera. Nunca le había oído hacerlo.

Lady Weston extendió la mano, y Phillip la estrechó brevemente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha habido un incendio en Oxford, o se han ido de vacaciones? —preguntó su madrastra.

—Nada de eso. Simplemente me enteré de que estaban aquí el señor y la señorita Smallwood y quería verlos —Phillip se acercó a John Smallwood y le

estrechó la mano—. Es un placer volver a verle, señor.

—Tiene muy buen aspecto, Phillip —dijo el señor Smallwood.

—Gracias —Phillip se acercó a Emma con una sonrisa en los labios—. Señorita Smallwood, está usted tan encantadora como siempre. ¿Cómo se encuentra, vieja amiga?

Emma se ruborizó al escuchar la palabra *vieja*. Al fin y al cabo, solo era un año mayor que él.

—Muy bien, señor Weston. Gracias.

Phillip arqueó una ceja.

—¿Cómo que señor Weston? ¿Es que ya no somos amigos? Llámeme Phillip, por favor.

Emma miró de reojo a lady Weston y prefirió no responder. Estaba muy contenta de encontrarse con Phillip. Verle en aquel domingo tan gris era como ver una flor después de un largo invierno. Su cálida bienvenida contrastaba con la fría acogida que les dispensó lady Weston.

Julian y Rowan se acercaron a estrecharle la mano. Lizzie se quedó detrás, esperando su turno.

—Hola —dijo Lizzie al fin, haciendo una torpe reverencia.

—Hola, Lizzie —contestó Phillip, contagiándose de su timidez.

Emma lo observó atentamente. En muchos aspectos, Phillip seguía igual que siempre. Seguía teniendo sus inconfundibles ojos azules y su amplia sonrisa. Sin embargo, su espalda había ensanchado y estaba más alto. Su cabello castaño parecía ligeramente más oscuro y su rostro más redondeado. Emma supuso que la vida sedentaria en la universidad le había hecho ganar algunos kilos. Unas líneas de expresión recorrían su frente y la comisura de sus labios. Aún era joven para tener tantas arrugas. ¿Serían de tanto sonreír, o consecuencia del cansancio y las preocupaciones? Emma se preguntó qué tal le iría en la universidad. Phillip siempre fue peor estudiante que su hermano.

—¿Qué tal le van los estudios? —preguntó el señor Smallwood—. ¿Ya ha decidido en qué se va a especializar?

Phillip frunció el ceño.

—He empezado derecho, pero confieso que lo encuentro terriblemente aburrido. Unas vacaciones era lo que más necesitaba en este momento.

—¿Y eso no retrasará tus estudios? —preguntó lady Weston.

Phillip se encogió de hombros.

—No necesariamente.

Henry Weston bajó la escalinata con una sonrisa en los labios.

—¡Phillip! De modo que eras tú la causa de este alboroto.

—Hola, Henry —los dos hermanos se dieron la mano—. Gracias por tu carta.

—Pensé que deberías saberlo.

Lady Weston frunció el ceño.

—¿Saber qué?

Los dos hermanos se miraron a los ojos. Una vez más, Phillip sonrió a Emma.

—Que los Smallwood nos han honrado con su presencia, ¿qué iba a ser, si no?

Lady Weston miró a Emma y luego a Henry, antes de esbozar una sonrisa forzada.

Emma se dio cuenta de que la mujer no estaba en absoluto satisfecha con la explicación de Phillip, y se preguntó si Henry habría escrito a su hermano por otro motivo.

—Entra, hijo —intervino sir Giles—. Debes de estar agotado.

El barón pagó al cochero y les invitó a pasar.

En el vestíbulo, lady Weston se interpuso entre Phillip y Emma.

—Su familia le requiere, señorita Smallwood. Espero que lo entienda —la mujer tomó a Phillip del brazo y lo llevó a la sala de dibujo.

Phillip esbozó una sonrisa de disculpa. Antes de cerrar la puerta, susurró:

—Ya nos veremos más tarde.

Aquel día, Emma se sintió feliz por primera vez desde que llegó a Cornualles.

— —

Aquella noche, en el comedor, Phillip recorrió con los ojos la mesa iluminada por las velas. Su padre se sentaba en la cabecera; sus hijos, Henry y

Phillip, a ambos lados de él; su madrastra ocupaba una silla en el extremo opuesto de su padre, rodeada de sus hijos y Lizzie. En el medio había varias sillas vacías.

—¿Dónde comen los Smallwood? —preguntó Phillip.

—Con el señor Davies —repuso lady Weston, antes de añadir—: Como corresponde a su posición.

Phillip frunció el ceño.

—En la Academia Smallwood siempre comíamos todos juntos. No se puede ser tan formalista. Ni tan frío. Si van a comer por separado, apenas tendré oportunidad de verlos.

Lady Weston levantó su copa de vino. La luz de las velas se reflejaba en su collar de oro y en el anillo de rubí que había sido de su madre.

—El señor Smallwood apenas sube a la sala de estudio. Me da la impresión de que pasa más tiempo tomando el aire o jugando al backgammon con Henry que enseñando a los niños —la mujer miró inquisitivamente a sir Giles—. Sinceramente, querido, no sé para qué le pagamos.

—A mí nunca me han atraído los paseos al aire libre —confesó sir Giles—. Pero el señor Smallwood dice que son muy beneficiosos para cuerpo y mente. No puedo prohibirle que haga ejercicio.

Phillip insistió.

—¿Por qué no les invitamos a comer con nosotros?

El rostro de Lizzie se iluminó.

—¡Sí! La señorita Smallwood es muy divertida.

Lady Weston la fulminó con la mirada.

—Están perfectamente con el señor Davies.

Phillip decidió cambiar de táctica.

—¿No podrían al menos desayunar con nosotros? No es necesario andarse con formalismos en el desayuno.

—A mí no me parece buena idea —murmuró Julian—. Ya tengo bastante con las clases del señor Smallwood para tener que aguantarle en el desayuno.

Sir Giles decidió ignorar su comentario, aunque sin duda lo había escuchado. A Henry le decepcionó que su padre no le regañara. A su edad, sir Giles jamás le habría permitido semejante falta de respeto.

—Querida, tú siempre desayunas en tu habitación —dijo sir Giles—. ¿Por qué te molesta que desayunen con nosotros?

—No me molesta —repuso ella bruscamente—. Sencillamente, no me parece apropiado.

Sir Giles miró a sus hijos mayores. Luego dijo con firmeza:

—Pues a mí me gustaría desayunar con el señor Smallwood. Así podría informarme de los progresos de mis hijos.

Henry asintió en silencio. Siempre había deseado que su padre se implicara más en la educación de los mellizos.

Phillip asintió:

—Me parece una excelente idea, padre.

Lady Weston miró a Phillip con una sonrisa irónica.

—¿Y tú cómo piensas aprovechar los desayunos exactamente?

—Me imagino que de la misma manera. Fortaleciendo mi amistad con mi antiguo tutor... y con la señorita Smallwood.

Lady Weston le miró con ojos brillantes.

—Espero que no se te ocurra coquetear con ella o darle falsas esperanzas. Sabes que no es de tu clase. Henry y tú debéis casaros con damas elegantes y bien relacionadas.

Phillip frunció los labios.

—Y rebosantes de dinero, supongo.

Lady Weston siguió hablando como si no le hubiera escuchado.

—La familia y la posición son de extrema importancia, desde luego. Y, afortunadamente, siempre están acompañadas de una dote generosa.

Phillip apretó los dientes, algo muy inusual en él, que solía ser un joven dócil y tranquilo.

Henry se apresuró a intervenir:

—Estoy seguro de que Phillip no alberga malas intenciones hacia la señorita Smallwood, lady Weston. Los dos son de la misma edad y fueron amigos de niños. Eso es todo.

Henry no estaba seguro de eso, pero pensó que lo más prudente era acabar con aquella discusión.

—Eso espero —dijo lady Weston, con un matiz de advertencia en la voz.

Luego ordenó al criado que sirviera la sopa, dando comienzo a la cena y poniendo fin a la discusión.

Después de cenar, lady Weston y Lizzie se retiraron a la sala de dibujo para jugar una partida de whist con los mellizos.

Henry se quedó sentado en el comedor, haciendo compañía a Phillip y a su padre mientras bebían una copa de oporto. Henry observó atentamente a su hermano.

—Phillip, ¿por qué has vuelto a casa? Dime la verdad.

Phillip le miró en silencio, sin su sonrisa habitual.

Su padre frunció sus pobladas cejas.

—¿Adónde quieres llegar, Henry? Phillip ya lo explicó. Solo quería reencontrarse con los Smallwood.

Henry siguió mirando a su hermano.

—No me lo creo.

Sir Giles añadió:

—¿No le escribiste tú para informarle de que habían venido?

—Sí. Le informé de eso y de otras cosas que pensé que debía saber. Pero no pensaba que iba a dejar Oxford a mitad del trimestre. Supongo que el decano te dio permiso, Phillip...

—Por todos los santos, Henry —dijo Phillip secamente—. No necesito dos padres, te lo aseguro.

—¿Por qué dudas de su palabra? —preguntó sir Giles—. Phillip siempre ha tenido mucho aprecio a los Smallwood.

—Mucho más que tú —añadió Phillip, aguantándole la mirada.

Henry apartó los ojos de su hermano.

—No lo pongo en duda. Lo que no me creo es que esa sea la única razón de su visita. ¿Cuándo termina el trimestre? ¿El veinticuatro de mayo? Estoy seguro de que esta visita podía esperar.

Phillip no respondió.

Henry sintió que su enfado iba en aumento.

—No me digas que tienes problemas en Oxford. Ya tuvimos bastante cuando expulsaron a los mellizos de Blundell.

—A Julian le pegaron —intervino sir Giles—. Por eso volvieron a casa.

Henry sacudió la cabeza.

—Eso no fue lo que el director escribió en su carta.

Sir Giles sacudió una mano en el aire para quitarle importancia.

—Sabes que lady Weston no soporta estar lejos de sus hijos.

—Tiverton no está tan lejos.

—Está a cincuenta millas.

—¡Esa es la misma distancia que hay desde Cornualles a la Academia Smallwood! —gritó Phillip—. No puedo entender por qué no los enviaste allí.

—Lady Weston no quiso —explicó sir Giles—. Y ya sabes lo insistente que puede llegar a ser.

—¿De qué acusó el director a los mellizos? —preguntó Phillip.

—No eran más que vagas acusaciones —insistió sir Giles—. Julian dijo que Rowan solo intentaba protegerle.

—¿Entonces fue una pelea? —preguntó Phillip.

—No... No exactamente —reconoció sir Giles.

Henry deseó que su padre no estuviera tratando de ocultar el mal comportamiento de los mellizos. Como le veía tan incómodo, volvió a llevar la conversación hacia Phillip.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—¿Acabo de llegar y ya quieres echarme? —repuso Phillip con una sonrisa irónica—. Esta también es mi casa, ¿sabes?

—Por supuesto, por supuesto que lo es —dijo sir Giles, acariciándose el muslo—. Tu hermano no pretendía insinuar lo contrario.

Henry se pasó la mano por el cabello.

—¿Piensas volver y acabar el trimestre?

Phillip se encogió de hombros.

—No lo sé. Necesito un descanso.

—Ahora no es un buen momento, Phillip —dijo Henry, tratando de disimular su enfado—. Primero termina el trimestre y luego el siguiente, y entonces tendrás de julio a septiembre para descansar.

Ignorando el consejo de Henry, Phillip dijo:

—Últimamente he estado pensando, padre. Tal vez ha llegado el momento de hacer mi gran viaje por el continente.

—¿Tu gran viaje? —preguntó Henry, alzando la voz—. ¿Y qué hay del mío?

—Yo no tengo la culpa de eso. Quiero vivir la vida, padre, y no aprender sobre ella en los pasillos polvorientos del *alma mater*.

—Te prometí un viaje cuando terminaras tus estudios, Phillip —repuso sir Giles, apretando los dientes—. Así es como se hacen las cosas, hijo mío. Lo sabes perfectamente.

—Pero ese viaje me daría la inspiración que necesito para regresar y terminar mis estudios.

Sir Giles sacudió la cabeza.

—No lo sé, Phillip. Ahora no es un buen momento.

—¿Por qué no? ¿Lo dices por él? ¿O por los Smallwood?

Sir Giles miró a Henry. Luego contestó:

—Por ambos.

—Sinceramente, me parece que eso no tiene nada que ver —intervino Henry—. Debes terminar tus estudios, Phillip. Los Weston no dejamos las cosas a medias. Siempre terminamos lo que hemos empezado. ¿No era eso lo que nos decías siempre, padre?

—¿Eso decía? —preguntó sir Giles, confundido.

Henry asintió.

—Cuando éramos pequeños, siempre lo decías.

Sir Giles asintió vagamente.

¿Acaso no se acordaba? Ciertamente, su padre había cambiado mucho desde que Phillip y él eran pequeños.

—¿Y qué opina tu tutor de todo esto? —preguntó Henry.

—Estoy seguro de que conseguirá aclarar las cosas con el decano.

—¿Me estás diciendo que has venido sin informar al decano?

—¡Fue una decisión repentina! —dijo Phillip, alzando las manos—. Pero ahora que estoy aquí, no puedo soportar la idea de volver.

—¿Entonces he malgastado el dinero que he invertido en tu educación? —preguntó sir Giles.

—No —insistió Phillip, evitando los ojos de su padre.

—¿Necesito recordarte que no eres mi heredero, Phillip? Pienso ayudarte en todo lo que pueda, pero debes tener una profesión.

—No hace falta que me lo recuerdes, padre.

Phillip agachó la cabeza. Henry y su padre intercambiaron una mirada de preocupación.

Finalmente, sir Giles suspiró y se levantó de la silla.

—Creo que será mejor dejarlo por esta noche. Todos estamos cansados. Si seguimos discutiendo, podemos decir cosas de las que podemos arrepentirnos. Seguiremos con la conversación otro día. Yo mismo escribiré al decano para explicarle la situación.

—No debes mentir por él, padre —intervino Henry.

—No pienso mentir. Le diré la verdad. Que tenemos una serie de problemas familiares y necesitamos a Phillip.

—¿Problemas familiares? —repitió Phillip.

—Así es. Por cierto, Henry, tal vez Phillip pueda ayudarte en tu búsqueda. Puede que él tenga más suerte que tú.

Phillip miró a su hermano con preocupación.

—Estaré... encantado de ayudar, por supuesto. Pero creo que Henry es la persona más idónea para ocuparse de ese asunto.

Henry iba a protestar, pero un relámpago iluminó la ventana, seguido del retumbar de un trueno. Henry miró a su padre, pero no vio ningún asomo de preocupación en él. Después de suspirar, se levantó y pidió permiso para retirarse.

# Capítulo 7

*Una joven sin instrucción, sin saber, sin experiencia,  
dichosa de no ser aún vieja para poder seguir aprendiendo.*

William Shakespeare, *El mercader de Venecia*

A QUELLA tarde, Emma, su padre y el señor Davies sobrevivieron a la tormenta a base de té, pudín y velas derretidas. Fuera, los truenos retumbaban y la lluvia golpeaba las ventanas. No tenía sentido irse a dormir hasta que amainara.

Los dos hombres discutían sobre las noticias del parlamento, sus doloridas rodillas y otros asuntos, pero Emma apenas los escuchaba. De vez en cuando asentía o sonreía para fingir que seguía la conversación, pero, en realidad, sus pensamientos estaban centrados en Phillip Weston. No dejaba de recordar cómo le había sonreído cuando la llamó «vieja amiga», como si volviera a verla después de unos días en vez de tres años.

Emma se acordó de una tarde concreta en la Academia Smallwood. Su madre había salido a una reunión del comité de beneficencia, mientras que su padre estaba visitando al vicario...

—Solo será una hora —había dicho su padre, mientras se ataba la bufanda—. He dejado a los chicos entretenidos con un juego de geografía de mi propia invención. Eso los tendrá ocupados, pero, si surge algún problema, puedes llamar a tía Jane. Ya le he dicho que voy a salir.

—Muy bien, papá —repuso Emma, tratando de conservar la calma.

No quería admitir que le daba miedo quedarse sola con los alumnos.

Temía que se burlaran de ella o le gastaran una broma pesada. Pero entonces recordó que Phillip Weston estaba entre ellos. Phillip tenía quince años, solo uno menos que ella. Era tan educado... Él no permitiría que los demás chicos se burlaran de ella. O al menos eso esperaba.

Pero no había pasado ni un cuarto de hora cuando los alumnos abandonaron el juego encima de la mesa. Era invierno y había oscurecido temprano. Las lámparas llevaban horas encendidas. Los cuatro chicos se levantaron y recorrieron la casa en calcetines, apagando las lámparas a su paso.

—Chicos, volved a encender las lámparas ahora mismo —ordenó Emma desde la salita.

—No tenemos por qué obedecerla, Emma —dijo Frank Williams—. Solo es un año mayor que nosotros. Así que deje de llamarnos «chicos».

—Les llamaré como me parezca, señor Williams —protestó Emma—. Y llámeme *señorita Smallwood*.

Alguien apagó la lámpara de la salita, dejándola a oscuras. La señora Malloy ni siquiera se había molestado en encender el fuego. ¿Dónde se habría metido? A Emma le extrañó que la cocinera no estuviera merodeando por la casa, volviendo a encender las lámparas y recordando a los chicos que debían comportarse como caballeros, no como animales salvajes.

Entonces recordó que la señora Malloy libraba la tarde de los domingos. ¿Cómo era posible que su padre lo hubiera olvidado?

Emma tragó saliva.

—Les ordeno que vuelvan a encender las lámparas y dejen de corretear por la casa —dijo, intentando transmitir autoridad.

—Solo queríamos jugar al escondite —le dijo alguien al oído.

Emma se asustó. Pero enseguida se tranquilizó al reconocer la voz de Phillip Weston:

—¿No pretenderá negarnos un placer tan inofensivo?

Su susurro le hizo cosquillas en la oreja.

—Yo... —balbuceó.

—Em-ma...

Phillip pronunció su nombre en dos sílabas largas y susurrantes. Su aliento

le puso la piel de gallina. Sorprendida, Emma dio un paso atrás al sentir sus cálidas manos en la cintura. Phillip se acercó un poco más, susurrando a través de la tela de su vestido.

Fuera seguían escuchándose pasos por el pasillo. Dos cuerpos chocaron en la oscuridad.

—¡Te he encontrado, Frank! —exclamó una voz.

—Más bien me has tirado al suelo.

—¡Le toca buscar a Frank!

Aunque varias capas de ropa se interponían entre ella y Phillip, Emma sintió una emoción desconocida. Si la hubiera tocado otra persona, le habría soltado un bofetón que no habría podido olvidar. Pero se trataba de Phillip Weston. Phillip era su amigo, un amigo que de pronto parecía haberse convertido en algo más. Qué emocionante era estar con él en la oscuridad, sabiendo que estaban rodeados de otras personas que no podían verlos.

—Emma... ¿sigue ahí? —dijo Frank desde el umbral de la puerta—. La encontraré.

Phillip se acercó a ella para apartarse de la silueta que se acercaba. Emma se volvió hacia su captor. No sabía si abrazarle o...

Liberando su cintura, Phillip le tapó la boca con la mano y le susurró al oído:

—Shhhhh...

Una figura pasó a unos centímetros de ellos.

Phillip apartó la mano de su boca. Cuando Emma se disponía a regañarle, Phillip apretó sus labios contra los suyos. Emma no sabía cómo reaccionar. Era su primer beso. Allí, en la oscuridad, con Phillip Weston.

En algún lugar de la casa se oyó una puerta. Una luz iluminó el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo tía Jane.

Emma se alejó de Phillip.

Tía Jane la llamó:

—¿Emma?

Emma se acercó a la puerta. Acababa de llegar al umbral cuando se topó con su tía.

Jane le escrutó la cara.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —dijo Emma, forzando una sonrisa—. Los chicos se empeñaron en jugar al escondite. Les dije que dejaran las lámparas encendidas, pero no quisieron escucharme.

Su tía se acercó. La luz de su lámpara iluminó el resto de la salita.

—¡Señor Weston!

Tía Jane se asustó al ver a Phillip tan cerca de su sobrina. Emma sintió que le ardían las mejillas.

—Buenas tardes, señorita Smallwood —dijo él, como si nada malo hubiera ocurrido.

Jane lo miró muy seria.

—Un caballero nunca debe estar con una señorita en la oscuridad, señor Weston.

Jane se dirigía a Phillip. Sin embargo, Emma se sintió más aludida que él.

—Tiene toda la razón, señorita Smallwood —repuso él—. Me temo que el señor Williams ha golpeado a Emma sin querer, pero... no hay de qué preocuparse. Menos mal que ha llegado usted a tiempo.

Jane le lanzó una mirada escéptica.

—Efectivamente, menos mal que he llegado a tiempo, señor Weston. Y no lo digo por el señor Williams.

—Solo era un juego, señorita Smallwood —dijo Phillip—. No hemos roto nada.

—Así que solo era un juego, ¿eh? —preguntó tía Jane, arqueando una ceja—. Sea lo que fuere, no quiero que vuelva a producirse. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Jane dio media vuelta y empezó a encender las lámparas de las demás habitaciones.

Emma miró a Phillip y susurró:

—Por favor, no se lo cuente a nadie. ¿De acuerdo?

Phillip se puso la mano en el corazón.

—Tiene mi palabra.

Emma le creyó.

Ahora, en el cuarto del señor Davies, Emma volvió a recordar las

palabras de Phillip: *Solo era un juego.*

Aquel recuerdo le dejó un poso de decepción.

Emma siguió sumida en sus propios pensamientos hasta que unos pasos resonaron en el piso de arriba. Enseguida se preguntó qué estaría ocurriendo, pero, antes de que pudiera levantarse a comprobarlo, alguien llamó al marco de la puerta. Emma levantó la vista y sintió que le ardían las mejillas. Porque allí, al lado de la puerta, estaba el objeto de sus pensamientos.

—Perdone la interrupción, Davies —dijo Phillip Weston.

El mayordomo asintió, aceptando su disculpa.

—Usted siempre es bienvenido, señorito Phillip. Pase, por favor.

Phillip entró en el cuarto. Primero sonrió a Emma y luego a su padre.

—Señorita Smallwood. Señor Smallwood. De ahora en adelante, espero que tengamos el honor de desayunar con ustedes en el comedor.

—Pero... lady Weston... —tartamudeó Emma—. Quiero decir... Estamos encantados de desayunar con el señor Davies. ¿Verdad, padre? No queremos causarles molestias.

—Tonterías. No es ninguna molestia —insistió Phillip—. Sé que lady Weston es muy rigurosa con el protocolo, y desgraciadamente no puedo pedirles que nos acompañen el resto de las comidas, pero mi madrastra está de acuerdo en que desayunen con la familia.

Emma se mordió el labio.

—Pero... puede que no sea de su agrado.

—Pues del mío sí —dijo Phillip—. Además, mi padre y Lizzie están de acuerdo —dijo, sonriendo—. Ha causado una excelente impresión en esa muchacha, señorita Smallwood.

—Muchas gracias. Es una joven encantadora...

—Por favor, diga que sí. Lady Weston nunca desayuna antes de las diez.

—Me encantaría desayunar con usted, Phillip —intervino su padre—. Pero ya sabe que soy un gran madrugador, así que, cuando usted levante su preciosa cabeza de la almohada, yo ya estaré paseando. Nunca le ha gustado madrugar, si mal no recuerdo. En más una ocasión tuve que sacarle yo mismo de la cama.

Phillip agachó la cabeza.

—Me temo que no he cambiado mucho en ese aspecto, señor. Pero, si

desayunan conmigo, tendré un buen motivo para levantarme temprano –dijo con una sonrisa. Después de suspirar, Emma le devolvió la sonrisa.

—Está bien. Será un placer desayunar con ustedes.

Phillip sonrió.

—Excelente.

Su padre le preguntó por Henry.

—Solemos jugar una partida de backgammon a estas horas –aclaró.

Phillip titubeó.

—Oh... –dijo, mirando por la ventana—. Me temo que ya se ha retirado a su habitación.

Su padre se quedó sorprendido, pero era demasiado educado para poner en duda su palabra.

—¿Y qué hay de usted, Phillip? ¿Le gustaría jugar conmigo?

Phillip asintió.

—De acuerdo. Siempre que Emma se quede para animarme. O para consolarme en el caso de que pierda.

Emma le aseguró que estaría encantada de hacer ambas cosas.

Más tarde, cuando la partida hubo terminado, Emma subió a su habitación y llamó a la criada.

Morva apareció unos minutos más tarde, murmurando:

—Menudo jaleo. ¿No lo ha oído, señorita?

—¿Se refiere a la tormenta? –preguntó Emma.

Morva abrió la boca para responder, pero se lo pensó mejor.

—Sí.

La criada la ayudó a ponerse el camisón y le dio las buenas noches.

Emma se metió en la cama y escribió sobre Phillip en su diario, describiendo los cambios que había advertido en él. La anchura de su espalda y su altura delataban que se había convertido en un hombre. Sin embargo, su sonrisa le recordaba al joven al que una vez había llamado amigo.

Emma mojó la pluma en el tintero e hizo una pausa, preguntándose si Phillip recordaría la tarde en que se quedaron solos en la oscuridad. Esperaba que sí.

Después de apagar la lámpara y quedarse dormida, soñó que estaba en la

Academia Smallwood con Phillip y su padre. Su padre y ella estaban sentados en el sofá de la salita, mientras Phillip tocaba el viejo clavicordio. Sus dedos interpretaban una pieza que no pudo reconocer. De pronto, la puerta se abrió y entró su madre. Emma esperaba que Phillip dejara de tocar, pero él continuó como si no la hubiera visto. Emma señaló a su madre, pero Phillip se limitó a sonreír y siguió tocando.

¿Es que no se daba cuenta? Su madre estaba allí, viva y en perfecto estado de salud.

Emma se levantó y se acercó a ella. El corazón iba a estallarle de alegría. Pero su madre la miró de arriba abajo, sacudiendo la cabeza.

—Haz el favor de andar recta, Emma —luego observó el volumen que sostenía en las manos—. ¿Y qué haces leyendo un libro delante del señor Weston? Sabes que Phillip nunca se casará con una literata.

Emma se sintió humillada.

Entonces abrió los ojos y el sueño se desvaneció. Sin embargo, seguía oyendo una música. Emma escudriñó la oscuridad y se puso a escuchar. La música era real. Alguien estaba tocando el piano en la sala de música. ¿Sería Julian otra vez? ¿O tal vez Phillip?

Qué sueño tan extraño... Le daba pena que su madre no estuviera viva, pero se alegraba de que no la hubiera humillado delante de Phillip.

Como estaba demasiado nerviosa para volver a dormirse, Emma salió de la cama, se puso las zapatillas y se cubrió con una bata. Se preguntó si estaría despeinada, pero decidió que eso no importaba. El fuego de la chimenea ya se había extinguido. Emma cogió una vela con la intención de encenderla en la lámpara del rellano.

La joven abrió la puerta y salió al pasillo. Después de doblar la esquina, pasó por delante de la habitación de su padre —que estaba tranquila y silenciosa— y siguió avanzando hasta el rellano de la escalera. Allí, una vela goteaba sobre un pequeño charquito de cera. Emma levantó el cristal, acercó su vela a la llama agonizante y se alegró al ver cómo cobraba vida. La lámpara emitió un brillo anaranjado y finalmente se apagó, como si hubiera robado su llama.

Emma volvió a colocar el cristal sobre la base de latón, que emitió un

pequeño chirrido. La joven se asustó, pero, al ver que nadie respondía, se dio la vuelta y empezó a bajar.

La triste música seguía abriéndose camino por el hueco de la escalera, arañando su corazón como si fuera un gato.

Cuando llegó abajo empezó a atravesar el vestíbulo. Su vela parpadeaba, proyectando largas sombras sobre los escudos de las paredes. No estaba segura de qué debía hacer al llegar a la sala de música. ¿Quedarse escuchando en la puerta, o entrar? Si era Julian, ¿debía alabar su talento y aconsejarle que se fuera a dormir? Y, si era Phillip, ¿debía aprovechar aquel *tête à tête* para hablar a solas con él?

Al llegar a la sala de música, Emma giró suavemente el pomo y abrió la puerta. Luego se detuvo a escuchar. La música había cesado. Sosteniendo la vela, entró en la sala con una excusa preparada: «*Siento molestarle. Solo quería saber quién estaba tocando*».

Pero, cuando la vela iluminó el piano, descubrió que el taburete estaba vacío. Emma pestañeó y volvió a abrir los ojos de nuevo. Luego se acercó. No había nadie. Frunciendo el ceño, susurró en la penumbra:

—¿Dónde está? No quería molestarle.

No hubo respuesta. Emma iluminó con su débil llama el resto de la sala.

Estaba vacía.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. ¿Habría soñado aquella música? *Qué estúpida soy*, pensó. No era propio de ella andar imaginando cosas así.

Tratando de sobreponerse, Emma salió de puntillas de la sala, subió las escaleras y regresó a su habitación lo más deprisa que pudo. Luego cerró la puerta y se acurrucó bajo las mantas.

— —

A la mañana siguiente, Emma se levantó a las siete en punto. Quería llegar temprano a su primer desayuno con la familia. No quería entrar en el comedor lleno de gente, interrumpiendo la conversación y atrayendo todas las miradas.

Mientras cepillaba sus dientes, se contempló en el espejo. ¿Qué habría pensado Phillip al verla? ¿Habría visto a la misma muchacha flaca y

desgarbada de siempre? ¿O la habría encontrado más madura e interesante? Emma sabía que era una estupidez pensar en eso, pero deseaba que Phillip hubiera quedado satisfecho con su aspecto. Luego recordó cómo le había sonreído cuando fue a visitarla al cuarto del mayordomo. Sí, era evidente que Phillip se alegraba de verla.

Morva entró en la habitación y se quedó sorprendida al verla levantada y aseada.

—Se ha despertado muy temprano, señorita.

La criada la ayudó a ponerse el corsé y su vestido color lavanda. Mientras le abrochaba los botones, Emma le preguntó:

—Morva, ¿escuchó el piano anoche, después de las diez?

—No, señorita. A esas horas ya estaba durmiendo.

—Me pareció oír a alguien, pero, cuando bajé, la sala de música estaba vacía.

Morva se encogió de hombros.

—Seguramente fue el señorito Julian. Lo más probable es que, al oírlo, saliera por la puerta de atrás.

—¿Es que hay otra puerta?

—Sí. La puerta del servicio. Conduce a unas escaleras.

—Ah...

Así que alguien había estado tocando, pero se escabulló por la puerta de atrás antes de que pudiera descubrirle. Seguramente fueron Julian o Rowan, que se marcharon para librarse de una reprimenda por andar despiertos a esas horas.

Emma se peinó mientras Morva ordenaba su habitación. Luego respiró profundamente, se dijo que no había razón para estar nerviosa y bajó las escaleras. Se detuvo en la puerta del comedor, pero no vio a nadie, a excepción de un criado que estaba de pie junto a la puerta del servicio. En el aparador había una enorme tetera, varias tacitas y numerosas bandejas de repostería. También había unos platos cubiertos para la comida caliente.

El banquete era similar a los desayunos que tomaban en el cuarto del señor Davies, aunque a mayor escala.

Emma se preguntó si su padre estaría durmiendo o ya habría desayunado.

Al entrar, se sirvió una taza de té y miró de reojo el azúcar, pero decidió renunciar a él. El criado le dijo que encontraría la leche en la mesa y se ofreció a traerle pan recién tostado y un bizcocho. Emma aceptó su ofrecimiento y se sentó a la mesa, mientras el criado salía por la puerta del servicio. El comedor estaba demasiado silencioso. Se sentía más incómoda comiendo sola y recibiendo las atenciones del criado que en una sala llena de gente.

Por fin oyó unas voces en el pasillo. Los mellizos entraron en el comedor hablando en voz baja.

Rowan sonrió al escuchar lo que decía su hermano. Pero, al verla, se puso serio.

—Buenos días, señorita Smallwood. No recordaba que a partir de ahora desayunaría con nosotros. Será un placer.

—Gracias.

Emma observó a los mellizos mientras ambos se servían sendas tazas de chocolate y unos platos de comida caliente antes de sentarse a la mesa.

Luego decidió preguntarles:

—¿Alguno de ustedes estuvo tocando el piano anoche?

Los dos intercambiaron una mirada.

—Yo no —dijo Julian.

Rowan levantó las manos.

—A mí no me mire. Yo solo toco cuando me obligan.

—Debió de ser un fantasma —dijo Julian con los ojos brillantes—. Esta casa está encantada, ¿sabe? ¿Nadie se lo había dicho?

Emma negó con la cabeza.

—Yo no creo en esas cosas.

Julian la observó con atención. Una sonrisa se dibujó en la comisura de su boca.

—Pues debería.

Emma sonrió con aire condescendiente.

—¿Y qué clase de fantasma habita en la mansión Ebbington, si se puede saber? ¿Un sirviente que murió atendiendo a sus antepasados?

—No. Alguien mucho más cercano a la familia —dijo Julian—. El fantasma

de la difunta lady...

Phillip y Henry entraron en el comedor. Julian cerró la boca.

—Buenos días, señorita Smallwood —dijo Phillip muy contento.

Al verla, Henry se quedó dudando. Luego inclinó la cabeza. Primero la observó a ella, y a continuación, a sus hermanastros.

—¿De qué estabais hablando?

—Oh, solamente estábamos bromeando —dijo Julian—. La señorita Smallwood asegura que anoche oyó a alguien tocando el piano y le hemos dicho que era un fantasma.

Henry frunció sus oscuras cejas.

—¿Anoche? ¿Cuándo?

—Creo que alrededor de las diez —dijo Emma—. ¿No lo escuchó?

—No. Yo estaba... fuera en ese momento.

Henry se giró abruptamente hacia el aparador. Primero se sirvió una taza de té y luego se volvió hacia sus hermanastros.

—No quiero que molestéis a la señorita Smallwood con tonterías.

—A veces es mejor hablar de tonterías que de la cruda realidad —dijo Julian.

Henry le fulminó con la mirada.

—Si no vas a decir nada sensato, será mejor que te calles.

Julian desafió su mirada.

—Como quieras.

El joven se levantó, dejó su servilleta en la silla y se encaminó a la puerta. Allí se detuvo y miró a su hermano Rowan por encima del hombro.

Rowan tardó unos segundos en captar su indirecta. Engulló media salchicha, se levantó y, con la servilleta atada al cuello, siguió a su hermano.

Acababan de salir del comedor cuando el ama de llaves, la señora Prowse, apareció en el umbral de la puerta con el rostro preocupado.

—Siento interrumpirle, señor Weston. ¿Podría hablar con usted?

Henry dejó su taza de té sin haberla probado.

—Por supuesto. Disculpenme.

Phillip se sentó enfrente de Emma. Cuando Henry se hubo marchado, susurró:

—Henry siempre se enfada cuando los mellizos hablan del fantasma de la difunta lady Weston. Ya sabe, de nuestra madre. A mí tampoco me gusta, pero no me lo tomo así. Apenas recuerdo a mi madre. Pero Henry, sí. Y no le gusta que nadie manche su memoria —dijo, con una risita—. Ni siquiera con estúpidas historias de fantasmas.

—Lo entiendo —dijo Emma—. A mí tampoco me gustaría.

—Por supuesto que no, Emma. Y nadie que haya conocido a su madre se atrevería a decir algo malo de ella. Siempre fue muy amable conmigo.

Emma asintió. Efectivamente, a su madre le gustaba Phillip, mientras que, por alguna extraña razón, tía Jane siempre había preferido a Henry.

Phillip se inclinó hacia ella y le apretó la mano.

—No hay nada que temer, se lo aseguro. Los mellizos solo pretendían asustarla.

A Emma le gustaba el tacto de su mano, aunque sabía que solo era un gesto amistoso.

—Lo sé —dijo.

Ambos intercambiaron una sonrisa. Luego, Emma se concentró en su desayuno.

Cuando salió del comedor unos minutos después, Emma escuchó unos susurros en el vestíbulo. Echó un vistazo a una esquina y se sorprendió al ver a Henry Weston junto a la señora Prowse, con la cabeza agachada para escucharla mejor. ¿De qué estarían hablando con tanto sigilo?

Como no le quedaba más remedio que pasar a su lado, Emma cruzó el vestíbulo, carraspeando para delatar su presencia.

La señora Prowse levantó la cabeza, sorprendida. Henry se enderezó bruscamente.

—Sí. Eso es todo, señora Prowse. Muchas gracias.

Por su forma de hablar, Emma dedujo que no estaban tratando un asunto doméstico.

Pero... ¿fantasmas?

*Venga, Emma Jane Smallwood, se dijo a sí misma. Eres demasiado sensata para creer en esas cosas.* La mansión Ebbington estaba empezando a perturbar su sentido común. Ya era hora de poner fin a esas estúpidas

fantasías.

Con esa decisión en mente, Emma subió a la sala de estudio para ayudar a su padre.

# Capítulo 8

*Su corazón latía con fuerza, presa del terror...*

Ann Radcliffe,  
*Los misterios de Udolfo*

A QUELLA noche, después de cenar, Henry se sentó con sus hermanos en la sala de dibujo. Todos mantenían una conversación alegre y relajada. Lady Weston había salido a visitar a una amiga, llevándose a Lizzie. Sir Giles se había retirado a su dormitorio, pero Henry sospechaba que no era allí donde había ido. O al menos esperaba que tuviera otro destino en mente. Sin embargo, sentía que su padre no estuviera con ellos. Estaba seguro de que le habría encantado pasar la velada con sus cuatro hijos, compartiendo confidencias y recordando los viejos tiempos.

—Es una pena que no hayáis ido a la Academia Smallwood —dijo Phillip a los mellizos—. Henry y yo lo pasamos muy bien allí.

—Bueno, al menos hemos conocido al señor Smallwood y a su hija —dijo Rowan—. Lo demás tendremos que imaginarlo.

—Me imagino perfectamente la Academia Smallwood —bromeó Julian, recostándose en su sillón—. Unas habitaciones pequeñas y húmedas, un aula fría de techos altos, el señor Smallwood aburriéndonos con sus lecciones de latín: *vomō, vomere, vomuī, vomitum*. Y la señora Malloy golpeando una olla para llamarnos a cenar: «Vamos, sucios mocosos. Lavaos las manos si no queréis que os las lave yo».

Phillip se echó a reír a carcajadas. Henry reprimió una sonrisa.

Curiosamente, Julian imitaba bastante bien a la señora Malloy. Sin embargo, él sabía que bajo la apariencia brusca del ama de llaves se escondía un gran corazón.

Phillip se levantó.

—Ahí está Emma. Vamos a pedirle que se reúna con nosotros. Tiene derecho a defenderse.

Sonriendo, Phillip salió de la sala antes de que Henry pudiera protestar.

Cuando la alcanzó, Phillip la cogió del brazo y empezó a tirar de ella.

—Solo estamos nosotros —bromeó Phillip—. Vamos, señorita Smallwood. ¿Desde cuándo le asusta estar en una habitación llena de chicos?

Emma entró en la sala con una incómoda sonrisa.

—Estábamos contándoles a los mellizos lo que se han perdido por no estudiar en la Academia Smallwood.

—Dios mío... —suspiró Emma.

Phillip tomó la palabra:

—Recuerdo una vez que el señor Smallwood dejó a Emma vigilando un examen...

—¿De veras? —le interrumpió Henry—. Qué extraño.

—Pues cuando yo estaba allí lo hacía muy a menudo. A veces pienso que aprendí tanto de la hija como del padre.

—El señor Smallwood jamás nos dejó solos en un examen.

Phillip se encogió de hombros.

—En aquel entonces Emma era más joven.

*Y su madre aún seguía viva. Y el ánimo de su padre aún no había decaído,* pensó Henry. Le apetecía seguir indagando, pero prefirió dejar el tema para otra ocasión.

—Pues bien —prosiguió Phillip—. Frank Williams, que, por cierto, está a punto de convertirse en un flamante abogado, abrió un recipiente con el queso más apestoso que podáis imaginar, lo colocó debajo de su silla y siguió haciendo el examen como si nada. La señorita Smallwood, pensando lo que pensaría cualquier persona en esas circunstancias, se limitó a abrir todas las ventanas sin quitarnos los ojos de encima y no hizo ningún comentario.

Los cuatro hermanos Weston se echaron a reír. Hasta la señorita

Smallwood esbozó una sonrisa.

—Henry, te toca a ti —dijo Julian—. ¿Por qué no nos cuentas una de tus famosas bromas?

Henry miró a la señorita Smallwood, avergonzado.

—No... No sé de qué me hablas.

—Por supuesto que sí. ¿No te acuerdas de cuando llamabas a la puerta de la señorita Smallwood en mitad de la noche y luego salías corriendo? ¿O cuando metiste un ratón en su cama...?

—¿Y qué me dices de la falsa carta de amor que le escribiste, firmándola con el nombre de un compañero? —intervino Rowan.

Emma se volvió para mirar a Henry con el ceño fruncido.

Él sintió que le ardían las mejillas.

—Es verdad —añadió Phillip—. Era Pugsworth, ¿no?

Emma observó a los mellizos. Era evidente que se lo estaban pasando en grande.

—Señorita Smallwood, ¿llegó a creer que Pugsworth estaba enamorado de usted? —preguntó Julian.

*Qué Dios nos asista, pensó Henry. Espero que Emma no se ponga a llorar. No después de tantos años. Y menos por Milton Pugsworth.*

Pero ella permaneció impasible.

—Por supuesto que no —dijo—. Afortunadamente, el señor Pugsworth no cometía faltas de ortografía. Además, tenía la letra más bonita que he visto en mi vida. Reconocí los horribles garabatos del señor Weston nada más verlos.

Phillip emitió un pequeño silbido.

—Bien dicho, Emma.

La señorita Smallwood miró a Phillip con una sonrisa más dulce que la miel.

Al verla, Henry sintió que se le encogía el estómago.

Unos minutos después, el señor Smallwood se unió a ellos para compartir sus propios recuerdos. Cuando la conversación empezó a declinar, el viejo profesor se dio una palmada en el muslo y suspiró.

—Bueno, creo que ya es hora de retirarse.

La señorita Smallwood se levantó.

—Te acompaño.

—Buenas noches, caballeros –dijo el señor Smallwood con una sonrisa.

Henry se levantó.

—Espere. Le guiaré hasta su habitación.

En el rellano, Henry encendió una lámpara y acompañó al señor Smallwood por el pasillo, aunque era consciente de que su hija los seguía en silencio.

Mientras se despedía de su antiguo tutor, Henry notó que Emma se paraba en la hornacina donde estaba el retrato de su madre, así que decidió aprovechar para hablar a solas con ella. Cuando el señor Smallwood cerró la puerta de su habitación, Henry regresó al rellano de la escalera y la encontró mirando el retrato de su madre.

—Supongo que recordará que gané todos los concursos de ortografía de la academia –empezó a decir.

—Sí, señor Weston –contestó Emma, sin apartar la vista del retrato.

—Y recordará también que su padre solía decir que tenía la letra más bonita que había leído nunca.

—Sí, señor Weston.

Henry contempló su perfil. Al ver que no decía nada, sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Bien hecho, señorita Smallwood –Henry se dio la vuelta para marcharse, pero de pronto se detuvo y añadió–: Él la admiraba, ¿sabe? Pero no sabía cómo demostrárselo.

Emma le miró con incredulidad.

—¿Quién? ¿El señor Pugsworth?

—Sí –dijo Henry. Luego pensó: *Él también.*

— —

El día siguiente transcurrió sin incidencias. Emma estuvo ocupada con las clases y más tarde dio un paseo con Lizzie. No vio a Henry ni a Phillip en todo el día.

Por la noche se tumbó en la cama y se puso a leer a la luz de una vela. La

novela era *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe. Se trataba de una novela gótica –género que no era su preferido–, ambientada en un sombrío castillo plagado de horrores sobrenaturales. Emma se imaginaba que el villano, Montoni, tenía el rostro de Henry Weston. Había leído la novela hacía años, pero le parecía mucho más inquietante aquí, en la mansión Ebbington, que en su acogedora casa de Longstaple. Pasó la página y leyó:

Su corazón latía con violencia, presa del pánico. Emily se incorporó en la cama y, después de apartar suavemente las cortinas, miró hacia la puerta que conducía a la escalera. Pero la lámpara, que ardía en el suelo, lanzaba una luz tan débil que los extremos de la habitación se perdían en las sombras. Sin embargo, el ruido, que sin duda procedía de la puerta, continuó. Parecía hecho al tratar de abrir un cerrojo oxidado; se detenía con frecuencia y volvía de nuevo, con suavidad, como si la mano que lo ocasionaba se viera detenida por temor a ser descubierta. Emily tenía los ojos fijos en aquel lugar y vio que la puerta se movía, abriéndose lentamente. Percibió que algo entraba en la habitación, pero la extrema oscuridad le impedía distinguir de qué se trataba. Casi desmayada por el miedo, consiguió dominarse y contener el grito que se escapaba de sus labios.

*Crac.*

Emma sintió un vuelco al corazón. Paralizada, se puso a escuchar atentamente. El suelo chirrió en el exterior de su habitación. *Será algún criado*, pensó.

Pero... ¿por qué iba a pasar por su habitación, que estaba al final del pasillo?

Emma cogió su reloj de bolsillo y lo observó a la luz de la vela. Eran las once. Demasiado tarde para que un criado anduviera paseando por la casa, barriendo el suelo o encargándose de cualquier otra tarea. Los pasos siguieron recorriendo el pasillo y finalmente desaparecieron.

Emma decidió retomar la lectura. Quienquiera que fuera, ya se había marchado. Estaba fuera de peligro.

¿Fuera de peligro? ¡Qué estúpida! Definitivamente, la lectura de aquella noche la había trastornado.

Emma dejó el libro en la mesilla, apartó las mantas y se sentó al borde de la cama. Picada por la curiosidad, se puso la bata y deslizó los pies en las zapatillas. Armada con su vela, que aún ardía, abrió la puerta y se puso a escuchar. Pero solo oyó el frágil sonido de unos pasos lejanos. Después de dejar la puerta entreabierta, recorrió de puntillas el pasillo, esforzándose en ignorar los numerosos pares de ojos que la observaban desde los retratos. Pasó por la habitación de su padre y se detuvo en el rellano de la escalera. Como no oía nada, siguió caminando, pasando por lugares donde nunca se había aventurado.

Finalmente llegó al final del pasillo. Desde allí partía un corredor que se cruzaba con el pasillo en sentido perpendicular. Aquel corredor conducía al ala norte, donde lady Weston y la señora Prowse le habían recomendado no entrar.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, Emma asomó la cabeza y echó un vistazo. Como no sabía lo que podía encontrar, bajó la vela.

Al final del corredor vio la espalda de un hombre que llevaba su propia lámpara. Cuando el hombre se detuvo en la puerta de la última habitación, su perfil quedó iluminado por la luz de la vela. Cabello rizado, nariz prominente y pómulos altos: se trataba del inconfundible perfil de Henry Weston. ¿Qué estaba haciendo allí? Su habitación no estaba en el ala norte.

Henry volvió la cabeza en su dirección. Emma dio un paso atrás y se pegó a la pared. ¿Habría visto su luz? ¿Se dirigían sus pasos hacia ella? Emma dio media vuelta y corrió de puntillas a su habitación. Afortunadamente, nadie la había visto.

— —

De madrugada volvió a soñar con Phillip. Ambos estaban en Longstaple, aunque Phillip era demasiado mayor para seguir siendo alumno de su padre. El joven estaba de pie en la salita, con el aspecto que tenía ahora: mandíbula poderosa, espalda ancha y masculina, cabellos castaños y espesos, nariz perfecta, ojos azules... y una mirada cálida y amorosa.

Phillip se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. Era tan fuerte... Sus

ojos recorrieron su cara abiertamente, sin nada que ocultar. Un sentimiento de amor y nostalgia invadió su corazón. Así se sentía en compañía de Phillip Weston: feliz y a la vez melancólica.

Entonces Phillip se inclinó hacia ella. Sus ojos dejaron de mirarla, como si no quisieran ver su reacción.

Cuando su boca se acercó a la suya, Emma pensó: *¿Es que no se da cuenta de que ya soy mayor? ¿Que ya no soy una niña? ¿Que no deberíamos estar haciendo esto?* No obstante, Emma deseaba que la besara, deseaba sentir su boca en la suya.

—¿Señorita Smallwood?

Sus labios le susurraron algo al oído...

—Es hora de levantarse, señorita.

*Shhh. No.*

*Crac.* Los postigos se abrieron. Emma pestañeó. La luz del sol se derramó sobre ella, disipando su sueño. Emma abrió los ojos de mala gana y vio a Morva, que estaba abriendo el último postigo. Después, la criada se acercó al armario para sacar un vestido de su limitada colección.

Emma se quedó acostada un momento, sintiendo cómo se desvanecía el sueño pero incapaz de desprenderse de él. No tenía sentido aferrarse a los sentimientos. Aquella noche en Longstaple había quedado muy atrás. No podía besar a Phillip en la vida real. Además, seguramente él no quisiera hacerlo. ¿Tan malo era tratar de retener aquella sensación? ¿Tan peligroso era recordar aquel momento, que le dejaba aquel sentimiento de nostalgia y de agradable dejadez? Sí, era peligroso. No debía dejarse llevar por ello.

Morva se agachó a recoger algo que había visto en el suelo. Luego se quedó mirándolo con extrañeza.

—Es para usted, señorita. Seguramente lo han deslizado por debajo de la puerta.

*Qué raro,* pensó Emma, alargando la mano para cogerlo.

Morva le entregó un rectángulo doblado con expresión expectante. Emma la ignoró y se centró en la carta. No había ningún sello en el doblez. Cuando le dio la vuelta al papel, vio que alguien había escrito su nombre en la otra cara: *Señorita Smallwood.*

Su curiosidad se impuso al miedo a llegar tarde a desayunar. ¿Sería una nota de Phillip? ¿O una regañina de Henry por haberse aventurado en el ala norte? Emma desdobló la hoja y contempló la intrincada letra, llena de ángulos regulares y precisos. A continuación leyó:

*Querida señorita Smallwood:*

*Creo que ha llegado el momento de que reciba una verdadera carta de amor. Soy demasiado tímido para expresarle mis sentimientos en persona, pero quería decirle lo mucho que me alegro de su presencia en esta casa. Quiero que sepa que tiene un ferviente admirador aquí, en la mansión Ebbington.*

*La estaré observando. Podría pasarme toda la vida contemplando sus preciosos ojos verdes.*

*Su admirador secreto*

Emma sintió que se le encogía el estómago. Luego volvió a leer «sus preciosos ojos verdes» y se ruborizó. ¿Quién la habría escrito? ¿Sería Phillip, que se sentía atraído hacia ella igual que en el sueño? Ciertamente, había dejado muy claro que se alegraba de verla. Pero de ahí a ser un ferviente admirador...

No pudo reconocer la letra. Pero hacía tres años que no veía la letra de Phillip.

Al ver que Morva la miraba fijamente, se apresuró a doblar la carta. Luego se levantó y empezó a asearse.

La criada la ayudó a ponerse un vestido de muselina estampada con ribetes verdes.

Cuando por fin se quedó sola, Emma volvió a leer la carta. Las palabras la transportaron al pasado, a la tarde en que tía Jane le dejó leer la carta que conservaba en su mesilla de noche.

—¿De quién es esta carta, tía Jane? —había preguntado Emma—. ¿De un admirador secreto?

—Pues sí —contestó su tía—. Aunque su identidad no es secreta. Se trata del

señor Delbert Farley, de Bodmin. —Jane señaló la carta—. Puedes leerla si quieres.

Aunque no esperaba gran cosa, Emma la leyó y se quedó impresionada.

—Es una carta preciosa, tía Jane. ¿De qué conoces al señor Farley?

—Lo conocí hace unos meses —dijo Jane—. Un día estaba paseando por High Street y decidí entrar en una librería a echar un vistazo. Estaba hojeando un libro sobre máquinas de vapor cuando noté que un caballero me observaba. Como pensé que podía estar interesado en el libro que estaba mirando, se lo ofrecí. El caballero me dijo que el libro no le interesaba, pero que le sorprendía que una «bella dama» como yo pudiera estar hojeando un libro como ese.

Tía Jane sonrió, mostrando sus hoyuelos.

—Le expliqué que era profesora, y que estaba interesada en materias muy diversas. Él me dijo que había venido a la ciudad para visitar a su primo. ¿Conoces al señor Gilcrest, el dueño de la fragua?

Emma asintió.

—Vagamente.

—El señor Farley le ayudó a ponerla en marcha. En cualquier caso, estuvimos hablando un rato y al final me convenció para ir a tomar un té. Su tren iba a partir en unas horas —Jane volvió a sonreír—. Cuando llegamos al lugar donde se alojaba, el señor Farley pidió al posadero té para él y para su «sabia amiga».

Emma se quedó boquiabierta.

—¿Y qué dijo el señor Pruet?

—Ni una palabra. El señor Farley era un hombre conocido y respetado por los Pruet y los demás trabajadores de la posada. No tuve ningún reparo en estar con él.

—¿Y por qué no me lo habías contado antes? —exclamó Emma.

—¡Porque no quería que siguieras mi ejemplo y empezaras a hablar con extraños! Una cosa es hacerlo a mi edad, y otra muy distinta, a la tuya.

—¡Pero tía Jane! ¡Tú no eres mayor!

Jane suspiró.

—Desde luego, nunca me sentí tan joven como aquel día. Ni tan

interesante. El señor Farley me habló de sus minas de caolín; yo le hablé de mi escuela. Comentamos nuestros libros favoritos... Nunca me había divertido tanto. Cuando se marchó, pensé que todo había acabado. Sin embargo, una semana después recibí un paquete. Era el libro que había estado hojeando en la librería —Jane acarició el volumen con el dedo—. Inmediatamente supe quién lo había enviado. Tal vez no debí aceptar el regalo, pero no tuve fuerzas para devolverlo.

—¿Volviste a verlo?

—Una vez. Vino a la ciudad para asistir a la boda del señor Gilcrest. Como recordarás, se casó con Alice White y me invitaron al banquete nupcial. No sé si el señor Farley tuvo algo que ver con la invitación. En cualquier caso, me gustó mucho volver a verlo.

—Y luego te escribió esta carta para proponerte matrimonio, ¿no? —preguntó Emma.

Jane asintió sin mirarla a los ojos.

Emma miró la fecha de la carta. Había sido escrita hacía más de un mes.

—¿Le contestaste?

Jane negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Su tía se encogió de hombros con expresión resignada.

—El señor Farley vive en Bodmin, Emma. Y eso está a más de treinta millas de aquí. Me parece una insensatez trasladarme y abandonar mi escuela, mi forma de vida, por la simple *posibilidad* de vivir una historia de amor.

Emma arrugó la frente. El ejemplo de su tía la llevó a ser realista. Probablemente no tenía ningún admirador secreto. Lo más seguro era que la carta fuera una broma, y además de pésimo gusto.

Recordó la conversación de la noche anterior sobre las bromas que le gastaban cuando era niña. Al parecer, alguien había decidido volver a burlarse de la pobre solterona.

Luego pensó en los pasos de la noche anterior. Seguramente fue la misma persona que se acercó a dejar la carta. ¿Le habría escrito Henry Weston otra carta de amor para reírse de ella? ¿O sería uno de sus hermanos?

De pronto sintió un escalofrío. Abrió el armario y se cubrió los hombros

con un chal, que fijó al pecho con un viejo broche que había pertenecido a su madre. El broche se resistía, o tal vez eran sus dedos, que no dejaban de temblar, el caso es que, cuando por fin estuvo lista para salir, ya habían pasado cinco minutos de la hora del desayuno.

¿Cómo debía reaccionar? Decidió que no haría nada. Tampoco se lo diría a nadie. Actuaría como si nada hubiera ocurrido. Al fin y al cabo, *nada* había ocurrido. No habían conseguido herirla.

Después de echar un vistazo por la habitación, Emma abrió una sombrerera y metió la carta debajo de su bonete de terciopelo. No quería que Morva la leyera. Luego salió de su habitación y bajó a desayunar.

Una vez que hubo llegado al comedor, Emma se quedó dudando en el umbral de la puerta. Henry Weston, sir Giles y su padre conversaban mientras el criado recogía los platos. Phillip estaba de pie en el aparador, sirviéndose una rebanada de pan con unas pinzas de plata.

—Buenos días, señorita Smallwood —dijo Phillip al verla.

Los demás hombres se levantaron e hicieron una pequeña reverencia. Emma inclinó la cabeza para saludarles y entró en la sala.

Todos regresaron a sus asientos y a su conversación. Pero Phillip la esperó en el aparador. Emma se acordó de la carta y se sintió incapaz de mirarle a los ojos.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, señorita Smallwood? Me pregunto si habrá dormido tan mal como yo. No dejaba de oír el silbido del viento por las rendijas de la ventana. Toda la casa parecía tambalearse cada vez que uno de sus ocupantes se daba la vuelta en la cama.

Esta vez, Emma se negó a reír sus ocurrencias.

—He dormido perfectamente, gracias.

Phillip la miró, sorprendido, pero no hizo ningún comentario.

Aunque sabía que la carta era falsa, Emma no pudo evitar mirar de reojo a Phillip mientras llenaba su plato de comida, sin prestar mucha atención a lo que elegía. Parecía el mismo que ayer. No logró detectar ningún sentido oculto en sus palabras ni en sus miradas.

Phillip miró su plato de reojo.

—Vaya. Parece que se ha levantado hambrienta esta mañana...

Emma miró su plato, pero solo vio una espesa neblina. Cuando logró enfocarlos, se asustó al verlo repleto de salchichas y tocino. Sus mejillas se ruborizaron.

—Dios mío —murmuró—. Me parece que no estoy tan despierta como pensaba.

Phillip la miró con preocupación.

—¿Se encuentra bien?

—¿Cómo...? Oh, sí, por supuesto. Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Phillip sonrió.

—Por nada. Tiene buen aspecto. Muy buen aspecto. Siento haberle hecho creer lo contrario.

Phillip la miró con ojos brillantes. Lo más seguro era que se estuviera burlando de ella. «*Tiene buen aspecto. Muy buen aspecto*». ¿Qué había querido decir con eso? ¿Se trataba de una referencia velada a la carta? ¡*Emma!*, se reprendió a sí misma. *Deja de comportarte como una estúpida*.

Phillip sacó una silla y la invitó a sentarse. Emma se acercó torpemente. Se sentía incómoda sentándose a su lado. Además, se dio cuenta de que Henry Weston no dejaba de mirarla.

Emma emitió un suspiro de alivio al ver que los mellizos entraban en el comedor. Por fin había dejado de ser el centro de atención. Rowan la saludó con una inclinación de cabeza. Luego le dio un codazo a su hermano Julian, que siguió su ejemplo de mala gana.

—Buenos días, señorita Smallwood —dijo Julian.

Emma inclinó la cabeza.

—Buenos días.

—¿Y a mí no me saludas, Julian? —preguntó Phillip.

—Oh, hola, Phillip.

Rowan se acercó al aparador. No solo era varios centímetros más alto que su hermano, sino mucho más fuerte. Según lady Weston, acababa de dar un estirón.

Emma notó que alguien la observaba. Al levantar la cabeza, vio que Henry Weston la miraba alternativamente a ella y a su hermano Phillip. Cuando sus ojos se encontraron, Henry apartó la vista.

¿Por qué no bajaría Lizzie a desayunar? Emma se sentía incómoda siendo la única mujer en una habitación con seis hombres. Había crecido en una academia llena de chicos, pero entonces aún vivía su madre, y los hombres eran solo unos niños. Y nadie le escribía cartas de amor haciéndose pasar por un admirador secreto. Bueno, a excepción de Henry Weston, que se hizo pasar por el pobre Milton Pugsworth.

Después de desayunar, Emma ayudó a su padre a vigilar un examen sobre los acontecimientos históricos más importantes del siglo I. Tanto Rowan como Julian lo hicieron muy bien, lo que resultó un alivio para Emma y su padre, por no hablar de los propios chicos. Al parecer, los exámenes en «el mejor colegio del suroeste de Inglaterra» no les salían tan bien.

Aquella tarde salió a dar un paseo, y Phillip se ofreció a acompañarla. Emma se sintió halagada, pero se obligó a recordar que solo era un gesto amistoso. No significaba nada. Mientras paseaban juntos por el jardín, Emma admiró las majestuosas azaleas, las matas de primulas y las rosadas camelias. Preguntó a Phillip por algunas especies que no conocía, pero él tampoco logró identificarlas.

Después de caminar un rato en silencio, Emma dijo:

—Me sorprendió que los mellizos fueran enviados a otro colegio. Pensé que usted y su hermano les recomendarían la Academia Smallwood.

—¡Por supuesto que sí! Fue lady Weston la que se empeñó en mandarlos a Blundell. Todavía no logro entender la razón.

—Lizzie mencionó que lady Weston quería que estudiaran en «el mejor colegio del suroeste de Inglaterra».

—Así es. Al fin y al cabo, lady Weston nació y se educó en esta región. A diferencia de mi padre.

Emma recordó lo que había dicho el hombre pelirrojo sobre sir Giles. Que los habitantes de Cornualles nunca le habían considerado «uno de los suyos».

—¿Cuánto tiempo estuvieron en Blundell?

—No lo sé exactamente. Yo no estaba en casa en aquella época. Creo que dos o tres meses.

Emma asintió.

—Lizzie me contó que no les gustaba el colegio. Al parecer no les trataban

bien.

—¡Eso dicen! Aunque creo que el director ofreció una versión distinta de los hechos. Envió una carta para quejarse de su mal comportamiento y de sus peleas.

—¿De sus peleas? —repitió Emma, recordando el enfrentamiento de los mellizos con el señor McShane.

—Bueno, será mejor que no me haga mucho caso. Mi padre dijo que «no se pelearon exactamente». Al parecer, Rowan tuvo que proteger a Julian para que no le golpearan.

—Me pregunto cómo llevará Julian lo de ser más bajito que su hermano.

—Sí —murmuró Phillip—. Puede llegar a ser muy duro...

¿Se estaba refiriendo a sí mismo en relación con Henry? Ciertamente, Henry era mucho más alto que él. Pero aquella no era la única diferencia entre Rowan y Julian.

—Al menos esa disparidad solo será temporal —dijo Emma.

—Mientras que la que la mía con Henry es permanente, ¿no? —preguntó Phillip con una sonrisa.

Emma le miró, divertida.

—No pretendía insinuar eso.

Phillip le apretó la nariz.

—Espero que no. Siempre pensé que yo era su preferido.

Emma se ruborizó. Intentó respirar profundamente y olvidarse de cualquier referencia a aquella maldita carta. Después de tragar saliva, respondió:

—Al ser de la misma edad, es natural que usted y yo nos llevemos bien. Desgraciadamente, Henry y yo nunca fuimos amigos.

Phillip esbozó una pícaro sonrisa.

—Eso es lo que quería escuchar.

La actitud de Phillip hacia ella era muy cariñosa. ¿Pero tanto como para delatar un enamoramiento? No estaba tan segura de eso. Emma miró hacia el horizonte, donde la tierra se encontraba en el mar.

—¿Le apetece que demos un paseo por la costa? —propuso—. Hace un día tan hermoso...

Phillip la observó con una sonrisa.

—Sí, muy hermoso.

Los dos salieron por la puerta de jardín y emprendieron el camino.

Unos minutos más tarde llegaron al sendero de la costa. El viento se enroscaba a su alrededor. Emma contempló el mar infinito por un momento; luego miró abajo, hacia la playa rocosa. Después siguieron avanzando hacia el norte, hasta que el sendero se ensanchó y empezó a descender hacia el pueblo. Cuando llegaron al extremo del cabo se detuvieron a contemplar el puerto, que estaba dividido por un estrecho río que desembocaba en el mar. Con las últimas luces del atardecer, la arena tenía un aspecto húmedo y oscuro. El mar se había retirado, dejando charcos de agua estancada y unas rocas oscuras que habitualmente estaban cubiertas por el agua. Emma contempló una roca grande y pensó en un majestuoso león recostado, con sus garras de roca descansando sobre la arena.

Alrededor del puerto se apiñaban numerosas casitas de piedra gris con tejados de pizarra cubiertos de musgo. Ligeramente apartada de las demás, como si fuera una joven de cabellos dorados, había una casa encalada con un techo de paja.

Al final del acantilado se veía una península rocosa que se adentraba en el mar, formando un rompeolas natural que servía de protección al puerto. Una torre octogonal se alzaba en el extremo.

—¿Qué es esa construcción? —preguntó Emma.

Phillip miró hacia la torre.

—Es la Capilla de la Roca.

—¿No es peligroso que esté ahí, tan metida en el mar?

—Ya lo creo. Cuando hay tormenta, suele inundarse.

—¿Y a quién se le ocurrió construirla ahí?

Phillip se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. He oído la historia miles de veces, pero nunca presté atención. Debería preguntárselo a Henry. Él sabe mucho más que yo sobre la historia local.

Emma asintió. Tal vez sacaría el tema cuando se encontrara con él y no supiera de qué hablar.

—Bueno —dijo Phillip, ajustándose el sombrero para protegerse del

viento—. Será mejor que regresemos. Me temo que no va vestida para este tiempo, y yo tampoco.

Phillip le ofreció el brazo. Después de dudar un momento, Emma se agarró a él. El terreno era muy irregular, pensó, y no tenía ninguna gana de torcerse un tobillo.

Cuando llegaron al jardín se encontraron con Lizzie y Henry, que estaban manteniendo una animada conversación. Lizzie les saludó con la mano y corrió hacia a ellos. Henry, por el contrario, se encaminó hacia los establos sin mediar palabra.

Lizzie posó los ojos en sus brazos entrelazados. Emma se soltó, avergonzada.

—De pronto me han entrado unas ganas terribles de montar a caballo —dijo Phillip, echando un vistazo a los establos.

—¿A estas horas? —preguntó Lizzie.

—Sí. Discúlpenme.

Después de una ligera inclinación de cabeza, Phillip se marchó.

—Le gusta Phillip, ¿a que sí? —preguntó Lizzie.

—Por supuesto que me gusta —contestó Emma—. Somos amigos desde hace muchos años. Pero solo eso: amigos.

—Me alegra saberlo. Lady Weston no toleraría que ninguno de sus hijos se case con la hija de un tutor.

—¿Ni siquiera sus hijastros? —preguntó Emma sin darse cuenta.

—Especialmente sus hijastros. Quiere que se casen por dinero, o para emparentar con una buena familia. Supongo que solo sus hijos tienen derecho al amor y a la felicidad.

—¿Y qué es lo que espera de usted? —preguntó Emma.

Lizzie la miró, visiblemente sorprendida.

—Absolutamente nada —murmuró, bajando la vista—. Solo quiere que guarde silencio.

Emma se quedó extrañada, pero decidió no preguntarle sobre qué debía guardar silencio.

En lugar de eso, dijo:

—Lizzie... ¿podría preguntarle cómo se convirtió en la ahijada de lady

Weston?

Lizzie frunció el ceño. Emma temió haber abordado un asunto doloroso.

—Lo siento. No quisiera presionarla.

Lizzie miró hacia el mar.

—No se preocupe. Es natural que sienta curiosidad.

Emma aguardó un momento, pero Lizzie no añadió nada más.

—Lady Weston es pariente suya, ¿no? —preguntó Emma.

Lizzie vaciló.

—Sí, pero muy lejana.

Emma esperó a que la muchacha terminara de explicarse. Finalmente, Lizzie añadió:

—Lady Weston siempre me presenta como su ahijada, la hija de un primo lejano.

—Lo sé. ¿Y qué hay de sus padres?

Lizzie bajó la cabeza.

—¿Es necesario que hablemos de eso?

—No. No si no quiere. Yo también perdí a mi madre. Así que sé perfectamente cómo se siente.

Lizzie alzó la barbilla.

—Pero usted todavía tiene a su padre.

—Sí —admitió Emma—. Tiene razón.

Emma supuso que Lizzie había perdido a ambos padres y que lady Weston la había acogido en su casa por compasión. Aquello parecía lo más lógico. No obstante, recordó que no debía juzgar a la gente, ni para bien ni para mal, hasta que tuviera toda la información necesaria.

Lizzie arrancó una primula y la giró distraídamente entre los dedos.

—¿Hace cuánto perdió a su madre? —preguntó.

Emma tragó saliva antes de responder.

—Dos años.

Lizzie tiró la flor y dijo en tono sombrío:

—Yo la perdí hace mucho tiempo. Por cierto, ¿le apetece tomar el té con unas pastas? —preguntó de pronto, sonriendo—. Ahora mismo podría comerme una docena. Imagino que usted también estará hambrienta después del paseo.

¿Qué le parece si entramos?

Emma se sorprendió de aquel repentino cambio de conversación.

—Por supuesto —dijo—. Me parece una idea excelente.

— —

Aquella noche, Emma bajó a cenar al cuarto del señor Davies. Morva se había olvidado de subir a atenderla y llegaba tarde una vez más. Cuando pasaba por la sala de dibujo, oyó unas voces en su interior.

—¿Alguna novedad, Henry? —preguntó sir Giles.

—Todavía no —contestó Henry.

—Tiene que haber alguien —dijo lady Weston—. Aún no logro entender qué tenían de malo el señor y la señora Dyke.

Emma se detuvo, aunque sabía que no debía escuchar a escondidas.

—Eran demasiado rígidos... Y muy fríos.

—Me da la impresión de que lo estás retrasando a propósito, Henry. Sencillamente *no quieres* encontrar a la persona adecuada.

—No tiene sentido apresurarse.

—¿Eso crees? Te recuerdo que tenemos a los Smallwood bajo nuestro techo, y que dentro de poco recibiremos la visita de la señora Penberthy y de su hija.

—Ya lo sé. Pero no veo la necesidad de tanto secretismo.

—Yo tampoco —dijo Phillip.

—¿Es que no podéis entenderlo? —preguntó lady Weston—. A vosotros os afecta más que a nadie. ¿Por qué tengo que velar yo por el honor de la familia? Es tu responsabilidad, Giles, y la tuya, Henry. Para eso eres el mayor.

—Y no pierde ocasión de recordármelo, señora —dijo Henry secamente.

*Dios mío*, pensó Emma, antes de seguir su camino. Sabía perfectamente que no se debe escuchar a escondidas. Ahora, su deber era olvidar todo lo que había oído. Sin embargo, su mente se empeñó en adivinar lo que estaba ocurriendo. ¿Cuál sería el secreto? Desde que llegó a la mansión, Emma supo que lady Weston estaba ocultando algo. Y una vez más había acertado.

# Capítulo 9

*En el período cristiano primitivo,  
la Torre de los Vientos fue convertida en iglesia  
o baptisterio de una iglesia adyacente.*

Atenas. Desde el período clásico hasta nuestros días

Lo encontró en su habitación aquella misma noche, después de cenar. Al principio, Emma pensó que era el pedazo de papel que utilizaba como marcapáginas. Pero, cuando se agachó a recogerlo, vio que se trataba de un rectángulo doblado: otra carta. Inmediatamente sintió una mezcla de miedo e ilusión. Después de desdoblar el papel con dedos temblorosos, se acercó a la ventana y lo leyó con las últimas luces del atardecer.

*Querida Emma:*

*Cuánto me alegra vivir con usted bajo el mismo techo. Me recuerda los días que pasamos en la Academia Smallwood, cuando nos sentábamos en el jardín a mirar las estrellas. Usted me decía sus nombres mientras yo la contemplaba en secreto. ¿Recuerda la noche que entré en su habitación? Ahora mismo lo recuerdo, mientras escribo esta carta y me preparo para dejarla en su habitación, debajo de la puerta. Mientras la lee, recuerde que no dejo de pensar en usted. La próxima que me vea, rásquese la oreja para hacerme saber que la ha leído.*

*Afectuosamente,*

*W.*

Emma sintió que le ardía la cara. ¿*W.* de... Weston? ¿Pero cuál de ellos? Efectivamente, Phillip y ella estudiaron astronomía juntos. Pero la única vez que Phillip entró en su habitación fue para dejarle un ramo de flores el día de su cumpleaños. Era imposible que Henry o Phillip se atrevieran a escribir algo así. Probablemente sería uno de los mellizos, para gastarle una broma. ¿Pero cómo podían saber lo de las lecciones de astronomía?

Emma observó la letra atentamente. Parecía la misma de la carta anterior. Hacía años que no veía la letra de Phillip, ni la de Henry, pero había visto la de los mellizos en sus trabajos y exámenes. Sin embargo, la letra no se parecía a la de ninguno de los dos. Tal vez la habían camuflado. Sin embargo, había algo en sus trazos que le resultaba familiar. ¿Qué era?

Después de releer la carta, se acercó el papel a los ojos para estudiar la forma de las letras. Las *tes* estaban cruzadas por líneas horizontales increíblemente largas, que se prolongaban en ambos sentidos. Pero se trataba de un trazo bastante frecuente.

Decidió que a la mañana siguiente llevaría la carta al aula para compararla con la letra de los mellizos. Luego la escondió y abrió su diario.

Esta noche me he encontrado con otra carta debajo de la puerta. La firma es una simple *W.* No sé cómo tomármelo. El contenido es halagador y algo escandaloso. Sospecho que se trata de una broma de mal gusto. En el pasado, uno de los hermanos Weston me enseñó a desconfiar de todo, incluso de los actos más bondadosos.

Sin embargo, parte de mí espera, o incluso desea, que el contenido de la carta y los sentimientos en ella expresados sean sinceros. Al parecer, ni siquiera yo soy inmune a la vanidad femenina. Me ha recordado a la carta que conservaba tía Jane en su mesilla de noche. Supongo que es lógico que una mujer joven (y yo todavía lo soy) reciba cartas de amor, aunque solo sea una vez en la vida.

*No obstante, en esta segunda carta el autor menciona una noche en*

*la que supuestamente entró en mi habitación. Ese detalle me desconcierta. Porque no recuerdo que Phillip entrara nunca en mi habitación. Solo un alumno de mi padre se atrevió a hacer algo semejante.*

Emma levantó la pluma y se puso a recordar...

Iluminado por la luz de la luna, Henry Weston estaba de pie al lado de su cama, mirándola. Por supuesto, Emma se sorprendió de encontrarle allí. Inmediatamente se asustó, porque no era la primera vez que Henry entraba en su habitación para gastarle una broma.

¿Qué estaría tramando esta vez?

Emma se quedó inmóvil, esperando a que Henry hiciera o dijera algo.

Pero Henry no se movió. Al cabo del rato susurró:

—¿Está despierta?

Emma asintió en silencio, confiando en que la luz de la luna hiciera visible su respuesta.

Henry se acercó un poco más.

—Mañana me voy.

Emma volvió a asentir.

Un nuevo paso le llevó al borde de la cama. ¿Qué clase de broma pensaba gastarle? ¿Pretendía darle un susto final, una especie de culminación de todas las jugarretas que le había hecho?

—Emma... —suspiró Henry.

Emma tragó saliva. Por todos los santos... ¿qué pretendía hacer?

Pero Henry no hizo nada. En lugar de eso, se dio la vuelta y se retiró. Pero, cuando llegó al umbral de la puerta, se volvió y dijo:

—Lo siento.

Luego se marchó.

— —

Por la mañana, Emma bajó al comedor más nerviosa que de costumbre. ¿Se encontraría con el autor de la carta, observándola para comprobar si se

rascaba la oreja? Después de ensayar una expresión de indiferencia, entró.

Henry Weston estaba sentado a la mesa, con un periódico abierto y una taza de té en la mano derecha. Cuando la vio entrar, dobló el periódico y lo apartó.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —murmuró Emma, mientras tomaba un plato del aparador. Decidió ignorar los huevos y las salchichas, que tenían un aspecto grasiento y poco recomendable. En lugar de eso, se sirvió una magdalena y una cucharada de compota. Luego tomó asiento al otro lado de la mesa. No excesivamente lejos de Henry, pues no quería resultar maleducada, pero tampoco demasiado cerca.

Al cabo de un rato entró Phillip, la saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió al aparador. Emma sintió un repentino picor en la oreja. Su mano estaba a medio camino del lóbulo cuando notó los ojos de Henry clavados en ella. ¿Sería Henry el autor de la carta? Emma detuvo la mano en el aire. ¿Y ahora qué podía hacer con ella? Decidió dar una palmada a Phillip en la espalda.

—Buenos días —dijo torpemente.

Por el rabillo del ojo vio que Henry la estaba mirando.

—¿Se encuentra bien, señorita Smallwood? —preguntó Henry.

—Muy bien, señor Weston. ¿Y usted?

—Pues, para serle sincero, algo confundido.

—Bueno, así es la vida.

Emma no añadió nada más. Se puso a beber su taza de té, deseando que el picor cesara. Pensó en ladear la cabeza para frotársela contra el hombro, pero decidió que eso no era propio de una señorita.

Por fin terminó su taza de té, la dejó en el plato y se levantó bruscamente.

Henry arqueó las cejas.

—Creo que no tengo apetito. Por favor, discúlpenme.

Cuando salía del comedor, oyó que Phillip preguntaba a su hermano:

—¿Se puede saber qué le has dicho?

—¡Nada!

Emma no se detuvo a escuchar el resto de la conversación. Aprovechó

para rascarse disimuladamente la oreja y empezó a subir las escaleras. En el camino se cruzó con los mellizos, que bajaban de su habitación.

—Buenos días, señorita Smallwood —dijo Julian, con una sonrisa maliciosa. ¿La habría visto rascarse la oreja?

—Buenos días —respondió Emma bruscamente. Luego siguió su camino sin detenerse.

Una vez en la sala de estudio, se dirigió directamente al escritorio de su padre y abrió el primer cajón. A continuación se sentó en una silla y empezó a revisar los trabajos de los mellizos. En uno de los exámenes sobre la historia del siglo I, una *te* llamó su atención. La letra estaba cruzada por una línea horizontal increíblemente larga, que se prolongaba en ambos sentidos. Igual que en su «carta de amor». En la cabecera del papel figuraba el nombre de Rowan Weston.

Emma frunció el ceño. Aquel descubrimiento no la satisfacía en absoluto. Alguien podía estar imitando la letra de Rowan, o tal vez todos los Weston escribían la *te* de aquella forma.

Para seguir con sus pesquisas, examinó los versos que había mandado escribir a los chicos después de una lección sobre poesía clásica. Aún no los había leído. Al ojearlos, una estrofa llamó su atención:

*Podría contemplar eternamente  
sus preciosos ojos verdes  
y su encantadora figura.  
Finjo seguir mis estudios con atención,  
pero en realidad la estoy estudiando a ella.*

La firma era una sencilla *W*.

El poema parecía dedicado a ella, pero las *tes* no tenían un trazo tan largo.

Emma pensó en consultárselo a su padre, pero no quería preocuparle. A lo mejor podía preguntárselo al señor McShane; él conocía bien a los mellizos y su letra. Pero qué vergüenza si el pastor le aseguraba que todo era una broma. Emma sospechaba que era así, pero no quería que fuera el vicario quien se lo confirmara. No. Decidió que no se lo diría a nadie. Ella misma se encargaría

de averiguarlo.

Finalmente escribió unos comentarios objetivos a los poemas y otros trabajos. Más tarde, cuando los mellizos entraron en la sala de estudio en compañía de su padre, se los devolvió.

Temiendo que sus palabras –o su picor de oreja– pudieran delatarla, decidió retirarse para dar un paseo por el jardín. Allí vio a un carricero posado en la rama de un árbol, cantando y buscando insectos.

De pronto, la puerta principal se abrió y Henry Weston salió de la mansión.

Emma decidió apartar la vista, pero Henry ya había levantado la mano para saludarla. Era de mala educación fingir que no le había visto.

Emma aguardó a que el señor Weston cruzara el jardín para encontrarse con ella, con sus hombros anchos y su paso firme y seguro.

—Me alegro de que haya salido a tomar el aire –dijo Henry–. ¿Podría hablar con usted un momento?

Emma sintió un vuelco al corazón.

—Mmm... Sí. Por supuesto.

Henry se acercó a ella.

—He advertido que estaba algo... distraída en el desayuno –dijo, en tono confidencial–. ¿Va todo bien?

Emma vaciló. Si Henry había escrito la carta –en broma, por supuesto–, no le daría la satisfacción de hacérselo saber. Si había sido Phillip –de forma sincera–, guardaría el secreto. Y, si habían sido los mellizos... ¿debía delatarlos a su hermano mayor?

No.

—Perfectamente –dijo, bajando la mirada–. Solo quería respirar un poco de aire fresco.

Henry siguió observando su perfil. Emma podía sentir sus ojos clavados en ella.

En la distancia se oyó el ladrido de un perro. Un insecto invisible se posó en su oreja, que empezó a picarle otra vez. Henry seguía observándola.

Entonces recordó que, si alguna vez se encontraba a solas con Henry Weston, le preguntaría por la capilla para hacer conversación. Y eso fue lo que

hizo.

—Señor Weston, querría preguntarle por la Capilla de la Roca. Phillip mencionó que era usted un experto en la historia local.

Henry arqueó las cejas ante aquel repentino cambio de tema.

—Bueno, yo no me considero un «experto», pero es verdad que me interesa la historia.

—¿Ha estado alguna vez en la capilla?

—Por supuesto. ¿Le gustaría verla?

Emma lo miró, muy sorprendida.

—¿Lo dice en serio?

Henry asintió.

—Phillip mencionó que era peligroso.

—Así es. A no ser que uno esté familiarizado con las mareas y sepa predecir las tormentas.

—Me imagino que será usted un experto en ambas cosas.

Henry esbozó una ligera sonrisa.

—Debo reconocer que sí. Pero, antes de que me acuse de engreído, debo recordarle que he pasado toda mi vida aquí, salvo los años que viví en Longstaple y en Oxford.

—También Phillip ha pasado toda su vida aquí, y jamás ha visitado esa capilla.

—Creo que la visitó cuando era más joven, pero tiene razón. Phillip siempre ha desconfiado del mar. Y no le culpo. Sin embargo, aunque él sienta escaso interés por los parajes naturales, debo reconocer que a mí me fascinan.

Sí, Emma recordaba aquella fascinación, que se reflejaba en los libros que leía, en la veleta que construyó en Longstaple y en el pluviómetro que colocó en su jardín.

—Acompáñeme a mi despacho y se lo mostraré —propuso Henry.

Emma tragó saliva, indecisa pero a la vez picada por la curiosidad.

—De acuerdo.

Ambos entraron en la mansión y subieron al primer piso. Una vez allí, Henry la guio por un pasillo, hasta llegar a una dependencia que Emma no conocía. Luego abrió la puerta y la invitó a pasar.

—Pase usted primero –murmuró Emma, mientras aguardaba en el umbral de la puerta. La habitación era un despacho modesto, lleno de libros y dominado por un desordenado escritorio.

Henry se acercó al escritorio –que, de ser suyo, Emma habría ordenado en un periquete– y cogió un cuaderno de cuero rojo. Luego lo abrió y empezó a pasar las páginas.

—Aquí están. Estas son las previsiones semanales de las mareas, basadas en datos anteriores y en los ciclos ya conocidos. He contratado a un joven del pueblo para que me informe cada día de la altura máxima del agua. De vez en cuando lo compruebo y reviso las estimaciones si es necesario. Hay algunos factores, como las mareas vivas y las mareas muertas, que afectan al nivel del mar. Todo esto me proporciona una capacidad de previsión bastante precisa. De ese modo puedo saber cuál es el mejor momento para visitar la capilla.

Emma se acercó tímidamente al escritorio. Henry le mostró el cuaderno. En él vio las fechas y las horas ordenadas por columnas, con filas para los datos y las estimaciones. Era impresionante.

—¿Le apetece ir a la capilla? –preguntó Henry, mirándola con expectación.

Emma pestañeó.

—¿Ahora?

—¿No decía que quería verla?

—Bueno, sí. Pero siempre que sea seguro.

—Totalmente –dijo Henry, después de consultar su reloj–. Al menos en las próximas cuatro horas.

Emma le siguió hasta la puerta, retorciéndose las manos.

—¿No cree que deberíamos avisar a alguien?

—Señorita Smallwood, usted siempre tan precavida –dijo Henry, sonriendo–. No. Tiene razón. Informaré a mi padre y usted informará al suyo – luego se quedó pensando–. Y me imagino que querrá que alguien nos acompañe.

Emma tragó saliva.

—Puede ser.

Henry asintió.

—Supongo que Phillip es la mejor opción. Parece buscar su compañía en todo momento.

¿Es que todo el mundo se había dado cuenta?

—No creo que Phillip quiera ir. ¿Qué le parece Lizzie?

Henry se encogió de hombros.

—Como guste.

Encontraron a Lizzie en la sala de dibujo, haciendo una colcha de punto con lady Weston. Después de escuchar la propuesta, la muchacha accedió a acompañarlos, levantándose de un salto.

Lady Weston la miró por encima de sus lentes.

—No logro entender qué os atrae de esa capilla. A no ser que uno busque cualquier excusa para escapar del trabajo —dijo, mirando a Lizzie con desaprobación.

—Solo quiero respirar un poco de aire fresco —dijo Lizzie—. Volveré pronto. Se lo prometo.

Lady Weston no parecía muy convencida, pero finalmente accedió a dejarla marchar.

Los tres jóvenes se abrigaron bien y abandonaron la mansión. Después de recorrer el sendero de la costa, bajaron a la playa. Lizzie los acompañó hasta la orilla, pero, cuando la playa dio paso a las rocas, se detuvo.

—Sigan ustedes. Yo les esperaré aquí.

—Lizzie, ven con nosotros, por favor —insistió Emma, que no quería quedarse a solas con Henry—. El señor Weston dice que no es peligroso. Además, hace un día estupendo. No hay ni una sola nube.

Lizzie observó la capilla. El sol se reflejaba en el mar, obligándola a entrecerrar los ojos. El viento soplaba con fuerza y agitaba sus oscuros cabellos.

—No, no se preocupen —dijo—. Yo les esperaré aquí. No me pasará nada.

—Muy bien. Volveremos enseguida —dijo Henry.

Después de mirar a Lizzie por última vez, Emma puso un pie en la península rocosa. Henry la seguía a unos pasos de distancia. El terreno se levantaba varios metros por encima del agua y parecía firme y seco. Emma se concentró en las rocas para no tropezarse. No quería caerse y quedar como

una estúpida delante de Henry. Aunque el viento no era muy fuerte, hacía prácticamente imposible cualquier conversación, así que decidió dejar las preguntas para más tarde.

La capilla había sido construida sobre las rocas, a varios metros por encima del sendero. Unos escalones de roca, estrechos y erosionados por las olas, conducían a la puerta. Después de adelantarla, Henry subió varios escalones y le ofreció una mano.

Emma la rechazó.

—Puedo subir sola. Gracias.

Alzándose ligeramente la falda, empezó a subir con sumo cuidado.

Cuando llegó al final de los escalones se detuvo para contemplar la torre, con su puerta de madera y su cruz en el tejado.

—La puerta original se pudrió hace años —dijo Henry—. Yo mismo la reemplacé.

—¿Usted?

—Bueno, el carpintero del pueblo me ayudó a colgarla. Es una tarea para dos personas.

—Me sorprende que sea capaz de hacer algo así.

—Se sorprendería de muchas cosas si me conociera mejor.

Por un momento, Emma le miró a los ojos, preguntándose qué habría querido decir con eso. Luego volvió la vista hacia la construcción.

—Tengo la impresión de que la he visto antes.

Henry asintió.

—Es una imitación de la Torre de los Vientos de Grecia.

—Tiene razón —dijo Emma—. Vi el dibujo en un libro de mi padre. Pero... ¿por qué la construyeron aquí?

—Hace siglos, esta torre formaba parte de una iglesia —explicó Henry—. Se trataba de una iglesia filial para los habitantes de la zona. El vicario de Stratton celebraba misa aquí una vez al mes. Sin embargo, el tiempo y las olas acabaron erosionándolo todo, salvo esta capilla y la península donde nos encontramos. El ayuntamiento quiere ampliar y extender este sendero para que sirva de rompeolas, y el ingeniero se ha propuesto derribar la capilla para conseguirlo. Me da mucha pena que lo hagan.

Dicho esto, Henry abrió la puerta.

—¿No está cerrada? —preguntó Emma.

Henry negó con la cabeza.

—Tengo la llave en mi despacho, pero no quiero cerrarla. Esta capilla no es mía. Pertenece al pueblo, aunque creo que soy el único que viene a visitarla.

Henry entró el primero, como si quisiera demostrarle que la torre era un lugar seguro.

Emma le siguió con paso vacilante. Como temía que Henry le gastara una de sus clásicas bromas, decidió quedarse al lado de la puerta. Sus botas de media caña rechinaban por el suelo de piedra. El interior era frío y húmedo, pero al menos no era oscuro. La luz del sol penetraba en la torre a través de sus ocho ventanas, cada una situada en uno de sus muros. Emma observó el octágono. Probablemente medía unos veinticinco pies de ancho. En uno de los extremos se alzaba un modesto altar. Enfrente podían verse unos bancos combados y podridos. Al lado del altar había una vieja pila bautismal: una gruesa columna con un viejo pilón para bautizar a los niños. Detrás de la pila, en el muro, Emma adivinó el contorno de una puerta abovedada, ahora sellada con ladrillos.

Henry siguió su mirada.

—Esa puerta conducía a la nave central de la iglesia.

Emma asintió. Luego se acercó a una de las ventanas —la que daba al oeste— y estiró en cuello para ver el mar. No había ni rastro de tierra. Solo millas y millas de un mar infinito.

—Cuenta la leyenda que en el siglo XV vivía aquí un monje —dijo Henry a su espalda—. El hombre mantenía un fuego siempre encendido para que los barcos no chocaran contra las rocas.

Emma se estremeció sin querer, pensando que un fuego era lo que más necesitaba en ese momento. Luego se apartó de la ventana para observar la pila.

Henry prosiguió:

—El monje vivió feliz hasta los noventa años. Por aquel entonces, la capilla ya había sido abandonada. Un día, los pescadores le dijeron que se

avecina una terrible tormenta. Intentaron convencerle de que se marchara, pero el monje se negó. Al parecer, los pescadores tenían razón. Ebford sufrió la peor tormenta de su historia. El agua cubrió el sendero, y el mar estaba tan revuelto que ninguna barca se aventuró a rescatarlo. Dicen que el monje aceptó su destino con resignación. Se limitó a mantener el fuego encendido todo lo que pudo, dispuesto a encontrarse con su Creador. La iglesia fue arrastrada por el mar, y el monje también. Solo esta torre permaneció en pie.

Emma volvió a estremecerse. Esta vez, el señor Weston se dio cuenta.

—Está helada. Póngase esto.

Henry empezó a quitarse el abrigo, pero Emma le detuvo.

—No se preocupe. Estoy bien —dijo, forzando una sonrisa—. Ha sido su horrible historia lo que me ha asustado.

—A mí no me parece horrible. De hecho, admiro mucho a aquel monje. Esta capilla era su hogar, y quiso mantenerse fiel a ella hasta la muerte. Aquí era donde él adoraba a Dios y servía a la humanidad. Aquel monje vivió una vida larga y fructífera y murió sin temor, sabiendo que el Cielo le aguardaba.

Emma se quedó pensando. ¿Sería ella capaz de enfrentarse a la muerte sin temor? Si mañana mismo tuviera que presentarse a las puertas del Cielo, ¿qué le diría a Dios, después de haber pasado tanto tiempo sin hablar con Él?

Henry se puso a mirar por la ventana que daba al oeste.

—De vez en cuando me gusta venir aquí a pensar. Y a rezar. A veces, cuando miro por estas ventanas, lo veo todo más claro. Venir aquí me ayuda a centrarme en lo verdaderamente importante.

Emma se volvió para mirarle, sorprendida por sus palabras.

—¿Ah, sí? Y según usted... ¿qué es lo verdaderamente importante?

Henry la miró, esbozando una sonrisa. Luego volvió la vista hacia el mar.

—No creo que le interese saberlo.

—Claro que sí.

Por un momento, Henry no dijo nada. Emma empezó a pensar que no quería responder. Luego susurró:

—Cada una de estas ventanas da a uno de los puntos cardinales de la brújula —dijo, señalando la ventana de la derecha—. Cuando miro al norte pienso en Dios y en la Estrella Polar. Cuando miro al este veo el pueblo y

pienso en las personas que viven y trabajan aquí. En mi deber hacia ellos. Cuando miro al sur, hacia la mansión Ebbington, pienso en mi familia, con todas sus virtudes y sus defectos...

Henry hizo una pausa. Parecía sumido en sus propios pensamientos.

—¿Y en qué piensa cuando mira al oeste?

Henry no respondió. Emma pensó que no le había oído, o que no tenía intención de contestar. Pero de pronto dijo, como si hablara consigo mismo:

—En lo que podría haber sido mi vida.

Emma frunció el ceño. ¿Cómo era posible que Henry Weston, el heredero de la mansión Ebbington, se sintiera decepcionado con la vida? Como no sabía qué decir, se puso a contemplar las figuras talladas encima de las ventanas. Conocía muy bien la mitología griega. De hecho, había dado varias clases sobre el tema.

—Ese es Bóreas, el dios griego del viento del Norte –dijo, señalando la última figura alada. Sus tres hermanos son... –Emma señaló la segunda figura y luego las dos siguientes–: Céfito, el viento del Oeste. Noto, el viento del Sur. Y Euro, el viento del Este.

Henry asintió.

—Así es. Su padre me dio lecciones de mitología griega en Longstaple.

Emma estaba muy ocupada tratando de recordar lo que había leído.

—A diferencia del dulce Céfito, Bóreas era famoso por su carácter violento y sus terribles tormentas. Pero, cuando se enamoró de la bella Oritía, Bóreas se volvió amable para seducirla.

—Qué estúpido –dijo Henry con una sonrisa.

Emma no le prestó atención. De pronto se le había ocurrido una idea.

—Cuatro hermanos –dijo–. Cuatro hermanos Weston, cada uno con un carácter diferente. Qué interesante.

—Eso no es cierto –dijo Henry.

Emma volvió la cabeza.

—¿Qué parte?

Henry no respondió, pero siguió conservando su sonrisa.

—No pretendía sugerir que usted sea Bóreas, el fiero viento del Norte.

Henry se cruzó de brazos.

—¿Ah, no?

Emma alzó la barbilla.

—Todavía no he tenido tiempo de averiguar qué hermano se identifica con cada uno.

—Yo no perdería el tiempo con eso —dijo Henry—. Además, ambos sabemos quién sería el dulce Céfiro.

*Tiene razón*, pensó Emma. Pero prefirió no confirmar ni negar aquella suposición. En vez de eso consultó su reloj de bolsillo.

—Será mejor que regresemos. Tengo que ayudar a mi padre a ordenar la sala de estudio.

En realidad tenía tiempo de sobra para volver, pero estaba deseando abandonar el ambiente opresivo de la torre.

—Muy bien.

Emma se acercó a la puerta y la abrió, dejando que penetrara la luz y la brisa.

Luego empezó a bajar los escalones. El sol empezaba a esconderse en el horizonte, y los escalones estaban húmedos y resbaladizos.

—Señorita Smallwood, espere.

Emma se dio la vuelta y esperó a que Henry cerrara la puerta.

Cuando la alcanzó, Henry le ofreció una mano.

—Por favor. Permítame.

Esta vez, Emma no dudó en colocar su mano enguantada encima de la suya.

Después de bajar los escalones, los dos recorrieron el sendero de vuelta. Emma se preguntó si la marea había subido o era fruto de su imaginación. En cualquier caso, se sintió aliviada cuando pudo poner los pies en la playa.

Junto a la orilla vio a Lizzie hablando con un hombre, que iba demasiado bien vestido para ser un pescador. Al acercarse, Emma reconoció al hombre pelirrojo que había hablado con ella en el acantilado.

La actitud de Lizzie hacía pensar que lo conocía. ¿O se lo habría encontrado por casualidad? Emma deseó no haberla puesto en peligro al dejarla sola. De pronto Lizzie levantó la vista hacia ellos, y por un momento su rostro se ensombreció, como si le diera vergüenza que la vieran hablando con aquel hombre. Pero enseguida sonrió y levantó la mano para saludarles. El

hombre se alejó bruscamente.

—Cuánto me alegro de verlos —exclamó Lizzie—. Llevan un siglo ahí dentro.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó Emma—. ¿La estaba molestando?

—¿Quién, Teague? Por todos los santos, no —dijo la muchacha, sacudiendo la mano en el aire para quitarle importancia—. Solo pasábamos el tiempo.

Henry apretó la mandíbula. Estaba claro que a él tampoco le gustaba aquel hombre.

—¿Qué quería Teague? —preguntó.

Lizzie le miró, sorprendida.

—¿Le conoce?

—He oído comentarios sobre él. Y nada buenos, la verdad. Pero no quiero criticar a nadie sin conocerlo.

—Me temo que ya lo ha hecho —dijo Lizzie.

—Tiene razón. Discúlpeme —dijo Henry—. ¿Nos vamos?

Henry ofreció un brazo a Lizzie. Luego le ofreció el otro a Emma. Juntos emprendieron el camino de vuelta a la mansión.

— —

Aquella tarde, cuando Henry se reunió con su familia en la sala de dibujo, lady Weston se giró en el sofá para mirarle.

—Me sorprende que esta tarde volvieras del brazo de la señorita Smallwood. Si lo hubiera hecho Phillip, no me habría extrañado. Él siempre ha sido muy galante con las damas. Pero de ti no me lo esperaba.

Henry frunció el ceño y miró a su hermano, que estaba sentado junto a lady Weston. Phillip le miró, pero no dijo nada.

A su lado, los mellizos intercambiaron una sonrisa.

Después de suspirar, Henry respondió:

—Si me estaba observando por la ventana, señora, habrá visto que ofrecí el brazo tanto a la señorita Smallwood como a Lizzie. Teniendo en cuenta los charcos, era lo menos que podía hacer.

—Es verdad —intervino Lizzie—. Al salir de la capilla, Henry nos ofreció

el brazo a las dos. Fue muy caballeroso por su parte.

Sir Giles se apartó la copa de los labios.

—¿De la capilla? Dios mío. ¿Se puede saber qué estabais haciendo allí?

—La señorita Smallwood quería verla y yo me ofrecí a enseñársela.

—Es verdad... —añadió Lizzie. Henry se dio cuenta de que la muchacha no quiso mencionar que no había entrado en la capilla, ni tampoco su conversación con Derrick Teague.

—¿Estás seguro de que no es peligroso? —preguntó Phillip.

—Totalmente. Consulté el horario de las mareas antes de salir.

Sir Giles asintió, agitando su copa de brandy.

—Bien hecho, hijo mío.

Lady Weston esbozó media sonrisa.

—En cualquier caso, no me gustaría que la señorita Smallwood malinterprete ese gesto de caballerosidad.

Henry estuvo a punto de decirle que Phillip se mostraba con ella mucho más cariñoso que él, pero decidió ahorrarse el comentario.

Sin embargo, Julian fue mucho más sincero.

—Me sorprende que no digas nada sobre el comportamiento de Phillip, madre —dijo—. Él es mucho más cariñoso con la señorita Smallwood que Henry.

—Por supuesto que lo soy —dijo Phillip—. Somos amigos desde hace tiempo.

Lady Weston contestó, como si no le hubiera oído:

—No apruebo ningún tipo de relación entre los Weston y la señorita Smallwood. Pero en tu caso es mucho más grave, Henry. Recuerda que eres el primogénito.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—¿El primogénito? ¿Está segura?

Sir Giles se aclaró la garganta. Un criado abrió la puerta para anunciar que la cena estaba servida. Rápidamente cambiaron de tema.

Pero Henry estaba seguro de que lady Weston no se daría por vencida tan fácilmente.

# Capítulo 10

*Gobierna tu vida y tus pensamientos  
como si el mundo entero  
pudiera ver la primera y leer los segundos.*

Thomas Fuller, escritor  
y predicador de siglo XVII

AQUELLA noche, antes de apagar la vela, Emma tomó su diario. Quería poner por escrito sus pensamientos sobre la visita a la capilla.

Confieso que estoy muy sorprendida. ¿Quién iba a pensar que semejantes palabras pudieran surgir de los labios de Henry Weston? Yo, desde luego, no. Tengo que reconocer que he disfrutado mucho del paseo, salvo el momento en que nos encontramos a Lizzie hablando con ese hombre tan desagradable.

Me he empeñado en identificar a cada uno de los hermanos Weston con los cuatro vientos. Sé que es una idea estúpida, pero al menos es divertida. Henry sería el frío Bóreas, de eso no hay duda. Y sí, Phillip se parece a Céforo, el dulce viento del Oeste.

¿Pero quién sería Noto, el cálido viento del Sur, lleno de buenas intenciones pero causante de la sequía? ¿Y Euro, el viento del Este, con su carácter violento e indomable y su amor por las tormentas?

¿Será Rowan, tan maduro para su edad, más parecido a Noto o a Euro?  
¿Y qué hay de su hermano Julian, con su carácter travieso e infantil?

— —

A la mañana siguiente era domingo. Emma bajó al comedor, pero no había nadie. El criado le dijo que su padre, sir Giles y Henry Weston ya habían desayunado y se habían retirado a sus habitaciones. Emma se sorprendió de que Henry se hubiera levantado tan temprano. ¿Estaría tratando de evitarla?

Cuando estaba a punto de terminar su taza de té, aparecieron Phillip y Julian con su traje de ir a misa, riendo y bromeando. Rowan los seguía a escasa distancia, callado y melancólico.

Al verla, Phillip y Julian la saludaron con su simpatía habitual, pero Rowan se limitó a murmurar un «buenos días» que sonó como un gruñido. Emma volvió a pensar en la carta. Si lo que pretendía era disimular su amor secreto, había que reconocer que Rowan lo hacía muy bien. Lo más probable es que se hubiera equivocado y que la carta no fuera suya.

—Hemos oído que ayer fue a la capilla —dijo Julian—. ¿Qué le pareció?

—Debo reconocer que la encontré fascinante —dijo Emma.

—¿No le asustó estar rodeada de agua por todas partes? —preguntó Phillip, estremeciéndose ligeramente.

—Un poco. Pero la verdad es que mereció la pena.

—Me sorprende que Henry la convenciera para ir hasta allí —bromeó Phillip—. Seguro que fue tan antipático como siempre.

Emma observó a Phillip por encima de su taza, con una ligera sonrisa en los labios. No sabía cómo describir el comportamiento de Henry.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Phillip—. No me diga que se divirtió.

—Pues sí —admitió Emma—. Henry es un hombre muy culto.

—¿Y se puede saber qué hicieron? —preguntó Julian—. Lizzie me contó que pasaron mucho tiempo dentro de la capilla.

—¿De veras? —preguntó Phillip, visiblemente sorprendido—. ¿Y de qué

hablaron? Nuestro querido Henry nunca ha sido muy hablador.

—Principalmente de mitología griega —dijo Emma, deseando acallar los rumores cuanto antes—. Fue muy interesante.

—Seguro que sí —murmuró Rowan.

Emma observó a Rowan con interés. Luego volvió la vista a Julian. Seguía empeñada en demostrar su teoría de los cuatro vientos.

Phillip esbozó una sonrisa.

—Qué manera de estudiarnos, señorita Smallwood. Si no la conociera, diría que está tramando algo.

—¿Quién, yo? —preguntó Emma, con aire inocente—. Qué cosas dice.

Pero la verdad es que se había entregado a uno de sus pasatiempos favoritos: el estudio de una nueva materia. Bueno, en este caso, de cuatro.

Después del desayuno, Emma subió a su habitación. Estaba deseando escribir sus observaciones sobre los hermanos Weston en su diario. Además, aún quedaba media hora para ir a la iglesia. Pero, cuando fue a buscar su diario en la mesilla, vio que no estaba. ¿Lo habría guardado en el cajón, para esconder sus anotaciones sobre los Weston? Emma abrió el cajón, pero el diario no estaba allí. Solo encontró sus pañuelos y otras pertenencias. Nerviosa, revisó todos los volúmenes que amontonaba en su mesilla. Pero tampoco estaba allí.

¿Se le habría caído al suelo? Emma miró bajo la cama, bajo la mesa y entre los libros de la cómoda. Nada. Luego rebuscó en el aguamanil y encima del armario. Nada.

Finalmente cerró los ojos para concentrarse mejor. ¿Dónde lo había puesto? ¿Se lo habría llevado a la sala de estudio? No. ¿Al comedor? Imposible.

El pánico la invadió. Siempre había tenido un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio. Era imposible que lo hubiera perdido. Y menos algo tan sumamente privado y personal.

*Que Dios me ayude.*

Alguien se lo había robado.

¿Pero quién? ¿Una criada curiosa? No. ¿Lizzie? Siempre mostró curiosidad por su diario, pero Emma no la creía capaz de hacer algo así. ¿Los

mellizos? No quería acusar a nadie, y menos a los hijos de lady Weston.

Emma hizo sonar la campanilla para llamar a Morva por segunda vez, algo que no había hecho nunca.

La criada apareció diez minutos más tarde, atareada y jadeante.

—¿Desea algo, señorita?

—Sí. Siento molestarla, pero quería preguntarle si ha visto mi diario. Es un cuaderno de cuero verde de este tamaño. Lo dejé en la mesilla, pero no está.

—No, señorita —dijo Morva, asustada—. Y yo no lo he cogido.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo quería saber si lo ha visto esta mañana, cuando limpiaba la habitación.

—No, señorita. Pero, si lo veo, se lo haré saber inmediatamente.

Emma le dio las gracias y se apresuró a ponerse la capa, el sombrero y los guantes. Había llegado la hora de ir a la iglesia.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, empezó a bajar las escaleras. Le daba miedo preguntar, pero no quería quedarse callada y que otra persona acabara leyendo sus pensamientos más íntimos.

La familia estaba reunida en el vestíbulo, esperando los carruajes que los llevarían a Stratton. Sir Giles y su padre estaban hablando en voz baja. Lizzie charlaba con Julian, Rowan y Phillip. Lady Weston bajó las escaleras un minuto después. Llevaba un impresionante vestido color marfil con el cuello de encaje, una capa roja y un sombrero a juego con una hermosa pluma. Henry no estaba entre ellos. Aquel parecía un buen momento para preguntar.

Después de echar un vistazo al grupo, Emma respiró profundamente y preguntó:

—¿Alguien ha visto mi diario? No logro encontrarlo. Es de cuero verde, tamaño cuarto.

—¿Has mirado en tu habitación, querida? —preguntó su padre.

—Por supuesto. Y no está. Pensé que alguien pudo... cogerlo sin darse cuenta.

Lady Weston frunció el ceño.

—¿Cogerlo? Qué estupidez, señorita Smallwood. Nadie ha cogido su diario. Seguramente lo extravió. Eso es todo. Esas cosas ocurren

constantemente.

—A lo mejor está entre sus libros —añadió Lizzie.

Julian arqueó las cejas.

—O a lo mejor lo ha cogido el fantasma de Ebbington. Es muy bromista.

—Julian —le reprendió lady Weston—. Sé que estás bromeando, pero ya está bien. La mansión Ebbington no está encantada.

—Solo el ala norte —dijo Rowan en voz baja.

Emma le oyó. Pero estaba segura de que su diario no lo había cogido ningún fantasma.

—Quiero que me lo devuelva —dijo Emma, con una firmeza poco habitual en ella—. Me da igual quién haya sido. Solo quiero que me lo devuelva. Es un diario personal. Nadie debe leerlo.

—Seguro que está lleno de jugosos secretos —dijo Julian, con los ojos brillantes—. ¿Sobre usted? ¿O sobre todos nosotros?

—A lo mejor debería perseguir al fantasma y decirle que me lo deje —intervino Rowan—. Seguro que es muy interesante.

Emma alzó la barbilla.

—Le aseguro que es terriblemente aburrido.

—Su expresión parece decir lo contrario —bromeó Julian.

Phillip suspiró.

—Si habéis cogido el diario de la señorita Smallwood, os ruego que se lo devolváis ahora mismo.

—¿Por qué nos acusas a nosotros? —protestó Julian.

—No os estoy acusando... —empezó a decir Phillip.

Pero lady Weston le interrumpió.

—Phillip, sabes perfectamente que mis hijos serían incapaces de hacer algo así. ¿Cómo van a importarles los garabatos de una mujer a la que apenas conocen? Espero que te disculpes.

—Querida —intervino sir Giles—. No creo que Phillip lo haya dicho con mala intención. Solo pretendía ayudar a la señorita Smallwood —el barón miró a Emma con simpatía—. Hablaré con la señora Prowse. Todo el servicio empezará a buscarlo. Ha dicho que es de cuero verde, ¿verdad? No se preocupe. Lo encontraremos.

Emma se sintió incómoda.

—No quisiera causarles molestias...

—Es un poco tarde para eso, ¿no le parece? —murmuró Julian. Él y su hermano intercambiaron una disimulada sonrisa.

Emma se sintió profundamente avergonzada. La conversación no había salido como ella esperaba.

Una vez terminada la misa, Lizzie paseó con Emma por el jardín de la iglesia de Saint Andrew. A Emma le gustaba estar con ella. Había tenido muy pocas amistades femeninas a lo largo de su vida.

—Quiero que sepa que yo no he cogido su diario —dijo Lizzie en voz baja.

Emma se sintió culpable. Efectivamente, aquel pensamiento se le había pasado por la cabeza.

—No quiero acusar a nadie, Lizzie. Solo quiero que me lo devuelvan.

—Por supuesto. Me imagino cómo se siente. Espero que no haya escrito nada malo.

Emma suspiró.

—No he escrito nada malo. Pero no quiero que nadie lo lea.

—¿Entonces por qué lo hace? —preguntó Lizzie—. Parece mucho esfuerzo para nada, ¿no cree? Recuerdo cuando mi institutriz me obligó a copiar una carta para que aprendiera a escribir bien. ¿Sabe lo único que conseguí? Un intenso dolor de cuello y una mancha de tinta en los dedos.

Emma sonrió.

—A mí me encanta escribir en mi diario. Es como si tuviera una amiga íntima con la que pudiera compartir todos mis secretos.

—¿Y por qué no habla con una amiga de verdad? —preguntó Lizzie—. ¿Es que no tiene amigas, señorita Smallwood?

—La verdad es que no. Recuerde que crecí en una academia de chicos.

Lizzie asintió.

—Seguro que era usted más inteligente que las demás chicas. Y además intimidaba a los chicos.

Emma sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Si fue así, no era mi intención. Habría renunciado a todos mis libros con tal de tener una amiga de verdad.

Lizzie le apretó el brazo. Cuando se atrevió a mirarla, Emma vio que también ella estaba llorando.

—Yo seré su amiga —susurró Lizzie—. Si usted quiere.

— —

El resto del domingo transcurrió lentamente. Emma cenó carne asada con el señor Davies y su padre. Más tarde escribió una carta a su tía Jane. Morva y la señora Prowse registraron su habitación y el resto de la casa, sin éxito. El ama de llaves le prometió echar un vistazo en el lavadero, por si el diario se había mezclado con la ropa sucia.

Emma se resignó a esperar. O eso dijo. En su fuero interno seguía preocupada, repasando mentalmente todo lo que había escrito sobre Lizzie y los Weston, imaginándose cómo reaccionaría el posible lector.

No vio a Henry Weston en todo el día. Se lo imaginaba en una taberna del pueblo, con una pinta de cerveza, leyendo su diario. O incluso recitando fragmentos en voz alta, riéndose a carcajadas con sus amigotes de los sueños de una pobre solterona. Emma sintió escalofríos solo de pensarlo.

Por la tarde, mientras buscaba el diario en su habitación, se topó con el juego de ajedrez que había traído a la mansión Ebbington para pasar el tiempo en sus tardes solitarias. Todavía no lo habían usado. Estaba claro que su padre prefería pasar las tardes en compañía de sir Giles, Henry o sus libros.

El juego estaba incompleto. Hacía años que faltaba la reina blanca. Emma siempre sospechó que Henry la había robado.

Siempre que ella y su padre jugaban al ajedrez en casa, sustituían la reina por una figurita de porcelana. Se trataba de una dama vestida de gala, un regalo que le hicieron a su madre el día que fue presentada en sociedad. Emma no quería arriesgarse a romperla y la había dejado en casa. Pensaba que en la mansión Ebbington encontraría una figura de repuesto.

Ahora decidió sustituirla por un dedal y fue con el juego a la habitación de su padre. Quería jugar al ajedrez para distraerse. Como Henry no había aparecido para jugar su partida de backgammon, su padre accedió. Los dos colocaron las piezas en una mesita de madera que había en la habitación de su

padre, que era más grande que la suya.

Su padre sonrió.

—Recuerdo cuando jugabas al ajedrez con Henry.

Emma inició la partida, avanzando el peón blanco dos casillas.

—Hace mucho tiempo de eso. Además, Henry tenía muy mal perder.

—El pobre no lo tuvo fácil —dijo su padre—. Tuvo que abandonar a su familia muy joven. Yo creo que echaba de menos su hogar —añadió, mientras adelantaba su peón—. Recuerdo cómo se enfadaba cuando sus compañeros recibían cartas de sus padres. Él apenas recibía cartas. De vez en cuando, sir Giles le mandaba algunas líneas, pero pocas veces.

Emma observó a su padre.

—Siempre tuviste debilidad por Henry, padre.

Él asintió.

—Supongo que me sentía identificado con él. Yo también tuve que estudiar lejos de casa. Tuviste mucha suerte al estudiar con tu familia, Emma. Henry sufrió mucho. Es muy duro abandonar tu casa cuando eres joven.

Emma no podía creer que Henry Weston pudiera sufrir por nada, pero decidió callarse. Los dos jugaron varios minutos más, pero era evidente que su padre tenía dificultades para concentrarse.

Finalmente, el hombre se recostó en su silla.

—Lo siento, querida. Tengo un terrible dolor de cabeza.

Emma estudió su cara con preocupación.

—¿Y por qué no me lo has dicho, padre? No hacía falta que jugáramos —dijo, mientras guardaba las piezas en la caja—. ¿Quieres que te traiga algo?

—No. Solo quiero dormir.

—¿Estás seguro? Hasta ahora te encontrabas tan bien...

—No te preocupes, Emma. Es solo un dolor de cabeza, te lo prometo. Por lo demás, me encuentro perfectamente.

—Me alegra saberlo. Te gusta estar aquí, ¿verdad?

Su padre la miró con ojos brillantes.

—Sí. Hicimos bien en venir, ¿no crees?

—Sí —reconoció Emma. Aún no habían solucionado todos sus problemas, pero no quería empeorar el dolor de cabeza de su padre—. Más tarde vendré a

verte. Buenas noches, padre. Que duermas bien.

Emma le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

Cuando llegó a su dormitorio, intentó leer y empezar varias listas, pero no lograba concentrarse. Finalmente se rindió y acabó acostándose pronto. Estaba deseando sumergirse en la tranquilidad del sueño. Hizo sonar la campanilla para llamar a Morva, que llegó un cuarto de hora más tarde, murmurando que estaba muy ocupada.

—¿Ha visto a Henry Weston? —preguntó Emma, mientras la criada colgaba su vestido en el armario. Como notó cierta curiosidad en su mirada, se apresuró a añadir—: Me gustaría preguntarle por mi diario. No le he visto en todo el día.

—Creo que acaba de llegar. Michael, el mozo, ha ido a encargarse de su caballo hace unos minutos.

Emma asintió.

—Gracias.

Morva empezó a desatarle el corsé. De pronto, Emma se arrepintió de quitarse la ropa. No podía bajar a preguntar por su diario en camisón.

Una vez que Morva se hubo marchado, Emma se puso la bata y recorrió el pasillo. Quería comprobar si su padre necesitaba algo. Como oyó voces en el piso de abajo, se acercó al rellano de la escalera.

—¿Ha habido suerte, hijo mío? —dijo la voz de sir Giles.

—Tal vez. Aunque primero necesito conocer su formación y su experiencia. Quiero conocerlo a fondo. Creo que se lo consultaré al señor Bray.

—Por todos los santos, Henry —dijo lady Weston—. Ni que fuera a ocupar un puesto en el Parlamento.

—Hay que elegir bien, señora.

—Como quieras. Solo espero que, cuando llegue la señora Penberthy y su hija, todo esté solucionado.

Era la segunda vez que les oía hablar de un posible candidato. Emma se preguntó qué clase de puesto tendría que cubrir. ¿Y por qué era Henry el encargado de elegirlo? ¿Sería un nuevo criado? ¿O un contable? En cualquier caso, tendría que esperar al día siguiente para preguntar a Henry por el diario.

Emma regresó a la habitación de su padre, abrió la puerta, oyó un ligero ronquido y volvió a cerrarla.

— —

A la mañana siguiente, en el desayuno, Henry no dio señales de vida. Después de tomar una taza de té y un panecillo, Emma subió directamente a la sala de estudio. Estaba deseando sumergirse en alguna tarea para olvidarse del diario. Al menos de momento.

Nada más entrar, se quedó sorprendida al encontrarse a Rowan con un cuaderno de dibujo y un lápiz en la mano.

—¿Me deja ver qué está dibujando, Rowan? —preguntó.

El muchacho cerró el cuaderno y se recostó en su silla.

—Todos tenemos nuestros secretos, señorita Smallwood.

—Tiene razón. Si son bocetos privados, no hace falta que me los enseñe.

—Solo era una broma, señorita Smallwood —dijo Rowan, tendiéndole el cuaderno.

En ese momento entraron Julian y su padre. Emma cogió el cuaderno y les saludó. Después se lo llevó a su mesa, que estaba colocada junto al tragaluz, ligeramente apartada del escritorio de su padre. Aquel era su espacio para leer y revisar las tareas.

Una vez sentada en su silla, abrió el cuaderno y se quedó sorprendida. Los dibujos eran francamente buenos. La mayoría mostraban paisajes de la costa, el puerto y la mansión Ebbington. Al final había varios bocetos de la Capilla de la Roca. Rowan había captado no solo la perspectiva y el más mínimo detalle, sino también la atmósfera solitaria y misteriosa de aquel lugar, con su cielo gris y el mar espumoso de fondo.

Su padre ordenó a los mellizos que leyeran un pasaje de su libro. Luego anunció que iría a su habitación a coger un volumen que había olvidado. Emma se ofreció a ir a buscarlo, pero su padre aseguró que él tardaría menos. ¿Pensaría que Emma podía perderlo, al igual que había «perdido» su diario?

Una vez que su padre se hubo marchado, Emma levantó la vista y descubrió que Rowan la estaba mirando. El muchacho se apresuró a bajar la

cabeza, fingiendo interés en su libro.

—Son muy buenos, Rowan —dijo Emma—. Debo reconocer que estoy impresionada.

Rowan sonrió con aire orgulloso. De pronto parecía más joven. Más parecido a su hermano. Luego se mordió el labio, tratando de disimular su sonrisa.

—¿Quién le ha enseñado a dibujar? —preguntó Emma.

—Nadie. Es un artista nato —dijo Julian.

Rowan negó con la cabeza.

—Tuve un profesor de dibujo hace tiempo.

—Pero desgraciadamente se fugó con nuestra institutriz —dijo Julian.

Emma volvió a dirigir la conversación al tema artístico.

—¿Usted también dibuja, Julian?

Julian se encogió de hombros.

—Sí, pero mucho peor que mi hermano. Rowan es el único miembro de la familia que tiene talento.

Rowan frunció el ceño.

—Eso no es cierto. ¿Qué me dices de...?

—Cállate, Rowan. Los bocetos de Henry no cuentan. No seas modesto.

¿*Los bocetos de Henry*? Emma no recordaba que Henry o Phillip tuvieran inclinaciones artísticas.

Pero justo en ese momento entró su padre y no pudo seguir indagando.

—Muy bien, caballeros —dijo el señor Smallwood—. Me imagino que ya habrán leído el pasaje y estarán listos para comentarlo...

Los mellizos intercambiaron una mirada. Emma decidió intervenir:

—Lo siento, padre, pero hemos estado hablando de otras cosas. Principalmente, de arte. Ha sido por mi culpa. ¿Podrías darles unos minutos más?

Su padre frunció el ceño.

—Está bien. Pero no vuelvas a distraer a mis alumnos, Emma.

Emma sintió que le ardían las orejas. Le daba mucha vergüenza que su padre la regañara delante de los alumnos. Pensó que los mellizos estarían riéndose de ella, pero, cuando levantó la cabeza para comprobarlo, vio que

ambos estaban concentrados en su libro. Inmediatamente se sintió mejor.

No vio a Henry Weston en todo el día. ¿Cómo era posible que tardara tanto en elegir a un candidato, independientemente del puesto? Por la tarde recibió noticias de la señora Prowse, que le aseguró que su diario no estaba en el lavadero. Emma decidió olvidarse del asunto. Preocuparse no serviría de nada.

Aquella noche, cuando regresó a su habitación después de cenar, encontró un alegre fuego en su chimenea.

*Gracias, Morva*, pensó. Emma cogió un palito de la repisa de la chimenea y lo sumergió en las llamas. Con él encendió la vela de su mesilla. A continuación se sentó al borde de la cama, se quitó los zapatos y empezó a bajarse las medias. Entonces lo vio. Allí, en medio del montón de libros que había en la mesilla, una cubierta de cuero verde llamó su atención. Emma se levantó lentamente y retiró el resto de los libros, revelando la cubierta de su diario. Para asegurarse de que era real, acarició varias veces la superficie rugosa con los dedos.

Luego lo abrió y vio la fecha con su nombre, escritos de su puño y letra. *¡Gracias!*, pensó, sin pensar a quién se dirigía.

Pero la sensación de alivio dio paso a una serie de emociones menos placenteras. ¿Habría estado el diario en su habitación todo este tiempo? ¿Lo habría extraviado, como sugirió lady Weston? ¿Había acusado a toda la familia Weston de haber robado algo que llevaba todo el tiempo en su habitación? Emma sintió que se le encogía el estómago. Ahora tendría que disculparse. Tendría que admitir que se había equivocado, que el diario no se había movido de su mesilla. Tenía demasiados libros, eso era cierto. Lo más probable era que Morva los hubiera desordenado al limpiar el polvo.

Detestaba tener que admitir que se había equivocado. Pero no le quedaba más remedio.

Emma empezó a hojear el diario, releyendo pasajes. Por un lado se sentía aliviada. Seguramente nadie lo había leído. Pero qué vergüenza si lo habían leído antes de devolverlo. Pero... ¿para qué iban a cogerlo y devolverlo el mismo día? No merecía la pena tanto esfuerzo. A lo mejor sus ruegos habían conseguido conmover al ladrón.

De pronto se detuvo. Rápidamente releyó la última línea de la página izquierda y, a continuación, la primera de la página siguiente. ¡No guardaban relación! Temblando, abrió el cuaderno y observó la línea del lomo. Sí, ahí estaban los restos del papel.

Faltaba una página.

Efectivamente, alguien *había cogido* su diario. Lo había cogido y después lo había devuelto. Pero antes había arrancado una página.

¿Pero para qué demonios iba a hacer algo así?

Emma se esforzó en recordar qué había escrito en aquella página. Para ello releyó las últimas líneas de la página anterior...

*Cuánto me gusta charlar con Phillip Weston. En su compañía, siento como si los años no hubieran pasado. Seguimos conservando la camaradería de los viejos tiempos, aunque sé que ya no es un niño. Sin embargo, me ha sorprendido que no haya querido visitar la Capilla de la Roca.*

*Es tan distinto de su hermano Henry...*

*Oh, no.* Era un pasaje sobre los hermanos Weston. En él hablaba de cómo habían cambiado desde que eran niños, de lo mucho que le gustaba estar en compañía de Phillip, de la visita con Henry a la capilla...

—Dios mío... —murmuró Emma en voz alta.

¿Quién tendría la página? ¿Por qué la habría arrancado, con qué propósito? Emma miró la página siguiente y leyó la primera línea:

*No me siento atraída hacia Phillip Weston, pero es un alivio tener un amigo aquí, en la mansión Ebbington.*

— —

A la mañana siguiente, Emma se levantó temprano. Cuando Morva terminó de vestirla, fue a buscar a Phillip. Necesitaba hablar con un amigo. Pero, cuando asomó la cabeza en el comedor, solo vio a los mellizos, a su padre y a

sir Giles. ¿Dónde estaría Phillip? ¿Seguiría durmiendo? ¿O habría ido a dar un paseo con Henry?

Emma se dio la vuelta y se acercó a una ventana para observar el jardín. Desde allí vio a Phillip hablando con Lizzie. Un minuto después, la muchacha agachó la cabeza y empezó a alejarse. ¿Habrían discutido? Lizzie pasó por delante de la puerta principal y siguió su camino hasta la puerta del servicio.

Como quería hablar con Phillip a solas, Emma aprovechó para salir de la casa.

Pero, nada más bajar la escalinata, vio que Henry se acercaba desde los establos. Sus botas de montar brillaban a cada paso.

¿Y ahora qué podía hacer? ¿Darse la vuelta?

Phillip levantó una mano para saludarla.

—Buenos días, señorita Smallwood. ¿Alguna novedad sobre su diario?

¿Por qué le preguntaba eso? ¿Acaso sabía que se lo habían devuelto?

*Emma, no seas estúpida, pensó. Solo quiere ser educado.*

Emma se acercó.

—Pues sí.

Phillip arqueó las cejas.

—Me alegro. ¿Dónde ha aparecido?

—En mi habitación.

—Ah. Así que no se movió de allí, ¿eh? Me extraña que una fanática del orden como usted haya podido extraviar su diario —dijo, guiñándole un ojo—. Pero no se preocupe. Todos extraviamos cosas de vez en cuando.

—Eso es lo que pensé al principio. Pero luego descubrí que faltaba una página.

Henry llegó cuando estaba terminando la frase.

Phillip inclinó la cabeza para saludarle. Luego se volvió hacia Emma.

—A lo mejor se desprendió.

—No —insistió Emma—. Alguien la ha arrancado.

Por el rabillo del ojo, vio que Henry fruncía el ceño.

Phillip se mordió el labio, como si estuviera pensando.

—Supongo que no es propio de un caballero preguntarle qué había escrito en esa página.

*Si te quedas callada va a ser peor, pensó Emma. Habla con franqueza. No hay de qué avergonzarse.*

—No... Nada... Simples observaciones –dijo, sintiendo que le ardían las mejillas.

Phillip sonrió.

—¿Sobre qué? O mejor dicho... ¿sobre quién?

Henry Weston se cruzó de brazos, con el ceño fruncido.

—¿Alguien ha arrancado una página de su diario?

—Sí. Alguien se lo llevó de mi habitación y lo devolvió anoche, después de arrancar una página.

Henry dilató los agujeros de la nariz. Emma recordaba perfectamente aquel gesto y sabía que no presagiaba nada bueno.

—¿Cuándo se dio cuenta de que el diario había desaparecido? –preguntó Henry.

—El domingo por la mañana. Antes de ir a la iglesia.

—¿Está segura de que estaba en su habitación antes de bajar a desayunar?

—No. Pero recuerdo que escribí en él la noche antes.

—Julian culpa al fantasma de Ebbington –bromeó Phillip.

Henry siguió mirando a Emma, ignorando el comentario de su hermano.

—Siento mucho lo que ha pasado, señorita Smallwood. Haré todo lo que pueda para encontrar la página que falta. Y le aseguro que no volverá a ocurrir nada parecido.

—¿Y cómo demonios piensas conseguirlo? –preguntó Phillip con incredulidad—. ¿O acaso sabes quién ha sido?

Henry titubeó. Luego fulminó a su hermano con la mirada.

—No. Pero tengo una ligera idea.

Nada más decir esto se alejó hacia la mansión, con el abrigo ondeando al ritmo de sus pasos.

# Capítulo 11

*Siento no haberle enviado una carta  
desde Túnez, pero el calor era tan sofocante  
y la luz tan mala para la vista...  
¡Casi me quedo ciega al intentar escribir!*

Lady Mary Wortley Montagu, 1718

HENRY registró las habitaciones de sus hermanos, buscando en las mesas y los cajones. Dos de ellas estaban ocupadas cuando entró. Durante su inspección, uno de los mellizos lo miró confundido; el otro lo observó en silencio. Henry no se molestó en explicar lo que estaba buscando y se sintió aliviado al ver que la página no estaba. Por supuesto, no quiso examinar las habitaciones a conciencia. Estaba seguro de que el culpable ni siquiera se había molestado en esconderla. Agotado, regresó a su habitación.

Hacía mucho que no sacaba la caja de puros del fondo de su armario. Henry tardó un rato en acordarse de la última vez que lo había hecho. Fue en Oxford, durante su primera noche en la universidad, cuando echaba de menos su casa. Y antes que eso lo hizo en la Academia Smallwood. También allí se sentía solo, especialmente el primer año.

El día se había vuelto gris y lluvioso. Era el momento perfecto para abrir la caja. Henry encendió la lámpara, se sentó en su cama y levantó el cierre. Del interior surgió un aroma que le envolvió como un abrazo.

Lo primero que sacó fue una hoja de papel, el dibujo infantil de un hombre, una mujer y una serpiente. Dos óvalos representaban las hojas destinadas a

cubrir la desnudez de los personajes. Pero nadie que hubiera visto el dibujo habría podido adivinar de qué se trataba. El dibujo de la serpiente estaba mejor. Tenía un cuerpo enroscado que se completaba con un ojo y una lengua bífida. Durante muchos años se preguntó por qué sentía tanta nostalgia cada vez que veía aquel dibujo. Ahora sabía por qué.

De pronto sintió el impulso de subirse la manga de la camisa. Henry acercó el brazo a la luz de la lámpara y lo observó. La cicatriz seguía ahí, pero apenas resultaba visible. Al igual que las hojas del dibujo, solo él podía verla.

Después de bajarse la manga, Henry sacó una hoja de papel, la desdobló y observó la letra, recta y precisa. Se parecía mucho a la letra de Emma. En el papel ponía lo siguiente:

A EMMA LE GUSTA MILTON PUGSWORTH.  
A EMMA LE GUSTA MILTON PUGSWORTH.  
A EMMA LE GUSTA MILTON PUGSWORTH.

Las líneas se repetían hasta el final de la hoja, como si fuera un ejercicio de caligrafía. Era su propia letra, escrita con cuidado para imitar la letra de Emma. Cuando vivía en Longstaple, la metió en el libro de Emma para gastarle una broma. A ella no le hizo ninguna gracia, pero al resto de los alumnos sí.

Debajo de la hoja había otro rectángulo de papel. En este caso sí que era la letra de Emma. La escribió durante su segundo año en Longstaple. Se trataba de una nota que colocó en la puerta de su habitación:

SE RUEGA NO PASAR

Debajo, en caracteres más pequeños, decía:

*Sí, Henry Weston, me refiero a usted.*

Henry sonrió. Emma tenía que haber sospechado que un chico como él sería incapaz de obedecer semejante prohibición.

Debajo de la nota había una pieza de ajedrez. Una reina. Henry la cogió y se dejó llevar por los recuerdos. La había robado para molestarla. Y no porque estuviera enfadado.

Emma no podía soportar el desorden. Siempre tenía un sitio para cada cosa, como ella misma decía. Era implacable con los alumnos que perdían un guante, un lápiz o un libro. Así que Henry cogió la figura para observar su reacción. Era tan difícil hacerle perder la compostura... Al principio, Henry pensó en robarle uno de sus libros, pero se lo pensó mejor. Aquello sí que habría sido una crueldad.

Debajo de la pieza de ajedrez, Henry guardaba los recuerdos de su madre. El retrato de la casa no contaba, pues su expresión apenas coincidía con la imagen que conservaba en su mente. Lo pintaron cuando su madre era muy joven, antes de que el matrimonio y los partos surcaran su rostro de arrugas.

Henry apartó la pieza de ajedrez y sacó un delicado pañuelo, que se había vuelto amarillo con el paso del tiempo. La tela tenía unas iniciales bordadas: M. W. Margaret Weston. Envuelto en el pañuelo había un frasquito de perfume. Henry quitó el tapón, se acercó el frasco a la nariz y cerró los ojos. La fragancia hizo surgir la imagen de su madre en su mente. Sus delicadas caricias. Su triste sonrisa. Sus enormes ojos azules y su aroma a lirio del valle.

Rápidamente, la imagen se desvaneció. Ya no podía recordar su voz. Y, sin la ayuda del perfume, apenas lograba recordar su rostro. Poco a poco volvió a ser aquella desconocida del cuadro. Menos mal que conservaba aquellas gotas de perfume, que le permitían evocar su rostro de vez en cuando.

Henry tapó el frasco y cogió el último recuerdo. Se trataba de un pequeño rectángulo de papel con las últimas palabras de su madre:

*Sé valiente, hijo mío. Y recuerda que...*

El papel había sido arrancado de una carta. Una carta que su madre escribió a su esposo antes de morir. Henry recordaba vagamente cuando sir Giles le entregó el trozo de papel. Entonces aún era pequeño, pero le habría gustado leer la carta entera. No hacía mucho le había pedido la carta a su

padre, pero él se negó a dársela. Tal vez contenía confidencias privadas que no debía leer. No obstante, Henry decidió pedírsela una vez más. Para recordárselo, dejó el frasco sobre la mesilla.

¿Conservaría Phillip algún recuerdo de su madre? Probablemente, no. Phillip era muy pequeño cuando su madre murió. Henry pensó en enseñarle el trozo de papel, pero la idea le avergonzaba sin saber por qué. Tendría que pensarlo.

— —

Desde hacía años, Emma se encarga de enseñar la asignatura *Geografía y uso de las esferas*. Para prepararse había leído muchos diarios de viaje y libros de exploradores y consultaba los mapas del cartógrafo de Plymouth. El conocimiento de su padre de los clásicos superaba el suyo, pero él siempre había preferido el mundo antiguo. Emma se sentía atraída por el mundo presente, con todas sus inexploradas maravillas.

Su padre había llegado a reconocer que Emma era muy superior a él en geografía. Al principio lo hizo a regañadientes, luego con visible orgullo. A diferencia de su madre, a él nunca le había importado que Emma fuera una «literata».

Ahora, los mellizos la escuchaban con la cabeza apoyada en las manos y los ojos vidriosos.

Emma se dio cuenta de que había llegado el momento de hacer algo divertido.

—Os propongo un juego —anunció.

Julian se enderezó en su silla.

—Me encantan los juegos.

¿Había cierto retintín en su voz?

Emma empujó la esfera para hacerla girar sobre su eje.

—Quien consiga identificar el lugar que señale con el dedo, ganará un punto. Y ganará más puntos si logra decir algo sobre el paisaje de la zona, su historia, su lengua o su religión.

Su dedo aterrizó en una isla del océano Índico, al suroeste de la costa

africana.

—¿Cómo se llama esta isla? —preguntó.

Emma dejó el dedo donde estaba, tapando el nombre para no revelar la respuesta.

—Nadie lo sabe —dijo Rowan—. Además, a nadie le importa.

—Eso no es verdad —dijo Emma—. A mí sí me importa.

Emma identificó la isla de Madagascar. A continuación giró la esfera una vez más. Su dedo aterrizó en el continente que había al otro lado del océano Atlántico, enfrente de Inglaterra.

Aquel lugar supieron identificarlo fácilmente, pero los demás intentos fueron menos afortunados.

Rowan protestó:

—Nadie conoce esos lugares.

—Yo sí —dijo Emma.

—Demuéstrelo —la desafió Julian.

Emma dudó. ¿Acaso serviría de algo? No sabía qué hacer, pero al final decidió que merecía la pena intentarlo.

—Muy bien. Pónganme a prueba. Señalen un lugar y veré si soy capaz de identificarlo.

La idea de cambiar los papeles pareció gustarles. Entusiasmados, los mellizos hicieron girar la esfera por turnos y trataron de pillar en falta a la hija del tutor. Emma identificó sin vacilar Grecia, las Islas Canarias, Lituania y *Terra Australis*.

Rowan se recostó en su silla, sacudiendo la cabeza.

—¿Ha estado alguna vez en esos lugares?

—No. Me temo que no he tenido ese privilegio.

Julian intervino:

—Las mujeres no pueden viajar solas como los hombres.

—Querrás decir los hombres ricos —corrigió Rowan—. O aquellos que no tienen responsabilidades que los retengan. Mira Henry. Él tampoco puede viajar.

Emma recordó las palabras de Henry en la Capilla de la Roca. «*En lo que podría haber sido mi vida*». ¿Estaría pensando en los lugares que no había

visto?

—Eso no es cierto, Rowan —dijo Emma—. Hay muchas mujeres que han viajado por el mundo y han publicado interesantes descripciones de los países que visitaron. Yo he leído muchos de sus diarios.

Rowan esbozó una sonrisa.

—Seguramente no son más que puras invenciones.

—En absoluto. Son vívidas descripciones de hermosas ciudades históricas... Esperad un momento. Os lo enseñaré.

Emma se acercó a la librería y observó el estante superior, donde había colocado los libros que trajo de casa. Seleccionó uno de ellos y empezó a hojear las páginas.

—Este libro fue escrito por lady Mary Wortley Montagu hace un siglo.

La joven encontró su pasaje favorito y leyó en voz alta:

*«Génova, 28 de agosto de 1718.*

*Me encuentro rodeada de placeres y encantada por la belleza de Italia, de modo que sería una ingrata si no hago un pequeño homenaje a esta ciudad a cambio de todas las diversiones que me ha proporcionado.*

*Génova está situada en una hermosa bahía, encima de una alta colina, llena de jardines y embellecida por la arquitectura más excelente. La calle Strada Nuova posee las construcciones más bellas del mundo.*

*Pero nada me ha gustado más que la colección de cuadros de Rafael, Paulo Veronese, Tiziano, Miguel Ángel, Guido y Correggio...».*

—Miguel Ángel, Guido, Correggio... —repitió Rowan—. ¿Se refiere a Guido Reni o a Guido Cagnacci?

—Supongo que a Guido Reni —respondió Emma.

Rowan asintió.

—Sí, es mucho más probable. Al fin y al cabo está hablando de Génova...

—Señorita Smallwood, si solo pudiera viajar a un país del mundo, ¿adónde iría? —preguntó Julian.

—Difícil decisión —dijo Emma, mientras recordaba la taza de su madre—. Si tuviera que elegir, probablemente viajaría a Italia.

Rowan volvió a asentir.

—Yo también.

A Emma se le ocurrió una idea.

—Imaginad que vais a embarcaros en un largo viaje y tenéis que planear vuestro itinerario. Podéis consultar los libros que hay aquí, los mapas y cualquier otra fuente que os resulte útil: periódicos o los libros de viaje de la biblioteca de vuestro padre. Tenéis que escribir adónde iríais, cómo llegaríais allí, cuánto tiempo permaneceríais en cada lugar y qué os gustaría visitar.

A Emma le habría encantado hacer un itinerario similar. Miró a los mellizos, esperando que empezaran a protestar. Pero solo vio un brillo de entusiasmo en sus ojos. Deseó que aquel trabajo sirviera para despertar su interés por el mundo, más allá de las fronteras de Cornualles.

Henry escuchó los últimos minutos de la conversación al lado de la puerta. Le conmovió la pasión en la voz de Rowan. Tenía que buscar un nuevo profesor de dibujo para ayudarle a desarrollar su talento.

También le había sorprendido que la señorita Smallwood quisiera viajar a Italia. Le parecía curioso que un carácter tan práctico y ordenado como el suyo pudiera sentirse atraído por un largo viaje con todas sus inconveniencias: los inevitables retrasos, el calor, la suciedad, el cansancio...

Qué interesante, pensó.

Siempre había creído que Emma preferiría leer libros de viajes en su cómodo sofá que viajar de verdad. Pero tal vez se equivocaba.

A él también le habría gustado viajar. Pero, nada más terminar sus estudios, su padre le pidió que se encargara de administrar la propiedad. Además, Henry dudaba que su familia pudiera costear un viaje semejante. Ahora mismo se encontraban en mejor situación económica, pero seguía habiendo muy pocas posibilidades de viajar. Y menos ahora, que esperaban nuevas inquilinas.

Aquella noche, mientras se acostaba, Emma pensó en el viaje que había planeado con su tía Jane. Aunque ninguna de las dos pensaba hacerlo de verdad, había sido muy divertido planificarlo todo.

Nada más quedarse dormida, Emma se despertó con un sobresalto. Le había parecido oír a alguien al lado de su cama. ¿Lo habría soñado? Emma se quedó quieta, con el pulso descontrolado y los oídos alerta, escudriñando la oscuridad.

Si alguien había entrado a gastarle una broma, no pensaba quedarse allí como una víctima, aguardando su destino.

—¿Hay alguien ahí? —susurró, con un hilo de voz.

*Silencio.*

Emma trató de imitar el tono de voz que utilizaba su padre con los alumnos desobedientes:

—Por favor, salga de mi habitación ahora mismo.

Al cabo de un rato oyó unos pasos y un crujido. Efectivamente, alguien había entrado en su habitación. Después escuchó cómo se cerraba la puerta y, más tarde, el silencio. Un silencio tranquilo y estático, interrumpido por el sonido de su respiración. Emma supo que la persona había obedecido sus órdenes y se había marchado.

¿Y ahora qué podía hacer? ¿Avisar a su padre? ¿Contárselo a Henry? ¿Por qué había pensado en Henry? Era mejor decírselo a Phillip, o a sir Giles. Pero no quería acusar a nadie sin tener pruebas. Y menos después de lo que había pasado con su diario. Tampoco quería preocupar a su padre.

Emma se levantó. La puerta de su habitación no tenía pestillo. ¿Debía colocar una silla delante? Después de quedarse pensando un momento, cruzó la habitación a oscuras y buscó un vaso en el aguamanil. Luego lo cogió y lo colocó en el suelo, delante de la puerta. Así podría oír si alguien volvía a entrar.

De pronto olió algo extraño. ¿Qué era ese aroma? Una fuerte fragancia flotaba en el aire. Esta vez no olía a sándalo, ni a jabón de afeitarse. Emma cerró los ojos para concentrarse en la fragancia. Se trataba de un aroma floral, el perfume de una mujer.

¿Una mujer?

¿Quién podía llevar ese perfume? No recordaba haberlo oído antes. ¿Sería Lizzie? ¿Lady Weston? ¿O alguna de las criadas? De pronto se acordó del fantasma de la mansión, pero enseguida lo desechó de su mente.

Emma se acostó boca arriba y se tapó con las mantas. Decidió que al día siguiente intentaría descubrir quién llevaba ese perfume.

¿Y después qué? No tenía ni la menor idea.

Debió de quedarse dormida, porque al abrir los ojos vio que la luz del amanecer se filtraba por las ventanas. La habitación estaba tranquila y silenciosa.

Como tenía que hacer uso del orinal, Emma se levantó, se alivió y luego se acercó al aguamanil para asearse. Mientras se secaba las manos, contempló su imagen en el espejo... Fue entonces cuando vio la huella en el cristal. Era la huella de una mano abierta.

Emma sintió un vuelco al corazón. La huella no estaba ahí cuando se cepilló los dientes antes de dormir. La habría visto. *O tal vez no*, se dijo a sí misma. Tal vez resultaba invisible a la luz de las velas, y solo podía verse a la luz del sol.

Decidió poner una mano encima. Emma tenía los dedos bastante largos para ser mujer. La huella era igual de ancha, pero ligeramente más corta. Era demasiado grande para pertenecer a Morva, que tenía las manos diminutas. Tal vez había entrado un sirviente para encender el fuego.

Un ruido la sobresaltó. Emma se dio la vuelta. El vaso de agua estaba rodando por el suelo. Finalmente se detuvo en la pata de una silla.

Desde la puerta, Morva observaba el vaso con la boca abierta.

Emma no quiso darle explicaciones. En lugar de eso, señaló directamente la huella del espejo.

—Supongo que esta no es su mano...

Morva levantó la mano derecha.

—No, señorita. Esta es mi mano —dijo la criada bruscamente.

Emma suspiró.

—No... Quería decir que... En fin, simplemente me sorprendió encontrarla ahí, y quería saber quién ha sido.

Morva se encogió de hombros.

—No puedo sacar brillo a todos los rincones, señorita. Tengo mucho trabajo.

—No la estoy criticando, Morva, solo quiero saber quién ha entrado en mi habitación.

Morva la observó con ojos desafiantes.

—Mucha gente entra y sale de su habitación. Solo queremos atenderla lo mejor posible, a usted y a su padre.

Emma bajó la cabeza. Se sentía avergonzada y ofendida, pero trató de conservar la calma.

—Lo siento, señorita —dijo la criada—. Solo estoy un poco cansada. No quería ofenderla.

Emma asintió.

—No se preocupe.

Morva se acercó al espejo y estudió la huella. Luego levantó la mano y la puso encima. Tal como Emma había sospechado, la criada tenía la mano más pequeña.

—A lo mejor fue usted sin darse cuenta —sugirió Morva.

Emma negó con la cabeza.

—Yo tengo los dedos más largos.

La criada se encogió de hombros.

—Pudo ser cualquiera.

Pero Emma vio un brillo en sus ojos que la hizo sospechar. Era evidente que Morva sabía más de lo que decía.

Aquella mañana, Emma se demoró en el desayuno, esperando que Lizzie o lady Weston bajaran a acompañarla.

Finalmente, Lizzie entró en el comedor, bostezando. Cuando vio a Emma, la muchacha sonrió.

—Buenos días. No esperaba encontrar a nadie a estas horas. Espero que quede algo de té.

El criado que estaba de pie se revolvió, inquieto. Lizzie se acercó a la tetera y la inclinó sobre su taza. Un líquido oscuro y aromático surgió de su interior.

El criado emitió un suspiro de alivio.

Lizzie se sentó junto a Emma, vertió un poco de crema en su taza y pidió a Emma que le pasara el azucarero.

Luego se echó varios azucarillos y volvió a bostezar.

Emma quiso aprovecharse de su cansancio para acercarse a ella y...

Lizzie retrocedió. Dejó de remover la cuchara y miró a Emma con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

Emma se asustó.

—Disculpe. Solo quería...

—¿Olerme? ¿Qué pasa? ¿Es que huelo mal?

—Por supuesto que no... Solo quería... saber si lleva perfume.

—¿Está sugiriendo que debería hacerlo?

—No, en absoluto. Solo sentía curiosidad. Me ha parecido oler a perfume, y pensé que...

—Pues yo no soy. Nunca llevo perfume, solo polvos de talco. Cuando llegué a esta casa solía echarme unas gotitas de agua de colonia. Pero el olor hacía estornudar a lady Weston, de modo que dejé de hacerlo.

—¿Entonces lady Weston tampoco lleva perfume? ¿O solo le molestaba su colonia?

—A lady Weston le molesta todo —bromeó Lizzie—. ¿Es que no se ha dado cuenta? —Lizzie bebió su té y se encogió de hombros—. Ella tampoco lleva perfume. Aunque creo que usa una crema con una fragancia cítrica.

¿Cítrica? No. El perfume no olía a naranja ni a limón.

Emma pensó en el frasquito de colonia que le regaló Phillip. Afortunadamente, aún no lo había usado.

—Entonces será mejor que yo tampoco use colonia —dijo.

—Veo que aprende rápido —dijo Lizzie, sorbiendo su té cremoso y azucarado—. Phillip me dijo que era usted muy lista.

Emma asintió vagamente, sumida en sus pensamientos.

Lizzie la observó por encima de su taza.

—¿Se puede saber en qué está pensando?

—En nada. Solo me estaba preguntando por el perfume, nada más.

—¿Dónde lo ha olido? —preguntó Lizzie.

—Seguramente fueron imaginaciones mías, pero me pareció olerlo en mi habitación.

Lizzie arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? Entonces será el fantasma de Ebbington, que le ha hecho una visita.

—No me diga que cree en los fantasmas.

Lizzie se encogió de hombros.

—Tal vez —la muchacha miró fugazmente al criado, luego se acercó a ella y susurró—: Antes creía que las historias de fantasmas eran puras fantasías. Pero últimamente he oído cosas que me han hecho dudar.

—¿Qué clase de cosas?

—Voces, pasos. Y esa extraña música que se oye por la noche... —Lizzie se estremeció.

—Seguramente son los mellizos, que están intentando asustarnos.

—Pues lo están consiguiendo.

Emma asintió en silencio.

Lizzie miró por encima del hombro. Luego prosiguió:

—Dicen que es el fantasma de lady Weston. Me refiero a la fallecida. La madre de Henry y Phillip.

Emma sintió que un miedo irracional se apoderaba de ella.

—Yo también lo he oído —admitió—, pero no son más que habladurías. ¿Por qué iba lady Weston a vagar por la casa?

—Puede que no le guste que sir Giles se haya vuelto a casar. A Henry tampoco le gusta.

Esta vez fue Emma la que miró al criado.

—Lizzie, no debería decir esas cosas.

—¿Usted no cree en los fantasmas? —preguntó Lizzie.

—No —contestó Emma con resolución, recordando la huella en el espejo. Aquella huella pertenecía a alguien muy real.

# Capítulo 12

*Mientras ella estaba planeando un enlace prestigioso,  
¿cómo podía suponer que él  
ya estaba comprometido con otra mujer?  
Una sospecha así le resultaba inconcebible.*

Jane Austen, *Sentido y sensibilidad*

HENRY se sentó en el escritorio de su pequeño despacho. Quería anotar sus últimas observaciones sobre el tiempo y las mareas. Luego las comparó con anotaciones anteriores.

Unos golpecitos le interrumpieron. Henry levantó la cabeza y se sorprendió al ver a Emma Smallwood en el umbral de su puerta. La joven parecía visiblemente incómoda en su presencia. Solo él tenía la culpa. Todavía seguía arrepentido por lo mal que la había tratado. Después de tantos años, aún podía escuchar su voz, diciendo: «*Henry no es un caballero. O al menos no se comporta como tal*».

Henry dejó la pluma en el tintero y se levantó.

—Adelante, señorita Smallwood. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada —repuso Emma bruscamente—. Tal vez recuerde que, cuando encontré... la figurita militar en mi habitación, me pidió que le informara si volvía a ocurrir algo parecido.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—Sí, lo recuerdo.

Emma se acercó al escritorio, retorciéndose las manos.

—No quisiera acusar a nadie, pero me parece que alguien entró en mi habitación anoche.

Henry arqueó una ceja.

—¿Otro soldadito?

—¿Soldadito? —repitió Emma, sonriendo. Henry ignoró su pregunta y se limitó a mirarla, esperando—. No... Esta vez no era nada... físico. Quiero decir que no han dejado nada. Solo encontré una huella en el espejo y un fuerte perfume en el aire.

—¿Otra vez olía a sándalo? —preguntó Henry con aire escéptico, puesto que él llevaba una colonia con ese aroma. Y no era el único Weston que la llevaba.

—No, esta vez olía a perfume de mujer. Un perfume floral y muy dulce.

Henry se sobresaltó.

—Supongo que no era el suyo...

Emma negó con la cabeza.

—He oído que lady Weston no lleva perfume. Y Lizzie tampoco.

—Mmm... —Henry se rascó el mentón, pensativo. Luego preguntó—: ¿Podría verla?

La señorita Smallwood dio un respingo.

—¿Se refiere a la huella?

Henry asintió.

—Por supuesto.

A Emma le incomodaba que Henry entrara en su habitación, pero aun así se ofreció a acompañarle. Al fin y al cabo, aquella era su casa.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra mientras subían las escaleras y recorrían el pasillo. Cuando llegaron a su habitación, Emma abrió la puerta y entró, dejando la puerta abierta. La joven se acercó al espejo, pero se dio cuenta de que Henry esperaba en el umbral.

Emma observó el espejo, que estaba limpio y reluciente.

—Me temo que Morva lo acaba de limpiar —suspiró.

De pronto se sintió estúpida.

Desde el espejo observó a Henry, que la miraba con cara de decepción.

Luego se dio la vuelta y dijo:

—La mano era igual de ancha que la mía, pero los dedos eran más cortos.  
Emma levantó la mano, con los dedos apuntando hacia el techo.

Henry entró en la habitación, levantó su mano izquierda y la acercó a la suya, sin tocarla. Su mano era mucho más grande.

—Supongo que esta prueba sirve para absolverme.

Emma tragó saliva.

—Esta vez, sí.

Henry esbozó una sonrisa.

—¿Es que nunca va a perdonarme?

Por un momento, Emma sostuvo su mirada. Luego apartó la vista.

—Si no fuera por la huella —dijo—, pensaría que Julian tiene razón y que efectivamente fue un fantasma. Un fantasma femenino con debilidad por el perfume.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—El fantasma de mi madre, supongo.

Emma sintió que se le encogía el estómago.

—Discúlpeme. No quería decir eso.

Henry tensó la mandíbula.

—Julian se equivoca, señorita Smallwood. Aquí no hay ningún fantasma, por mucho que otras personas pretendan hacerle creer lo contrario.

Emma se arriesgó a mirar su pétreo semblante.

—¿Y por qué iban a hacerme creer algo así? —preguntó—. ¿Acaso pretenden asustarnos para que nos marchemos?

—No, no me refiero a eso —Henry emitió un suspiro de frustración—. Olvide lo que le he dicho. Afortunadamente, usted nunca ha creído en esas cosas.

—Es verdad. Pero no me gusta que entren intrusos en mi habitación.

—No debe tener miedo, señorita Smallwood.

Emma le miró con aire desafiante.

—No tengo miedo.

—Me alegro. Estoy seguro de que no le pasará nada.

—¿Y si se equivoca?

Henry se pasó una mano por el cabello.

—Entonces cierre la puerta.

Emma la señaló con la mano.

—No tiene pestillo.

Henry se acercó a inspeccionarla.

—Veré si puedo arreglarlo —luego la miró una vez más—. Me encargaré del asunto, señorita Smallwood. Gracias por decírmelo. Y por favor... no se lo cuente a nadie más. Por supuesto, puede decírselo a su padre, pero...

—La criada vio la huella, y le conté a Lizzie que había olido un perfume en mi habitación. Pero aparte de ellas no lo sabe nadie más.

—Muy bien —dijo Henry, inclinando la cabeza bruscamente—. Ahora, si me disculpa...

Emma quiso despedirse, pero Henry ya había salido por la puerta. La joven escuchó sus pasos decididos por el pasillo.

Henry se dirigió directamente a su habitación. Nada más entrar se acercó a la mesilla, donde había dejado el perfume y la caja de puros. Pero el frasquito no estaba donde lo había dejado, encima de la caja. Henry abrió la tapa y hurgó en vano en su interior.

A continuación se sentó en la cama, puso la caja en su regazo y siguió buscando. Encontró el pañuelo de su madre, pero no había nada envuelto en él. Como temía, el perfume había desaparecido. Y la pieza de ajedrez, también. ¿Quién los habría cogido? ¿Una criada codiciosa? ¿Su criado?

La respuesta más lógica se dibujó en su mente, pero decidió ignorarla. Pensó en preguntárselo a sus hermanos, pero recordó que tenía una entrevista en Stratton. Las preguntas tendrían que esperar.

— —

Aquella noche, en la sala de dibujo, lady Weston anunció que la señora Penberthy y su adorable hija habían aceptado su invitación para pasar unos días en la mansión Ebbington.

Henry, que contemplaba el fuego con la mano apoyada en la repisa de la chimenea, escuchó los planes de su madrastra con desinterés, que paulatinamente fue convirtiéndose en enfado y finalmente en ira.

La familia Penberthy había visitado la mansión Ebbington varias veces. En aquellas ocasiones, Henry disfrutó de la conversación *del señor Penberthy*. De hecho, hablar con él era su único aliciente. Más de una vez se había encerrado en la biblioteca en compañía de sir Giles y el señor Penberthy, o se había entretenido en el comedor después de cenar, a pesar de que el protocolo dictaba que debía reunirse con las mujeres en la sala de dibujo. Aquel hombre era un conversador excelente. Pero hacía más de un año que el señor Penberthy había muerto. Y Henry temía la visita de la viuda y su hija como si se avecinara una tormenta.

Siempre que lady Weston y la señora Penberthy se encontraban, empezaban a cotorrear como si fueran pájaros exóticos en el zoo de Londres. Su conversación no era más que un parloteo insulso, constante y superficial.

Tressa Penberthy era más callada que su mamá, lo que era un punto a su favor. Henry tenía que reconocer que no era fea, pero él no se sentía en absoluto atraído hacia ella. Era una muchacha robusta y pelirroja, y siempre llevaba vestidos demasiado ajustados. Aquello lo podía perdonar. Eso y sus dientes torcidos. Pero la pobre era más estúpida que un mozo de cuadra. Era tan insulsa y tan poco interesante como una piedra.

A Phillip nunca le habían molestado las criaturas insípidas y afectadas que batían las pestañas y le escuchaban con la boca abierta, aunque solo fueran capaces de responder:

—¿De veras? No me diga.

Pero Henry no podía soportarlas.

Y lo peor era que lady Weston pretendía que uno de los dos se casara con ella. Qué amable había sido dejándoles decidir el asunto entre ellos. Seguro que le habría encantado elegir ella misma y luego pregonar el enlace a los cuatro vientos.

—La señora Penberthy —siguió diciendo lady Weston— tiene una... pequeña manía. Le preocupa mucho la sangre. Quiere asegurarse de que ciertas cualidades se transmiten de generación en generación.

—¿Como su hija, que ha heredado sus dientes torcidos? —preguntó Rowan con una sonrisa.

Lady Weston le silenció con la mirada.

—Por eso —prosiguió—, me gustaría que le demostréis la buena educación que habéis recibido, vuestras cualidades y vuestra inteligencia. No debe tener dudas sobre la familia Weston, ni sobre los beneficios que obtendría si las dos familias se unen. He oído que su hija estaba interesada en el heredero de la familia Nancarrow. Afortunadamente, la señora Penberthy se enteró de que el joven tiene un primo alcohólico y ha anulado el compromiso. Así que espero que os calléis ciertas cosas, como habéis venido haciendo hasta ahora.

Lady Weston miró a Henry.

—Sé que tú no estás de acuerdo, Henry. Pero debo insistir. Durante su visita no hablaremos de nuestros nuevos inquilinos, ni les contaremos que ciertos Weston dejaron el colegio, ni ninguna otra inconveniencia.

Henry no podía creer que considerara a sus «nuevos inquilinos» una inconveniencia.

Pero lady Weston aún no había terminado. Después de mirar a Phillip con desaprobación, dijo:

—Phillip, espero que inventes una excusa creíble para estar en casa a mitad del trimestre. No quiero que la señora Penberthy piense que has descuidado tus estudios —luego se volvió para mirar a los mellizos—. No quiero trucos ni peleas mientras estén aquí. ¿Queda claro?

—Perfectamente —murmuró Julian.

—Me alegro.

Lady Weston se puso a dar vueltas por la sala.

—Los Weston son unos jóvenes rectos, educados y sanos. Entre ellos, la señora Penberthy encontrará el esposo perfecto para su hija.

Henry se preguntó si su madrastra pensaba revelar los secretos de la familia una vez que se hubiera producido el enlace. Todo aquello le parecía tan deshonesto... De pronto notó que su padre le apretaba el hombro. Cuando giró la cabeza para mirarle, vio que sir Giles lo observaba fijamente: *Por favor, esto es importante para ella* —parecía suplicarle—. *Solo serán unos días. ¿Tanto te importa?*

De modo que suspiró y guardó silencio.

Aquella noche, Henry estaba en su habitación, vestido únicamente con unos pantalones y una camisa. Acababa de despedir a su criado, después de que Merryn le ayudara a quitarle las botas y la levita.

Cuando estaba lavándose la cara, oyó unos pasos en el pasillo. Henry arrojó la toalla a una silla, se acercó a la puerta y la abrió unos centímetros. Al otro lado se encontró con Phillip, que estaba con el puño levantado, a punto de llamar.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó Phillip.

—No, pero oí tus pisadas. Pensé que sería otra persona. Pasa.

Phillip entró con paso vacilante. Después de la charla de lady Weston, Henry esperaba su visita.

—Siéntate, por favor —dijo.

Henry cogió la toalla de la silla y la colocó en el aguamanil.

—Estoy demasiado nervioso para sentarme —dijo Phillip, pasándose una mano por el cabello.

—Muy bien, entonces seré yo el que se siente. ¿Te apetece beber algo? —dijo Henry, señalando la jarra que había en la mesilla—. Solo puedo ofrecerte un vaso de agua.

Phillip se acercó, vertió el agua en el único vaso que había y se la bebió de un trago.

Henry lo miró con una sonrisa.

—Así me gusta. Siéntete como si estuvieras en tu casa.

Phillip empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Has venido a hablar de la conversación de esta noche? —preguntó Henry.

—Claro. No puedo hacerlo. Sé que lady Weston pretende que sea yo, pero no puedo...

—Espera un momento —le interrumpió Henry—. ¿No puedes hacer el qué? ¿Casarte con la señorita Penberthy?

—No seas estúpido. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Henry se recostó en el respaldo de su silla.

—¿Y por qué crees que se refería a ti? Siempre pensé que eso era tarea mía.

Phillip le miró, esperanzado.

—A lady Weston le encantaría. Además, tú eres el que tiene más posibilidades de conseguirlo. Al fin y al cabo eres el heredero.

Henry abrió la boca para protestar.

—No empieces —dijo Phillip—. Ya sabes a qué me refiero. Te estás negando solo para molestarla.

—Sí, tú siempre has sido más obediente que yo.

Phillip frunció el ceño.

—Pues esta vez, no. Tendrás que hacerlo tú.

Henry contempló a su hermano.

—¿Por qué?

—Porque... porque estoy enamorado de otra persona, por eso.

Henry arqueó ambas cejas.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es la afortunada?

Phillip bajó la cabeza.

—No pienso decírtelo. No quiero que te burles de mí.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque pensarás que no es una muchacha apropiada para mí.

Henry sopesó las distintas posibilidades. No quería admitir sus sospechas.  
*Todavía no.*

—¿Y por qué iba a pensar eso? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Porque es pobre, por eso. Es una joven encantadora, pero reconozco que su situación es más bien humilde.

—¿Es una muchacha que conociste en Oxford? —preguntó Henry, con una débil esperanza.

—No. Es alguien que conozco desde hace tiempo. ¿Por qué crees que estoy aquí?

¿Por qué sentía de repente aquella punzada en el corazón? Henry pensó que aquello no debería importarle, pero lo cierto era que le importaba. Y mucho.

—Seguramente nos estamos preocupando por nada —dijo—. Lo más probable es que no le gustemos ninguno de los dos. Nunca ha mostrado el menor interés por mí. Al menos hasta ahora.

Phillip bajó la cabeza, avergonzado.

—Dios mío —murmuró Henry—. ¿Por ti sí?

—No —se defendió Phillip—. Solo pretendía ser amable con ella. Nada más. Algo que tú no has hecho nunca.

Era la primera vez que Henry veía a su hermano tan enfadado.

—Está bien —dijo—. Esta vez me portaré bien. Por tu interés y por el suyo.

Henry no especificó si con «suyo» se refería a la señorita Penberthy o a lady Weston. En cualquier caso, el sentimiento era el mismo.

— —

Al día siguiente, después de las clases, el señor Smallwood se retiró a su habitación para dormir un poco, pero Emma estaba demasiado nerviosa para quedarse en casa. Como quería respirar un poco de aire fresco, se puso su sombrero y su capa y bajó corriendo las escaleras.

Cuando pasó por la sala de dibujo, Lizzie corrió a su encuentro.

—He oído que ayer encontró una misteriosa huella en su habitación —susurró.

Emma la miró muy seria.

—Me lo contó Morva —explicó Lizzie—. Siempre me lo cuenta todo. Así que, si no quiere que me entere de algo, no se lo cuente.

Emma no quería que Henry pensara que había incumplido su promesa.

—Lo recordaré para el futuro —dijo.

—De modo que la hija del tutor esconde un secreto, ¿eh? —dijo Lizzie con una sonrisa—. Qué interesante.

—No quería decir eso.

Lizzie observó su capa y su sombrero.

—¿Adónde va?

—A dar un paseo —respondió Emma. Después de dudar un momento, añadió—: ¿Le gustaría acompañarme?

Lizzie sonrió.

—Por supuesto. Espere a que coja algo de abrigo.

Lizzie regresó unos minutos después con un sombrero de verano, una

chaqueta corta y sin guantes.

Emma estuvo a punto de regañarla, pero decidió callarse. Ella siempre se ponía los guantes para salir de casa, costumbre que le habían inculcado desde que era niña. Pero Emma no era quién para dar consejos a la ahijada de lady Weston.

Las dos salieron de la mansión, atravesaron el jardín y pasaron la puerta, camino de la costa. El viento fresco las hizo llorar. Delante de ellas, cerca del acantilado, había una figura dándoles la espalda con un caballete. Era Rowan.

Emma intercambió una mirada con Lizzie y las dos se acercaron tímidamente a saludarle.

—Hola, Rowan —dijo Emma.

El muchacho se dio la vuelta y las miró con sorpresa. ¿Acaso se avergonzaba de su trabajo?

—Señorita Smallwood... ¿llego tarde a las clases?

—En absoluto. Discúlpenos. No queríamos molestarle.

—No se preocupe. No estaba haciendo nada importante.

Emma echó un vistazo al lienzo. Luego contempló la escena real que había delante de ellos. El mar brillaba a la luz del sol, y en él flotaba un barco verde con las velas desplegadas y tensas, acercándose al puerto.

Emma contempló el lienzo una vez más. Rowan había pintado una escena nocturna. El mar estaba revuelto y cubierto de olas, y un barco rojo se inclinaba peligrosamente hacia un lado, a punto de chocar contra las rocas. La figura diminuta de un hombre alargaba el brazo hacia el espectador, pidiendo ayuda.

Emma frunció el ceño.

—Esta escena... ¿procede de su imaginación? —preguntó tímidamente.

Rowan sacudió la cabeza, con los ojos clavados en el lienzo.

—No. De mi memoria.

Emma contempló su perfil.

—¿Alguna vez ha presenciado un naufragio?

—Más de una. Muchos barcos naufragan en estas costas.

—¿De veras?

Rowan asintió.

—Siempre ha sido muy peligroso atracar en una costa tan desprotegida como esta, pero el rompeolas natural que hay ahí –dijo Lizzie, señalando la península rocosa– estrecha la entrada y hace la tarea aún más peligrosa.

A Emma le sorprendió que Lizzie estuviera tan informada.

Rowan asintió.

—Muchos barcos han chocado contra esas rocas. Y muchos hombres han perecido antes de llegar al puerto.

Emma se imaginó sumergiéndose en aquellas aguas heladas y no pudo evitar estremecerse.

—¿Cuándo ocurrió la escena? –preguntó, señalando el lienzo.

—Esta primavera.

—¿Sobrevivió algún miembro de la tripulación?

Rowan negó con la cabeza.

—No, ninguno.

—¿Y no se pudo hacer nada?

Rowan frunció los labios.

—¿Aparte de esperar a que la marea sacara los cuerpos y las mercancías?

Emma volvió a estremecerse.

—Sí.

Rowan se encogió de hombros.

—John Bray lo intentó. Siempre intenta salvar a la tripulación.

—¿Quién es John Bray?

—El jefe de la policía local.

—He oído que ese hombre causa más problemas que beneficios –resopló Lizzie.

Rowan le lanzó una mirada glacial, pero no dijo nada.

Emma observó el lienzo una vez más.

—La verdad es que es muy bueno, Rowan.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—Desde luego.

Emma se dio la vuelta y se quedó sorprendida al encontrarse con Henry Weston. Con el ruido del viento no le había oído acercarse. Henry contempló a su hermano con un brillo de orgullo paternal en los ojos.

—Podría ser mejor —empezó a decir Rowan—. No me puedo comparar con...

—No me contradigas, Rowan —le interrumpió Henry—. La señorita Smallwood no hace cumplidos a cualquiera. Si ella dice que el cuadro es bueno, es que lo es.

Emma percibió una tensión entre los dos hermanos que no supo interpretar. Henry se volvió hacia ella.

—Tiene muy buen gusto, señorita Smallwood.

—Gracias —murmuró Emma, que no esperaba aquel cumplido—. ¿Estaba usted aquí cuando se produjo el naufragio?

Henry contempló el lienzo con el ceño fruncido.

—Desgraciadamente, no. Pobre gente.

Sus palabras fueron seguidas de un largo e incómodo silencio. Finalmente, Henry suspiró.

—Bueno, voy a comprobar el nivel del agua y a visitar la capilla.

Henry se ajustó el sombrero, volvió el rostro hacia el viento y se marchó.

Emma se alegró de que no la hubiera invitado a acompañarle.

—Vamos a dejar que Rowan siga pintando, ¿de acuerdo? —susurró Lizzie, tomándola del brazo—. Me prometió dar un paseo, y estoy deseando estirar las piernas.

—Por supuesto —contestó Emma.

Las dos se despidieron de Rowan y continuaron su camino hacia la costa.

Pero Emma seguía pensando en Henry Weston.

—Me parece curioso que el señor Weston se sienta atraído por esa vieja capilla, cuando ni siquiera va a la iglesia.

—Por supuesto que va —repuso Lizzie, sorprendida—. Normalmente acude a Saint Andrew con la familia, y por la tarde va a la capilla wesleyana de Stratton.

Emma se quedó perpleja.

—¿Ah, sí?

—Claro. No ha vuelto a acompañarnos desde que llegaron ustedes. Hace dos semanas vino un predicador y convocó una reunión especial a primera hora que Henry no se quiso perder, de modo que fue allí en vez de acudir a

Saint Andrew. Y el domingo pasado no sé dónde estuvo. Probablemente tendría que atender algún asunto familiar.

Emma se dio cuenta de que había asumido erróneamente que Henry no era creyente. Pero ahora que pensaba en ello, Henry le *habló* de Dios en la capilla.

—¿Y qué piensa su familia? —preguntó.

—A lady Weston no le gusta que acuda a una capilla wesleyana, pero esos dos nunca están de acuerdo.

—¿Y sir Giles?

Lizzie se encogió de hombros.

—Nunca he oído que pusiera ninguna objeción. Yo creo que se da por contento si Henry sigue yendo a Saint Andrew con la familia.

—Ya veo... —dijo Emma, intentando asimilar aquella información.

Las dos siguieron paseando unos minutos más, escuchando el viento, las olas y las gaviotas.

De pronto, Lizzie preguntó:

—¿Sabe que tenemos invitadas, señorita Smallwood?

—¿De veras?

Lizzie asintió.

—La señora Penberthy y su hija. —Lizzie empezó a imitar a lady Weston—: Su *queridísima* amiga la señora Penberthy y su *adorable* hija. Al parecer vamos a celebrar un baile en su honor —concluyó la muchacha con tristeza.

A Emma le sorprendió su tono de voz, teniendo en cuenta las pocas diversiones que ofrecía la mansión para una joven como ella.

—Ya verá como se divierte —dijo, para animarla.

Lizzie negó con la cabeza.

—No creo.

—¿Por qué no?

—Oh, Emma. ¿Puedo llamarla Emma?

—Sí, por supuesto.

—Estoy tan preocupada, y no tengo a nadie en quien confiar... ¿Puedo contarle un secreto?

Emma vaciló. No quería situarse en una posición incómoda entre la

ahijada de lady Weston y la familia que la había acogido.

Al ver sus dudas, Lizzie dijo:

—No diré ningún nombre, se lo prometo. Así, si alguien le pregunta, podrá decir sinceramente que no sabe nada. Por favor, Emma. Tengo que contárselo. No puedo comer ni dormir.

Emma se acordó de un verso que escuchó cuando era niña: «*Confíale todas tus preocupaciones y Él cuidará de ti*». Pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Al fin y al cabo, desde la muerte de su madre su relación con Dios era más bien distante. ¿Quién era ella para dar un consejo espiritual?

En lugar de eso, dijo:

—Está bien. Pero nada de nombres.

Lizzie asintió, agradecida, y se dejó caer en un banco que daba al mar. Emma se sentó a su lado.

—Verá —empezó a decir Lizzie—. Lady Weston quiere que uno de los hermanos Weston contraiga matrimonio con la señorita Penberthy. Al parecer es la heredera de una considerable fortuna. Creo que su padre se enriqueció con las minas de estaño. Su propósito es que la hija de su amiga se case con un Weston y de paso aporte una considerable fortuna a la familia. Siempre ha sentido debilidad por el lujo y la riqueza.

Emma esperó, preguntándose qué interés podía tener Lizzie en todo aquello.

Lizzie se retorció las manos y observó el horizonte.

—El problema es que hace tiempo me... comprometí en secreto con uno de los hermanos Weston. Ya sé que es estúpido. Pero eso fue hace meses, antes de que —Lizzie iba a decir un nombre, pero se corrigió— él llegara. Y ahora me arrepiento de la estúpida promesa que hice a... un Weston más joven. Porque me he enamorado perdidamente de... un Weston más mayor. Y ahora temo que lady Weston pretenda casarle con la señorita Penberthy y sus cinco mil libras de renta. ¿Qué va a ser de mí?

Emma estaba confusa. El hermano más joven... ¿sería Phillip? ¿Y el mayor... Henry?

¿Se habría prometido Phillip con Lizzie Henshaw? ¿Para eso había vuelto a Ebbington, para ver a Lizzie, y no a ella y a su padre? Emma deseó que no

fuera cierto. No quería que su amigo Phillip sufriera al descubrir que la muchacha que amaba se había enamorado de su hermano mayor.

Emma se preguntó cuál de los hermanos pretendía casar lady Weston con la señorita Penberthy. ¿Henry, el hijo mayor? ¿O Phillip, su preferido?

—Y ese hermano más mayor... ¿le corresponde? —preguntó cautelosamente.

Lizzie la miró con ojos tristes.

—Creo que sí. Espero que sí.

¿Estaría Henry enamorado de Lizzie Henshaw? No podía creerlo. Henry siempre había sido amable con la ahijada de su madrastra, pero nada más. Tampoco había visto ningún gesto que pudiera indicar que Phillip estuviera enamorado de Lizzie. Solo los había visto hablar una vez en el jardín, probablemente de algo trivial.

¿Había conseguido Lizzie conquistar a los dos, a Phillip y a Henry?

Emma sabía que algunas mujeres eran capaces de hacerlo, pero ella encontraba aborrecible interponerse entre dos hermanos.

—¿Lo entiende ahora? ¿Entiende por qué estoy tan preocupada? —preguntó Lizzie.

Emma asintió. Lo entendía perfectamente.

# Capítulo 13

*El baile es la mejor oportunidad  
para mostrar unos modales exquisitos,  
una bella figura y una postura elegante.  
La belleza no puede elegir mejor  
ocasión para exhibirse.*

*El espejo de la elegancia, 1811*

La señora Penberthy y su hija escribieron a los Weston para informarles de que llegarían el viernes y se marcharían el domingo por la tarde. Lady Weston esperaba una visita más larga, pero se consoló pensando que era más fácil causar buena impresión en un intervalo de tiempo más corto.

Las mujeres llegarían a la mansión Ebbington a última hora de la tarde, a tiempo para cenar, jugar una partida de cartas y acostarse pronto.

El sábado, cada uno de los hermanos tendría una hora para entretener a la señorita Penberthy y mostrarle sus cualidades. Hasta Julian y Rowan, que eran demasiado jóvenes para Tressa, tendrían su oportunidad. Lady Weston quería que sus hijos demostraran sus múltiples talentos. «¿Cómo es posible que una mujer mire a mis hijos y no se imagine a sus propios retoños pintando o tocando el piano?», decía.

Henry debía llevar a la señorita Penberthy a montar a caballo, y Phillip la acompañaría a dar un paseo por la propiedad. No podrían alejarse demasiado, porque después tendrían que prepararse para la cena y el baile. Sería un pequeño baile privado, similar a los que Violet Weston celebraba en su

juventud.

El señor Davies había contratado a unos músicos del pueblo para que vinieran a tocar. Y con la idea de tener parejas suficientes para el baile, lady Weston había invitado a la señorita Smallwood. Así serían cinco caballeros y cinco damas: sir Giles, Henry, Phillip, Rowan y Julian por un lado; y lady Weston, la señora Penberthy, su hija, Lizzie y la señorita Smallwood por otro.

Al oír la lista de invitados, sir Giles protestó:

—Pero, querida, te has olvidado del señor Smallwood.

Lady Weston arrugó su nariz empolvada.

—El señor Smallwood cenará con Davies, como siempre.

—¿Y no podemos invitarle a reunirse con nosotros después de cenar?

Lady Weston protestó:

—Pero entonces seríamos seis caballeros y cinco damas. No puede ser.

—A mí no me gustan los bailes, lo sabes perfectamente. Y recuerdo que el señor Smallwood era un bailarín excelente. La señora Penberthy ya ha pasado el luto y puede bailar. Y no queremos que monopolice a los jóvenes casaderos, ¿verdad?

Lady Weston se quedó pensando.

—Supongo que tienes razón, querido.

—Además, siempre ha sido de buen tono tener un tutor privado.

Lady Weston se mordió el labio.

—Muy bien, querido. Invitaré al señor Smallwood.

Luego se dio la vuelta para mirar a Phillip y a Henry.

—Pero no quiero oír ni una palabra de vuestras aventuras en la Academia Smallwood. ¿Entendido?

— —

Por fin llegó la tarde del viernes, y con ella las invitadas. La señora Penberthy y su hija fueron recibidas por lady Weston y sir Giles, que les mostraron sus habitaciones y las dejaron descansando antes de cenar.

El criado de Henry, Merryn, le ayudó a vestirse para la ocasión. Por primera vez, Henry no le metió prisa. No tenía ninguna gana de bajar al

comedor. Temía la cena y la expectación que se había creado en torno a ella.

Merryn empezó a anudarle el pañuelo con el lazo habitual.

Al ver su expresión de aburrimiento, Henry sugirió:

—Tal vez podría hacerme un lazo en cascada para variar.

Merryn miró a su amo con los ojos brillantes.

—¡Por supuesto, señor!

El criado le quitó el pañuelo, sacó del armario uno más grande y empezó a hacerle el lazo, hasta que la tela de lino blanco cayó en bucles sobre su chaleco. Henry se sentía ridículo, pero Merryn le aseguró que iba muy elegante.

Como no podía seguir retrasando lo inevitable, Henry le dio las gracias a su criado, respiró profundamente y fue a reunirse con los demás.

Mientras bajaba las escaleras, rezó para pedir paciencia, amabilidad para tratar bien a sus invitadas y dominio de sí mismo para controlar su lengua.

Unos minutos después tomó asiento en el comedor. Se dio cuenta de que la señorita Penberthy estaba sentada frente a él y al lado de su hermano Phillip.

Tenía mejor aspecto de lo que recordaba. Su cabello pelirrojo, que llevaba recogido en un moño, embellecía su rostro ovalado. Sus ojos eran grandes y hermosos, su piel bonita y su figura aceptable. Durante la cena, Tressa no le dirigió la palabra. Ni a Phillip tampoco. En lugar de eso dirigió la atención a su padre, preguntándole educadamente por su salud en un tono de lo más respetuoso. Otro punto a su favor.

Henry se preguntó si debía cortejarla para ayudar a Phillip y a su familia. Ciertamente, el matrimonio con una heredera como Tressa sería de gran ayuda para los Weston. Ni Phillip ni él podían aspirar a un matrimonio mejor. Sobre todo teniendo en cuenta su difícil situación económica, que les impedía viajar a Londres para explorar el «mercado matrimonial».

Era una pena que tanto Phillip como él estuvieran enamorados de otra persona. Aun así, Henry decidió ser educado y hacer todo lo posible para agradar a la señorita Penberthy.

El sábado por la mañana, Henry y Tressa fueron a dar un paseo a caballo. La joven estaba muy elegante con su traje de amazona rojo y su sombrero de copa. Henry eligió los caminos más abruptos, pero no provocó las protestas de la heredera, como esperaba y secretamente deseaba. En lugar de eso, la señorita Penberthy demostró una resistencia sorprendente.

La joven hablaba poco. De vez en cuando preguntaba por la propiedad: dónde estaban los límites, cuántos años tenía la casa y cosas así. Como no quería usurpar el papel de su hermano Phillip, que era el encargado de mostrarle la finca, Henry respondió brevemente, sin extenderse demasiado.

Pero sí que se extendió en preguntas que Phillip no podía contestar, como los caminos que le gustaba recorrer y la historia del pueblo. Tressa parecía interesada, pero no impresionada. Aun así, Henry agradeció que no intentara coquetear con él, que era lo que más temía.

Cuando regresaron a los establos una hora después, tuvo que admitir que había pasado un rato agradable, aunque le molestaba someterse a las maquinaciones de su madrastra.

Una vez cumplido su deber, Henry subió a su habitación a cambiarse. Luego se retiró a su despacho para centrarse en asuntos más importantes, como la ampliación del rompeolas y la construcción de una torre de vigilancia. De hecho, tenía una reunión con el ingeniero aquella misma tarde.

Pasó las horas siguientes escribiendo cartas y revisando planos. Luego realizó la revisión semanal de sus cuentas y se sorprendió al ver que tenían más ingresos de los esperados. Comprobó las cantidades de la columna de ingresos, las rentas, los intereses pagados y otros beneficios de la propiedad. Había algo que no cuadraba. Tendría que consultarlo con Davies. Supuso que lady Weston habría realizado otra transferencia de capital de su propio patrimonio. Era lo que Davies decía siempre que encontraba discrepancias.

A la hora señalada, Henry bajó a encontrarse con el ingeniero. Nada más salir vio a Phillip y a la señorita Penberthy, que regresaban de su paseo por la propiedad charlando animadamente. Tressa llevaba un vestido verde manzana, un sombrero de ala ancha y un quitasol. La joven dio las gracias a Phillip por el paseo y se disculpó. Quería descansar un poco antes de cenar.

Phillip inclinó la cabeza en señal de despedida y se quedó en el jardín con

Henry. Los dos hermanos la observaron marchar en silencio. A Henry le pareció que la señorita Penberthy prefería a su hermano Phillip. Aunque aquello era un golpe para su orgullo masculino, se sintió aliviado. Si no fuera el heredero, cualquier mujer preferiría a su adorable hermano antes que a él. Henry deseó que Phillip hubiera cambiado de opinión sobre ella.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

Phillip se encogió de hombros.

—Supongo que bien. Pero no sé por qué tengo que enseñarle la propiedad cuando tú sabes mucho más sobre ella que yo. Aun así, creo que ha ido bastante bien.

—Parece que la señorita Penberthy ha mejorado bastante desde la última vez que la vimos.

Phillip arqueó las cejas.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Tú no?

—Creo que me he vuelto inmune a sus encantos. Aunque espero haber sido amable con ella.

Henry estudió a su hermano.

—Seguro que sí. Tú siempre has sido el más galante con las mujeres.

*Y el más sabio*, pensó para sus adentros.

— —

Aquella noche, el criado de Henry tuvo que servir la cena con el resto de la servidumbre. Merryn soportó estoicamente la humillación que suponía llevar una peluca empolvada y uniforme. Henry reprimió una sonrisa y evitó su mirada. No quería mortificarle.

Le sorprendió ver a la señorita Smallwood con el resto de la familia. Emma llevaba un vestido verde claro, sencillo y elegante. El color resaltaba sus ojos, que brillaban como el jade a la luz de las velas.

Henry se reprendió a sí mismo. ¿En qué se había convertido? ¿En un poeta?

Luego volvió la vista hacia la señorita Penberthy. Tressa era una amazona

excelente, algo que admiraba. La señorita Smallwood, en cambio, no sabía montar a caballo. Henry se preguntó si le gustaría aprender alguna vez.

Después observó a Phillip desde el borde de su copa. Su hermano respondía las preguntas de la señorita Penberthy y le daba conversación, pero parecía incómodo y distraído. ¿Le avergonzaría tener que cortejar a una dama delante de la mujer que amaba?

Henry advirtió que su hermano no dejaba de mirar al otro lado de la mesa, donde estaba sentada la señorita Smallwood con sir Giles y Lizzie. Emma sonreía mientras escuchaba las bromas de su padre. Parecía estar divirtiéndose de verdad, ajena a la tensión que se respiraba en el ambiente.

Le sorprendió ver a Lizzie tan triste y abatida. En ese momento, Lizzie levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron un instante, pero la muchacha se ruborizó y dirigió su atención a sir Giles. Henry se preguntó qué podía ocurrirle. Seguramente no podría soportar que otra mujer le robara el protagonismo.

Una carcajada que procedía del final de la mesa llamó su atención. Allí, lady Weston y la señora Penberthy charlaban y reían como dos colegialas. Las dos miraban con complicidad a Phillip y a Tressa, planeando su futuro enlace.

Pobre Phillip. Siempre había querido conseguir el cariño de lady Weston. ¿Volvería a anteponer la aprobación de su madrastra a su felicidad?

Tal vez debía esforzarse más en seducir a la señorita Penberthy. Pero era muy difícil fingir entusiasmo cuando su interés estaba en otra persona.

De vez en cuando, Emma lanzaba miradas furtivas al otro lado de la mesa, entre las bandejas de fruta y los adornos florales, para observar a Phillip, a Henry y a la elegante señorita Penberthy. Admiraba su peinado, su vestido y sus movimientos. ¿La admirarían los hombres también? Había que reconocer que era el centro de atención. Pobre Lizzie. Emma observó su rostro compungido y sintió pena por ella. Pero, si Lizzie ya no quería a Phillip, ¿no sería un alivio para ella que él se comprometiera con otra persona?

Después de cenar, Emma siguió a los demás a la sala de dibujo, donde les estaba esperando su padre. Tres músicos con una flauta, un violín y una gaita tocaban una sencilla melodía. Los criados habían enrollado las alfombras y habían colocado las sillas y las mesas en las esquinas para dejarles bailar. Sir

Giles se apresuró a sentarse en un sofá junto al fuego. La señora Penberthy tomó asiento a su lado. Su padre iba a sentarse con ellos, pero Emma le agarró del brazo.

—Padre, tal vez deberíamos sentarnos con los mellizos.

Sus ojos se encontraron un momento. Emma temió haberle ofendido. Pero su padre le dio una palmadita en la mano y dijo:

—Tienes razón.

Los mellizos estaban sentados alrededor de una mesa, barajando las cartas con desgana.

—¿Podríamos jugar con ustedes? —preguntó Emma.

Rowan se encogió de hombros.

—Como deseen.

Julian llamó a Lizzie para invitarla a jugar, pero ella fingió que no le había visto y se rio de algo que había dicho la señorita Penberthy.

—Vaya. Parece que Lizzie nos ignora —gruñó Julian.

Después de varios minutos de conversación y de una tediosa partida de whist, lady Weston se levantó y dio una palmada para captar la atención.

Primero se dirigió a los músicos.

—Por favor, toquen algo animado para que los jóvenes puedan bailar.

—¿Alguna preferencia, señora? —preguntó el violinista.

Julian se levantó de un salto.

—¡Que toquen una *ceilidh*! —exclamó.

Tal vez la *ceilidh*, una danza tradicional escocesa, no fuera la mejor opción para abrir un baile, especialmente después de una cena tan abundante, pero lady Weston no puso ninguna objeción, y los demás tampoco.

Julian se acercó a Lizzie y le pidió bailar. Era lógico, pensó Emma, pues los dos tenían la misma edad. Phillip se lo pidió a la señorita Penberthy, aunque Emma supuso que prefería bailar con Lizzie. Henry se acercó a la señora Penberthy, hizo una pequeña reverencia y le preguntó si quería bailar.

La viuda se quedó muy sorprendida, pero finalmente respondió:

—Por qué no, señor Weston. Por qué no.

Sir Giles y lady Weston intercambiaron una mirada de sorpresa y satisfacción.

—Anímate, querido. Solo un baile —rogó lady Weston a su esposo.

—Tal vez, querida, pero más tarde. Esta danza acabará conmigo.

Emma llamó a Rowan para que fuera a reemplazarle.

—¿Qué? —preguntó el joven.

Emma señaló a lady Weston con la cabeza.

—¿Por qué tengo que ser yo?

—Porque sería un gesto muy amable por tu parte.

Rowan suspiró.

—Está bien.

Lady Weston aceptó el ofrecimiento de su hijo con una sonrisa de satisfacción.

El señor Smallwood se volvió para mirar a Emma.

—Lo siento, querida, pero me temo que estoy muy mayor para bailar una danza escocesa.

—No te preocupes, papá. No sé si lady Weston desea realmente que bailemos.

Después de la danza, la señora Penberthy se retiró a recuperar el aliento y a beber un vaso de ponche.

Rowan sacó a bailar a Lizzie. Julian lo miró con rabia y se apresuró a pedirselo a la señorita Penberthy. La joven aceptó con una sonrisa condescendiente, aunque había que reconocer que Julian bailaba con elegancia, mucho mejor que sus hermanos. Pero resultaba algo ridículo, porque tenía que estirarse para que su pareja pudiera agarrarse cómodamente de su brazo.

—¿Nadie más quiere bailar? —preguntó Julian, echando un vistazo por la sala—. Necesitamos otra pareja.

Henry se volvió hacia Emma.

—¿Tal vez usted, señorita Smallwood?

—Con mucho gusto.

Henry le preguntó a su hermano en voz baja:

—¿Haces tú los honores o los hago yo?

Pero Emma le escuchó. Al parecer, Henry Weston no quería bailar con ella. ¿Qué había querido decir con «honores»? ¿Obligación? ¿Una obligación

que prefería delegar en su hermano pequeño? Está bien, se dijo, al menos no tendré que bailar con mi padre.

—Puede que la señorita Smallwood prefiera bailar con su padre – intervino lady Weston, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

El señor Smallwood se apresuró a responder:

—Yo no puedo compararme con los hermanos Weston. Ellos bailan mucho mejor que yo.

Los dos hermanos miraron a Emma, que se ruborizó como una colegiala. Henry dio un paso adelante, pero Phillip le puso una mano en el hombro.

—Será un placer bailar con usted, Emma –dijo.

Emma sintió un profundo alivio. Menos mal que Phillip la había sacado de aquel aprieto.

Juntos avanzaron al centro de la sala y bailaron la danza *Sir Roger de Coverley*. Era muy divertido dejarse llevar por el ritmo de la música. A Emma le encantaba tomar las manos de Phillip, saltar, girar y dar palmas. Pero, cuando levantó la vista, se asustó al ver que tanto Henry como lady Weston los miraban con el ceño fruncido. También Lizzie la observaba de forma extraña.

Pero se dejó llevar por Phillip y se olvidó de todo lo demás.

Una vez que el baile hubo terminado, Phillip susurró:

—Ha sido muy divertido, Emma. Por favor, concédame el siguiente baile.

Ella asintió con una sonrisa.

Pero, cuando el flautista empezaba a tocar la *Contradanza de los lanceros*, lady Weston se levantó abruptamente.

—Phillip, sabes que adoro esta contradanza. Por favor, baila conmigo.

—Oh... Por supuesto.

Phillip se disculpó y llamó a su hermano con un gesto.

Henry se acercó a ocupar su lugar.

*Qué situación más incómoda*, pensó Emma. Se sentía como la solterona con la que nadie quiere bailar.

Henry le hizo una pequeña reverencia.

—Señorita Smallwood, ¿me concede este baile?

—Como guste.

Henry le ofreció la mano y ella colocó su mano enguantada encima de la

suya.

Mientras esperaba a que terminara la música introductoria, Emma se acordó de la última vez que había bailado con Henry Weston.

Aquella vez también fue por obligación. Un viejo maestro de baile que estaba de visita en la academia ordenó al señor Weston, entonces de diecisiete años, que sacara a bailar a Emma, de catorce. Emma recordaba perfectamente la expresión de disgusto que se dibujó en el rostro de Henry.

¿Tan repulsiva la encontraba? Al parecer, sí, porque Henry apenas le rozó la cintura durante el baile. Lo hicieron tan mal que el maestro les ordenó que empezaran de nuevo. Cuando Henry volvió a ofrecerle la mano, Emma sintió algo rugoso en uno de sus dedos. Al principio pensó que se trataba de un callo, pero luego se dio cuenta de que eran los restos de una verruga. Parte de ella le dijo que debía aprovechar aquel momento para vengarse, para burlarse de él. «¿Y es *usted* el que no quiere bailar *conmigo*, el que me encuentra tan repulsiva?», quiso decirle.

Pero, cuando sus ojos se encontraron, vio una sombra de tristeza en él. De vulnerabilidad. Y no pudo hacerlo. Sabía que muchos chicos tenían erupciones en la piel y se avergonzaban de ellas, especialmente delante de *una chica*.

Así que, sin inmutarse, Emma colocó su mano encima de la suya y empezó a bailar.

Mientras daban vueltas por la sala, Henry recordó la visita de un famoso maestro de baile a la Academia Smallwood. El *enano bailarín*, como le llamaban los alumnos, pidió a Emma que hiciera una demostración de los pasos femeninos. Era evidente que Emma los conocía, aunque su estilo era algo torpe. Le costaba manejar sus largas extremidades. Saltaba cuando había que saltar y levantaba los brazos en la posición correcta, pero sus movimientos carecían de la gracia que tenían ahora.

Más tarde, el maestro de baile le pidió que sacara a bailar a la hija del tutor. Por aquel entonces, Henry tenía los restos de una verruga en el dedo izquierdo. Aún no había desaparecido del todo, y no podía soportar la idea de que Emma se diera cuenta. Pero todos los alumnos le estaban mirando. Su reputación estaba en juego.

De modo que tomó su mano con la punta de los dedos y la llevó al centro

de la sala. Como se sentía incómodo, apenas prestó atención a los pasos. Cuando terminó, el maestro de baile le recriminó su torpeza y le ordenó que empezara otra vez, lo que desencadenó las risas de sus compañeros. Fingiendo indiferencia, Henry volvió a extender la mano, y fue entonces cuando ella notó su verruga. Henry esperó su reacción, asustado.

Por un momento, Emma se limitó a mirarle. Sus ojos reflejaban multitud de pensamientos y emociones. Aquella era su oportunidad para vengarse de él.

Pero, en lugar de arrugar la nariz, o de burlarse de su defecto, Emma se limitó a colocar su mano encima de la suya. En ese momento, Henry sintió una profunda admiración hacia ella. La habría abrazado allí mismo, pero tenía miedo de las burlas de sus compañeros. Así que la agarró de la cintura y empezó a bailar.

Ahora, Emma parecía disfrutar del baile menos de lo que Henry esperaba. De pronto sintió la tentación de mostrarle las palmas de las manos, que estaban suaves e inmaculadas. Pero se resistió. Estaba claro que Emma prefería bailar con su hermano. ¿Le habría confesado Phillip su amor? ¿O desconocería Emma sus sentimientos?

Henry procuró no acercarse demasiado. Aunque no tenía hermanas, había tenido que bailar con muchas mujeres por las que no sentía ninguna atracción.

Trató de concentrarse en los pasos. Se sentía incapaz de iniciar una conversación. Entre ellos se prolongaba un incómodo silencio.

Finalmente, Emma dijo:

—Es usted un bailarín excelente, señor Weston.

¿Acaso pretendía animarle, como hacía con sus alumnos?

—Gracias. Tuve una pareja muy buena en la Academia Smallwood.

Emma arqueó las cejas.

—¿De veras?

—Sí. Y ella también se ha convertido en una bailarina excelente.

—Lo dudo. Apenas he podido practicar fuera de la academia.

—¿Nunca ha asistido a un baile?

—A un baile formal, no. Tía Jane me llevó a algunos bailes públicos en Plymouth, pero no me gustaron.

Ambos entrelazaron las manos y dieron una vuelta.

—Me acuerdo de su tía Jane. Era una mujer muy inteligente. Me gustaba mucho hablar con ella.

Emma le miró, sorprendida.

—Entonces sabe juzgar a las personas, señor Weston. Porque mi tía es una mujer maravillosa.

Henry agachó la cabeza para mirarla más de cerca.

—Veo que la echa de menos.

—Así es. Aunque nos escribimos a menudo.

La danza los separó un momento. Tenían que intercambiarse unos segundos con la pareja de al lado. Cuando volvieron a estar juntos, Henry preguntó:

—¿Por qué no le pide que venga a visitarnos? ¿Qué le parece este verano, o en las vacaciones de Navidad?

Emma se quedó con la boca abierta. Henry se alegró de verla reaccionar por fin. Eso era lo que quería conseguir desde que vivía en Longstaple. En aquel entonces lo había intentado con bromas. Tal vez debería haber probado a ser amable desde el principio.

—¿Lo dice en serio? —Emma esbozó una sonrisa que se desvaneció en el acto—. Oh, ya veo. Solo pretende ser amable. No lo dice de ver...

—Lo digo en serio —insistió Henry—. Aunque, ahora que lo pienso, debería consultarlo primero con lady Weston y con mi padre. No quiero interferir en sus planes. En cuanto sepa algo se lo diré.

—Gracias —dijo Emma. Aunque su expresión parecía decir: «*Será mejor que no me haga ilusiones*».

A Henry no le gustaba la reserva que había entre ellos. De modo que decidió ser sincero con ella.

—¿Recuerda la última vez que bailamos? Me temo que estuve bastante grosero.

Emma bajó la cabeza, avergonzada.

—No se preocupe. Simplemente no quería bailar conmigo, igual que ahora —dijo.

—Señorita Smallwood, está usted muy equivocada. Me encanta bailar con usted. Simplemente pensé que prefería bailar con Phillip.

Emma le miró entre sus largas pestañas.

—¿Y qué me dice de la última vez?

Henry deseó no haber iniciado aquella conversación.

—La última vez tenía una verruga en la mano y no quería que usted lo supiera.

Emma le miró con una sonrisa.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco? Estaba muerto de vergüenza.

—¿Y por qué no me lo dijo? —preguntó Emma.

—¿Delante de todo el mundo? Jamás. Me habrían llamado el señor Verruga desde entonces.

Emma estalló en una carcajada. Phillip y lady Weston los miraron con el ceño fruncido, pero Henry no les prestó atención. Decidió olvidarse de todo y divertirse. Al fin y al cabo, ¿quién sabe cuándo podría volver a bailar con Emma Smallwood? La verdad es que le gustaba aquella mujer. Aunque no pudiera hacer nada al respecto.

# Capítulo 14

*No puedo controlar los elementos.*

Almirante Nelson

QUELLA noche, cuando acababa de quedarse dormida, Emma oyó un **A**grito que la despertó. Un alumno está en apuros, pensó. ¿Quién sería?

Entonces se acordó. Ya no estaba en Longstaple, ni tenía a ningún alumno bajo su responsabilidad. Estaba en la mansión Ebbington. No era una sirvienta, ni siquiera una invitada, y desde luego no era un miembro de la familia. No tenía ninguna obligación de levantarse.

Por un momento se limitó a quedarse allí sentada, escuchando. De pronto, un relámpago iluminó la ventana. Con el ajetreo de la fiesta, los criados se habían olvidado de cerrar los postigos. Tampoco ella se había preocupado de hacerlo antes de acostarse. Fuera resonó un trueno. A los pocos segundos, un nuevo relámpago iluminó la habitación. Puede que alguien tenga miedo de las tormentas, pensó Emma. Era imposible que fueran los mellizos. Eran muy mayores para eso. Tampoco Lizzie, por inmadura que fuera. Tal vez era alguien que estaba enfermo.

Como no podía dormir hasta asegurarse de que todo iba bien —o de que no podía hacer nada al respecto—, Emma se levantó, se puso la bata y las zapatillas y abrió la puerta.

El grito recorrió la casa una vez más. Emma se quedó petrificada en el sitio. Pobrecillo, pensó. ¿Quién sería? Al cabo de un rato escuchó unos pasos lejanos. Menos mal. Alguien se había levantado a ocuparse del asunto.

Emma avanzó por el pasillo hasta llegar a la habitación de su padre. Pensaba pegar la oreja a la puerta y, si todo estaba en silencio, dejarle que siguiera durmiendo. Si había alguien que podía dormir con tanto ruido, era su padre.

Mientras escuchaba a través de la puerta, Emma vio una figura en el rellano de la escalera con una lámpara en la mano.

Se trataba de Henry Weston, que avanzaba en pantalones y mangas de camisa. Henry dirigió la lámpara en su dirección, pero, como estaba escondida en el umbral de la puerta, no la vio.

A continuación se dio la vuelta y recorrió el pasillo contrario. Cuando llegó al final dobló la esquina y desapareció de su vista, en dirección al ala norte. Era la segunda vez que le veía aventurarse allí.

Emma se preguntó dónde dormirían la señora Penberthy y su hija. Le extrañaba que Henry fuera a la habitación de Tressa. Y menos vestido así. Además, a menos que estuviera equivocada, el grito no parecía de mujer.

Emma llegó al rellano y siguió avanzando por el pasillo. No llevaba lámpara, pero confiaba en no tropezar con ningún obstáculo. Especialmente uno llamado Henry Weston.

Cuando llegó al final, dobló la esquina. Allí empezaba un corredor muy oscuro.

*¿Qué demonios estoy haciendo?*, se preguntó, presa del miedo. *Solo quiero saber si alguien necesita ayuda*, se dijo a sí misma. *Luego volveré a la cama*. Pero sus pensamientos racionales no terminaban de acallar el miedo irracional que sentía hacia el ala norte, el oscuro corredor y Henry Weston.

El viento aullaba, y la casa se estremecía bajo su influjo. Un nuevo grito surgió de la oscuridad. Parecía el grito de un niño, pero no había niños en la mansión Ebbington. La sospecha de que podía ser un niño le dio valor para recorrer parte del corredor, que olía a polvo y a cerrado.

De pronto se le escapó un estornudo. Emma se quedó inmóvil, temerosa de que alguien pudiera oírla. Pero nadie abrió la puerta. Probablemente, el estornudo se había perdido con el sonido del viento y de los truenos. Un nuevo ruido captó su atención. Se trataba de un golpe, producido por el choque de la madera con algún objeto.

Cuando llegó al final del pasillo, el ruido se intensificó. Una débil luz se filtraba por debajo de la última puerta. Otros sonidos acompañaban los golpes. Se trataba de unos golpecitos más suaves, seguidos de una monótona cantinela, que decía: *No, no, no*. ¿Qué demonios era aquello? ¿Estarían golpeando a alguien? Imposible. Por muy travieso que fuera Henry Weston en su infancia, Emma no lo creía capaz de hacer algo así.

Dispuesta a defender a aquel niño, quienquiera que fuera, Emma abrió la puerta. El chirrido de las bisagras fue engullido por el viento, los golpes y la extraña cantinela.

Emma tardó un momento en acostumbrarse a la luz de la lámpara y entender lo que estaba pasando.

Henry Weston corría frenéticamente de ventana en ventana, apartando los visillos para alcanzar los postigos. ¿Cómo era posible que las ventanas estuvieran abiertas en una noche como esa? El ruido se fue atenuando cuando Henry consiguió cerrar una ventana y se acercó a la siguiente.

En el suelo había una figura acurrucada. Tenía las piernas dobladas, los codos rodeando las rodillas y la cabeza escondida. Con las manos se golpeaba los oídos. Parecía un hombre joven con un largo camisón. Seguía diciendo *no, no, no* de forma mecánica, aunque no era un niño, como Emma había pensado al principio.

Emma quiso consolarle, pero decidió que lo más importante era acabar con aquel ruido.

Rápidamente corrió a la última ventana, apartó los ondulantes visillos y buscó el cierre.

—No entiendo cómo han podido meterle en una habitación con tantas ventanas —gruñó Henry—. ¿Y qué diablos hacen abiertas en medio de la tormenta?

Emma cerró la ventana y los postigos. En ausencia del viento, los visillos volvieron rápidamente a su posición.

Al verla, Henry se quedó petrificado. Estaba claro que la había confundido con otra persona. Probablemente una criada, o un miembro de la familia.

—Señorita Smallwood... —murmuró.

—Yo la cerraré —ordenó Emma, con tono frío y eficiente—. Usted

encárguese de él.

Henry se quedó dudando un momento, pero enseguida se dio la vuelta y cruzó la habitación. Emma corrió a la última ventana y la cerró. Luego aseguró los postigos para amortiguar el ruido de la tormenta y bloquear los relámpagos. Mientras lo hacía echó un vistazo por encima del hombro. Henry estaba en cuclillas junto a la figura, hablándole en voz baja.

El joven seguía golpeándose los oídos, pero no tan fuerte. Una vez que hubo terminado de cerrar las ventanas, Emma se acercó a ellos.

—Tranquilo —decía Henry—. Todo ha terminado. ¿Fuiste tú el que abrió las ventanas?

No hubo respuesta. Solo el *no, no, no*, esta vez en voz baja.

Emma se arrodilló junto al joven. Por fin consiguió vislumbrar su cara, que estaba escondida entre sus piernas. Parecía asustado. Impulsivamente, extendió el brazo y le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo —dijo—. No pasa nada.

Pero el joven se apartó como si le hubieran quemado y siguió golpeándose los oídos, esta vez con más fuerza.

—¡No, no, no...! —gritó, asustado.

Emma miró a Henry.

—¡Lo siento! Solo quería consolarle.

—Lo sé. No se preocupe. Es que no le gusta que le toquen.

Henry intentó calmarle.

—Esta es la señorita Smallwood. No quería asustarte. Solo ha venido a ayudarme a cerrar estas malditas ventanas. ¿A que ha sido muy amable? La señorita Smallwood es muy buena, ya lo verás. No debes tenerle miedo.

Henry la estudió en silencio.

—No debería estar aquí.

—Lo sé, pero le oí gritar. No podía quedarme en mi habitación sin hacer nada.

Henry esbozó una sonrisa irónica.

—Por supuesto que no. Al parecer, no todo el mundo tiene el mismo problema.

Ciertamente, era muy extraño que nadie se hubiera acercado a ayudarle.

El joven se tranquilizó, ya fuera por las palabras de Henry o por el silencio de la habitación.

—Adam, ¿fuiste tú el que abrió la ventanas? —preguntó Henry por segunda vez.

*Adam.* ¿Quién era Adam?, se preguntó Emma. Era la primera vez que oía hablar de él.

El joven se quedó con la cabeza escondida entre las piernas, pero sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Entonces quién fue?

Al ver que no respondía, Henry preguntó:

—¿La señora Prowse?

Adam negó con la cabeza.

—¿Uno de los mellizos?

Adam vaciló. Por un momento se quedó inmóvil; luego volvió a sacudir la cabeza.

Emma se preguntó qué querría decir con eso.

—Bueno, ya hablaremos mañana —dijo Henry, poniéndose en pie—. Ahora vamos a la cama. ¿De acuerdo? Seguro que estás muy cansado.

Pero el joven no se movió.

—Venga, levántate —dijo Henry, ofreciéndole una mano.

Por un momento, Adam se quedó mirándole entre sus rizos castaños. Finalmente extendió el brazo y le dio la mano. Henry tiró de él para levantarlo.

Por primera vez, Emma pudo contemplar su rostro con claridad. El joven era delgado y pálido, pero muy hermoso. Le recordó a un cuadro de Rafael que había visto en los libros de su padre. Era igual de etéreo, pero claramente masculino. Había algo en él que le resultaba vagamente familiar, aunque estaba segura de que no le había visto antes.

Mientras el joven se metía en la cama, Emma permaneció donde estaba.

Henry esperó a que Adam apoyara la cabeza en la almohada, con los brazos rectos a ambos lados del cuerpo, para taparle con las mantas.

—¿Estás bien? —preguntó.

Adam asintió levemente. Luego se quedó mirando el techo, como si estuviera esperando a que el sueño le lloviera del cielo.

Henry tomó su lámpara y salió al corredor. Emma le siguió. Mientras cerraba la puerta, Emma le preguntó:

—¿Quién era esa pobre criatura?

—No es una pobre criatura, señorita Smallwood —dijo Henry—. Es mi hermano.

Emma buscó sus ojos.

—¿Su hermano? —repitió.

La cabeza le daba vueltas. ¿Así que Henry tenía un hermano que se llamaba Adam? ¿Cómo era posible que nunca hubiera oído hablar de él? Rápidamente encontró la respuesta a su pregunta. Recordó la escena, la postura y el comportamiento de Adam, e imaginó por qué no se lo habían presentado formalmente.

Henry se acarició el cabello.

—Algún día se lo explicaré, señorita Smallwood. Se lo prometo. Pero esta noche, no. Es muy tarde, y estoy cansado.

—Lo comprendo.

—¿Podría hacerme el favor de guardar el secreto? Lady Weston no quiere que nuestras invitadas se enteren de su existencia.

Emma se preguntó por qué querrían ocultar algo así cuando la señorita Penberthy estaba a punto de casarse con un miembro de la familia, pero se limitó a responder:

—Muy bien.

Luego se dio la vuelta para marcharse.

—¿Señorita Smallwood? —dijo Henry. Emma se volvió—. Gracias por su ayuda y por su comprensión.

—De nada. Buenas noches.

Emma volvió sobre sus pasos. Un montón de preguntas se agolpaban en su mente, pero supo que pasaría mucho tiempo antes de encontrar las repuestas.

— —

Lady Weston decidió despedir a sus invitadas con un concierto. De modo que, nada más volver de la iglesia, tomaron un bufé frío compuesto por

distintos tipos de queso, pan, carnes, ensaladas y dulces.

Cuando terminaron de comer se reunieron en la sala de música, donde los esperaban el señor y la señorita Smallwood por expreso deseo de lady Weston, que quería tener un público en condiciones para el concierto. A Henry le molestó que los sentaran al fondo de la sala, apartados de la familia.

Julian tomó asiento en el taburete.

—Tocaré la Sonata *Patética* en do menor de Beethoven —anunció.

El joven acometió los primeros compases. La melodía golpeó el corazón de Henry como si fuera un puño, seguida de unas notas más suaves y melancólicas. Entonces la música fue aumentando en intensidad, hasta alcanzar un tono tan alto que lastimó sus oídos. Julian se acercaba de vez en cuando a un intenso *crescendo*, para volver de nuevo al suave estribillo. Henry pensó en una flor golpeada una y otra vez por un martillo.

La sonata no era de su gusto, pero él no entendía de música. Cuando levantó la cabeza, vio que la señorita Penberthy intercambiaba una mirada de aprobación con lady Weston. Como su opinión era la única que importaba, Henry se acomodó en su silla para soportar el resto de la actuación.

Una vez que Julian hubo terminado, lady Weston sugirió:

—Tal vez la señorita Penberthy quiera tocar algo.

—Como guste —dijo Tressa, levantándose del sillón—. Pero me temo que toco muy mal en comparación con el señor Weston.

Julian sonrió al oír el cumplido.

—Phillip, ¿quieres hacer el favor de pasarle las páginas a la señorita Penberthy?

Phillip se levantó de mala gana.

—Lo haré yo, mamá —dijo Julian—. Estoy mucho más familiarizado con las partituras que él.

Lady Weston tensó su sonrisa.

—Ya lo sé, Julian. Pero deja que lo haga Phillip.

Julian resopló y fue a sentarse de brazos cruzados en una silla cercana.

La señorita Penberthy empezó a tocar, y había que reconocer que lo hacía muy bien. Pero de vez en cuando sonaba una nota descompensada. Henry se dijo que había que afinar el piano cuanto antes.

Cuando la señorita Penberthy terminó la pieza, todos aplaudieron con entusiasmo.

—Bien —dijo su madre, levantándose de su silla—. Ha sido una visita muy agradable. Tressa y yo queremos agradecerles su hospitalidad, pero me temo que es hora de partir.

Lady Weston se levantó.

—¿Tan pronto? Vaya. Qué rápido pasa el tiempo en compañía de los amigos... Usted y yo siempre hemos sido amigas, y espero que nuestros hijos también lo sean, ahora que han estrechado unos lazos más... profundos.

La señora Penberthy evitó su mirada.

—Bueno, lógicamente, ahora nos conocemos mejor...

Lady Weston sonrió.

—¿Volverán pronto a visitarnos?

Mientras ambas mujeres discutían sus futuros planes, los demás se levantaron y empezaron a abandonar la sala por la doble puerta. Henry los siguió.

Pero de pronto oyó un sonido a su espalda. Se trataba de una tecla que sonaba una y otra vez. La misma tecla. Henry se dio la vuelta. Aterrorizado, vio a Adam sentado al piano con la cabeza gacha, golpeando con insistencia la nota desafinada: Do, do, do... Do, do, do...

¿De dónde demonios había salido? No le había oído entrar. ¿Llevaría todo este tiempo escondido en la sala? Por el bien de su madrastra, Henry deseó que la señora Penberthy y su hija ya estuvieran camino de su habitación.

Pero Tressa se detuvo en el umbral de la puerta, se volvió y miró a Adam. Luego miró a Phillip, esperando algún tipo de explicación o presentación. Phillip se ruborizó y sonrió estúpidamente, como si no entendiera qué quería decir.

Al no encontrar a su hija, la señora Penberthy regresó a la sala de música.

*Dios mío...*, pensó Henry.

—Querida, tenemos que irnos... —la señora Penberthy se quedó sorprendida al ver a Adam junto al piano—. ¿Quién es ese? —preguntó con una sonrisa, como si se tratara de una broma.

Lady Weston corrió a su encuentro y se quedó petrificada al ver a Adam.

Primero lanzó una mirada asesina a Henry. Luego sonrió dulcemente a su amiga.

—Acompáñeme, querida. Recuerde que le espera un largo viaje.

—Lo sé, pero... ¿quién es ese joven?

Henry se quedó donde estaba, dispuesto a presentar a su hermano. Era imposible que lady Weston se atreviera a decir que no lo conocía. O que era un criado. Henry notó que Violet Weston barajaba distintas posibilidades en su mente.

—Oh, es un pariente de mi marido —dijo al fin—. Ha venido a pasar unos días con nosotros. No le gusta la compañía, por eso no quise presentárselo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de pariente?

—Venga conmigo, querida —insistió lady Weston—. Su carruaje ya está aquí. No quiero que se retrase por mi culpa.

Violet Weston sacó a su amiga de la sala, tomándola firmemente del brazo. Los demás las siguieron, pero Tressa echó un último vistazo por encima del hombro antes de salir.

*La que nos espera*, pensó Henry, cruzando la sala para encontrarse con Adam.

—¿Se puede saber de dónde has salido? —le preguntó.

Adam inclinó la cabeza, escuchando atentamente cómo resonaba la nota en el instrumento.

—No te vimos entrar —dijo Henry.

—Me escondí.

—¿Dónde?

Adam miró una mesa cubierta por un largo tapete, sobre la que descansaba una fila de bustos de mármol.

—Ya veo —dijo Henry—. El piano está desafinado, ¿verdad?

Adam asintió y volvió a pulsar la tecla.

—Tienes un oído excelente —dijo Henry—. Le diré al señor Davies que llame al afinador.

De pronto, la voz de lady Weston cortó el aire.

—¡Esto es el colmo!

Henry se dio la vuelta, esforzándose en mantener la calma.

Lady Weston entró en la sala y se quedó mirándole, hecha una furia.

—Te pedí que te encargaras de él dos días. Dos días. Y mira lo que ha pasado. —A continuación echó un vistazo al piano—. ¿Y ahora dónde se ha metido?

Henry miró el taburete, que estaba vacío. Luego echó un vistazo a la mesa donde descansaban los bustos. La tela se agitó ligeramente, pero prefirió no hacer ningún comentario.

Lady Weston le apuntó con el dedo.

—Espero que no hayas organizado esta escena para asustar a la señorita Penberthy. Ni tú ni tu hermano podéis aspirar a una esposa mejor.

—No.

—Ya tuve bastante con el griterío de anoche. Menos mal que alojé a nuestras invitadas al otro lado de la casa. Pensaba que se habrían despertado, pero me aseguraron que habían dormido perfectamente. ¿Ves? Cuando soy yo la que tiene que encargarse de las cosas, todo sale a la perfección.

Henry apretó los dientes.

—Te dije que había que encerrarle bajo llave —prosiguió lady Weston—. De ese modo, nuestro... secreto no habría salido a la luz.

—Adam no es ningún secreto, lady Weston —dijo Henry—. No es una media sucia que uno esconde debajo de la cama cuando vienen las visitas. Es un ser humano. Y no ha hecho mal a nadie. No pienso tolerar que hable de él como si fuera un criminal. ¿Entiende? Adam es mi hermano. Mi *hermano*.

Sir Giles entró en la sala, seguido de Phillip.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó su padre, mirando alternativamente a Henry y a su mujer.

Henry respiró profundamente.

—Lady Weston está molesta porque su querida amiga ha visto a Adam. Quería tenerle escondido hasta que se pronunciaran los votos.

—¿Los votos? ¿Qué votos?

—¿Es que no lo entiendes, padre? Lady Weston quiere que Phillip o yo —poco le importa cuál— se case con la señorita Penberthy. Y solo cuando sea demasiado tarde, la pobre muchacha se enterará de que la hemos engañado, ocultándole la existencia de este miembro de la familia.

Phillip permanecía inmóvil en la entrada, sin decir palabra. Después de echar un vistazo por encima del hombro, cerró la puerta.

Lady Weston alzó la barbilla.

—¿Y para qué necesita saberlo? Nunca se lo has contado a nadie.

—Porque ni yo mismo lo sabía. Por eso.

Lady Weston siguió hablando sin inmutarse:

—Una vez que esté instalado cómodamente con su nuevo cuidador, todo seguirá igual que en los últimos veinte años. ¿Por qué tendría que cambiar ahora?

Sir Giles decidió reconducir la conversación.

—Henry. Querida. Dejad de discutir, por favor. Henry, recuerda que debes tratar a lady Weston con respeto, aunque no estés de acuerdo con ella —sir Giles posó la mano en el hombro de su hijo—. Tu madre y yo solo queríamos lo mejor para ti. Para todos.

—¿Para mí? ¿Entonces fue culpa mía?

—No seas ridículo. Por supuesto que no fue culpa tuya. Solo eras un niño. Pero estábamos preocupados por ti. Y por Phillip. No sabíamos cómo podía influir la convivencia con un niño tan... diferente en vuestro desarrollo, vuestra inteligencia y vuestro aprendizaje. Adam era un niño tan voluble, tan violento...

—Así que lo hicisteis por nosotros —dijo Henry, sin poder ocultar su sarcasmo—. Y no porque te avergonzara.

—Por supuesto que nos avergonzaba. Era el primogénito. No sabes cuánto le dimos las gracias a Dios cuando vimos que tú habías salido bien. Rezamos mucho por ti.

—¿Y por él no? —preguntó Henry.

Sir Giles frunció el ceño.

—¿Por qué estás tan enfadado, Henry? Puedo entender que Adam esté resentido con nosotros, pero tú... ¿por qué te lo tomas de manera tan personal?

—Porque me hicisteis creer que había muerto.

Sir Giles levantó un dedo.

—Yo nunca te dije que había muerto.

—Es cierto. Dijiste que se había marchado. Ese fue el eufemismo que

usaste. Que se había marchado y que no iba a volver. ¿Qué querías que pensara? Era demasiado joven para dudar de mi propio padre.

—Así es —intervino lady Weston—. Eras demasiado joven para acordarte.

Henry apretó los puños.

—Sabía que tenía un hermano mayor. No me acordaba bien de él, pero sabía que me faltaba alguien.

—Te estás refiriendo a tu madre, claro.

—A ella también la echaba de menos, por supuesto. Pero no, era a Adam a quien echaba en falta —Henry sacudió la cabeza—. Todos estos años pensando que había muerto, y resulta que vivía a menos de veinte millas de aquí.

—Por favor —resopló lady Weston—. ¿Cuántos años tenías entonces? ¿Cuatro? No te acordabas de él hasta que leíste aquella maldita carta.

—No pretenda decirme lo que recuerdo y lo que no, señora —repuso Henry con voz temblorosa.

Lady Weston prosiguió, imperturbable:

—Aún no termino de entender qué hacías curioseando los libros de contabilidad. Por no hablar de la correspondencia de tu padre.

—Lo que estaba haciendo, señora —repuso Henry, fulminándola con la mirada—, era tratar de solucionar la precaria situación económica de la familia.

—Fui yo el que le pedí que lo hiciera, querida —intervino sir Giles—. Me sentía superado por la situación y Henry accedió a ayudarme, renunciando a sus propios proyectos.

Lady Weston resopló.

—En cualquier caso, sigo pensando que Henry está sacando las cosas de quicio. ¿Por qué no pudo dejarle donde estaba?

—¿Dónde estaba? —preguntó Henry, alzando la voz—. La cuidadora de Adam había muerto, y el pobre estaba solo en aquella maldita cabaña... Si no hubiera ido a buscarle, ¿dónde estaría ahora?

—Cualquier sitio sería preferible a esta casa.

—¿Una casa de beneficencia le parece preferible? ¿Para el hijo mayor de mi padre? —aulló Henry.

Lady Weston sacudió la cabeza.

—No me refiero a una casa de beneficencia, por supuesto. Pero este tampoco es lugar para él.

Debajo de la mesa surgió una tenue letanía:

—No, no, no...

*¿Cómo puedo ser tan egoísta?*, pensó Henry. Se había olvidado de la persona a la que pretendía defender. Obviamente, la discusión había alterado a su hermano.

Henry corrió a la mesa y se puso en cuclillas. Luego apartó el tapete y reveló el cuerpo de Adam, que estaba acurrucado en posición fetal, golpeándose los oídos y repitiendo su triste letanía.

Lady Weston lo miró con desprecio y alzó los brazos al cielo.

—Ahí está. ¡Listo para recibir a la reina!

Luego salió de la sala.

Henry se volvió hacia Adam.

—Siento la discusión. Ya ha pasado todo.

Sir Giles fue detrás de su esposa.

—Shhh —siguió diciendo Henry—. Ya estás a salvo. Todo va bien —dijo, deseando que fuera verdad.

Unos minutos después, Henry y Phillip acompañaron a Adam a su habitación. Cuando llegaron al ala norte, Phillip los adelantó y les abrió la puerta.

Henry condujo a Adam a su silla favorita, mientras Phillip se acercaba al aguamanil para llenar un vaso de agua. Cuando Adam se hubo sentado, Henry le puso una manta encima de las rodillas y Phillip le entregó el vaso.

—Gracias —susurró Adam. Aún le temblaba la barbilla.

Phillip observó a su hermano mayor.

—Todavía no termino de acostumbrarme a tener otro hermano —dijo.

Henry asintió.

—Sí. Es muy extraño.

Phillip siguió contemplando a Adam.

—Sus facciones me resultan tan familiares... Tiene los ojos igual que yo, ¿verdad?

Adam posó sus inocentes ojos azules en los dos hermanos. Luego se fijó en

un libro que había en la mesilla. El joven tomó el libro, lo colocó en su regazo y acarició la cubierta una y otra vez, como si le gustara su textura.

—Sí —admitió Henry—. Tú te pareces a él mucho más que yo. Qué suerte has tenido.

Phillip no respondió. Estaba muy ocupado observando a Adam.

—Tiene un aspecto tan... normal.

—Lo sé —reconoció Henry—. Cuando le miro, veo un poco de ti, un poco de padre y de vez en cuando, cuando sonrío, un poco de nuestra madre.

—Yo no la recuerdo —dijo Phillip en voz baja.

Henry abrió la boca para responder, pero en ese momento entró la señora Prowse con una bandeja. En ella había colocado la cena de Adam y un segundo plato. La bondadosa ama de llaves solía compartir sus comidas con Adam. A Henry le conmovía aquel gesto. Le debía tanto a esa mujer...

Los dos hermanos la saludaron y le dieron las gracias. Luego se disculparon y salieron de la habitación.

Ambos se alejaron lentamente del ala norte. Cuando llegaron al pasillo principal, Henry contempló a su hermano pequeño.

—Phillip, lo siento. Sé que esta tarde he perdido los papeles.

—A mí no me tienes que pedir perdón.

Henry le miró con el ceño fruncido.

—Si estás insinuando que pida disculpas a lady Weston, tendrás que esperar. Antes se me tiene que pasar el enfado.

—Desde luego. No te veía así desde que te enviaron a la Academia Smallwood.

Henry sonrió.

—¿Así que te acuerdas de eso?

—Se me quedó grabado en la mente —bromeó Phillip. Luego se puso serio—. Todavía le molesta, ¿sabes?

—¿El qué?

—Que te niegues a llamarla madre.

Henry resopló.

—Todo lo que hago le molesta.

Phillip siguió diciendo, como si no le hubiera oído:

—¿Es porque sigues acordándote de nuestra madre?

—Supongo que sí. Además, Violet Weston y yo nunca nos hemos gustado.

—No creo que se trate de eso, Henry —dijo Phillip en voz baja—. El problema es que no pierdes ocasión de recordarle que no es tu madre y que nunca lo será.

Henry quiso rebatir sus palabras, pero no pudo.

Cuando llegaron al rellano, Henry se acercó a la hornacina y contempló el retrato de su madre.

Phillip respiró profundamente.

—Yo también quisiera recordarla. Debes pensar que soy un estúpido al intentar ganarme el cariño de lady Weston.

—En absoluto, Phillip. Por todos los santos, solo eras un bebé cuando mamá murió. Es normal que necesitaras una madre.

—¿Y tú no?

Al ver que Henry no respondía, Phillip decidió cambiar de tema.

—Una vez, padre me contó que mamá solía llamarme «mi ratoncito». Pero, cuando intento acordarme, lo único que veo es este retrato, con la boca moviéndose y la voz de papá en falsete diciendo: «Mi ratoncito».

Henry sonrió.

—Lo sé. Yo tampoco recuerdo su voz. Y su cara... La cara que conocí se ha ido desvaneciendo con el tiempo, hasta convertirse en este retrato.

Phillip le miró.

—¿Y qué recuerdas de ella?

Henry se quedó pensando. Desde luego, no recordaba que su madre quisiera deshacerse de Adam. ¿La habría idealizado hasta convertirla en la persona que no era?

—Recuerdo cuando me leía cuentos en voz alta. También recuerdo su triste sonrisa. Y su olor a lirio del valle. Pero para eso tengo que oler su frasco de perfume, que todavía conservo —Henry miró a su hermano, avergonzado—. Pensarás que soy un sentimental.

—En absoluto —dijo Phillip—. A mí también me gustaría olerlo. ¿Alguna vez me lo prestarás?

Henry frunció el ceño, sorprendido.

—Por supuesto. Aunque ahora mismo no sé dónde está. En cuanto lo encuentre, te lo dejaré. He sido muy egoísta quedándomelo solo para mí. Pensé que no te acordarías de ella.

—Así es —dijo Phillip—. Pero me gustaría.

# Capítulo 15

*Tenemos el consuelo de que nunca  
será un niño travieso o malvado.*

George Austen (padre de Jane Austen)  
hablando de su hijo, antes de enviarle  
a vivir a una aldea cercana

Al día siguiente, Lizzie encontró a Emma en la sala de estudio. La clase **A** había terminado. Lizzie sostenía una raqueta en una mano y una pelota de bádmin-ton en la otra.

—Por favor, venga a jugar conmigo —rogó.

Emma observó la raqueta con resignación. Llevaba mucho tiempo negándose a jugar con Lizzie. Además, un poco de aire fresco no le vendría mal. Estaba deseando escapar de la tensión que se vivía en aquella casa.

—Muy bien —dijo, cogiendo la raqueta—. Pero antes debo advertirle una cosa: juego muy mal.

Por fin se atrevía a reconocerlo. Hacía mucho tiempo que no jugaba a nada. Llevaba años intentando evitar cualquier actividad que implicara objetos voladores.

Una vez que se hubo puesto su sombrero y sus guantes, Emma siguió a Lizzie al jardín. Las dos se situaron en el césped.

—¿Se ha enterado de lo que pasó ayer? —preguntó Lizzie.

Emma sacudió la cabeza.

—No.

—Cuando la señora Penberthy y su hija se marcharon, escuché un alboroto en la sala de música y le pregunté a Julian qué había pasado. Al parecer, la señorita Penberthy vio a un extraño tocando el piano, pero lady Weston lo hizo pasar por un pariente lejano. Como yo. Pero en realidad se trata del hermano mayor de los Weston. ¡Lo tienen escondido en el ala norte! —Lizzie sacudió la cabeza—. Es la primera vez que oigo hablar de él. Ya le dije que en esta casa nadie confía en mí —Lizzie la miró con suspicacia—. Supongo que usted tampoco lo sabía.

—Me enteré de su existencia el sábado por la noche —confesó Emma—. Le oí gritar durante la tormenta.

Lizzie suspiró, aliviada.

—Esta mañana he subido a verle —dijo, con una pícaro sonrisa—. A pesar de su extraño comportamiento, hay que reconocer que es muy guapo, ¿no le parece?

—Sí, supongo que tiene razón.

Lizzie se separó unos metros de ella y sostuvo la pelota entre los dedos, lista para sacar.

—Me pregunto qué será de Henry —dijo—. ¿Seguirá siendo el heredero? Julian cree que lo más seguro es que Adam sea declarado incapaz.

—No lo sé —dijo Emma, aunque imaginaba que Julian tenía razón.

Lizzie golpeó la pelota emplumada, que salió despedida hacia Emma. Cuando estaba a punto de golpearla, el sol le dio en la cara y la cegó. La pelota cayó al suelo.

—Lo siento.

Emma se agachó a recogerla e intentó imitar el saque de Lizzie, pero falló y tuvo que agacharse una vez más.

Emma suspiró.

—Ya le dije que juego muy mal.

Lizzie no le prestó atención.

—Lady Weston está furiosa —dijo—. Teme que Adam haya echado a perder sus oportunidades con la señorita Penberthy.

Emma golpeó la pelota con fuerza, pero la mandó demasiado alto. El viento la desvió y la llevó fuera del alcance de Lizzie.

—¡Lo siento! —dijo una vez más.

Mientras las dos corrían a recogerla, Emma se acordó del baile. Le había parecido que la señorita Penberthy se sentía atraída hacia Phillip. Aunque era difícil decir si Phillip o Henry se sentían atraídos hacia ella. Emma se dio cuenta de que no estaba celosa, al menos respecto a Phillip. A pesar de su amabilidad, Emma tuvo que admitir que Phillip y ella solo eran amigos.

Cuando Lizzie estuvo lista para sacar, Emma le preguntó:

—¿Entonces lady Weston quiere casar a la señorita Penberthy con Phillip?

—¿Por qué Phillip? —preguntó Lizzie, con el ceño fruncido—. ¿Por qué él y no Henry? Al fin y al cabo, Henry es el mayor, sin contar con Adam. Y le aseguro que lady Weston no cuenta con él.

Emma arqueó una ceja. ¿Acaso había malinterpretado las palabras de Lizzie? ¿No le había dicho que estaba enamorada de un «Weston mayor»? ¿O es que había cambiado de opinión?

—Lo siento. Solo quería...

Lizzie golpeó con rabia la pelota, que voló directamente hacia Emma.

Emma se agachó para esquivarla. Cuando levantó la cabeza, vio que Lizzie la miraba con impaciencia.

Emma recogió la pelota y se colocó para hacer el saque. Pero algo había captado la atención de Lizzie, que miraba fijamente hacia los establos.

—Vaya, aquí vienen Phillip y Henry —dijo—. Al parecer han ido a entrevistar a una persona que va a encargarse de Adam.

Los dos hermanos avanzaron a grandes zancadas, mientras el viento agitaba sus abrigos. Henry llevaba su acostumbrada chistera calada hasta los ojos. Phillip la llevaba ladeada.

Lizzie corrió hacia ellos y entregó su raqueta a Henry.

—Henry, por favor, sé amable y ponte a jugar con la señorita Smallwood. Yo tengo que hablar con Phillip.

Emma se sentía ofendida y avergonzada a partes iguales. Lizzie le había rogado que jugara con ella, ¿y ahora la dejaba plantada? Y encima en manos de Henry Weston. A Henry solo le gustaba jugar malas pasadas, no jugar un partido en serio. Tampoco ella quería jugar con él. Se sentía intimidada ante su cuerpo atlético y sus dotes deportivas.

Henry observó la raqueta que tenía en la mano, como si no supiera de dónde había salido. A continuación echó un vistazo a su espalda. Lizzie tiraba del brazo de Phillip, que se dejaba arrastrar con impotencia.

—¡He vuelto a enfadar a lady Weston! —dijo Lizzie en voz alta, para que todos pudieran oírla—. Debes aconsejarme, Phillip. Tú siempre sabes lo que hay que hacer.

Emma se preguntó si Lizzie quería hablar realmente de eso. En ningún momento había mencionado que lady Weston se hubiera enfadado con ella.

Henry levantó la vista hacia Emma y se acercó lentamente hacia ella.

—No tiene por qué jugar si no quiere, señor Weston —dijo Emma—. Solo he accedido para complacer a Lizzie...

—Oh, vamos, señorita Smallwood. No me diga que sigue jugando tan mal como siempre —Henry la miró con un brillo burlón en los ojos—. ¿Es que le da miedo perder?

Emma suspiró.

—No me da miedo perder. Sé que voy a perder. Al fin y al cabo, esto no es el ajedrez.

Henry arqueó una ceja.

—Vaya, vaya. Veo que dispara a matar. *Touché*. Ahora debe concederme la revancha.

Henry dejó su chistera en el césped y adoptó una postura atlética, cambiando el peso de un pie a otro. Parecía que tenía quince años.

Emma sonrió sin querer.

—Oh, está bien. Pero prometa que no se reirá.

—Se lo prometo.

Emma sujetó la pelota, se concentró y la golpeó con la raqueta. La pelota se elevó en un gracioso arco. Henry se desplazó a un lado y la devolvió. Emma retrocedió, alzó la raqueta y, milagro de milagros, hizo contacto con ella, emitiendo un sonido hueco. La pelota se elevó. Henry corrió hacia ella y la golpeó con suavidad hacia Emma. La pelota fue arrastrada por la brisa el tiempo suficiente para que Emma pudiera calcular la distancia y reaccionar. Aquella pelota era mucho más sencilla de manejar que una normal. Emma volvió a golpearla, esta vez bien fuerte. Henry tuvo que correr hacia ella para

devolverle el tiro. Emma deseó que fallara, pero aquel hombre tenía la envergadura de un albatros. Henry la alcanzó y la mandó por los aires. Emma se propuso no vacilar ni un instante, ni parpadear con el sol, como le había ocurrido con Lizzie. No estaba dispuesta a hacer el ridículo delante de él.

Con los ojos clavados en la pelota, Emma echó a correr, alzó la raqueta y se tropezó directamente con el pecho de Henry.

Una ráfaga de viento le hizo perder el equilibrio. Emma se habría caído si Henry no la hubiera sostenido por la cintura.

—¡Oh! —gritó Emma, avergonzada—. Lo siento —murmuró, apartándose de él.

—No se preocupe. Tengo que reconocer que admiro su concentración. Dios mío, señorita Smallwood, ¿dónde está aquella criatura tan tímida que se asustaba cada vez que veía una pelota?

Emma ajustó su sombrero.

—Solo pretendía estar a la altura. Nada más.

Henry se echó a reír. Sus ojos se encontraron un momento.

—Gracias por brindarme este rato tan divertido, señorita Smallwood —dijo Henry—. Es lo que necesitaba después de lo que pasó anoche.

—De nada. Lizzie me lo ha contado. ¿Cómo está su her...? ¿Cómo está Adam? ¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Pero me temo que lady Weston, no tanto —Henry le contó en pocas palabras lo que había ocurrido. Luego se agachó a recoger la pelota—. ¿Le apetece dar un paseo, señorita Smallwood?

Emma le entregó su raqueta.

—Sí, gracias. Pasear se me da mucho mejor.

Henry dejó ambas raquetas y la pelota en un banco, recogió su chistera y siguió a la señorita Smallwood hasta la puerta del jardín. Luego caminó junto a ella, lo bastante cerca para poder charlar, pero no demasiado.

Cuando sus pies abandonaron la gravilla y se adentraron en la hierba esponjosa, Henry empezó a decir:

—Siempre pensé que, una vez que nuestro «terrible secreto» saliera a la luz, lady Weston lograría calmarse. Pero está hecha una furia. No deja de presionarnos para que encontremos otro sitio para Adam. Y yo no he puesto

ningún empeño en la búsqueda, lo reconozco. Acabo de reencontrarme con mi hermano, y no estoy dispuesto a abandonarle otra vez.

A su lado, la señorita Smallwood asintió.

—No recuerdo que ni Phillip ni usted mencionaran que tenían un hermano mayor.

Henry esbozó una triste sonrisa.

—Me enteré de su existencia hace poco. No sabía que estaba vivo.

—No logro entenderlo...

—Mire, Adam parece muy joven. Pero en realidad es cuatro años mayor que yo. Cuando yo tenía cuatro años y Phillip acababa de nacer, Adam desapareció como por arte de magia. Cuando pregunté dónde estaba, mi padre me dijo que se había marchado y que no volvería nunca más. En aquel entonces, yo era demasiado joven para entenderlo. Pasó el tiempo y nadie volvió a hablar de él, así que mis recuerdos empezaron a borrarse. Mi madre murió unos años después. Después de su pérdida, yo seguía recordando a un compañero de juegos llamado Adam, pero nada más.

Henry contempló el horizonte.

—Más tarde, cuando me hice mayor, pregunté varias veces por él. Mi padre me dijo que efectivamente había tenido un hermano, pero que se había marchado hacía mucho tiempo. En aquella época, la mortalidad infantil era muy superior a la de ahora, así que... en fin, pensé que había muerto. Más tarde me enteré de que mi madre había perdido un hijo antes que yo. Por eso, cuando vi una lápida sin nombre en el cementerio, supuse que era la de Adam.

La señorita Smallwood se quedó pensando un momento. Luego preguntó:

—¿Y por qué querían hacerle creer que había muerto?

Henry se encogió de hombros.

—Puede que piensan que eso era más fácil que tratar de explicarme por qué mi hermano no vivía con nosotros. Probablemente piensan que no dejaría de insistir hasta que lo trajeran de vuelta a casa —Henry resopló—. Y no se equivocaban. Porque eso es lo que habría hecho.

—¿Cuándo volvió Adam a la mansión Ebbington? —preguntó Emma.

—El día antes de que ustedes llegaran.

—Dios mío —suspiró la señorita Smallwood—. No me extraña que nuestra

llegada fuera tan inoportuna.

Henry asintió.

—¿Cuándo descubrió que Adam estaba vivo? —preguntó Emma.

Había llegado a la pregunta que más temía. Henry sintió una punzada de culpabilidad.

—Cuando terminé mis estudios y volví a casa, empecé a ocuparme de las cuentas de la propiedad a petición de mi padre. Un día, cuando estaba revisando los libros de contabilidad, vi una cantidad mensual destinada al señor y la señora Hobbes, de Camelford. Cuando se lo consulté a Davies, me dijo que la señora Hobbes no era otra que la señorita Jones, mi antigua niñera. Jones era su apellido de soltera. Davies no me aclaró por qué seguíamos pagándole, y durante varios meses no quise indagar más.

Henry volvió a recordar el libro de contabilidad, con los numerosos gastos detallados por columnas y el generoso ingreso ocasional, que aparecía anotado sin explicar su origen. Davies aseguraba que ese dinero procedía de la dote de lady Weston, y que ella lo transfería a la propiedad siempre que esta andaba baja de fondos. A Henry le molestaban aquellos ingresos. Eran una razón más para estar en deuda con aquella mujer. También le molestaba no ser capaz de cuadrar las cuentas, a pesar de su exquisita formación en Oxford.

Henry aspiró la brisa marina.

—Cuando pregunté a mi padre por la asignación mensual a nuestra antigua niñera, me dijo que había decidido concederle una pensión vitalicia a cambio del «excelente trabajo» que había hecho con sus hijos. No pagábamos a ningún otro criado que no trabajara para nosotros, pero supuse que aquella niñera se lo merecía y quedé satisfecho con su explicación.

»Un día, un viaje de negocios me llevó a Camelford. Ya que estaba allí, decidí hacer una visita a mi antigua niñera y, de paso, comprobar cómo empleaba el dinero que le mandábamos. Pregunté por ella a los vecinos y no tardé en localizar su casa. Pero, en lugar del alegre recibimiento que esperaba, la señora Hobbes me abrió la puerta vestida de luto y visiblemente nerviosa. Al principio pensé que tenía miedo de que hubiera venido a anunciarle que se había quedado sin pensión. Pero entonces escuché unos ruidos en la habitación de al lado. Alguien gritaba *no, no, no* una y otra vez. La señora Hobbes me

explicó que su marido acababa de fallecer, y que su hijo estaba profundamente afectado por su muerte.

»Le pregunté qué podía hacer para ayudarla, pero se notaba que la mujer estaba deseando que me fuera. Cuando estaba a punto de despedirme, oí que algo se rompía en la habitación. La mujer salió corriendo a ver qué pasaba y yo eché a correr detrás de ella. Cuando entré en la habitación, vi a un joven sentado entre cristales rotos, golpeándose la cabeza y murmurando palabras sin sentido. Era evidente que no estaba bien de la cabeza. Reconozco que me asusté y salí de allí lo más deprisa que pude.

Henry sacudió la cabeza, arrepentido.

—Tendría que haber sospechado quién era. Pero no se me ocurrió. O puede que no quisiera admitir lo que veían mis ojos.

Henry hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—Con el tiempo lo olvidé. Siguieron pasando los años. Pero entonces, hará tres o cuatro semanas, la señora Hobbes escribió a mi padre. En aquel momento yo me ocupaba de la correspondencia, de modo que abrí la carta y la leí. En ella, la señora Hobbes reconocía que había aceptado ocuparse de Adam de forma discreta, haciéndole pasar por su hijo. Pero no podría hacerlo por más tiempo. La pobre mujer se estaba muriendo.

Henry se arriesgó a mirar a la señorita Smallwood y vio que ella le escuchaba con atención, con sus ojos verdes húmedos de tristeza. El joven prosiguió:

—Al leer el nombre de Adam se encendió una luz en mi mente. Entonces me di cuenta de que el joven al que se refería la señora Hobbes —el joven que vi en su casa— no era otro que mi hermano mayor, al que había dado por muerto. Como puede imaginar, me quedé perplejo. Aunque no del todo. Poco a poco empezaron a surgir recuerdos en mi mente, que fueron colocándose en su sitio como las piezas de un puzle.

»En su carta, la señora Hobbes mencionaba mi visita, y explicaba que había tenido la mala suerte de ver a Adam en su peor momento. Cualquier cambio le alteraba, y la muerte de su cuidadora podía ser un cambio traumático. La mujer insistía en que Adam era un joven bueno por naturaleza, pero que su muerte inminente podía trastornar su carácter.

»Fui a pedirle explicaciones a mi padre, y no le quedó más remedio que admitir la verdad. Mi padre quería esperar, quería encontrar a otra cuidadora en otra parte. Pero la señora Hobbes insistía en que debíamos ir a buscarle cuanto antes. Le daba miedo lo que podían hacer las autoridades locales con Adam una vez que ella muriera. No quería que fuera enviado a un manicomio o a una casa de beneficencia.

»Así que fui corriendo a Camelford para evitar que eso ocurriera. Por fin tenía una misión. Incluso pedí a un médico amigo mío que me acompañara. Y menos mal que lo hice, porque cuando llegamos al pueblo la señora Hobbes había muerto y tuvimos que sedar a Adam para sacarle de la casa.

»Después lo traje conmigo a Ebbington. Quise alojarle en su antigua habitación y contratar a una mujer para que se ocupara de él. Pero lady Weston insistió en que había que esconderle en el ala norte, lejos de la familia. Pretendía encerrarlo bajo llave, pero yo me opuse rotundamente. Lady Weston aceptó, pero siguió insistiendo en que había que encontrar otro sitio para él, que no podía quedarse en la mansión Ebbington por más tiempo. De modo que le pedí a la señora Prowse que se ocupara de él y partí al pueblo de los Hobbes. Quería entrevistar a posibles candidatos para sustituir a aquel matrimonio tan bondadoso. Pero no tuve éxito. Cuando regresé, me quedé estupefacto al enterarme de que su padre y usted se habían instalado en la casa. Mi madrastra tampoco parecía muy contenta.

—La verdad es que no se esforzó mucho en disimularlo —dijo la señorita Smallwood—. Al menos ahora entiendo el motivo.

Henry suspiró.

—Durante un tiempo pensé que mi padre era un ser frío y sin sentimientos, pero ahora sé que hizo lo que la mayoría de las familias ricas harían en su misma situación. No existen instituciones decentes para personas como Adam. Los manicomios, los hospicios y las casas de beneficencia son un destino terrible para ellas. Menos mal que Adam ha escapado de todo eso.

La señorita Smallwood asintió. Parecía sumida en sus propios pensamientos.

—Sigo preguntándome qué hacían las ventanas abiertas la noche de la tormenta —dijo—. No creo que la señora Prowse las dejara abiertas a

propósito.

Henry estuvo de acuerdo.

—Yo también lo he pensado.

—Quienquiera que fuera, no podía sospechar el efecto que tendría la tormenta en Adam—dijo la señorita Smallwood.

Henry frunció el ceño.

—O tal vez sí. Tal vez lo hizo por ese mismo motivo.

—¿Pero para qué?

—Tal vez quisiera asustar a la señora Penberthy y a su hija.

—¿Pero quién querría hacer algo así?

Henry sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente, se me ocurren varias posibilidades.

La señorita Smallwood asintió.

—A mí también.

# Capítulo 16

*La curiosidad mató al gato.*

Shakespeare

Emma sabía que su primer encuentro con Adam no había sido muy afortunado, de modo que decidió aventurarse de nuevo en el ala norte, esta vez a plena luz del día. Quería llevarle algo para mostrarle su amistad. En el último momento, se decidió por un juego de dominó que había encontrado en la sala de estudio, con las fichas de ébano y marfil. Se preguntó si Adam aceptaría jugar con ella, o por lo menos jugar con las fichas él solo. No había visto ningún juego en su habitación, aunque por supuesto no había revisado todos los cajones.

Cuando llegó al final del corredor, llamó suavemente a la puerta. La puerta se abrió unos milímetros y apareció la señora Prowse. Apenas la había visto desde que llegaron a la mansión. Ahora entendía por qué.

—Buenas tardes, señorita Smallwood. ¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? No debería estar aquí.

—No se preocupe, señora Prowse. Lo sé todo.

La mujer arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? Entonces será mejor que pase.

La señora Prowse le sostuvo la puerta. Luego la cerró tras ella con cuidado.

Adam estaba sentado junto a la ventana. A Emma le sorprendió que estuviera leyendo un libro. El joven la miró tímidamente y, al ver que no

pretendía hacerle daño, siguió leyendo.

Emma explicó al ama de llaves cómo había descubierto a Adam la noche de la tormenta.

La mujer asintió con una sonrisa.

—Sí, el señorito Henry me lo contó todo, aunque no la mencionó a usted. Siento mucho lo que pasó. Llevo cuidando de Adam desde que llegó, pero mi padre cayó enfermo hace poco y tuve que ir a visitarle.

—Lo siento —dijo Emma—. ¿Cómo se encuentra?

—Me temo que muy mal. El pobre tuvo un ataque de apoplejía. Pero al menos pude estar con él y ayudarle un poco.

Emma asintió.

—Por eso no estaba aquí aquella noche —siguió diciendo la mujer—. De haber estado, habría venido a tranquilizarle.

Emma le enseñó la caja.

—Le he traído un juego de dominó... ¿Tiene ya uno?

La señora Prowse se dio la vuelta para observar la habitación.

—No que yo sepa. Tampoco sé si logrará interesarle. Por cierto, sabe que no debe decir nada sobre él, ¿no?

—Sí. Aunque no termino de entenderlo.

—Yo tampoco —la señora Prowse respiró profundamente—. Me llevaba muy bien con la señora Hobbes cuando trabajaba con nosotros de niñera. Después seguimos manteniendo el contacto. Estaba muy orgullosa de Adam. Ella y el señor Hobbes lo trataban como si fuera su propio hijo. Que Dios los bendiga.

Las lágrimas asomaron en sus ojos.

Emma sintió el deseo de consolarla, pero dudó un instante y el momento pasó.

La señora Prowse se secó las lágrimas.

—Bueno, será mejor que vaya a ocuparme de otras cosas.

Emma asintió.

—Espero verla más tarde.

Cuando la mujer cerró la puerta, Emma se levantó con la caja en las manos y se puso a observar a Adam. Le habría gustado que él levantara la cabeza

para mirarla, pero no lo hizo.

Para entretenerse, Emma echó un vistazo por la habitación. Había varios dibujos en la pared que representaban escenas de batallas y soldados enfrentados en un cuerpo a cuerpo. Eran desagradables, pero increíblemente realistas. ¿Lo habría dibujado Rowan o Adam?

—Buenas tardes, señor...

Emma hizo una pausa. Quería tratarle con el mismo respeto que al resto de los hermanos Weston. ¿Reconocería Adam su propio apellido? ¿O se habría criado como Adam Hobbes? Emma decidió dirigirse a él por su nombre de pila, algo que no solía hacer a menos que le dieran permiso.

—Buenas tardes, Adam. Le he traído una cosa.

Adam levantó la cabeza. Sus ojos azules se posaron primero en su rostro y luego en la caja.

—¿Galletas? —preguntó, con tono esperanzado.

Emma sintió una alegría repentina.

—¿Le gustan las galletas?

El joven asintió.

—La próxima vez le traeré unas cuantas. Pero hoy le he traído un juego de dominó. ¿Lo conoce?

Emma cruzó la habitación lentamente, sin apartar los ojos de Adam. Su expresión era bastante estática, así que era muy difícil adivinar lo que pasaba por su mente, pero Emma no vio nada raro en él. Luego se acercó a una mesita situada al lado de otra ventana. Sobre ella descansaba una pila de dibujos parecidos a los de la pared. Emma colocó la caja encima de la mesa, al lado de los dibujos.

—¿Le apetece venir a verlo? —preguntó, mientras quitaba la tapa.

De pronto, Adam apareció a su lado y se puso a mirar las fichas fijamente.

—Son tabas —murmuró.

—No. Son fichas de dominó —le corrigió Emma.

—A mi papá, el señor Hobbes, le encanta jugar a las tabas.

Adam se sentó en una silla y empezó a sacar las fichas de una en una, colocándolas en sentido ascendente: 0-0, 0-1, 0-2, 0-3..., luego 1-1, 1-2, así hasta que sacó las veintiocho fichas.

—¿Le apetece jugar? —preguntó Emma, pero el joven no respondió.

Una vez que hubo ordenado las fichas, Adam empezó a colocarlas de nuevo, esta vez en filas más anchas, como si fueran las ramas de un árbol: la blanca doble precedía una fila de dos fichas (0-1 y 1-1). Debajo seguía una fila de tres (0-2, 1-2, 2-2), y así sucesivamente.

Al verle con la cabeza agachada y los dedos volando de ficha en ficha, Emma no pudo evitar sonreír. Adam tenía las manos pequeñas. ¿Sería él el que dejó la huella en su habitación? Si efectivamente era así, ahora podía entender por qué le dijo Henry que no debía tener miedo.

Emma renunció a jugar con él, pero se fue contenta, escuchando el sonido de las fichas a su espalda.

— —

Aquella misma tarde, en la sala de dibujo, Henry se pasó una mano impaciente por el cabello.

—No logro entender por qué tiene que quedarse en su habitación.

Lady Weston lo miró desde su sillón favorito. Phillip estaba sentado muy cerca, jugando nerviosamente con los flecos de un cojín. Al fondo de la sala, Rowan y Julian jugaban a las damas.

—Y yo no sé qué hacer para que lo entiendas —repuso lady Weston—. No quiero que se acostumbre a vivir en esta casa. Cuanto más tiempo se quede aquí, más difícil le resultará abandonarla. Solo quiero lo mejor para él.

—¿Para él?

—Bueno, también me preocupan mis hijos, por supuesto. Por eso les he pedido que no pasen demasiado tiempo a su lado. Ya son mayores, así que no creo que puedan verse influidos por su extraño comportamiento, pero tengo derecho a estar preocupada por su futuro. Cuanto más tiempo se quede aquí, más posibilidades hay de que todo el pueblo —o, mejor dicho, todo el condado— se entere de su existencia. Y te aseguro que eso no ayudará a tus perspectivas de matrimonio.

—A estas alturas debe saberlo todo el servicio. Eso significa que medio condado lo sabe.

—Solo la señora Prowse y tu criado pueden entrar en su habitación. Y ambos son muy discretos y dignos de confianza. El señor Davies lo sabe, por supuesto. Y el resto del servicio sabe que ha venido un pariente lejano a vivir temporalmente con nosotros, pero nada más. No podemos dejarle vagar por la casa y los alrededores... Además, no quiero que Lizzie lo descubra. Sabes que es incapaz de guardar un secreto.

Lady Weston se volvió para mirar a los mellizos.

—Espero que ninguno de vosotros se lo cuente al señor Teague. Es capaz de usar esa información en nuestra contra.

Henry frunció el ceño.

—¿Y qué tiene que ver el señor Teague con nosotros?

Lady Weston alzó la barbilla.

—Ese hombre viene mucho por aquí. Creo que es amigo del señor Davies.

—¿Del señor Davies? Pensé que nuestro mayordomo tendría mejor gusto eligiendo a sus amigos.

Lady Weston le fulminó con la mirada.

—No hay necesidad de criticar a nadie. Lo único que tenemos que hacer es solucionar este asunto. Y cuanto antes, mejor. Una vez que estéis casados, no pondré ninguna objeción si queréis traerle aquí. Pero hasta entonces debo insistir.

—Me temo que Lizzie ya lo sabe —dijo Julian desde el fondo de la sala.

Lady Weston se volvió para mirarle.

—¿Cómo es posible?

—Se lo conté yo cuando se fueron nuestras invitadas. Pensaba que había dejado de ser un secreto. Además, Lizzie es prácticamente de la familia.

Lady Weston resopló bruscamente. Al ver que todos se quedaban mirándola, se apresuró a sacar un pañuelo y se secó la nariz.

—Discúlpenme —dijo.

Por la noche, Henry cenó con Adam en su habitación. La señora Prowse les sirvió la comida antes de bajar a cenar con el resto del servicio. Henry le contó que había intentado convencer a lady Weston para que Adam comiera con la familia, pero que ella se había negado.

La señora Prowse se quedó un rato pensando. Luego respondió:

—Yo creo que es lo mejor para él. No creo que le gustara cenar en una mesa con tantos cubiertos, tantos formalismos y tantos platos distintos. En realidad, a Adam le gusta cenar siempre lo mismo: una sopa, un poco de pollo o pescado y un trozo de pan.

—Y guisantes —dijo Adam—. Me encantan los guisantes.

La señora Prowse asintió.

—Tienes razón, cariño. No sé cómo he podido olvidar los guisantes — luego añadió, bajando la voz—: Si le digo la verdad, creo que no soporta cambiar de rutina.

Henry suspiró.

—Seguramente tiene razón. Aun así, no me gusta que esté encerrado. Se pasa todo el día solo, a excepción de las visitas que le hacemos usted y yo.

—Y la señorita Smallwood —añadió la señora Prowse—. Ella también viene a visitarle de vez en cuando. Supongo que lady Weston no está al corriente...

Henry negó con la cabeza.

El ama de llaves añadió:

—Mejor.

— —

A la mañana siguiente, después de desayunar, Emma salió a dar un paseo con Phillip. El jardín estaba más bonito que nunca. Daba la impresión de que brotaban flores nuevas todos los días. Los pájaros se comunicaban a través del aire fresco de la mañana, húmedo de rocío. Las blancas anémonas asomaban tímidamente, mientras las amapolas inclinaban coquetas sus rojos sombreros, deseando ser admiradas.

Emma señaló una flor roja en forma de campana y le preguntó a Phillip cómo se llamaba.

Pero él se limitó a murmurar:

—¿Qué...? Ah, sí, es muy bonita.

Estaba tan callado y distraído... Aquel no era el Phillip que ella conocía. Emma ya no sentía ninguna atracción por él, pero esperaba que no le hubiera

pasado nada malo. Al cabo del rato decidió abordar el asunto.

—Me imagino lo difícil que debe ser descubrir que tienes un hermano que no conocías —dijo.

Phillip la miró con el ceño fruncido. Luego se apresuró a decir:

—Disculpe, olvidé que usted también lo sabía.

A Emma no le gustó su expresión de disgusto.

—No se lo he contado a nadie —dijo—. Ni siquiera a mi padre.

—Lady Weston desea que solo lo sepa la familia y algunos criados de confianza —dijo Phillip.

—Y yo no soy ni una cosa ni la otra —repuso Emma en voz baja.

Phillip la miró. Parecía arrepentido de sus palabras.

—Disculpe, no quería decir eso... —dijo, suspirando—. Ha sido todo muy difícil. Muy extraño e inesperado. Reencontrarse con un hermano perdido debería ser un motivo de alegría... Y para Henry lo es. Pero yo nunca conocí a Adam. Y lady Weston y Henry no dejan de discutir por eso, y yo...

—Usted se siente atrapado entre los dos.

Phillip la miró, sorprendido.

—Así es.

—¿Y qué opina sir Giles?

Phillip sacudió la cabeza.

—Nada. Se siente atrapado, igual que yo. Trata de convencer a lady Weston para que haga las paces con Henry. Pero eso es una tarea imposible. La mayor parte del tiempo está en la biblioteca bebiendo brandy.

Emma se acordó de su padre y de sus crisis de melancolía, que habían mejorado desde que llegaron a Cornualles. Se preguntó si podría hacer algo para mejorar el ánimo de sir Giles.

Por la tarde fue a visitar a Adam. Después de llamar a la puerta, se sorprendió al ver que no le abría la señora Prowse, sino Henry Weston.

—Oh, buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Smallwood. Pase —dijo Henry—. Como verá, Adam está muy entretenido con su dominó.

Adam estaba sentado a la mesa, con la cabeza gacha y expresión de concentración.

—Cuánto me alegro —dijo—. Si no le importa, me gustaría darle una cosa.

—En absoluto.

Emma se acercó a Adam lentamente. De no ser porque vestía un chaleco distinto, habría pensado que estaba en la misma posición en que le dejó la última vez.

—Buenas tardes, Adam. Ayer mencionó que le gustaban las galletas, de modo que le he traído las mías del desayuno.

Emma desenvolvió un pañuelo y lo puso encima de la mesa, al lado de las fichas. Adam posó los ojos en las galletas de jengibre y dejó de mover las manos. Luego miró a Emma con expresión expectante.

Allí sentado, bajo la luz del atardecer, el joven tenía los ojos como la porcelana azul, la tez pálida y suave y los rasgos delicados: pómulos altos, nariz recta y unos labios llenos.

—¿Son para mí? —preguntó tímidamente.

—Sí.

—¿Usted no las quiere?

—No me gustan los dulces. Adelante. Son para usted.

Adam alargó la mano para coger una galleta y de pronto, como si hubiera recordado algo, la miró y dijo:

—Gracias, señorita...

—Señorita Smallwood. También puede llamarme Emma. Al fin y al cabo, yo siempre le llamo Adam.

—Emma... Así se llama mi mamá. Emma Hobbes. Papá siempre la llama Emma o cariño.

Era la primera vez que le oía decir tantas palabras juntas. Emma advirtió que Adam hablaba de la mujer en presente, como si no supiera que había muerto. Deseó que mencionar el nombre de su madre adoptiva no le molestara.

Pero Adam masticaba su galleta con aire satisfecho.

—Emma, Emma... —dijo, como si estuviera saboreando cada sílaba—. Emma...

Emma levantó la cabeza y vio que Henry Weston la estaba mirando. Sus ojos se encontraron un momento y ambos sonrieron.

Alguien llamó a la puerta. Henry apartó los ojos de la señorita

Smallwood.

La señora Prowse entró en la habitación con su cesto de costura.

—Oh, buenas tardes, señorita Smallwood... —el ama de llaves vaciló—. Solo quería hacerle un poco de compañía a Adam. Siento molestarles...

—En absoluto —dijo la señorita Smallwood—. Estaba a punto de marcharme.

—No se preocupe, señora Prowse —dijo Henry con una sonrisa—. Ha llegado justo a tiempo. Yo también pensaba marcharme.

Ambos se despidieron de Adam y salieron de la habitación.

—¿Dónde pensaba ir ahora? —preguntó Henry a la señorita Smallwood, resistiéndose a abandonar su compañía.

—A la sala de estudio.

Henry la acompañó por el corredor.

—¿Qué tal van los mellizos? —preguntó.

—Muy bien.

Cuando llegaron al rellano de la escalera, el señor Smallwood salió de su habitación con un montón de libros bajo el brazo. Con la otra mano intentaba cerrar la puerta.

—Discúlpeme —dijo Emma, antes de que Henry pudiera reaccionar.

La joven salió corriendo hacia su padre. En vez de ayudarles, Henry se quedó mirándola. No pudo evitar fijarse en su esbelta figura y en su cuello largo y elegante.

*Henry...*, se advirtió a sí mismo. Luego se acordó de la escena en la habitación de Adam. De su hermano sonriéndola tímidamente. De las fichas de dominó... ¿cómo había podido adivinar que le gustarían tanto?

La señorita Smallwood cogió varios libros para aliviar la carga de su padre. Él le dijo algo y ella sonrió. Tenía una sonrisa preciosa.

A él también le gustaría hacerla reír. Tal vez lo conseguiría la próxima vez.

Pero entonces se acordó de su hermano Phillip y de su amor por una muchacha de origen humilde, a la que había venido a ver a propósito desde Oxford... Henry suspiró y salió corriendo escaleras abajo.

A última hora de la tarde, Emma se sentó en su habitación a leer el libro sobre la historia de Cornualles.

Al oír que llamaban a la puerta, dijo:

—Adelante.

Lizzie asomó la cabeza.

—¿Puedo entrar? Necesito compañía femenina, preferiblemente alguien que no me obligue a bordar.

Emma se levantó y le ofreció su silla.

—Puede leer conmigo si quiere.

Emma señaló el montón de libros que había en su mesilla, coronados por su taza de té y el frasco de agua de colonia. Los había puesto allí hacía poco. Ya que no podía usar la colonia, al menos serviría de objeto decorativo.

Lizzie entró en la habitación y sacó una revista que llevaba escondida detrás de la espalda.

—Me imaginé que estaría leyendo. Así que he venido preparada.

Lizzie le mostró el último número de *La gaceta de las damas, o la mejor compañía para el bello sexo, apropiada para su uso y entretenimiento*.

Suspirando, Emma se sentó en su cama y se inclinó para coger un diario de viajes.

—Tome esto. Así fingiré que está leyendo algo que merece la pena.

—No sea pretenciosa, Emma —dijo Lizzie con una sonrisa—. *La gaceta de las damas* es una revista muy respetable que contiene noticias extranjeras, consejos para el hogar y hasta ensayos poéticos.

Emma arqueó una ceja.

—Sí, ¿pero acaso los lee?

Lizzie se encogió de hombros.

—Por todos los santos, no. Yo solo leo los contenidos de moda. Ah, y las descripciones de los vestidos de la reina consorte y las princesas.

Sonriendo, Emma le mostró su libro.

—Yo he estado leyendo sobre la historia de Cornualles. Me he encontrado varias veces con el nombre de John Hale, de Stratton. Al parecer era un famoso contrabandista —Emma soltó un risita—. El apellido de soltera de lady Weston era Hale, ¿verdad? Me pregunto si tendrá alguna relación con él.

—Más le vale no volver a mencionarlo —repuso Lizzie bruscamente.

Emma se quedó sorprendida al ver su reacción. Pensaba que a Lizzie le divertiría su comentario. Ella siempre estaba haciendo bromas sobre lady Weston.

—Tiene razón. Lo siento.

Lizzie forzó una sonrisa.

—Tanta lectura va a acabar con usted.

—¿Cómo?

La muchacha se echó a reír.

—Vamos, Emma. Era una broma. ¡Tendría que ver la cara que ha puesto!

Qué voluble era aquella muchacha, pensó Emma. Aún no sabía qué pensar de ella.

Unas voces se colaron por la ventana. Picada por la curiosidad, Emma se levantó y cruzó la habitación. Cuando miró por el cristal se quedó sorprendida al ver a Julian en compañía del señor Teague. ¿De qué estaría hablando con ese hombre?

Lizzie dejó la revista en la silla y se reunió con ella en la ventana.

—¿A quién estamos espiando? —preguntó, con una sonrisa.

Pero, cuando miró al patio, su sonrisa se desvaneció.

—Qué estúpido —murmuró.

Emma no sabía a cuál de los dos se refería, pero Lizzie no quiso aclararlo.

—No estoy espiando a nadie —susurró Emma—. He oído unas voces y simplemente me he acercado a ver quién era.

De pronto, Teague levantó la cabeza. Al verla en la ventana, el hombre dejó de hablar y alzó una mano para interrumpir a Julian. Julian siguió su mirada mientras Teague las observaba con ojos amenazantes.

Lizzie se apartó de la ventana.

—Tenga cuidado, Emma —murmuró—. La curiosidad mató al gato.

Emma se quedó pensando.

—Esa frase es de *Mucho ruido y pocas nueces*, ¿verdad? ¿Ha leído a Shakespeare?

Lizzie la miró de reojo.

—¿Usted qué cree?

Emma volvió a sentarse en su cama, pero Lizzie se puso a dar vueltas por la habitación. La muchacha cogió la taza de té de la mesilla.

—¿Por qué la ha puesto aquí?

—Es un regalo de mi madre —contestó Emma. Luego añadió distraídamente—: ¿Y a usted? ¿Le dejó su madre algún recuerdo?

—¿Mi madre? ¡Bah! —murmuró Lizzie en voz baja—: Aparte de *él*, nada.

—¿Perdone?

—Nada, decía que es muy bonita.

Lizzie volvió a colocar la taza en su sitio. A continuación se fijó en otra cosa. Por un momento, su mano se detuvo a medio camino de la mesilla. Luego cogió el frasco de agua de colonia.

—Yo tengo uno igual —dijo—. Me lo regalaron.

—Supongo que es un perfume de moda.

Lizzie se quedó mirando el frasquito de líquido dorado. A continuación le preguntó:

—¿Es un regalo de Phillip?

Emma vaciló. No quería mentir, pero tampoco quería que Lizzie sacara una conclusión equivocada.

—Sí. Fue un regalo de despedida. Nada más.

—Sí... —murmuró Lizzie, con los ojos clavados en el frasco—. Phillip es muy amable.

—Pero no la uso —añadió Emma—. Sobre todo desde que usted me dijo que a lady Weston no le gusta.

Lizzie asintió.

—Sí. Hay que tener mucho cuidado con ella.

# Capítulo 17

*Jóvenes, este es el momento  
de ampliar vuestras mentes  
aprendiendo cosas provechosas...*

John Fenn, maestro, 1843

Al día siguiente, mientras su padre hablaba de Homero, Emma notó que los mellizos bostezaban y entrecerraban los ojos. También ella estaba distraída. No dejaba de pensar en qué podía llevarle a Adam para ayudarle a pasar el tiempo, establecer un vínculo con él y conocer sus intereses y habilidades. Sabía que le gustaba leer, y se preguntó si alguno de sus libros podría interesarle.

Emma se levantó y pasó el dedo por el lomo de los libros que había en el estante. De pronto, un pequeño volumen llamó su atención. Era el diario de un soldado que había combatido con el duque de Wellington en las guerras napoleónicas. Emma lo leyó porque contenía bellas descripciones de España y Portugal, aunque pensó que Adam encontraría más interesante el relato de las batallas.

Entonces se acordó de los ataques que Adam sufría de vez en cuando, cuando se golpeaba la cabeza con los puños. ¿Sería capaz de golpear otras cosas? Tendría que preguntárselo a Henry. Lo mejor sería dejar el libro para otro momento.

Luego pensó en su juego de ajedrez. Mientras limpiaba los cajones del aula, había encontrado un tablero de mármol, polvoriento por la falta de uso, y

un juego completo. Emma pensó en llevárselo a Adam, pero las piezas de marfil y el tablero eran demasiado pesados para él. Además, no le parecía bien cambiar de sitio los objetos valiosos de la familia. Finalmente decidió tomar prestada la reina blanca para completar su propio juego. Luego dejó una nota en el armario, en la que explicaba dónde estaba la reina y se comprometía a devolverla.

Después de informar a su padre de que iba a salir, Emma se llevó la reina y fue a su habitación para coger su propio juego de ajedrez. Quería llevárselo a Adam.

Cuando llegó a su habitación, llamó a la puerta. Como nadie respondía, Emma empujó la puerta con el tablero. Adam estaba sentado en su sillón favorito, leyendo.

Emma colocó el juego encima de la mesa y empezó a sacar las piezas blancas. Adam se acercó y la observó con interés. Al ver la reina desaparejada, la cogió y la colocó aparte.

—Lo siento, Adam, pero vamos a necesitarla.

Adam sacudió la cabeza.

—No es igual.

—Lo sé. La original la perdí.

Adam se sentó en una silla y empezó a sacar las piezas negras. Emma se preguntó si sabría jugar. Puede que el señor Hobbes jugara también al ajedrez, pero, por alguna razón, Emma lo dudaba.

El joven empezó a colocar cada pieza con su pareja. El peón con el peón. Las dos torres. Los dos caballos. El rey y la reina. Pero, en vez de poner las piezas en su lugar reglamentario, Adam colocó los ocho peones en dos filas de cuatro, flanqueados por los caballos y los alfiles.

Eran las líneas de combate de una batalla.

Detrás estaban el rey y la reina, protegidos por las torres. A salvo tras los muros de su castillo.

Emma se mordió el labio. No quería criticarle. En lugar de eso preguntó:

—¿A qué está jugando?

—A la guerra —respondió Adam. Luego inició una pormenorizada narración—: Las tropas aliadas avanzaban hacia el oeste por la ribera del río,

ignorando que el ejército francés les tenía preparada una trampa...

Adam hizo avanzar los peones y los caballos; a continuación cogió el rey y lo colocó en primera línea.

—Las tropas aliadas enviaron una avanzadilla —prosiguió—. Pero, de pronto, el caballo del rey salió en estampida.

Adam hizo avanzar al rey, imitando los movimientos de un caballo.

—¿Desde cuándo puede avanzar el rey varias casillas? —preguntó Emma con escepticismo.

—Es el rey Jorge II. El último monarca británico que capitaneó sus tropas en el campo de batalla.

—Ya veo —Emma se recostó en el respaldo de su silla—. Dios mío. No sabía que era usted tan aficionado a la historia militar.

Pero Adam siguió moviendo las piezas y narrando batallas sin prestarle atención. Emma observó los dibujos de la pared. Tenía que haberlo imaginado.

Renunciando a la idea de jugar una partida, Emma dejó a Adam con sus piezas. A continuación bajó las escaleras para servirse una taza de té.

En el vestíbulo se topó con Lizzie, que entraba por la puerta del servicio sin guantes y con el rostro enrojecido.

—¡Oh! Buenas tardes, Emma —dijo la muchacha, más alto de lo necesario.

Emma echó un vistazo por la puerta. Un hombre se alejaba detrás de los establos, pero no pudo ver quién era. Y delante de los establos, Henry Weston desmontaba de su caballo.

Emma miró a Lizzie con preocupación.

—¿Se encuentra bien? Parece... —¿Nerviosa? ¿Avergonzada? Emma vaciló—. Enfadada —dijo al fin.

—¿Ah, sí? —preguntó Lizzie, desatando las cintas de su sombrero—. Estoy bien, se lo aseguro. Solo he tenido una pequeña discusión con los mellizos. Nada importante.

Emma observó sus manos.

—Debería ponerse los guantes —dijo. Luego las miró más de cerca—. Lizzie, tiene algo entre las uñas.

—¿De veras? —Lizzie estiró las palmas. A continuación les dio la vuelta para observar sus uñas—. Seguramente es tierra. Esta mañana estuve...

cortando flores para lady Weston.

A Emma no le pareció tierra. Era algo más bien rojizo. Pero ella no conocía bien la tierra de Cornualles.

—Bueno, será mejor que vaya a lavármelas —dijo Lizzie, antes de darse la vuelta para marcharse.

En ese momento entró Henry por la puerta, con las botas y los pantalones cubiertos de barro. Un barro que no era en absoluto rojizo, pensó Emma.

—Buenas tardes, señorita Smallwood —dijo.

—Buenas tardes. ¿Ha disfrutado de su paseo?

—Sí, mucho.

—Me alegro —dijo Emma—. Por cierto, he llevado a Adam un juego de ajedrez. Espero que no le importe.

—¿De ajedrez? ¿En serio? —Henry se rascó el mentón—. Pensaba que ese juego estaría por encima de sus capacidades.

—En realidad, el juego en sí no le interesa. Se ha limitado a colocar las piezas en líneas de combate y se ha puesto a representar la batalla de Dettingen.

—¿La batalla de Dettingen? —repitió Henry, con el ceño fruncido.

Emma asintió.

—Al verle me he acordado de sus soldaditos de jugue... quiero decir, de sus figuritas...

—Figuritas militares en miniatura —completó Henry—. Me pregunto... —dijo, mordiéndose el labio—. Recuerdo que cuando era pequeño jugaba con alguien a los soldados. Me acuerdo vagamente de unos dedos pálidos alineándolos en filas. No creo que fuera Phillip. A él nunca le han gustado los juegos de guerra. Puede que fuera Adam.

—¿Qué edad tendría entonces?

—Puede que seis o siete años. Y yo tendría dos o tres. Cuando eres tan pequeño no te gusta colocar los soldados en filas; solo quieres tirarlos o metértelos en la boca. Seguro que le arruiné el juego más de una vez.

Henry sacudió la cabeza. Luego la miró con ojos brillantes.

—Maldita sea. Apuesto a que esos soldados eran suyos. ¿Por qué no le traerían sus cosas? Al menos habría podido jugar con ellas.

—No lo sé —murmuró Emma, desconcertada.

—Venga conmigo.

Henry se dio la vuelta abruptamente y empezó a subir las escaleras.

Emma se apresuró a seguirle. Luego se levantó los bajos de la falda y trotó por las escaleras para no perderle.

Una vez arriba, Henry se adentró en un pasillo. A medio camino se detuvo delante de una puerta.

—Espéreme aquí.

Unos minutos después, Henry apareció en el umbral, dejando la puerta abierta. Emma percibió un aroma a sándalo. En el interior de la habitación vislumbró unos muebles de caoba, una cama con un dosel y cortinas color bermellón y el mismo desorden de la otra vez.

En sus manos, Henry sostenía dos cajas que Emma reconoció al instante. Eran las mismas que llevó a Longstaple y que nadie podía tocar. Ahora le entregó una con aire risueño.

—¡Vamos a llevárselas a su habitación! —exclamó.

Desde la alcoba, Merryn empezó a protestar:

—Pero, señor... ¡mire cómo tiene las botas!

Henry se miró los pies.

—Maldita sea, tiene razón. Voy a poner perdida toda la casa —Henry miró a Emma—. Por favor, suba usted. Yo iré más tarde.

Emma negó con la cabeza.

—No se los daría por nada del mundo. Pero me encantará estar presente cuando se los dé usted.

—Tiene razón. Deme veinte minutos.

El criado volvió a protestar:

—¡Media hora por lo menos!

Henry suspiró.

—Está bien, media hora. Nos encontraremos en la habitación de Adam, ¿de acuerdo?

—Muy bien —respondió Emma fríamente. Pero, en su interior, se sentía tan contenta como una niña el día de su cumpleaños.

Emma avanzó por el pasillo. Cuando llegó al rellano de la escalera, se

asustó al ver a Lizzie espiando en los escalones.

Emma se ruborizó sin querer.

—La he visto hablando con Henry —dijo Lizzie—. ¿Qué estaban haciendo aquí?

—¿Qué? —murmuró Emma—. Oh, nada —la joven tragó saliva y cambió de tema—. ¿Ya se ha lavado las manos?

Lizzie la miró fijamente, pero Emma hizo un esfuerzo por mantener una expresión impassible. Para evitar su mirada, tomó una de las manos de Lizzie y la inspeccionó.

—Ya están limpias —dijo Lizzie, apartando la mano bruscamente—. Las tenía manchadas de colorete.

—Me alegro —respondió Emma—. Menos mal que no se ha manchado el vestido.

—Sí —dijo Lizzie—. Por cierto, ¿podría guardarme el secreto? No quiero que sepa que uso colorete.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¡Pues todo el mundo, por supuesto! —sonrió Lizzie.

Qué criatura tan extraña... Emma siempre se había llevado mejor con los chicos, que eran más sinceros, más fáciles de llevar. Aunque siempre había excepciones. Por ejemplo, Henry Weston. Convivir con él nunca fue fácil.

Emma deseó que, una vez satisfecha su curiosidad, Lizzie se marchara. Pero la muchacha no se movió.

—¿Adónde pensaba ir ahora, señorita Smallwood? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, Emma oyó a Phillip gritando desde el piso de abajo:

—¡Lizzie! ¿Vas a venir o no?

Sus pasos resonaron por las escaleras.

—Ah. Estás aquí.

Phillip miró a Emma.

—Oh... También está usted, señorita Smallwood. Perfecto. Madre quiere jugar una partida de whist. ¿Le apetece acompañarnos? Así podríamos formar parejas.

Emma abrió la boca, pero no supo qué responder. ¿Deseaba Phillip jugar

con ella, o se lo había pedido por compromiso? A Emma le gustaba pasar el tiempo en compañía de su viejo amigo, pero en aquel momento la perspectiva no le hacía ninguna gracia. En parte porque se sentía intimidada por lady Weston, y en parte porque tenía una cita con Adam y Henry. Y una partida de whist podía prolongarse más de media hora.

—Gracias, Phillip, pero no puedo. Vayan ustedes. Seguro que los mellizos estarán encantados de acompañarlos.

Phillip frunció el ceño.

—Pero si todavía están en clase...

—Oh, tiene razón. De hecho, ahora mismo iba a la sala de estudio. Veré si han terminado sus tareas. En ese caso, les dejaré salir.

No estaba mintiendo. Efectivamente iba a la sala de estudio. Pero solo unos minutos, para comprobar si su padre necesitaba algo. Luego pensaba subir a encontrarse con Henry.

Lizzie la miró con un brillo de sospecha en los ojos.

—¿Puedo acompañarla? —preguntó—. A no ser que usted no quiera...

Emma forzó una sonrisa. Instintivamente, sabía que negarse solo serviría para aumentar su curiosidad.

—Por supuesto, acompáñeme si quiere. Pero me temo que terminará aburriéndose.

—Tiene razón —repuso Lizzie—. Pero seguro que Julian se alegra de verme. Y Rowan también.

—Como quiera —dijo Emma, tratando de ocultar su decepción. Se sentía incapaz de hablarles de su cita. Ni Phillip ni Lizzie habían mostrado el menor interés en conocer a Adam.

Emma se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras. Lizzie la siguió.

—¡No te entretengas, Lizzie! —exclamó Phillip—. Ya sabes que madre no soporta que le hagamos esperar.

—Sí, lo sé —dijo Lizzie.

La muchacha subió las escaleras detrás de ella, mientras hablaba de un chal que le había encargado lady Weston.

Emma apenas la escuchaba. No dejaba de pensar en cómo podría librarse de ella para verse con Henry, como había planeado.

Ambas entraron en la sala de estudio en silencio. Los mellizos estaban escribiendo una redacción.

Al oírlas entrar, Julian se dio la vuelta y sonrió.

—Shhh... —ordenó el señor Smallwood desde su mesa—. Julian y Rowan tienen que terminar su redacción.

Emma asintió y condujo a Lizzie a una de las estanterías.

—Lizzie, tengo que subir estos libros al ático. Ya que está aquí, podría ayudarme.

Lizzie observó los volúmenes polvorientos y arrugó la nariz.

—No, gracias.

Rowan las miró y dejó su pluma en el tintero.

—Lizzie siente aversión hacia cualquier tipo de trabajo, señorita Smallwood.

—Es lógico —intervino Julian—. Una señorita como ella está destinada a casarse con un caballero de fortuna. La única tarea que necesita dominar es la costura.

Lizzie sacó un delicado pañuelo para cubrirse la nariz.

—La ayudaría si pudiera, señorita Smallwood. Pero ya ha oído a Phillip. Lady Weston quiere jugar una partida de whist —luego se volvió hacia los mellizos—. La señorita Smallwood no quiere jugar. ¿Alguno de vosotros quiere bajar a acompañarnos?

—Ahora mismo —dijo Julian, levantándose de su silla.

—Señor Weston —le interrumpió su padre—. Espero que haya terminado su redacción.

Julian mojó la pluma en el tintero y garabateó la palabra *Fin* al final de la hoja. Luego sonrió.

—Ahora sí —dijo.

A Emma no le gustó su actitud. Le pareció una falta de respeto hacia su padre. Pero decidió callarse. Ella no era quién para regañarle. Además, estaba deseando librarse de Lizzie.

A la hora acordada, Emma se encontró con Henry en el corredor. Ambos entraron en la habitación de Adam con las cajas de soldaditos.

La señora Prowse estaba sentada en una mecedora, haciéndole compañía.

Adam leía mientras la mujer remendaba unas medias.

—Señora Prowse, traemos unas cosas para Adam —dijo Henry—. De modo que, si le apetece tomar un té y descansar un poco...

—Desde luego, señor. Gracias.

La mujer se levantó y miró las cajas —y a Emma— con curiosidad, pero no hizo ningún comentario. Sin duda, un ama de llaves con su experiencia sabía que es mejor no interrogar a los señores.

Cuando la señora Prowse se hubo marchado, Emma colocó la primera caja encima de la mesa. Henry colocó la segunda entre la primera y el juego de ajedrez.

Emma notó que a Henry le temblaban las manos. ¿Estaría nervioso, emocionado, o ambas cosas a la vez?

Adam clavó los ojos en la primera caja. Una extraña arruga de concentración se formó entre sus cejas. *Oh, Dios mío*. Emma rezó para que no se enfadara.

—Bueno, Adam —dijo Henry—. ¿Quieres abrirla tú o lo hago yo?

—¿Qué hay dentro?

—Ábrela y lo verás.

Adam no parecía una persona aficionada a las sorpresas, y Emma temió que no quisiera abrirla, pero en vez de eso el joven se acercó tímidamente a la mesa. En primer lugar puso un dedo en la tapa de la primera caja. Luego colocó las manos en cada uno de los cierres y los abrió de un solo golpe. Lentamente, levantó la tapa sobre sus goznes y contempló el contenido.

Su expresión no se alteró lo más mínimo. Tampoco hizo ningún comentario ni ninguna pregunta. Por un momento se limitó a quedarse de pie, mirando. Luego rozó con el dedo uno de los soldaditos, como si fuera una frágil pompa de jabón y tuviera miedo de explotarla.

Finalmente se quedó mirando a Henry con la boca abierta.

—Son tuyos, Adam —dijo él.

—¿Míos? —Adam volvió a contemplar la caja.

Henry asintió. Luego dijo con voz temblorosa:

—Sí, son tuyos. Siento habérmelos quedado tanto tiempo.

—Yo tenía uno —dijo Adam—. Pero lo perdí.

Henry miró a Emma. Luego, lentamente, sacó de su bolsillo el soldadito que ella había encontrado en su habitación.

—¿Es este?

Adam lo observó un instante.

—Sí.

El joven tomó el soldadito y, con aire satisfecho, lo colocó en la caja junto a los demás. Después, su atención se centró en la segunda caja. Adam rodeó la mesa y abrió la tapa.

—Estos son más nuevos –dijo Henry–. Me los regalaron cuando tú... te marchaste.

—¿Son tuyos? –preguntó Adam.

Henry se encogió de hombros.

—No. Son nuestros.

Si Henry esperaba jugar con su hermano, probablemente se llevó una gran decepción, porque Adam se sentó y empezó a colocar los soldaditos en filas, sin prestar atención a sus visitantes.

Luego apartó el juego de ajedrez. El regalo de Emma quedó relegado a un segundo plano. Pero al ver el rostro satisfecho de Adam –y las lágrimas en los ojos de Henry Weston–, a Emma no le importó.

# Capítulo 18

*Un aprendizaje superficial  
puede ser muy peligroso.*

Alexander Pope, 1709

La mañana siguiente, Emma se despertó muy contenta. Al acordarse del día anterior, no pudo evitar sonreír. Había pasado un buen rato con Adam. Y, si era sincera, tenía que reconocer que también había disfrutado de la compañía de Henry Weston.

A continuación se levantó de la cama, estiró los brazos y suspiró.

Entonces lo vio. Alguien había vuelto a deslizar un papel debajo de su puerta. Se trataba de una hoja de papel tamaño cuarto y ligeramente arrugada. A diferencia de la última vez, la hoja no estaba doblada. Emma se arrodilló a recogerla y sintió un tirón en el cuello. Pero cuando la tuvo entre las manos se olvidó de todo, porque la hoja no era otra cosa que la página de su diario.

Emma reconoció su propia letra, pero decidió leer unas líneas para confirmarlo:

Henry sería el frío Bóreas, de eso no hay duda. Y, sí, Phillip se parece a Céforo, el dulce viento del Oeste.

Emma se estremeció al pensar que alguien podía haber leído sus estúpidas fantasías.

Más tarde advirtió un color distinto que se transparentaba desde la otra cara del papel. Ella siempre escribía en tinta azul gálica. Cuando le dio la

vuelta a la hoja, se quedó paralizada.

Porque allí, en la otra cara, detrás de las líneas, alguien había hecho un dibujo en tinta negra y pintura roja. Se trataba de una pieza de ajedrez, una reina blanca... con la cabeza cortada. La sangre le manaba en abundancia del cuello.

Emma sintió que se le encogía el estómago. ¿Quién había hecho aquel dibujo? ¿Se trataba de una amenaza?

De pronto se abrió la puerta. Emma dio un respingo y se giró para ver quién era.

Morva la contemplaba desde el umbral.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí. Solo me ha asustado, nada más.

La criada observó el dibujo con ojos asustados.

Al darse cuenta, Emma se apresuró a dejar la hoja encima de la mesilla, con el dibujo boca abajo.

—Ayúdeme a asearme, por favor —dijo—. Me temo que esta mañana voy con un poco de retraso.

Cuando Morva terminó de vestirla y abandonó la habitación, Emma volvió a coger el dibujo. Esta vez trató de estudiarlo fríamente.

A primera vista parecía un dibujo tosco, compuesto por rápidos trazos de tinta y unas torpes pinceladas de pintura. El dibujo de una persona poco cuidadosa. Pero, cuando lo inspeccionó con más detenimiento, el contorno llamó su atención. El dibujo representaba claramente una pieza de ajedrez, con los pies tallados sobre la base circular. La postura estática de la figura mostraba que no era una persona real, sino un objeto. ¿O tal vez estaba imaginando cosas que no estaban en el dibujo? En cualquier caso, se notaba cierta maestría, aunque el chorro de sangre emborronara las líneas, dándole un aspecto chapucero. Rowan era un artista y sabía pintar y dibujar. ¿Lo habría hecho él?

Pero no podía ignorar que el dibujo representaba una pieza de ajedrez y que acababa de regalarle a Adam un juego completo. Además, no era la primera vez que Adam se colaba en su habitación. Pero... ¿por qué iba a dibujar una cosa tan horrible? ¿Así le agradecía el regalo que le había hecho?

Entonces se le ocurrió una cosa. Emma observó la reina más de cerca: los detalles del vestido, los rasgos faciales y la corona. La figura se parecía mucho a la reina blanca de su juego de ajedrez, la que había perdido hacía tantos años. ¿Cómo era posible que alguien la hubiera dibujado con tanta exactitud? Porque aquel juego se caracterizaba por una cosa: el rey y la reina blanca eran totalmente distintos a los negros. Los blancos tenían los rasgos faciales característicos de Oriente, en contraste con el estilo africano de las piezas negras. Posiblemente, alguien había visto el resto del juego y había imitado el estilo de la pieza que faltaba. Pero... ¿cómo pudo hacerlo con tanta precisión? Era cierto que ella misma confiaba en su memoria, pero había algo tremendamente familiar en aquella reina. Emma podía *reconocerla* a la perfección.

Aquel pensamiento la llevó a Henry Weston. Emma siempre sospechó que fue él quien robó la reina blanca. Sin embargo, hacía mucho que la pieza había desaparecido. Probablemente, ni siquiera Henry la conservaba. Por tanto, tampoco él podía recordarla con tanto detalle. ¿Pero qué otra persona podía haber hecho el dibujo? Rowan, Julian y Adam ni siquiera habían visto la pieza original. Ni Phillip tampoco. La pieza ya había desaparecido cuando él llegó a la academia.

Emma volvió a observar el dibujo y sintió un escalofrío. ¿Seguiría Henry guardándole rencor después de tantos años? No podía creerlo. Últimamente habían limado asperezas, y Adam había hecho surgir cierta amistad entre los dos. Pero... ¿y si había malinterpretado la situación y se había engañado a sí misma?

Emma sacudió la cabeza. No. Henry era incapaz de hacer una cosa así. Probablemente se había confundido y la copia no era tan exacta. Seguramente la había dibujado alguien que nunca había visto la pieza original. ¿Y si había sido Adam? Emma no le creía capaz de semejante crueldad, pero puede que Adam escondiera algo bajo su apariencia inocente.

¿Qué podía hacer? ¿Debía mostrar el dibujo? Emma no quería enseñárselo a su padre. No quería preocuparle. ¿Pero a qué otra persona podía enseñárselo? ¿A Lizzie? ¿A Phillip? ¿O a Henry?

Emma se imaginó a lady Weston mirándola con desaprobación y

acusándola de tener demasiada imaginación. O saliendo en defensa de sus «queridos» hijos. Pero tampoco quería culpar a Adam. En el fondo de su corazón, deseaba creer que era tan inocente como parecía.

Luego se acordó de las bromas que solían gastarle sus alumnos en la Academia Smallwood. Pronto aprendió que lo mejor era ignorarlas. Cuando se privaba a los chicos de la satisfacción de verla enfadada, las bromas perdían su efecto. Así que decidió usar la misma técnica.

Emma escondió el dibujo en su diario y terminó de arreglarse.

Unos minutos después bajó a desayunar. Cuando estaba a punto de subir a la sala de estudio, Lizzie la interceptó en las escaleras.

—Menos mal que la he encontrado. ¿Podría acompañarme al pueblo? Me he encaprichado de un sombrero nuevo y me gustaría probármelo. Por favor...

—Lo siento, Lizzie, pero no puedo. Me esperan en la sala de estudio —respondió Emma—. Tal vez más tarde.

—¿Cuándo? —preguntó Lizzie con ojos brillantes.

—No sé. ¿A las diez? ¿A las once?

—Está bien, la esperaré —dijo Lizzie, haciendo una mueca de disgusto—. Pero dese prisa, por favor.

Emma subió a ayudar a su padre, que estaba tratando de explicar el significado de la teoría copernicana, teoría que cambió para siempre nuestra visión del universo.

Luego pasaron al explorador James Cook, que también había sido un poco astrónomo. Siguiendo la indicación de su padre, Emma retomó la clase en ese punto, señalando las contribuciones más significativas del explorador y sus más importantes expediciones, mientras mostraba el itinerario de sus viajes en el globo terráqueo. Aquel hombre había recorrido gran parte del mundo, navegando desde Inglaterra hasta América del sur, África, el Antártico y mucho más. Su vida había sido fascinante. Sin embargo, Emma tuvo que mencionar el coste de aquella existencia tan aventurera: James Cook murió a manos de los nativos de las islas Sandwich en 1779.

Después de la clase, Emma salió de la sala para encontrarse con Lizzie. Pero antes decidió bajar a su habitación para coger su capa, su sombrero y sus guantes. También quería guardar su diario en la cómoda. No pensaba permitir

que alguien volviera a «tomarlo prestado».

Cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver a Lizzie sentada al borde de la cama, con su diario en las manos.

—¿Se puede saber qué está haciendo?

Lizzie se apresuró a cerrarlo.

—Lo siento, es que estaba muy aburrida... Llevo esperándola una eternidad.

—¿Nadie le ha enseñado que no se debe curiosear en las cosas de los demás?

Lizzie se encogió de hombros.

—Solo Henry —la muchacha extrajo la página arrancada con el dibujo y la agitó como si fuera una bandera—. Por cierto, ¿qué es esto?

Emma se acercó a ella y le arrancó la hoja de la mano. Luego le arrebató el diario de la otra.

—Esto no es asunto suyo.

—Es horrible. Morva me lo contó y quería verlo con mis propios ojos. ¿Piensa enseñárselo a lady Weston?

—No.

—¿No es esta la página del diario que le habían robado?

—Sí.

Lizzie sonrió, mostrando sus hoyuelos.

—Me ha sorprendido lo que ha escrito sobre Henry y Phillip. Es muy interesante.

Emma sintió que le ardían las mejillas con una mezcla de vergüenza e indignación.

—No debería haberlo hecho. ¿Le gustaría que yo leyera su diario privado?

—Yo no tengo diario —respondió Lizzie—. Nunca se me ha ocurrido escribir mis secretos para que todo el mundo pueda leerlos y luego utilizarlos en mi contra. No soy tan estúpida.

¿Qué clase de secretos escondería Lizzie?, se preguntó Emma. ¿Aparte de su amor por uno de los hermanos Weston?

—¿Usted sabe quién ha sido? —preguntó Emma.

Lizzie la miró con malicia.

—Claro. ¿Usted no?

—No. Aunque tengo una ligera idea.

*En realidad, varias*, pensó Emma para sus adentros.

—Pues está bastante claro —dijo Lizzie.

Emma parpadeó.

—¿Ah, sí? ¿En quién está pensando?

Lizzie sacudió la cabeza.

—Ah, no. No pienso acusar a nadie. Y menos en esta casa. Ya le he dicho que no soy ninguna estúpida.

Después de aquella invasión de su privacidad, Emma estuvo a punto de negarse a acompañar a Lizzie. Pero al final accedió. En primer lugar porque lo había prometido. Y en segundo lugar porque Lizzie Henshaw le parecía una joven muy misteriosa: un puzle que aún no sabía cómo encajar. O tal vez le gustara su compañía. En cualquier caso, Emma se encontró recorriendo con Lizzie el sendero escarpado que conducía a Ebford, escuchando su charla incesante y preguntándose qué pensaría la joven de lo que había leído en su diario. Y lo que más temía: si acabaría contándoselo a alguien.

Cuando llegaron a la sombrerería de High Street, Lizzie señaló el objeto de su deseo en el escaparate. Se trataba de un sombrero adornado con cintas, encajes y una guirnalda de rosas. Emma fingió admiración por el sombrero y se escandalizó de su precio exorbitado. Luego pasó una hora mirando escaparates y visitando tiendas antes de emprender el camino de vuelta.

Al salir de Ebford, el sendero pasaba por delante de varias casas. En el jardín de una casita blanca ligeramente apartada de las demás, vieron al señor Teague limpiando pescado. El hombre interrumpió su tarea para llamarlas.

—¿Qué hacen unas damas tan *finas* en un pueblo tan miserable como este? —preguntó.

Su tono era irónico y burlón.

Lizzie miró a Emma.

—Solo estábamos mirando escaparates —dijo, alzando la barbilla.

—¿Ha venido a comprar más periódicos, señorita? —preguntó Teague, mirando a Emma—. He oído que le interesan mucho las noticias. Eso y muchas otras cosas que no le conciernen.

Emma se sentía avergonzada. No sabía qué decir.

—En realidad hemos venido a mirar un sombrero, si tanto le interesa —dijo Lizzie, tomando a Emma del brazo—. Vámonos.

Lizzie empezó a tirar de ella.

Antes de partir, Emma se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro.

Sin apartar los ojos de ella, el hombre cortó la cabeza del pescado de un hachazo.

— —

Aquella misma tarde, cuando Emma cruzaba el vestíbulo, lady Weston la llamó desde la sala de dibujo.

Suspirando, Emma forzó una sonrisa y entró. Lizzie estaba sentada en una silla con una revista en las manos. Ambas mujeres estaban vestidas para cenar.

Lady Weston estaba sentada en su sillón favorito, tan majestuosa como una reina.

—Señorita Smallwood, Lizzie me ha contado que le han devuelto la página de su diario.

Emma miró a Lizzie. La muchacha agachó la cabeza y fingió que leía su revista.

—Así es —admitió Emma.

—Si no le importa, me gustaría verla —dijo lady Weston alargando la mano, como si Emma llevara la página consigo.

En ese momento entró Phillip.

—¿Por qué quieres ver el diario de la señorita Smallwood, madre? —preguntó el joven—. Los diarios son privados.

Lady Weston frunció el ceño.

—Phillip, no tengo ningún interés en conocer los pensamientos de la señorita Smallwood, te lo aseguro. Sin embargo, Lizzie me ha contado que le han devuelto la página del diario con un dibujo. Un dibujo «nada agradable», según sus propias palabras. Así que me gustaría verlo.

Phillip miró a Emma con preocupación.

—¿Es eso cierto, Emma?

—Sí. Pero no pienso enseñárselo a nadie.

Phillip se acercó a ella.

—Pero debemos saber si alguien está dañando sus propiedades personales...

Emma se apartó. No estaba dispuesta a que Phillip, y menos lady Weston, vieran aquella página en particular.

—Estoy segura de que solo era una broma —dijo.

—¿Entonces fue Henry? —preguntó Phillip.

No era tan extraño que Phillip acusara a su hermano. Phillip conocía perfectamente las bromas que Henry solía gastarle en la Academia Smallwood.

—No, no creo. No quiero acusar a nadie.

—Enséñeme el dibujo, señorita Smallwood —dijo lady Weston, alargando la mano una vez más—. Conozco perfectamente a todos los habitantes de esta casa. En cuanto lo vea, sabré quién ha sido el culpable.

Al ver su expresión de disgusto, Phillip preguntó a Emma:

—Supongo que el dibujo no la muestra en un estado... digamos vergonzoso, ¿no? ¿Por eso no quiere enseñárnoslo?

Lady Weston empalideció.

—¡Dios mío, Phillip! ¡Qué cosas se te ocurren!

—No —contestó Emma, ruborizada—. En absoluto. Es más violento que vergonzoso.

—¿Violento? —repitió Phillip, frunciendo el ceño—. Dios mío, Emma. Entonces sí que hay razón para asustarse. Espero que no la estén amenazando.

—No... Seguro que no.

—A mí me puso los pelos de punta —dijo Lizzie en voz baja.

Phillip la miró con el ceño fruncido.

—¿Y tú qué hacías mirando el diario de la señorita Smallwood?

Lizzie agachó la cabeza, pero Emma vio que se había ruborizado. Era la primera vez que la veía arrepentirse de algo.

Phillip miró a Emma muy serio.

—Emma, debo pedirle que me enseñe el dibujo. Prometo no leer las

palabras que ha escrito. De lo contrario me quedaré muy preocupado.

Emma suspiró.

—Está bien. Ahora se lo traigo.

Unos minutos después, Emma salió de su habitación con la página del diario y empezó a recorrer el pasillo con las manos húmedas. Sabía que Phillip cumpliría su palabra y no leería lo que había escrito en la otra cara, o al menos no intencionadamente. Pero no esperaba la misma discreción por parte de lady Weston.

Cerca del rellano se encontró con Henry, que salía del ala norte.

—Señorita Smallwood, Adam está preguntando por usted —dijo el señor Weston, con cierta expectación en la voz—. ¿Le apetece venir a saludarle?

—Oh... Me encantaría, pero me temo que ahora es imposible. Me han... citado en la sala de dibujo.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—¿Que la han citado? ¿Quién?

—Lady Weston. Y Phillip.

Henry estudió su cara.

—¿Va todo bien? No parece muy contenta. De hecho, parece que va camino de la horca.

Emma suspiró.

—Yo... yo no quería hablarle a nadie del dibujo. Pero Lizzie vio la hoja que faltaba en mi diario y se lo contó a lady Weston. Y ahora ella me ha ordenado que se lo enseñe.

Henry trató de seguir su extraña explicación.

—¿Ha encontrado la página de su diario?

—Me la dejaron debajo de la puerta.

Henry frunció el ceño, sopesando sus palabras.

—No logro entenderlo. ¿Y por qué quiere verla lady Weston?

Emma volvió a suspirar. A continuación desdobló la página y dijo:

—Por favor, no lea lo que hay escrito en la otra cara.

Emma sostuvo la página delante de él, mostrándole el dibujo.

Henry lo observó con el ceño fruncido.

—¿Quién diablos ha dibujado esto? —preguntó.

Luego le arrancó el dibujo de las manos para observarlo más de cerca.

Aparentemente no había sido él, a no ser que fuera un excelente actor. A medida que pasaba el tiempo, Emma empezó a impacientarse.

—Le he dicho que no lo lea. Por favor, devuélvame. No quiero que lo lea nadie.

—Es un poco tarde para eso, ¿no cree? —dijo Henry, sonriendo.

Lentamente, Emma agarró la hoja de una esquina y se la arrancó de las manos.

—Discúlpeme. Me esperan en la sala de dibujo.

—Iré con usted.

Emma bajó trotando las escaleras, con Henry detrás. Cuando llegaron a la sala de dibujo, Henry abrió la puerta y la invitó a pasar, cerrando la puerta tras él.

Phillip le miró, muy sorprendido.

—Henry, ¿qué haces aquí tan pronto?

—Me he encontrado con la señorita Smallwood en el pasillo y me lo ha contado todo.

—¿Has visto el dibujo? —preguntó lady Weston.

—Sí, hace un momento.

Lady Weston volvió a alargar la mano. Esta vez, Emma sostuvo la hoja con firmeza.

—Yo se la mostraré, señora.

Emma se acercó a enseñarle la hoja, pero no demasiado cerca.

Phillip se aproximó a su madrastra y echó un vistazo por encima de su hombro.

—¿Qué demonios...? —murmuró.

—Bah —suspiró lady Weston—. Tanto escándalo para nada. Ni siquiera es un retrato suyo. Solo es una pieza de ajedrez. Parece la invitación a una revancha, nada más.

Henry apretó los dientes.

—Las piezas de ajedrez no sangran, señora.

Lady Weston lo miró con el ceño fruncido.

—¿No querrás ver una amenaza en un dibujo tan inocente?

—Tampoco parece una invitación a tomar el té —repuso Henry.

Lady Weston miró a Henry y luego a Emma.

—Espero que no estéis acusando a ninguno de mis hijos.

Emma respondió:

—Yo no estoy acusando a nadie, señora.

—Eso espero. Además, Julian y Rowan dibujan mucho mejor. Sé reconocer perfectamente su estilo —de pronto alzó la cabeza, como si se le hubiera ocurrido algo—. Oh, ya sé quién ha sido. ¿Quién hay en esta casa que sea capaz de hacer algo así? —la mujer miró a Emma de reojo. Luego prosiguió en términos vagos—: Es la primera vez que ocurre algo parecido. De pronto llega alguien y empiezan a desaparecer cosas, a oírse pasos por la noche y a aparecer dibujos repugnantes. Henry, debimos encerrarle con llave, pero tú no quisiste escucharme.

—Él no ha sido —insistió Henry, dilatando los agujeros de la nariz.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le retó lady Weston.

—Porque no está en su naturaleza.

—Discúlpame, Henry —dijo lady Weston—, pero hace menos de un mes que le conoces. Ignoras lo que es capaz de hacer y lo que no. No puedes asegurar que él no fue, a menos que fueras tú.

—¿Fuiste tú? —preguntó Phillip en voz baja.

—No —resopló Henry.

Antes de que pudiera añadir nada más, lady Weston prosiguió:

—Hasta lo que sabemos, es capaz de hacer eso y mucho más. Presta atención a mis palabras: si no empezamos a encerrarle en su habitación, acabaremos lamentándolo, especialmente la señorita Smallwood.

Henry miró fijamente a su madrastra.

—¿La señorita Smallwood? ¿Acaso la está amenazando?

—¿Quién, yo? —lady Weston acarició la cinta que llevaba atada en el cuello—. Por Dios, qué cosas se te ocurren. Yo no soy la que visita la habitación de la señorita Smallwood por las noches, dejándole dibujos extraños.

Emma se preguntó cómo podía saber que había encontrado el dibujo en su habitación.

—No creo que Adam quiera hacerme daño —dijo.

—¿Adam? ¿Desde cuándo le llama por su nombre? —la voz de lady Weston cortó el aire—. ¿Acaso no sabe que nadie debe acercarse a él?

*Dios mío.* Ahora había descubierto sus visitas al ala norte. Y a Henry también.

—Solo le he visto unas cuantas veces, señora —se apresuró a decir—. No pretendía desobedecer sus órdenes. Simplemente oí sus gritos y quise comprobar si le pasaba algo.

Lady Weston la estudió con escepticismo.

—Y, basándose en sus breves visitas, ¿pretende saber lo que Adam es capaz de hacer y lo que no? ¿No sabe que sir Giles tuvo que enviarle lejos de casa para que no hiciera daño a sus hijos? Y ahora llega usted y decide que es inofensivo. ¿Acaso es usted adivina, señorita Smallwood? ¿Acaso es usted Dios?

Emma sintió un nudo en el estómago.

—Por supuesto que no. No pretendía decir...

En ese momento fueron interrumpidos por sir Giles y los mellizos, que entraron riéndose de un percance que habían sufrido en sus ejercicios de tiro.

—Vaya caras más largas —dijo Rowan, después de contemplar la escena.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó sir Giles a su esposa.

Lady Weston señaló la hoja que Emma tenía en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó sir Giles.

El barón se volvió hacia Emma, que sostuvo la página para que pudiera verla.

—Ahora mismo no llevo encima mis lentes, pero me parece un dibujo pésimo. ¿Quién de vosotros ha sido? —preguntó, mirando a los mellizos.

—No culpes a Rowan —intervino Julian—. Solo porque sea artista y guarde pinturas en su habitación no significa que haya sido él. De hecho, una vez entré en la habitación de Adam y vi un montón de dibujos de batallas y escenas desagradables. Seguro que fue él.

Todos intercambiaron miradas silenciosas.

Henry estaba a punto de salir en defensa de su hermano mayor, pero un criado entró para anunciarles que la cena estaba lista.

Al darse cuenta de que llegaba tarde a su cena, Emma se disculpó y corrió a reunirse con su padre y el señor Davies, llevándose la página de su diario.

Durante la cena, John Smallwood preguntó al señor Davies por su educación.

El mayordomo se limpió la boca con una servilleta antes de responder:

—Debo admitir que fue bastante deficiente. Mis padres me mandaron a un colegio regentado por una profesora ciega, y luego con un hombre de noventa años. No se ría. Es verdad.

—¿Una profesora ciega? ¿Y cómo se las ingeniaba para corregir la ortografía y las redacciones?

Los ojos del señor Davies se iluminaron al recordar.

—Recuerdo que teníamos que recitar los ejercicios en voz alta. Además, la mujer tenía una cocinera que sabía leer. De vez en cuando, la cocinera revisaba nuestros trabajos, se los leía a nuestra profesora, y castigaba a todos los alumnos que hubieran recitado algo que no estuviera bien escrito.

El mayordomo notó que el señor Smallwood le miraba con escepticismo.

—Ya veo que no me cree. Pues debe saber que aquella mujer era mucho mejor profesora que el hombre de noventa años. Y mucho más agradable.

Emma terminó de cenar y dejó a los dos hombres discutiendo sobre la educación y sus distintas formas.

Cuando cruzaba el vestíbulo, se encontró con Henry al pie de las escaleras. Mientras subían juntos, Emma le dijo en voz baja:

—¿Usted creer que lady Weston tiene razón? ¿Que en realidad no conocemos bien a Adam? A pesar de su carácter tranquilo, a veces su comportamiento puede ser... en fin, algo impredecible.

Henry no respondió. Parecía sumido en sus propios pensamientos.

Emma prosiguió:

—Yo tampoco quiero creerlo. Pero Adam tiene las manos pequeñas, como la huella que apareció en el espejo. Y él mismo reconoció que tenía un soldadito igual al que yo encontré en mi habitación. Parece bastante probable que entrara en mi habitación en dos ocasiones diferentes. Si no lo ha hecho más.

—Eso no es tan extraño. Al fin y al cabo, esa era su habitación.

—¿De veras? Dios mío, no lo sabía.

—Me pregunto si se acordará —murmuró Henry.

—Supongo que sí. Eso lo explica todo. Al menos sus visitas nocturnas.

—Puede ser —respondió Henry—. Aunque también hay alguien que ha entrado en mi habitación y se ha llevado varios objetos personales.

Al llegar al rellano de la escalera, Emma miró a Henry con preocupación.

—¿De veras? ¿El qué?

Henry vaciló.

—Un frasquito de perfume de mi madre.

Emma se quedó mirándole.

—¿De perfume?

Henry se defendió:

—Conservo varios objetos suyos. Me ayudan a recordarla.

Emma se apresuró a decir:

—No me estaba burlando de usted. Yo también conservo cosas de mi madre. Simplemente me acabo de acordar del perfume que olí en mi habitación.

—Sí, yo también lo he pensado —dijo Henry, mientras seguían subiendo las escaleras—. Pero he buscado en la habitación de Adam y no está. Aunque reconozco que tampoco se lo he preguntado. Ni a él ni a nadie.

—Me pregunto si era él quien tocaba el piano por las noches... —musitó Emma—. Lady Weston insistió en que era Julian, pero yo no estoy tan segura.

—¿Tocaba bien?

—Muy bien.

—¿Ha visto alguna muestra de talento musical en Adam?

Emma reflexionó un momento.

—No...

—Claro que no. Presionar la misma tecla una y otra vez no es una muestra de talento.

—Cierto —admitió Emma, recordando lo que Henry le había contado—. Pero sí que sabemos que le gusta dibujar... escenas violentas.

Henry frunció el ceño.

—Sí.

Emma prosiguió:

—Sin embargo, la reina del dibujo es exactamente igual a la que perdí. Y nadie más la ha visto. Salvo...

—Salvo yo mismo.

—Sí. Lo siento, pero...

—No lo sienta. Soy yo el que tiene que disculparse. Fui yo el que se la robó. Y la he conservado todos estos años en la misma caja donde guardaba el perfume de mi madre. Desgraciadamente, ambas cosas desaparecieron de mi habitación hace una semana.

Emma se quedó perpleja al escuchar aquella confesión. También se dio cuenta de que eso implicaba una cosa: cualquiera pudo dibujar la reina. Tímidamente, preguntó:

—¿Y por qué la robó?

—Para molestarla. Fue un error, lo reconozco. Espero que me perdone.

—De acuerdo.

Henry inclinó la cabeza. Luego la miró por debajo de sus oscuros rizos.

—¿Realmente cree que yo hice el dibujo?

Emma tragó saliva.

—Reconozco que la idea se me pasó por la cabeza. Pero es lógico. Al fin y al cabo, usted conocía la pieza. Además, en el pasado me dio muchas razones para desconfiar de usted.

Henry respiró profundamente.

—Supongo que tiene razón. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora mismo no tengo ningún interés en molestarla. Ni en asustarla. Se lo prometo.

Emma sintió un nudo en el estómago al escuchar la calidez de su voz. Tuvo que pestañear, porque se sentía incapaz de mirarle a la cara.

—Emma, míreme.

La joven se obligó a mirar sus ojos verdes y se dio cuenta de que estaba siendo sincero.

—Emma, tiene usted mi palabra. Yo no fui.

La había llamado Emma. Le gustaba cómo sonaba su nombre en sus labios. Asintiendo, Emma respondió:

—Le creo.

—Bien —dijo Henry, suspirando—. Ahora tenemos que averiguar quién fue.

Henry comenzó sus pesquisas yendo a la habitación de Adam. En lugar de la visita informal que había planeado, decidió preguntarle por los objetos perdidos... y, de paso, por cualquier otra fechoría que hubiera cometido. Odiaba acusar a su propio hermano, pero no le quedaba más remedio.

Cuando abrió la puerta de su habitación, Adam levantó la vista de una fila de soldados.

—Buenas noches, Adam. He perdido una cosa y me preguntaba si podrías ayudarme a encontrarla. ¿Has visto un frasquito de cristal de este tamaño?

Adam esquivó su mirada. Su expresión de culpabilidad era innegable. El joven se levantó, cruzó la habitación hasta llegar a una maleta en la que guardaba sus pertenencias y la abrió.

Dándole la espalda, Adam preguntó:

—¿Era suyo? ¿De nuestra madre?

*Nuestra madre...* Henry sintió una mezcla de dolor y satisfacción al oírle decir aquellas palabras.

—Sí.

Adam se dio la vuelta con el frasco de perfume en las manos.

—Huele igual que ella.

—Lo sé.

Adam se lo entregó.

—Lo siento.

Henry quiso abrazar a su hermano y perdonarle, pero se contuvo. Estaba dispuesto a averiguarlo todo. Si Adam había robado una cosa, ¿por qué no iba a robar la otra? Al fin y al cabo, su hermano poseía el resto del juego. Y, si había sido capaz de robarle el frasco de perfume —aunque fuera un hurto sin importancia—, ¿por qué no iba a robar la reina?

—Gracias —dijo Henry—. Phillip quería verlo. Cuando termine, te lo devolveré. ¿De acuerdo?

Adam asintió.

—Tengo que preguntarte otra cosa, Adam —dijo Henry, suspirando—. ¿Por casualidad no habrás cogido una pieza de ajedrez de mi habitación? Es la reina blanca del juego de ajedrez que te dejó la señorita Smallwood.

Adam le miró con sus enormes ojos azules.

—Emma dice que esa pieza se perdió.

—Sí, ya lo sé —¡qué hipócrita era, acusando a su propio hermano!—. Yo se la quité. Quise devolvérsela... —*siete años más tarde*—, pero ha desaparecido de mi habitación. ¿La has visto?

Adam negó con la cabeza. Y lo hizo con tanta energía, con tanta convicción, que no le quedó más remedio que creerle.

Henry echó un vistazo a los dibujos de la pared y al montón que había encima de la mesa. Era muy difícil determinar si eran del mismo estilo que la reina decapitada.

Luego se obligó a preguntar:

—Una última cosa, Adam. Sé que te encanta dibujar. ¿Por casualidad no le habrás dado a la señorita Smallwood... uno de tus dibujos?

Adam frunció el ceño, confundido.

—No. ¿Quiere uno?

—No... Da igual, olvídale.

Henry volvió a darle las gracias. Luego se disculpó y regresó a su habitación.

# Capítulo 19

*La península de Cornualles... esa antigua  
trampa mortal para los barcos,  
con su hilera de negros acantilados  
y arrecifes azotados por las olas, donde  
encontraron la muerte innumerables marineros.*

Sir Arthur Conan Doyle

LOS días después, desde la ventana de la sala de estudio, Emma observó la actividad que se desarrollaba junto a la costa. Henry Weston hablaba con el señor Davies. Ambos consultaban un enorme rollo de papel – probablemente, unos planos de construcción–, mientras unos trabajadores descargaban unos postes de madera de una carreta. Emma se preguntó qué estarían haciendo. El señor Davies les había contado que el señor Weston planeaba construir algo en esa zona, pero no quiso entrar en detalles.

Su padre terminó su clase y dejó salir a los mellizos a descansar. Julian se fue en busca de Lizzie; Rowan comentó que la luz era perfecta y que iba a salir al jardín a pintar.

Como estaba hambrienta, Emma bajó al cuarto del mayordomo, deseando que quedara un poco de té y algunos dulces.

Cuando llegó al umbral de la puerta, se sorprendió al encontrar a un hombre sentado a la mesa, tomando una taza de té y leyendo un periódico.

—Disculpe –dijo, reconociendo al señor Teague.

El hombre la saludó con la cabeza. Luego tomó un largo sorbo de té.

—Si está buscando al señor Davies —dijo Emma—, debo decirle que está fuera, trabajando en un proyecto con el señor Weston.

—Está cumpliendo órdenes, nada más —refunfuñó el hombre.

—¿Ah, sí? La verdad es que no lo sé. Creo que planean construir algo.

—Van a construir un engendro que solo nos traerá problemas.

—Estoy segura de que el señor Weston no piensa construir ningún engendro.

El señor Teague sacudió la cabeza.

—Ya lo creo que sí, y además está muy orgulloso. El dinero y la juventud son una mala combinación. Ese joven está metiéndose donde no le llaman.

Emma frunció el ceño. No sabía a qué se refería exactamente, pero no le gustaba cómo hablaba aquel hombre de Henry Weston.

El señor Teague siguió leyendo su periódico. Emma advirtió que no miraba la página de las noticias, sino la de anuncios.

—Me temo que nunca nos han presentado formalmente —dijo Emma—. Lo único que sé es su nombre, el señor Teague. Yo soy la señorita Smallwood. Mi padre es el tutor de los mellizos Weston. Yo soy su ayudante.

—Sé perfectamente quién es usted.

Su tono era de todo menos amistoso. Al contrario de lo que Emma esperaba, el hombre no quiso explicar cuál era su relación con la familia, ni qué estaba haciendo allí.

Emma se olvidó de que tenía hambre y deseó estar en cualquier sitio menos en aquel cuarto, con aquel hombre tan desagradable.

—Bueno, si me disculpa —dijo—, creo que voy a salir a ver qué están construyendo.

—Problemas, eso es lo que están construyendo. Pero no durará mucho, se lo aseguro.

Emma tomó su capa, su sombrero y sus guantes y abandonó la mansión. Salió por la puerta del jardín y recorrió la llanura cubierta de hierba. Hacía sol, pero un viento helado agitaba las cintas de su sombrero.

Delante de ella vio a Rowan, que había colocado el caballete y estaba destapando sus pinturas. Una ráfaga de viento volcó el caballete. El lienzo salió rodando por la hierba, y Rowan tuvo que correr para perseguirlo. Emma

se apresuró a recogerlo.

—Buenos días, Rowan —dijo, entregándole el lienzo—. ¿Qué piensa pintar hoy?

—A los hombres construyendo el campanario, supongo.

—¿Un campanario? ¿Aquí?

—Bueno, en realidad es una torre de vigilancia.

—Oh —Emma observó a los hombres, que estaban hundiendo el primer poste en un agujero—. Bueno, tal vez me acerque a echar un vistazo. Así le dejaré pintar tranquilo.

Emma se despidió de Rowan y siguió avanzando hacia la costa. Los hombres ya habían clavado un segundo poste y estaban colocando un travesaño. Después de observar los planos, Henry se acercó a ellos y sostuvo el travesaño en su sitio mientras el carpintero lo clavaba en un poste y luego en el otro.

Emma los observó unos minutos mientras repetían el mismo proceso con los puntales. Los hombres hicieron un pequeño descanso para enjugarse la frente. Al verla, Henry levantó una mano para saludarla. A continuación se acercó a ella.

—Buenos días, señorita Smallwood. ¿Qué le trae por aquí en un día tan desapacible como este?

—Quería saber qué están construyendo.

—Es una torre de vigilancia. Desde aquí será más fácil avistar los barcos en peligro. Cuando demos la alarma, los trabajadores del puerto tendrán más tiempo para organizar el equipo de rescate.

Henry cogió los planos de manos del señor Davies y los desenrolló, mostrándole una torre parecida a un cadalso, con un puesto de observación y una campana.

—Llevo varios años luchando para tener un equipo de rescate profesional —siguió diciendo—. Pero me he topado con todo tipo de resistencias por parte de los pescadores, los habitantes del pueblo y los terratenientes. Cada uno esgrime una razón distinta. Después del naufragio de esta primavera, decidí que ya estaba harto de esperar. Así que me he puesto manos a la obra.

Henry se disculpó un momento. Luego anunció que la jornada había

terminado, dio las gracias a los trabajadores y les pidió que estuvieran allí a primera hora del día siguiente. Finalmente corrió a reunirse con Emma.

—Admiro sus esfuerzos —dijo Emma—, pero debo confesar que me sorprende verle tan implicado en un proyecto como este.

—Entonces le explicaré por qué, aunque no es una historia de la que me sienta orgulloso. De hecho, el recuerdo todavía me atormenta.

Henry le indicó que tomara asiento en uno de los bancos del paseo. Él se quedó de pie, observando el mar y sumido en sus pensamientos.

—Hace cinco años, cuando regresaba de Oxford para las vacaciones de Pascua, presencié un naufragio en este mismo lugar —Henry señaló las rocas dentadas que asomaban en el mar, a cierta distancia del rompeolas—. Vi un barco con las velas destrozadas estrellándose contra las rocas de allí. Intenté gritar, pero nadie podía oírme desde aquí, y menos con este viento. De modo que bajé corriendo por el sendero del acantilado. Pero, cuando llegué al puerto y conseguí avisar a los pescadores, el barco estaba hecho pedazos.

Henry frunció el ceño.

—Más tarde me enteré de que era un navío irlandés, que iba cargado de mantequilla para venderla en Francia. En cuanto el barco chocó contra las rocas, un muchacho se quitó su abrigo y se tiró por la borda. Normalmente ese suele ser el final. Muy pocos hombres consiguen vencer la resaca. De hecho, lo perdimos de vista y dimos por sentado que había muerto. Pero entonces el joven emergió a la superficie y empezó a nadar hacia la orilla, como si fuera un pato en un estanque.

»El resto de la tripulación, sin embargo, permaneció en cubierta. Estaban demasiado asustados para saltar. Y con razón. Los pobres gritaban pidiendo ayuda, pero ninguno de los que estábamos en la orilla acudimos a rescatarlos. Estaban demasiado lejos para tirarles una cuerda, y no podíamos salir a buscarlos en una barca con aquellas olas tan gigantescas, por mucho que el señor Bray estuviera dispuesto a intentarlo. Eso es lo que pensé yo y el resto de las personas que estábamos en la orilla aquella noche. De esa forma conseguimos justificarnos y acallar nuestras conciencias, mientras nos quedábamos de brazos cruzados observando cómo moría la tripulación.

Henry sacudió la cabeza, con los ojos perdidos en el recuerdo.

—Cuando el barco terminó de romperse, los pobres marineros subieron al punto más alto, hasta que una ola los arrastró. Finalmente cayó el mástil y toda la tripulación se ahogó. Pero ese no fue el final. Partes del barco y las mercancías empezaron a ser arrastradas hacia la orilla. Uno de aquellos desgraciados se había atado al mástil y la vela le cortó en dos.

Henry suspiró.

—Fue horrible lo que vi aquella noche en la playa, entre los restos del naufragio. Se me ocurrió mirar debajo de una barca volcada y tuve que retroceder, asqueado. Un tonel de mantequilla estaba hecho pedazos, mezclado en la arena con... —Henry tragó saliva—. Desde ese día no he vuelto a probar la mantequilla.

Emma sintió un nudo en el estómago.

—Las gaviotas bajaron en picado a llevarse lo que quedaba —prosiguió Henry—. Más tarde empezaron a aparecer los contrabandistas, como los cangrejos que se arrastran por la arena, para llevarse las monedas de oro de los bolsillos de los cadáveres, los relojes y los anillos.

Henry volvió a sacudir la cabeza.

—Los agentes de policía se esforzaron en salvar la mayor parte de la mercancía y mantener a raya a los contrabandistas. Reunieron unos mil toneles de mantequilla y los guardaron en los almacenes de pescado. Al poco tiempo llegó el señor Bray y montó guardia en la puerta. Pero ocho hombres se acercaron a los almacenes y le dijeron que querían la mantequilla, y que no se irían de allí hasta conseguirla. Todos eran contrabandistas reconocidos, entre ellos Derrick Teague. Comenzó una pelea.

»Yo temía por la vida del joven que había sobrevivido porque, por su culpa, la mantequilla que había salido a la superficie no podría comercializarse legalmente. De modo que le agarré del brazo y lo arrastré hasta casa —Henry suspiró profundamente—. Aquella fue la peor noche de mi vida.

—Al menos lo salvó —dijo Emma.

—Sí, pero solo a él —Henry frunció el ceño—. Debí hacer mucho más.

Emma sintió compasión por él.

—Sí, pero entonces era usted muy joven.

—No. Ya tenía diecinueve años. Era un hombre hecho y derecho. O al menos debí comportarme como tal.

—Pero usted mismo dijo que no se podía hacer nada. Que no merecía la pena arriesgar la vida por...

—Todos tenemos que morir, señorita Smallwood —le interrumpió Henry—. Pero no todos lo haremos por algo que merezca la pena. ¿No es mejor morir para salvar la vida de otra persona que quedarse de brazos cruzados sin hacer nada? Desde entonces me prometí que la próxima vez que me viera en la misma situación —y todos sabemos que habrá una próxima vez, teniendo en cuenta la cantidad de naufragios que se producen en esta zona— no dudaría en actuar.

Emma contempló el perfil de Henry, fascinada y conmovida por las emociones que veía en él.

—Bueno, pues ya está actuando. Y debo admitir que estoy impresionada.

—¿La señorita Smallwood impresionada? —Henry la miró de reojo con sus ojos verdes—. Eso sí que es un hecho histórico.

— —

Al día siguiente, la señorita Smallwood volvió a acercarse a ver cómo iba la torre. La acompañaban Rowan y Julian, que tenían el día libre. Su tutor había ido con el vicario a una conferencia patrocinada por la Real Sociedad Geográfica de Cornualles. De los habitantes más jóvenes de la mansión, solo Phillip y Lizzie no se encontraban entre ellos. Y Adam, por supuesto. Henry quería que lady Weston concediera un poco más de libertad a su hermano mayor. Y no pensaba parar hasta conseguirlo.

No obstante, de momento estaba satisfecho con la construcción de la torre. La base, el cuerpo y el puesto de observación estaban terminados, y el carpintero estaba ultimando la barandilla.

—Buenos días, señor Weston —dijo Emma—. ¿Cómo van las obras?

—Muy bien, gracias. He encargado la campana en una fundición de los alrededores, pero todavía no está lista. De lo contrario, podríamos terminarla esta misma semana.

Emma sonrió.

—Cuánto me alegro.

Su sonrisa hizo despertar sentimientos extraños en el corazón de Henry.

A su lado, sus hermanastros observaron la torre con expresión de disgusto.

—Parece una guillotina —dijo Rowan.

—O una horca —añadió Julian.

Henry tuvo que admitir que los mellizos llevaban parte de razón. Las similitudes eran evidentes. La estructura de la construcción era muy rudimentaria: una torre de andamios de madera y una escalerilla para llegar al puesto de observación, que se alzaba a cuatro metros del suelo.

Cuando tuvieran lista la campana, la colocarían en el cadalso, colgando de un contrapeso. Henry señaló hacia arriba y explicó dónde colocarían la campana y cómo la harían sonar.

—¿Y por qué no lleváis la cuerda hasta el suelo? —preguntó Rowan.

Henry ya había pensado en eso.

—Quiero que haya una persona en el puesto de observación que toque la campana desde arriba. Pero a lo mejor hacemos un agujero para llevar la cuerda hasta el suelo. De ese modo, la campana también podrá tocarse desde abajo. Buena idea, Rowan.

Rowan levantó las manos, como si le hubieran acusado de hacer algo malo.

—No me des las gracias, no ha sido idea mía.

—No pongáis la cuerda demasiado larga —dijo Julian en tono sombrío—. No vaya a ser que nos cuelguen a todos.

Henry se quedó perplejo. Por el rabillo del ojo, vio que la señorita Smallwood fruncía el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó a su hermanastro.

Julian se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes que hay muchas personas que están en contra de esta torre.

—¿Te refieres a los contrabandistas?

—Muchos de nuestros vecinos consideran que las mercancías de los naufragios les pertenecen.

—Lo sé, pero salvar vidas es mucho más importante.

Julian resopló.

—Depende de qué vidas.

Henry se escandalizó.

—¿Cómo puedes decir eso? —amonestó a su hermanastro—. A los ojos de Dios, todos somos igual de importantes.

—Esa es una forma de verlo —dijo Julian—. Lo único que espero es que no nos causes problemas a los demás.

Henry se quedó impresionado por las palabras de su hermanastro. En su fuero interno, deseó que no tuviera razón. Al ver la cara de preocupación de la señorita Smallwood, dijo:

—Si hay consecuencias, espero que recaigan sobre mí, y no sobre vosotros.

Julian le sostuvo la mirada. La luz del sol se reflejó en sus ojos grises como el hielo.

—Pues ten cuidado con lo que desees, no vaya a hacerse realidad.

—¿Sabes cómo llaman a la horca en el dialecto de esta región? —intervino Rowan, con los ojos clavados en la torre.

Henry se quedó sorprendido ante el cambio de tema.

—No. ¿Cómo?

Rowan no respondió, pero Julian dijo en voz baja:

—*Derrick*.

*Derrick*... Aquella palabra resonó en su mente. Ese era el apellido del más famoso contrabandista del pueblo: Derrick Teague.

Al cabo de un rato, los mellizos anunciaron que iban a dar un paseo por el pueblo. Los dos se alejaron a buen paso, dejando a Emma y a Henry sumidos en un incómodo silencio.

Emma estaba a punto de disculparse y regresar a la casa cuando una carreta tirada por un burro subió por el sendero del acantilado. La carreta se detuvo un momento junto a los mellizos y Rowan señaló en su dirección. El mozo les dio las gracias con la mano y se dirigió hacia ellos. No llevaba ningún pasajero ni ninguna mercancía visible.

Henry alzó la voz:

—¿Qué pasa, Tommy?

El mozo sacó una carta del bolsillo y la agitó en el aire.

—Es un mensaje para el señor y la señorita Smallwood.

Emma se acercó a la carreta.

—Yo soy la señorita Smallwood.

Tommy le entregó la carta. Emma reconoció la letra al instante.

—Es de tía Jane.

Henry se sacó una moneda del bolsillo y pagó al mozo.

—Gracias —dijo Emma, mientras desdoblaba la carta—. Se lo devolveré más tarde.

—No se preocupe. Espero que sean buenas noticias.

Emma leyó la carta rápidamente y le miró muy sorprendida.

—Dios mío. Tía Jane está ahora mismo en la posada de Stratton.

Mientras la carreta se alejaba, Emma leyó la carta una vez más:

*Buenos días, queridos.*

*He venido a Cornualles para acompañar a su casa a una de mis alumnas (su madre está enferma y me lo ha pedido encarecidamente). Como estaba por la zona, pensé en haceros una visita.*

*Sin embargo, leyendo vuestras cartas he deducido que los invitados no son siempre bienvenidos en la mansión Ebbington, así que he pensado esperaros aquí, en la posada. Mi carruaje parte esta misma tarde, a las dos. Si no podéis venir a verme, lo entenderé. Pero, si lo hacéis, os estaré muy agradecida. En cualquier caso, quiero que sepáis que me encuentro perfectamente y que os echo mucho de menos.*

*Con cariño,*

*Jane*

—¿Y por qué no viene aquí? —preguntó Henry.

—No quiere llegar de repente, sin avisar...

—Me imagino que está enterada de cómo fueron recibidos usted y su padre.

Emma se mordió el labio.

—Me temo que sí.

—Jane Smallwood será muy bien recibida, se lo aseguro —insistió Henry.

—Gracias.

Emma consultó su reloj de bolsillo y frunció el ceño. La conferencia a la que había ido su padre duraría unas cuantas horas. Su padre no volvería hasta última hora de la tarde.

—Su coche parte dentro de tres horas —dijo Emma—. Si espero a que regrese mi padre, no podré verla.

—Acompáñeme —dijo Henry—. Vamos a los establos. Iremos en mi calesín.

Emma empezó a protestar:

—Se lo agradezco, pero...

—No hay peros que valgan, señorita Smallwood. Tiene que ver a su tía. Además, a mí también me apetece verla. Así que, si no le importa, iré con usted a saludarla y luego las dejaré a solas.

—Muy bien. Ella también se alegrará de verle.

Unos minutos más tarde, Emma y Henry iban camino de Stratton en un calesín abierto de dos ruedas, tirado por dos caballos blancos. Diez o quince minutos después, el ligero carruaje los llevó a su destino.

Cuando llegaron a la puerta de la posada, que se encontraba al final de High Street, Henry llamó a un mozo para que se encargara de los caballos, se apeó de un salto y le ofreció a Emma una mano para ayudarla a bajar.

A sus espaldas, la puerta de la posada se abrió, y Jane Smallwood corrió a su encuentro. Al parecer, los había visto llegar desde la ventana.

—¡Emma! —exclamó la mujer, con los brazos abiertos.

Emma abrazó a su tía con lágrimas en los ojos. La había echado tanto de menos...

Luego se volvió hacia Henry.

—Tía, supongo que te acuerdas del señor Weston.

—Por supuesto —dijo la mujer, sonriendo—. Henry, cuánto me alegro de verle.

—Yo también, señorita Smallwood. Tiene usted muy buen aspecto. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, gracias. Y ahora, que estoy con mi sobrina, mucho mejor. Gracias por traerla hasta aquí.

—Ha sido un placer. Lo único que siento es que el señor Smallwood no haya podido venir. Ha salido a pasar el día fuera. ¿No puede quedarse más tiempo? Estaríamos encantados de alojarla en la mansión Ebbington...

—Gracias, pero no puedo. He dejado a mis alumnas al cuidado de la doncella y la señora Malloy. ¿Se acuerda de la señora Malloy?

—Sí. Siempre ha sido una mujer muy capaz.

—Desde luego. Pero tiene mucho trabajo como cocinera y ama de llaves de los inquilinos de mi hermano, y no puedo pedirle que se ocupe de todo. Gracias, de todas formas.

—Muy bien. Ahora las dejaré un rato a solas para que puedan charlar — Henry se volvió hacia Emma—. Señorita Smallwood, puede hablarle a su tía de Adam. Confío plenamente en su discreción —a continuación subió al calesín—. Volveré a las dos para despedirla y recoger a Emma.

Jane volvió a sonreír.

—Muy amable de su parte, Henry. Muchas gracias.

La mujer le vio partir con los ojos brillantes.

—Vaya —dijo—. Qué agradable sorpresa.

—Sí —dijo Emma—. El señor Weston está lleno de sorpresas.

—¿Ah, sí? —la tía Jane arqueó una ceja.

Emma se apresuró a explicar que se refería únicamente a sus proyectos. Luego describió la torre de vigilancia que Henry estaba construyendo y su trabajo en el ayuntamiento del pueblo.

—Sí que es sorprendente —admitió su tía, mientras abría la puerta de la posada—. Veo que os lleváis mucho mejor que antes.

—Sí, supongo que sí.

Las dos mujeres entraron en la posada y tomaron asiento en una mesa, donde Jane había dejado su maletín y su abrigo. Jane pidió al posadero que les sirviera un pequeño refrigerio. Luego le preguntó a Emma:

—¿Y quién es ese *Adam* que ha mencionado Henry?

Emma se acercó a ella y confesó todo lo que sabía sobre Adam Weston. Luego terminó diciendo:

—Pensaba escribirte para contártelo, pero no sabía si era buena idea. Pensé que la carta podía perderse. Ni siquiera se lo he contado a padre.

Jane asintió.

—Me sorprende que lady Weston quiera guardar el secreto después de todo lo que ha pasado.

—Es una pena.

—Sí. ¿Y qué opina Phillip de todo esto?

Emma había mencionado en una de sus cartas que Phillip había vuelto de Oxford.

—Se siente atrapado entre los deseos de Henry y los de su madrastra.

Jane se quedó pensando.

—Lo comprendo. Debe de ser muy extraño reunirse con un hermano que no conoces.

Las dos señoritas Smallwood siguieron charlando sobre otros temas. Emma le habló del buen humor de su padre. Jane, por su parte, le contó las últimas noticias de Longstaple: su inquilina, la señorita Welborn, había pedido a su hermana soltera que se fuera a vivir con ella para ayudarla con los niños. Y el señor Gilcrest había vendido la fundición para comprar una más grande en Plymouth.

—Cuánto lo siento —dijo Emma, pensando que ya no habría ninguna excusa para que el admirador de su tía Jane, el señor Farley, volviera a Longstaple. Qué mala suerte.

El posadero les trajo té y una comida ligera, y su conversación se dirigió hacia otros asuntos. El tiempo pasó muy rápido, y enseguida llegó el coche de la tía Jane.

Como había prometido, Henry apareció poco después y subió el maletín de su tía al carruaje.

—Por favor, venga cuando quiera a la mansión Ebbington —dijo Henry—. Siempre será bienvenida, señorita Smallwood.

—Gracias, Henry. Lo pensaré.

Jane abrazó a Emma y subió al coche. Cuando el resto de los pasajeros estuvieron sentados, el oficial de la posta se subió a la parte de atrás del carruaje e hizo sonar el cuerno. Inmediatamente, los caballos se pusieron en

marcha. Mientras el coche se alejaba por la calle, Jane les dijo adiós desde la ventana y Emma la imitó con lágrimas en los ojos.

Finalmente, Emma suspiró y se dio la vuelta, forzando una sonrisa.

—Ya podemos irnos —dijo.

Henry le tendió una mano para ayudarla a subir al calesín, y ella colocó la suya encima. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que Henry le apretaba la mano más tiempo del necesario.

# Capítulo 20

*Cuando tiene lugar un naufragio –que puede producirse a un tiro de piedra de tierra firme–, los marineros suelen perecer ante aquellos que contemplan la escena desde la orilla, que no pueden hacer otra cosa que ser testigos inútiles de la tragedia.*

A. K. Hamilton Jenkin,  
editor de *Historia de los naufragios*

**A** L día siguiente, una preciosa mañana de junio, Emma decidió acompañar a su padre en su paseo por la costa. Cuando bajó al vestíbulo, el señor Davies le informó de que su padre ya había salido, pero que, si se daba prisa, aún podría alcanzarle. Después de darle las gracias, Emma corrió hacia la puerta y casi se tropezó con Henry Weston, vestido con ropa de montar.

—Buenos días, señorita Smallwood –dijo Henry, quitándose la chistera–. ¿Adónde va con tanta prisa?

—Quería ir con mi padre a dar un paseo.

Henry le abrió la puerta.

—La acompañaré hasta los establos.

Mientras caminaban por el camino de gravilla, Henry echó un vistazo a la costa. De pronto se paró en seco.

Emma siguió su mirada.

—¿Qué ocurre?

Henry señaló hacia el horizonte. Un horizonte que ya no estaba interrumpido por la torre de madera.

—Discúlpeme —dijo Henry, apretando los dientes.

Henry corrió hacia la puerta del jardín y atravesó la llanura a grandes zancadas. Emma se subió los bajos de la falda y echó a correr tras él.

Jadeando y con un terrible dolor en los costados, Emma le alcanzó cuando Henry ya había llegado a la torre. O a lo que quedaba de ella.

Los listones de madera estaban hechos astillas en el suelo.

Cuando vio el destrozo, Emma se detuvo a recuperar el aliento.

—¿La ha tirado el viento?

Henry le dio una patada a un listón.

—¿Ve esto? Son marcas de sierra. Ningún viento deja estas marcas.

Emma sintió un escalofrío.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así? ¿Es mero vandalismo, o...?

Henry negó con la cabeza.

—No. Detrás de esto se esconden otros motivos.

—¿Qué otros motivos?

—Apuesto a que han sido los contrabandistas —Henry se quitó su chistera y se pasó la mano por el cabello—. Ya oyó lo que dijeron ayer los mellizos.

—Sí, pero todavía no logro entender que alguien pueda estar en contra de salvar vidas.

—Recuerde que las mercancías de los naufragios se consideran propiedad de todos, siempre que no haya supervivientes. Por tanto, cualquier esfuerzo para salvar vidas se considera un atentado contra los derechos de los pobres.

—Pero... ¿cómo es posible que la gente sea tan cruel, sea pobre o no?

Henry cogió un trozo de madera y lo arrojó por el acantilado.

—Ya ve.

Al ver su cara de decepción, Emma preguntó tímidamente:

—¿Y ahora qué piensa hacer?

Henry Weston respiró profundamente.

—Informaré al jefe de policía, el señor Bray. Aunque a estas alturas no creo que pueda hacer nada. Y luego volveré a levantarla.

Las noticias se difundieron rápidamente por la propiedad. Miembros de su

familia y grupos de criados y arrendatarios se acercaron a ver los daños y se alejaron con el rostro sombrío, susurrando: «Sabía que esto no iba a acabar bien».

Henry envió a un criado con un mensaje para el señor Bray. Una hora después, el policía se acercó a caballo por la llanura. Cuando llegó a la zona, desmontó y estrechó la mano de Henry. Luego contempló la escena, sacudió la cabeza y dijo que haría lo que pudiera, pero que dudaba que pudieran identificar a los autores y condenarlos.

Cuando el policía se dio la vuelta para montar en su caballo, la señorita Smallwood se acercó a Henry.

Henry la miró de reojo. Le avergonzaba que Emma hubiera presenciado el fracaso de un proyecto en el que había puesto tanto empeño. No había sopesado suficientemente los riesgos. Había pensado que los mellizos exageraban. Henry apartó la mirada de ella y observó al señor Bray, que se alejaba por el sendero del acantilado.

—Ahí va el hombre más valiente que conozco.

—¿Ah, sí?

—Ya le dije que la mayoría de la gente piensa que es demasiado peligroso aventurarse en el mar para salvar a los marineros. Pues el señor Bray lo ha hecho muchas veces.

Henry y la señorita Smallwood observaron al hombre mientras este desaparecía en el horizonte. Nada en su aspecto hacía sospechar que era capaz de semejantes actos de valentía.

—¿Y qué opina el señor Bray de todo esto? —preguntó Emma.

Henry suspiró.

—Piensa investigarlo. Pero, aunque averigüe quién ha sido, será muy difícil demostrarlo. Y mucho más encontrar a un jurado que esté dispuesto a condenar a los responsables.

La señorita Smallwood dudó un momento. Luego preguntó:

—¿Hasta qué punto conoce al señor Teague?

Henry se volvió para mirarla.

—Solo conozco su mala fama. ¿Por qué lo pregunta?

—Me lo encontré en el cuarto del señor Davies cuando estaban

construyendo la torre. Me dijo que no duraría mucho.

Henry se quedó pensando. Luego dijo:

—Una simple predicción no le convierte en culpable. Los mellizos dijeron prácticamente lo mismo, y lady Weston también. Todos sabíamos que era un proyecto polémico.

Emma asintió.

—¿Y eso no altera sus planes de reconstrucción?

Henry negó con la cabeza.

—Pienso reconstruir la torre, pase lo que pase. Pero esta vez contrataré a un albañil, para que diseñe y levante una torre tan resistente como la Capilla de la Roca. Ya veremos si esos canallas consiguen derribarla.

Ambos se quedaron en silencio unos minutos. Encima de ellos, las gaviotas sobrevolaban los acantilados y el sol brillaba alegremente, ajeno a la tristeza de la escena. Poco a poco, los curiosos fueron perdiendo interés y regresaron a sus casas.

Henry respiró profundamente.

—¿Quiere que le cuente mi naufragio favorito?

Emma le miró.

—Por supuesto.

—No se preocupe, es una historia con final feliz —la tranquilizó Henry—. Y con moraleja.

—¿Con moraleja? —preguntó Emma, muy sorprendida—. ¿Entonces es una historia inventada, como las fábulas de Esopo?

—No. Es una historia real. Me la contó el señor Bray.

—Adelante.

Henry asintió y tomó aire.

—Hace años, un barco que venía de América cargado con pescado en salmuera y aceite naufragó aquí, junto a la Capilla de la Roca —Henry señaló hacia la construcción—. Nada más chocar, el capitán y su esposa se pusieron a rezar en la cabina. Un marinero les preguntó: «¿Les parece que este es momento para rezar? Más les vale intentar salvarse». Luego soltó una blasfemia y se marchó.

»Al poco tiempo, el barco se partió en dos. La cabina se estampó contra

las rocas, y los mástiles cayeron hacia la capilla, de modo que el capitán, su esposa y varios marineros consiguieron avanzar gateando por los mástiles hasta la orilla. Casi toda la tripulación se salvó, menos el marinero que se burló del capitán. Él se ahogó, y otro joven, también.

Emma asintió.

—Sí, entiendo que un hombre devoto como usted disfrute de esta historia.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—Es una historia *real* —dijo. Al ver que Emma evitaba su mirada, preguntó—: ¿Es que usted no reza, señorita Smallwood?

Emma bajó la cabeza.

—No.

—Dios se dirige a usted todos los días —dijo Henry suavemente—. Lo menos que puede hacer es devolverle el favor.

Emma alzó la barbilla.

—Yo no le oigo.

—¿Pero acaso le escucha?

Emma le miró, visiblemente ofendida. Luego volvió a bajar la cabeza.

—Antes siempre rezaba, hasta que un día descubrí que Dios no me estaba escuchando.

—Por supuesto que la estaba escuchando. Pero no siempre responde como nosotros queremos.

Emma le miró con ojos brillantes.

—¿Y qué me dice del joven que se ahogó? ¿También él se burló del capitán? ¿Por eso murió?

Henry sacudió la cabeza tristemente.

—Probablemente, no.

—¿Entonces por qué murió? Seguro que tenía una madre en algún lugar, rezando por él. O una hermana —protestó Emma.

Henry vio que a la joven le temblaba la barbilla, y se dio cuenta de que estaba hablando de su propia madre. Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero Emma las limpió enérgicamente. No estaba dispuesta a llorar delante de él.

—Vivimos en un mundo muy injusto —dijo Henry suavemente—. A veces nos ocurren desgracias sin razón.

—Sí —suspiró Emma, contemplando el mar.

Henry apretó su mano brevemente.

—Discúlpeme, señorita Smallwood. Sus oraciones o la ausencia de ellas no son asunto mío.

Emma le miró entre sus húmedas pestañas. Luego sacudió la cabeza lentamente.

—Ha cambiado mucho, señor Weston. En Longstaple siempre se quedaba dormido en la misa del domingo.

Henry sonrió tristemente.

—No era un pagano, señorita Smallwood. Solo un adolescente aburrido.

—Lizzie me ha contado que, después de ir a la iglesia con su familia, acude a una capilla wesleyana. ¿Puedo preguntarle qué le atrae hasta allí?

Henry asintió. Era la primera vez que se planteaba esa pregunta.

—La alegría de los cánticos y los sermones. Allí me siento... despierto, después de tantos años sumido en la oscuridad, como usted. Me he vuelto más consciente del amor misericordioso de Dios y de cuánto lo necesito —Henry hizo una pausa—. Lo siento. Parezco un predicador. Debe ser comprensiva con este beato bienintencionado.

Emma sonrió.

—¿Debo?

—Bueno, el realidad, no —dijo Henry, con una amplia sonrisa—. Pero se lo agradecería mucho.

— —

Aquella noche, Emma se despertó con el sonido de un piano en la distancia. *Qué agradable sorpresa*, pensó. Hacía mucho tiempo que no escuchaba al «fantasma» de Ebbington. Entonces recordó su conversación con Henry Weston, sobre si Adam poseía talento musical o no. Henry lo dudaba, pero ella no estaba en absoluto convencida. Como ahora conocía la identidad del supuesto «fantasma», Emma no tuvo miedo. Solo sintió deseos de confirmar sus suposiciones. Y de escuchar mejor la música.

De modo que salió de la cama, se envolvió en su bata y se puso unas

medias gruesas para no calzarse las zapatillas.

A continuación pasó por la habitación de su padre y bajó las escaleras. Como conocía mejor la casa, esta vez no encendió ninguna lámpara. Además, con sus pies descalzos nadie la oiría acercarse.

Emma atravesó de puntillas el vestíbulo y se detuvo en la sala de música. Efectivamente, el «fantasma» aún seguía tocando. Suavemente giró el pomo de la puerta y se quedó muy quieta, escuchando.

Afortunadamente el intérprete no la había oído, porque la música seguía sonando. Emma empujó la puerta lentamente y entró en la sala. El corazón le martilleaba con fuerza en los oídos. Luego se apoyó en la pared y quedó oculta entre las sombras.

Desde su escondite, Emma vio un rayo de luna que se derramaba débilmente sobre el piano y su intérprete. Su corazón se llenó de alegría. Porque allí, sentado en el taburete, estaba Adam, como había sospechado. Emma se preguntó cómo podía leer la música sin luz. La luz de la luna era insuficiente para leer la partitura.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Emma logró ver su rostro. Daba la impresión de que tenía los ojos cerrados. ¿Sería un efecto de las sombras? Desde allí no lograba ver ninguna partitura, pero tal vez era culpa de la escasa iluminación.

Pronto renunció a averiguarlo y se limitó a escuchar aquella bonita melodía. Emma no conocía la pieza ni a su autor. Lo único que sabía era que le gustaba. Era mucho más agradable que las ruidosas composiciones que solía tocar Julian.

Emma siguió escuchando unos minutos más. Más tarde, cuando se daba la vuelta para marcharse, se asustó al ver una figura apoyada en la pared, al lado de la puerta. Su corazón empezó a latir con fuerza. Pero, al ver que era Henry Weston, Emma emitió un suspiro de alivio.

Henry la miró y le abrió la puerta en silencio. Emma salió de puntillas y él la siguió, cerrando la puerta a su espalda.

Mientras cruzaban el vestíbulo, Henry susurró:

—Otra vez tenía usted razón, señorita Smallwood.

A Emma le gustó escuchar aquellas palabras de su boca. A diferencia de

otras mujeres, prefería que alabaran su inteligencia en lugar de su belleza.

—Me pregunto si lady Weston aseguraba que era Julian para ocultar la existencia de Adam, o porque realmente pensaba que solo su hijo podía tocar con tanto talento —susurró Emma.

—Probablemente, ambas cosas.

Al pie de las escaleras, Emma se volvió hacia Henry y le agarró suavemente del brazo.

—Será mejor que no se lo digamos a nadie. Todavía no.

Henry la miró con expectación. Emma se dio cuenta de que aún seguía apretándole el antebrazo. Y que él estaba en mangas de camisa. Tragando saliva, le soltó.

Luego se arriesgó a mirar su rostro, que estaba iluminado por la luz de la luna. ¿Sería un efecto de la luz, o realmente le brillaban los ojos?

Emma sintió un vuelco al corazón. *Dios mío*. Estaba sola con Henry Weston a altas horas de la noche, él en mangas de camisa y ella en ropa de dormir. Como estaba descalza, Henry parecía más alto de lo habitual.

—¿Tiene algo en mente? —susurró Henry, sacándola de sus ensoñaciones. Su rostro estaba tan cerca que Emma podía oler su aroma a sándalo.

—Sí —murmuró Emma.

—¿Algún plan en concreto?

¿*Un plan?* Emma pestañeó. *Ah, sí, Adam*. Avergonzada, Emma emitió un suspiro y dio un paso atrás.

—Aún no —dijo—, pero lo estoy pensando.

— —

A la mañana siguiente, después del desayuno, Emma subió a la sala de estudio en busca de unas partituras que había encontrado en un cajón. Luego se dirigió a la habitación de Adam.

El joven estaba sentado en su sillón, con un cuaderno y un lápiz en el regazo, dibujando una nueva batalla. Cuando la oyó, levantó la cabeza.

—Anoche le oí tocar el piano... —dijo Emma en voz baja.

Adam la miró, asustado.

—Yo no puedo salir de mi habitación.

—No se preocupe. Me gustó mucho escucharle. Toca usted muy bien.

Adam apartó el dibujo. Luego se levantó, se acercó a la mesa y colocó el tablero de ajedrez en el centro.

—Adam —dijo Emma, dejando una partitura encima de la mesa—. ¿Sabe usted leer música?

El joven sacudió la cabeza.

—Yo solo leo libros.

—Ya lo sé. ¿Pero música no? —Emma pasó un dedo por encima de las notas—. ¿Todo esto no le dice nada?

Adam contempló la hoja un segundo. Luego se concentró en las piezas de ajedrez.

—Mi mamá mira páginas como esa cuando toca el piano.

Picada por la curiosidad, Emma insistió:

—¿Podría preguntarle una cosa? ¿Cómo puede tocar el piano si no sabe leer música?

Adam se encogió de hombros. Luego deslizó la partitura hacia ella, lejos del tablero.

—Yo solo toco lo que oigo —dijo.

—¿Lo que oye?

Adam asintió.

—Así que... —dijo Emma, tratando de ocultar su asombro— usted escucha música, la memoriza y luego toca la pieza de oído.

Adam empezó a colocar las piezas en el tablero.

—De oído, no. Yo toco con las manos.

—Por supuesto, pero... ¿cómo?

Adam volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé.

—¿Y dónde escuchó la música que estaba tocando anoche?

Adam se quedó pensando un momento.

—En el ayuntamiento. Mi papá, el señor Hobbes, me lleva allí algunas veces a escuchar música.

Emma sacudió la cabeza lentamente.

—Entonces tiene usted una memoria sorprendente, un don.

Adam no parecía tan impresionado como ella. Se limitó a seguir colocando las piezas de ajedrez.

—¿Alguna vez ha tocado la música que toca Julian?

Adam miró al techo.

—¿Ese que toca tan alto?

—Sí —admitió Emma.

—Me hace daño en los oídos.

Emma sonrió.

—A mí también.

Emma contempló el tablero. Por primera vez, Adam había colocado las piezas en la posición correcta.

—¿Quién le ha enseñado a colocarlas? —preguntó.

—Henry.

Entonces la vio. Por un momento pensó que se trataba de una alucinación. Luego se atrevió a tocarla, y vio que no desaparecía. Emma la cogió, perpleja y desconcertada. Era la reina blanca de rasgos orientales, la que aparecía decapitada en el dibujo. La que Henry había robado hacía tantos años y recientemente había perdido.

—Adam, ¿dónde la has encontrado?

Adam se dio la vuelta y señaló la maleta que había encima de la mesilla.

—En mi maleta. Ayer.

Emma se quedó pensando. ¿Cómo era posible que la pieza hubiera terminado en la habitación de Adam? Luego echó un vistazo a los violentos dibujos de las batallas y tragó saliva.

¿Sería Adam el autor de la reina decapitada?

Emma sintió un escalofrío solo de pensarlo.

¿Sabría Henry que Adam tenía la reina? Y, si lo sabía, ¿por qué no se lo había dicho?

— —

Aquella tarde, Lizzie fue a buscar a Emma a su habitación para preguntarle

si quería dar un paseo por el jardín. La muchacha ya estaba vestida para salir, con un enorme sombrero de paja atado a la barbilla. Luego le mostró sus manos.

—Mire, me he puesto los guantes.

Emma accedió a acompañarla, tomando su sombrero y sus propios guantes.

Cuando pasaban por la sala de dibujo, oyeron a Henry y a su madrastra discutiendo. Lady Weston quería que una conocida que vivía en Falmouth se hiciera cargo de Adam. Henry argumentaba que eso estaba demasiado lejos para ir a visitarle.

Lizzie agarró a Emma del brazo y tiró de ella hasta la puerta, lejos de la discusión.

—No hace más que molestarla, ¿sabe? —dijo la muchacha, sacudiendo la cabeza.

Emma se soltó un momento para cerrar la puerta y la siguió hasta el jardín.

—¿Quién? ¿Adam?

Lizzie la miró con una sonrisa irónica en los labios.

—Bueno, él también. Pero me refiero a Henry. Se niega a llamarla madre, trae a Adam a casa en contra de su voluntad, y ahora se niega a encontrar un lugar para él.

Lizzie volvió a tomarla del brazo. El suelo de gravilla crujía bajo sus pies, y la luz del sol iluminaba las amapolas, las campanillas y las violetas, intensificando sus vibrantes colores.

Mientras paseaban por el jardín, disfrutando del sol y del aroma de las flores, Emma empezó a analizar la primera ofensa de la lista:

—Teniendo en cuenta que Henry todavía se acuerda de su propia madre, no es de extrañar que le cueste llamarla por ese nombre. Es natural que eche de menos a su madre y quiera recordarla. Yo también perdí a mi madre, así que le entiendo perfectamente. Y supongo que usted también.

—¿Y por qué tendría que entenderle?

—Bueno... —titubeó Emma—. Porque usted también perdió a su madre.

Lizzie suspiró.

—Realmente no la perdí. Aunque imagino que mi padre sí, porque mi madre se fugó con el jefe de aduanas de Ebford.

Emma frunció el ceño.

—No la comprendo. Pensaba que sus padres habían fallecido.

Lizzie la soltó del brazo y se agachó a arrancar una flor.

—Yo nunca dije eso. Eso lo pensó usted.

—No es cierto. Recuerdo perfectamente que me dijo que había perdido a su madre mucho antes que yo a la mía.

—Sí, pero no murió. O al menos no tengo noticias de ello.

—¿Y su padre?

Lizzie suspiró.

—Nunca conocí a mi padre, pero tuve un padrastro. Aunque por muy poco tiempo.

—Oh, ¿entonces está...?

—Está vivo y haciendo de las suyas.

Emma se quedó con la boca abierta.

—Pero... Pensé que estaba aquí porque... era usted la ahijada de lady Weston. Y que ella la acogió cuando...

—Lady Weston nunca me acogió —dijo Lizzie—. Cuando mi madre se marchó con otro hombre y me dejó con mi padrastro, él buscó un lugar para deshacerse de mí cuanto antes —Lizzie arrojó la flor al suelo—. Qué ingenua es usted —dijo, mirándola con aire de superioridad—. ¿Se creía que era una pobre huérfana y que lady Weston me acogió por compasión?

—Pues sí...

Lizzie sacudió la cabeza.

—Eso solo pasa en las novelas. Ya se lo he dicho muchas veces, Emma. Lee usted demasiados libros.

Emma contempló a la extraña que estaba delante de ella. Apenas conseguía reconocerla.

—¿Por qué no lo escribe en su diario? —bromeó Lizzie. Luego se dio la vuelta y señaló los restos de la torre, donde los obreros estaban empezando las reparaciones—. En cuanto a la torre de vigilancia, debe saber que va en contra de los deseos de lady Weston.

Emma se quedó pensando.

—¿Por qué? Henry me contó que los habitantes del pueblo tienen derecho

a llevarse las mercancías de los naufragios si no quedan supervivientes...  
¿Pero qué tiene que ver lady Weston con todo esto?

Lizzie sacudió la cabeza lentamente.

—Y yo que pensaba que era usted inteligente.

# Capítulo 21

*Padre eterno, que con tu mano dominas el océano,  
¡escúchanos cuando te rogamos por los que mueren en el mar!*

William Whiting, 1860

DESPUÉS del extraño encuentro con Lizzie, Emma regresó a la mansión. Como deseaba encontrar una compañía más agradable, decidió buscar a Henry Weston. Quería preguntarle si sabía que la reina estaba en la habitación de Adam. Tal vez la había encontrado él mismo y la había llevado allí para completar el juego. Aunque le extrañaba que no le hubiera dicho nada al respecto.

La sala de dibujo estaba silenciosa: Henry y lady Weston ya no estaban allí. ¿Estaría Henry en su despacho? Emma subió las escaleras, pero el despacho también estaba vacío.

A lo mejor está con Adam, pensó Emma. Pero más le valía no hacerse ilusiones. Era muy posible que Henry estuviera reunido con su padre o el señor Davies para tratar algún asunto de la propiedad.

Emma esperaba encontrar a Adam solo, jugando con sus soldaditos, con el mismo interés que había mostrado por el dominó y las piezas de ajedrez.

Pero, cuando llegó a su habitación, oyó unas voces que procedían del interior. Dos voces.

Emma abrió la puerta unos centímetros y echó un vistazo. Allí estaban Adam y Henry, pero no estaban sentados a la mesa, sino en el suelo. Los dos se habían quitado la chaqueta y estaban en mangas de camisa, agachados

despreocupadamente, como si fueran niños. La mesa era demasiado pequeña para contener el enorme campo de batalla que habían creado con numerosos regimientos de soldados, así como otros objetos colocados aquí y allá para representar el terreno. Un sombrero servía de colina, mientras que un espejo de mano representaba un lago.

Emma los observó un momento: la escena era conmovedora. Como no quería interrumpirlos, ni molestar a Henry con el asunto de la reina, decidió cerrar la puerta y regresar a su habitación.

Henry observó atentamente a Adam. Ciertamente, su hermano tenía mucho más talento que él, pero también era más débil, más vulnerable. Luego pensó en las desgracias que había sufrido: la pérdida de su madre y de su casa, la separación de su familia... Aunque aparentemente el señor y la señora Hobbes lo habían tratado bien, Henry se preguntó si se sentiría abandonado o, lo que era peor, traicionado. También se preguntó si los Hobbes le habrían hablado de Dios. ¿Le habrían llevado a la iglesia, o le habrían mantenido alejado de ese tipo de experiencias?

Después de avanzar un capitán en su pretendido campo de batalla, Henry preguntó en voz baja:

—Adam, ¿qué sabes de Dios?

—¿De Dios?

—Sí, ya sabes. De nuestro Creador. El «Padre nuestro que está en el cielo»...

Adam asintió.

—Mamá y papá me hablaban mucho de Dios. A menudo íbamos a visitarle a la iglesia.

—Cuánto me alegro —Henry recordó la conversación que había mantenido con la señorita Smallwood. Esta vez decidió ser más cauto—. ¿Y rezas alguna vez? —preguntó.

Adam volvió a asentir.

—Mamá dice que es bueno rezar.

Henry se preguntó si la oración sería para él algo más que un acto rutinario. Trató de elegir las palabras con cuidado.

—¿Y tú crees que... Dios te escucha?

Adam se encogió de hombros. Luego movió un alférez.

—Yo solo le hablo. Nada más.

—¿Y nunca sientes... la presencia de Dios?

Adam frunció el ceño.

—Eso no sé qué es. Yo no lo siento.

Henry arrugó la frente para concentrarse. Se sentía como si estuviera tratando de explicar algo abstracto —la fe— en un idioma extranjero, del que solo tenía un conocimiento rudimentario.

—No pasa nada si no lo sientes —dijo al fin—. La fe va mucho más allá de las emociones. Y de los sentimientos.

El rostro de Adam permaneció impasible.

Henry respiró profundamente y volvió la cabeza a la ventana en busca de inspiración. El viento del sur agitaba las ramas del roble. Henry estiró sus largas piernas, se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Adam... ¿podrías venir aquí un momento?

Adam se incorporó y se reunió con él en la ventana.

Henry rogó a Dios que le diera las palabras adecuadas.

—Mira, desde aquí no podemos sentir el viento —dijo—. Entonces, ¿cómo sabemos que es real?

Adam se quedó pensando.

—Porque lo vemos.

—¿Ves el viento? Qué vista más privilegiada tienes, Adam. ¿Y dónde lo ves?

Adam señaló hacia el roble.

—Veo que sopla las ramas.

—Exacto. No podemos sentirlo desde aquí, ni verlo directamente. Pero sabemos que está ahí porque vemos sus efectos. Lo que hace.

Adam no dijo nada. Tampoco su rostro se iluminó como Henry esperaba.

Henry volvió a intentarlo.

—¿Ves ese cedro, ese árbol tan robusto que da sombra en el patio?

Adam giró ligeramente la cabeza y asintió.

—Lo plantaron el día que nació nuestro abuelo. A estas alturas debería ser el doble de alto de lo que es ahora. Pero los fuertes vientos de la costa

derribaron la copa. De modo que ha crecido a lo ancho en vez de a lo alto. ¿Ves? El viento da forma a los árboles.

Adam asintió.

Henry decidió continuar con su explicación:

—Al igual que te ocurre a ti, Adam, yo no *siento* siempre que Dios me escucha o me habla. Pero le he visto responder a mis oraciones y a las oraciones de los demás, aunque no siempre lo haga como a mí me gustaría. He visto los efectos de la oración.

Adam dijo de pronto:

—Yo le he pedido a Dios que me perdone por todas las cosas malas que he hecho.

Sorprendido, Henry estudió el perfil de su hermano.

—¿Y qué cosas malas has podido hacer tú?

Henry se preguntó si Adam había hecho algo más que colarse en la habitación de la señorita Smallwood. Más que robar el perfume y la pieza de ajedrez, aunque después lo hubiera negado, diciendo que apareció en su maleta de repente.

—Tú lo sabes, porque estabas allí —dijo Adam, mirándole un momento.

—¿De veras? —preguntó Henry, confundido.

Adam se dio la vuelta y volvió a sentarse en el suelo.

—Después de eso me mandaron con mamá y papá.

Henry lo miró con el ceño fruncido.

—Yo apenas tenía cuatro años cuando... te fuiste a vivir con el señor y la señora Hobbes. No recuerdo muy bien aquellos días.

Adam levantó la cabeza para mirarle. Sus ojos tenían un brillo distante.

—Estábamos en el cuarto de mamá, aunque entonces todavía no era mi mamá. Ella había puesto una tetera en el fuego para hacer té. En ese momento la llamaron y tardó mucho en volver —Adam sacudió la cabeza—. Yo quería ayudarla, así que intenté echar el té en la taza. Pero lo derramé en tu brazo sin querer. ¡Cómo llorabas! La señora Hobbes dijo que lo que hice fue una bendición, porque, si hubieras bebido el té hirviendo, te habrías abrasado las entrañas y habrías muerto.

Henry se miró el brazo. La cicatriz empezó a dolerle en ese preciso

momento, como si el dolor se hubiera activado con el recuerdo. Luego se sentó al lado de su hermano.

—Estoy bien, Adam. ¿Lo ves?

Movido por un impulso, Henry apretó suavemente el brazo de su hermano. Adam dio un respingo, y Henry retiró la mano de inmediato.

—Fue un accidente, Adam. Solo eras un niño.

Henry se quedó pensando. Las razones para mandar a Adam lejos de casa eran mucho más complejas de lo que pensaba.

—Lo siento —dijo Adam, como si estuviera recitando un papel en una obra de teatro.

—No tienes que sen... —empezó a decir Henry, pero se interrumpió. Era evidente que aquel recuerdo llevaba atormentando a su hermano muchos años—: Adam, mírame —dijo al fin.

Adam le miró tímidamente.

—Adam, te perdono. ¿Me crees?

—Sí.

Henry sintió una punzada en el corazón.

—Adam, ¿podrás perdonarme? —dijo, con voz rota.

Adam le miró con expresión de sorpresa.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Henry contempló a su hermano con un nudo en la garganta.

—Nada. Ese es el problema.

— —

A la semana siguiente, mientras Henry paseaba a caballo por los alrededores, una tormenta empezó a soplar desde el suroeste. El cielo se oscureció y se llenó de nubes pero, aunque el aire estaba espeso y cargado de lluvia, no caía ni una sola gota de agua. El viento aullaba como una mujer con dolores de parto, pero la lluvia seguía sin llegar.

Henry tuvo un terrible presentimiento. ¿Qué era? ¿Estaría en peligro la señorita Smallwood? De pronto, la imagen de la torre surgió en su mente.

Su caballo, Capitán, lanzó un resoplido y se encabritó. Henry le espoleó y

subió al galope hasta la llanura, hacia la torre que acababa de reconstruir. Hacía solo dos días que habían colocado la campana.

Al lado de la torre vio a la señorita Smallwood, a Lizzie y a Julian, que estaban ayudando a Rowan a recoger sus utensilios de pintura.

Henry los adelantó y se acercó al borde del acantilado. Como temía, abajo había un barco luchando contra las olas.

No había tiempo que perder.

Emma Smallwood corrió hacia el acantilado para averiguar qué había captado su atención. Al ver el barco en peligro, se tapó la boca con su mano enguantada.

—¡Señorita Smallwood! —gritó Henry—. ¡Toque la campana lo más fuerte que pueda! ¡Deprisa!

Emma echó a correr hacia la torre. Henry giró su caballo y, después de espolearle, partió al galope hacia el puerto.

Emma se acercó a la torre para cumplir con su deber, pero, cuando estaba a punto de subir, Lizzie la agarró de la muñeca. Su rostro parecía una máscara de maldad y determinación.

—No lo haga —le ordenó.

—Pero... —Emma vaciló—. ¿Acaso no ha oído a Henry? Quiere que toquemos la campana.

Lizzie la miró con incredulidad.

—Yo no he oído nada. Y menos con este viento.

Emma intentó liberarse, pero Lizzie la agarraba con una fuerza sorprendente.

—¿Qué está haciendo? Déjeme marchar.

—No.

—No lo entiendo. Un barco está en peligro. Hay muchas vidas en juego.

—¿Y eso a usted qué le importa?

A Emma le sorprendió su frialdad, su cruel desprecio de la vida. Entonces se dio cuenta de que apenas la conocía. Hizo un nuevo esfuerzo para liberarse, pero, aunque Lizzie era más joven que ella, también era muy fuerte.

La muchacha volvió la cabeza y gritó a los mellizos:

—¡Quiere tocar la campana! ¡Venid a ayudarme!

Emma los miró por encima del hombro. Todos parecían participar en la misma conjura.

Julian dejó el caballete y se acercó corriendo por la hierba. Rowan le seguía a unos pasos de distancia. Una vez que la tuvieran atrapada, jamás conseguiría escapar. Tenía que hacer algo.

Por un momento, Emma dejó de forcejear. Luego agachó la cabeza en señal de derrota. Como sospechaba, Lizzie aflojó la mano. Entonces, Emma alzó el otro brazo y golpeó a Lizzie en la muñeca, como si estuviera cortando el cuello de una gallina.

Lizzie aulló de dolor. Inmediatamente intentó agarrarla de nuevo, pero Emma retrocedió y la abofeteó con todas sus fuerzas. La muchacha frotó su mejilla con ambas manos.

Emma se dio la vuelta, corrió hacia la escalerilla y empezó a subir lo más deprisa que pudo.

—¡Estúpida! —gritó Lizzie, con una mezcla de rabia y sorpresa.

Emma no quiso mirar atrás, pero sintió que Lizzie le agarraba el borde de la capa. Después de dar un fuerte tirón para liberarse, consiguió subir el último peldaño. Cuando llegó a la plataforma, agarró la cuerda de la campana y tiró de ella con todas sus fuerzas. La campana sonó una y otra vez, hasta que empezaron a dolerle los oídos y la cabeza.

—¡Ya puede parar, señorita Smallwood! —gritó Julian—. La ha oído todo el pueblo.

—Y todo el condado —añadió Rowan.

¿Pensarían dejarla allí encerrada y luego derribar la torre con ella dentro?

—Debería disculpar a Lizzie —dijo Julian—. Lo ha hecho por su bien. Las personas que derribaron la torre volverán en busca de venganza, y más si intentan privarles de lo que es suyo. ¿Verdad, querida Lizzie?

—Sí, querido Julian —respondió ella, apretando los dientes.

—¿Lo ve? —dijo Julian—. Por favor, Emma. ¿Por qué no baja para hacer las paces con ella?

Lizzie frunció el ceño.

—Yo no pienso hacer las paces. Me ha abofeteado. ¿Es que no lo has visto?

—Sí —dijo Julian, mirando a Emma con admiración—. Y debo decir que estoy impresionado. Nunca pensé que la hija de un tutor podía tener tanto coraje. Y yo que pensaba que no era más que una solterona...

Emma no supo si aquello era un cumplido o un insulto, pero estaba demasiado asustada para pensarlo.

—¡Ya verá cuando se entere lady Weston! —gritó Lizzie.

En aquel momento, lady Weston era la última de sus preocupaciones.

—Baje, señorita Smallwood —rogó Rowan—. Tiene muy mala cara.

—Esperaré aquí, gracias —dijo Emma, fingiendo autoridad. *Nunca deben notar que tienes miedo*, le decía siempre su tía. Aquel consejo valía tanto para los perros salvajes como para los alumnos desobedientes.

Desde lo alto de la torre, Emma vio que Phillip corría hacia ellos, seguido de sir Giles y de su padre.

—Gracias a Dios —susurró.

Pensando que ninguno de los tres sería capaz de hacerle daño en presencia de testigos, Emma bajó la escalerilla con las piernas temblorosas. Cuando llegó abajo vio que los tres estaban al borde del acantilado, observando el barco en peligro y hablando entre ellos en voz baja.

Por mucho que se alegrara de ver a Phillip y a su padre, Emma no hizo el menor movimiento para reunirse con ellos.

Phillip se adelantó, y Lizzie corrió a su encuentro, le agarró del brazo y agachó la cabeza, haciéndose la víctima.

Por un momento, Emma pensó en quedarse allí para defenderse, pero no quiso esperar. En lugar de eso señaló hacia la playa, gritando:

—¡Un barco está en peligro! ¡Henry ha bajado a la playa para rescatar a la tripulación!

Esperaba que sir Giles, o al menos Phillip, quisieran acompañarla para echar una mano. Pero Phillip se limitó a escuchar lo que Lizzie le estaba diciendo. Probablemente, nada bueno. En cualquier caso, ahora no podía hacer nada para solucionarlo. Oyendo vagamente la voz de su padre a su espalda, Emma se agarró el vestido y echó a correr.

Mientras bajaba por el sendero, Henry escuchó al fin el sonido de la campana, alto y claro. Gracias a Dios. Se estaba empezando a preguntar si habría pasado algo.

Después de tomar el camino de arena, Henry vio el barco escorándose hacia las rocas, con las velas destrozadas. Cuando llegó a la playa, el barco ya había encallado. Seis marineros asustados amarraron una cuerda y bajaron por ella hasta el agua, para evitar hundirse con él. Todos ellos se agitaban entre las olas, luchando por mantenerse a flote.

Henry sintió un nudo en el estómago. Aquellos marineros jamás conseguirían vencer la corriente. Tampoco él lograría nadar hasta ellos. Ni siquiera el nadador más fuerte y experimentado conseguiría salvarlos, y él no nadaba desde que era niño.

Desesperado, Henry echó un vistazo a las barcas de la orilla. Era imposible remar con aquellas olas sin volcar. Pero de pronto se le ocurrió una idea. Henry se bajó del caballo, tomó una cuerda del fondo de una barca, se la ató a la cintura y volvió a montar. Sus pies encontraron fácilmente los estribos.

*Dios mío, ayúdame. Ayuda a estas pobres almas.* Tomando las riendas, Henry hizo avanzar su caballo.

—Vamos, Capitán. Adelante.

Obediente, el caballo galopó entre las dunas y se sumergió en el mar. El agua helada salpicó las piernas de Henry y luego su cintura, hasta que se dio cuenta de que su caballo estaba nadando.

—Bien hecho, Capitán —murmuró.

Delante de él vio a los seis marineros, que agitaban las extremidades luchando por respirar.

—¡Daos la mano! —gritó Henry.

Como no estaba seguro de que pudieran oírle con aquel viento, Henry se lo demostró juntando sus propias manos.

Cada uno de los hombres nadó penosamente hacia su compañero y le dio la mano.

Henry lanzó el extremo de la cuerda al marinero que estaba más cerca. Pero el hombre no logró alcanzarla y quedó cubierto por el agua. Henry recogió la cuerda lo más deprisa que pudo y volvió a tirarla. Esta vez, el

hombre la cogió. De pronto, una ola se abalanzó sobre Henry. La fuerza del agua le hizo tambalearse hacia atrás. Henry sintió que se caía de la montura, pero se aferró a ella con todas sus fuerzas. Sus pulmones, privados de aire, le ardían en el pecho. Con los ojos cerrados, se sentía aturdido y desorientado.

*¡Dios mío, ayúdame!*, suplicó, en un grito silencioso. La ola pasó, y la cabeza de Henry asomó a la superficie. Después de escupir agua, Henry miró a su alrededor y se alegró al ver que los hombres seguían cogidos de la mano. El primero ya se había atado la cuerda en el brazo.

—Venga, Capitán. Vamos a regresar a la orilla —dijo Henry, señalando hacia la playa con las riendas.

El caballo, que echaba agua por los agujeros del hocico, se dio la vuelta poco a poco y, luchando contra la marea y el peso de los hombres, tiró lentamente de ellos hasta la orilla.

Tosiendo y jadeando, los marineros se arrodillaron en la arena y dieron gracias a Dios en una lengua desconocida. Henry supuso que era español, o tal vez portugués.

Pero un hombre lo miró muy asustado. Luego se acercó a él y le tiró del faldón del abrigo.

—¡Señor! —gritó, con un fuerte acento—. ¡Mi hermano! ¡No está!

Henry observó a los marineros. Solo había cinco en la orilla. El hombre señaló hacia el mar.

—¡Allí!

Henry miró en aquella dirección y vio una cabeza asomando en el agua, antes de ser engullida por las olas.

—Por favor, señor. Se lo suplico —rogó el hombre—. Es mi hermano.

Por un momento, sus ojos se encontraron. *Su hermano...* Henry sintió una punzada en el corazón. ¿Debía aventurarse en el mar una vez más? No quería poner en peligro a Capitán, pero, por mucho que quisiera a su caballo, la vida de un hombre era mucho más importante.

*¿Más importante que mi propia vida?*, se preguntó. Luego recordó que había hecho una promesa, un voto. No estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados sin hacer nada. Esta vez no.

—Venga, Capitán. Vamos.

Henry guio a su caballo hasta el agua. Capitán se detuvo un momento y siguió avanzando. Henry sintió un ligero temblor en los músculos del animal y supo que también él estaba asustado.

Luego centró su atención en el punto donde el hombre se había sumergido. Por el rabillo del ojo vio que un gran muro de agua gris se disponía a abalanzarse sobre él. Henry tomó aire, contuvo la respiración y agachó la cabeza. Cuando la ola le cubrió, abrió los ojos debajo del agua y se sorprendió al ver al marinero delante de él, tratando de alcanzarle. El hombre consiguió agarrarse a uno de los estribos. Henry se agachó y le cogió por el cuello del abrigo.

La ola pasó. Henry asomó la cabeza a la superficie y tomó una gran bocanada de aire. Empezó a tirar del hombre con todas sus fuerzas, pero resultaba muy pesado con sus ropas empapadas de agua. Además, era muy probable que tuviera encharcados los pulmones. El hombre acababa de tomar una bocanada de aire cuando otra ola se abalanzó sobre ellos. Esta vez, la ola los derribó y el caballo quedó tumbado boca arriba. Henry y el marinero quedaron atrapados debajo de él.

*Señor, ayúdanos*, rogó Henry, desesperado.

Capitán se incorporó rápidamente. Henry abrió la boca para respirar y tiró del hombre hacia la superficie. El caballo se dio la vuelta y empezó a nadar. Luego trotó, tirando de ellos hasta la playa.

Para entonces, varios hombres se habían reunido en la zona. El señor Bray rodó al hombre por la arena hasta que consiguió hacerle expulsar toda el agua.

El marinero tosió y siguió escupiendo agua, mientras su hermano daba gracias a Dios.

Henry desmontó torpemente. Como apenas podía sostenerse, se apoyó en su caballo y le acarició el cuello en señal de gratitud.

De pronto, la señorita Smallwood surgió ante él como una aparición. Sus ojos verdes, que estaban cubiertos de lágrimas, parecían enormes en contraste con la palidez de su rostro. El cabello se le había soltado por la fuerza del viento y le enmarcaba la cara. Varios mechones rubios volaban sueltos, rozándole los labios y las mejillas.

—Lo ha conseguido —dijo Emma—. Casi se me para el corazón cuando vi

que se metía en el agua. Por fin he logrado entender cómo se sintió cuando se quedó de brazos cruzados en la orilla. Me sentí tan inútil contemplándolo desde aquí... Lo único que pude hacer fue rezar.

Henry la miró a los ojos.

—¿De veras?

Emma asintió.

—No sabe cuánto he rezado por usted...

Emma se acercó a él y apoyó la mejilla en su pecho. Henry sabía que no debía abrazarla: Emma podía mojarse y coger un resfriado. Pero no pudo evitar rodear su cintura —su diminuta cintura— con el brazo.

Durante varios segundos permanecieron muy quietos, saboreando la cercanía del otro. Henry siguió apoyando la otra mano en el pecho de Capitán, en un extraño abrazo triangular. Un hombre, una mujer y un caballo. Al cabo del rato, unos ruidos captaron su atención. Emma empezó a apartarse de él lentamente.

—Lo siento. Es que me alegro tanto de verle... —murmuró, a modo de disculpa.

Henry mantuvo la mano apoyada en su cintura un segundo más. Entonces se dio cuenta de que Emma no llevaba abrigo.

—Emma, me temo que se ha mojado. Lo siento.

—¿Que lo siente? —Emma sonrió—. No sea ridículo. Ha pasado más de treinta minutos debajo del agua. No tiene de qué disculparse.

¿Solo habían pasado treinta minutos? Qué extraño. Le parecía que habían pasado varias horas. Henry dejó de apoyarse en su caballo, pero sus piernas volvieron a fallarle. Solo se mantuvo en pie por puro orgullo.

—Emma, será mejor que vaya a cambiarse de ropa.

—Usted también debería hacerlo.

—Sí. Pero antes debo encargarme de Capitán. Quiero que le cuiden como se merece —Henry volvió a acariciar el pecho de su caballo.

—Hay que reconocer que ha sido muy valiente —dijo Emma—. Y usted, también.

Sir Giles y el señor Smallwood llegaron a la playa y respondieron a las preguntas del jefe de policía, el señor Bray. El barón le puso a Henry su

abrigo por los hombros y su padre hizo lo mismo con Emma.

El señor Bray les preguntó qué podían hacer con los marineros rescatados. Henry propuso cobijarlos en uno de los almacenes de la playa, y sir Giles estuvo de acuerdo. El barón aseguró al jefe de policía que él se encargaría de proporcionarles mantas y comida. El señor Bray les dio gracias por su generosidad y les prometió encargarse de todo.

Mientras los hombres seguían hablando, Emma observó a los habitantes del pueblo, que se acercaban tímidamente a contemplar la escena. Cuando vieron a los marineros rescatados y al señor Bray, todos se dieron la vuelta con cara de resignación.

Derrick Teague estaba apoyado en la puerta de su casa, mirándola fijamente. Su sonrisa indicaba que había presenciado el abrazo entre Henry y ella. Pero, cuando Henry se dio la vuelta para ver qué había captado su atención, Teague corrió a meterse en la casa.

Finalmente, una carreta tirada por un burro los llevó de vuelta a la mansión, mientras Capitán los seguía a unos pasos de distancia.

# Capítulo 22

*A veces, la vida refinada de las clases altas  
oculta el drama real de la vida en Cornwallles,  
que es dura, violenta y sanguinaria.*

R. M. Barton, *La vida en Cornwallles  
a principios del siglo XIX*

Emma guardó silencio durante todo el camino de vuelta. En su interior, la alegría se mezclaba con la preocupación. Había abrazado a Henry Weston. Había abofeteado a Lizzie. Ambos actos eran ajenos a su comportamiento habitual. ¿Qué le había pasado?

Cuando llegaron a la mansión Ebbington, sir Giles rogó a su hijo que entrara directamente a cambiarse, pero Henry se negó, insistiendo en que primero debía encargarse de su caballo. Sir Giles lo acompañó a los establos y mandó a una criada en busca del médico.

Nada más oírles llegar, los mellizos salieron a interesarse por ellos.

Emma entró en la mansión, atarida y muerta de cansancio. Rápidamente atravesó el vestíbulo, temiendo la discusión que sin duda la esperaba. Su padre la seguía de cerca, sin dejar de hacerle preguntas.

—Por favor, papá. Espera a que estemos solos y me haya cambiado de ropa.

El señor Smallwood accedió de mala gana.

Emma se retiró a su habitación e hizo sonar la campanilla para llamar a Morva. Se preguntó si la historia de la bofetada habría llegado a oídos de la

servidumbre, y, en caso afirmativo, si la criada se dignaría subir. Mientras la esperaba, Emma se quitó sus prendas exteriores y se puso unas medias secas.

Unos minutos después, Morva entró en la habitación.

—Dice lady Weston que debe presentarse en la sala de dibujo dentro de media hora —anunció.

Emma asintió. Sabía que tarde o temprano tendría que dar explicaciones.

Esperaba que Morva se marchara sin desvestirla, pero la criada se acercó y empezó a desabrocharle el vestido.

—Ya sé que no debería preguntárselo, pero necesito saberlo —dijo—. ¿Es verdad que abofeteó a Lizzie Henshaw?

Emma suspiró.

—Me temo que sí.

Al parecer, Lizzie no había perdido el tiempo y se lo había contado ya a todo el mundo.

Morva la ayudó a cambiarse. Cuando la criada se marchó, Emma se puso un chal encima de los hombros y se dirigió a la habitación de su padre.

Allí le contó lo que había pasado. Bueno, todo no. No mencionó que había abrazado a Henry Weston, y, afortunadamente, su padre tampoco lo había visto.

John Smallwood sacudió la cabeza tristemente.

—Emma... no logro salir de mi asombro. ¿Es verdad que golpeaste a Lizzie Henshaw?

—Sí. Se negaba a dejarme marchar. No tenía otra opción.

—Pero pegar a una persona, independientemente de su provocación... No sé qué decir. No es propio de una dama. Y menos teniendo en cuenta tu posición en esta casa.

—Entonces a lo mejor no soy una dama, porque volvería a hacerlo si fuera necesario.

—Pero recuerda que es la ahijada de nuestra anfitriona. Y además es más joven que tú. Ha sido una imprudencia por tu parte.

Emma buscó los ojos de su padre.

—Papá, ¿es que no lo entiendes? Henry Weston me ordenó que tocara la campana. Tenía que ayudar a esos pobres marineros. Y Lizzie me cogió del

brazo para impedírmelo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Puede que ella malinterpretara la situación. Debiste razonar con ella en vez de recurrir a la violencia.

—¿Razonar con ella? ¿Cuánto tiempo? ¿Hasta que toda la tripulación se hubiera ahogado?

—Seguramente no habría hecho falta.

Al ver que cualquier argumento era inútil, Emma se mordió la lengua.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Lady Weston quiere hablar conmigo.

—Pídele disculpas, querida. Te lo ruego.

Emma suspiró.

—Haré todo lo que pueda para aclarar este asunto.

Emma dejó a su padre y bajó a la sala de dibujo. Allí, lady Weston la esperaba sentada en su trono, lista para dictar sentencia.

A su alrededor estaban los testigos: Julian, Rowan, Phillip, Lizzie y sir Giles. Cómo le habría gustado que Henry estuviera allí para defenderla.

Cuando el criado cerró la puerta, lady Weston la miró con indignación.

—¿Es cierto que ha pegado a mi ahijada, una chiquilla de apenas diecisiete años?

—Sí. Y no me siento orgullosa. Pero no me quedó más remedio. Lizzie no quería dejarme marchar.

—Henry me pidió que tocara la campana —intervino Lizzie, con voz lastimera—. E iba a hacerlo, pero Emma me agarró de la muñeca. Quería tocarla ella para impresionar a Henry. Hace tiempo que está enamorada de él.

Emma protestó:

—¿Eso no es cierto!

Lady Weston arqueó una ceja.

—¿Qué parte?

En lugar de responder, Emma se volvió hacia Rowan.

—Rowan, usted vio cómo intentaba liberarme.

Rowan bajó la mirada.

—Yo solo vi que estaban forcejeando, pero no sé quién agarró a quién.

Emma miró a Julian.

—Julian, usted dijo que Lizzie me retuvo porque temía la venganza de los

contrabandistas. ¿No se acuerda?

Julian la miró con aire inocente.

—¿Eso dije? La verdad es que no lo recuerdo.

Una oleada de terror recorrió su espina dorsal. ¿Qué más podía decir? Era su palabra contra la suya. Si Phillip hubiera estado allí... Pero no apareció hasta que hubo tocado la campana.

Aun así, Emma se esforzó en mantener la cabeza alta. No había hecho nada malo. Bueno, nada tan malo que no pudiera perdonarse. No pensaba mirar al suelo como si fuera una criminal, que es como la veía lady Weston. Y Phillip también. No tenía más que mirarle a la cara para darse cuenta. Phillip creía a pies juntillas la versión de Lizzie.

Emma entrelazó las manos en la espalda y esperó el veredicto de lady Weston. Lo más seguro es que acabara echándola de la casa. A ella y a su padre.

Pero sir Giles decidió intervenir:

—Queridos, sin duda se ha producido un terrible malentendido. Lo más importante es que, gracias a Henry, hemos salvado la vida de esos pobres marineros. Ahora mismo Henry está tomando un baño caliente y dentro de poco vendrá el doctor Morgan a auscultarle. Más tarde hablaré con él para aclarar el asunto, pero de momento ya hemos tenido bastante. Propongo aplazar la discusión hasta mañana.

Emma pensó que lady Weston iba a protestar, pero no dijo nada. Se limitó a agitar la mano para indicarle que se retirara.

De modo que Emma se dio la vuelta y salió de la sala, sintiendo todos los ojos clavados en ella. Era la hora de cenar, pero no tenía apetito. Así que subió las escaleras, informó a su padre de la situación y se retiró temprano a su dormitorio. Quería pensar y... tal vez rezar.

— —

Aquella misma noche, cuando estaba acostada en la cama, alguien llamó suavemente a su puerta. Emma sintió un vuelco al corazón. ¿Sería Lizzie, que venía a vengarse de ella? ¿O la persona que había hecho el dibujo, dispuesta a

cumplir su amenaza?

*Ya está bien, Emma, se dijo a sí misma. La persona que entraba en tu habitación nunca se molestó en llamar.*

Emma se levantó, se echó un chal por encima de los hombros y se acercó de puntillas a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con voz temblorosa. A continuación pegó la oreja para escuchar.

—Soy Henry —dijo la voz. Después de una pausa, añadió—: Weston —como si no supiera a qué Henry se refería.

¿Qué querría Henry a esas horas? Lentamente, Emma abrió la puerta y miró por la rendija. A diferencia de ella, Henry estaba completamente vestido y sostenía una vela en una sencilla palmatoria de estaño.

—Siento molestarla. ¿Estaba dormida?

—Ojalá.

—Lo imaginaba. Sé que es muy tarde, pero... ¿puedo entrar? Solo quería hablar con usted un momento.

Emma pensó que era mucho peor que los vieran hablando en la puerta que dejarle entrar. Además, después de todo lo que había pasado, estaba deseando explicarse. ¿Creería Henry su versión de los hechos?

Emma asintió y le invitó a pasar. Henry se deslizó en su habitación, y ella cerró la puerta tras él.

Nada más entrar, Henry recorrió la estancia con la mirada.

—¿Siempre tiene la habitación tan ordenada?

—Me temo que sí. Aunque debe disculparme por la cama deshecha.

—Lo intentaré —bromeó Henry. Luego la miró muy serio—. Imagino que ha tenido un día difícil. Ya he oído la versión de Lizzie, pero ahora me gustaría escuchar la suya. Sé que es usted una mujer honesta, señorita Smallwood, además de extremadamente perfecta.

Emma sonrió.

—Disto mucho de ser perfecta.

Henry frunció el ceño.

—¿Es cierto que abofeteó a Lizzie?

—Sí.

—Dios mío. Me habría encantado verlo —dijo Henry, sonriendo.

Emma sacudió la cabeza.

—No fue nada gracioso.

—Tiene razón. Estoy tan cansado que no puedo evitar reírme.

Emma asintió y estudió cada uno de sus rasgos, como si estuviera catalogándolos para hacer una de sus listas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Creo que sí. Y el doctor Morgan piensa lo mismo.

—¿Y qué hay de los marineros?

—Davies me ha dicho que se encuentran bastante bien. Él y Jory fueron hace un rato a llevarles comida y algunas mantas.

—¿Y su caballo?

—Le han dado unas friegas de agua caliente, le han cubierto de mantas y le han dado una ración extra de avena.

—Se lo merece.

—Desde luego —Henry la estudió con la mirada—. ¿Qué ocurrió cuando la dejé junto a la torre?

Emma se lo contó todo. Luego terminó diciendo:

—En aquel momento, Julian me dijo que Lizzie temía la reacción de los contrabandistas. En cualquier caso, no debí abofetearla. Y menos en la cara.

Henry se pasó una mano por su cabello rizado, todavía húmedo tras el baño.

—Se lo merecía.

Emma esperó a que dijera:... *siempre que lo que usted diga sea cierto*, o algo parecido. Pero Henry no añadió nada más.

Emma suspiró, aliviada.

—Me temo que nadie más me cree. Hasta mi propio padre está decepcionado conmigo. Piensa que lady Weston va a despedirle por mi culpa. Aunque puede que eso sea lo mejor para todos.

—No diga eso. No permitiré que los echen injustamente. Además... Adam la echará mucho de menos.

—Y yo a él.

Sus miradas se cruzaron un momento. Emma se preguntó si Henry estaría

pensando en el abrazo que se dieron en la playa.

Él se aclaró la garganta.

—Bueno. Será mejor que la deje dormir. Mañana hablaré con mi padre para aclarar el asunto.

—Gracias.

Emma se preguntó si le creerían. Al fin y al cabo, Henry no tenía buena relación con su familia. A lo mejor había decidido creerla con el único objetivo de molestar a lady Weston.

En cualquier caso, ahora mismo eso no le preocupaba. Estaba tan contenta de tener un aliado, que habría sido capaz de besarle allí mismo.

— —

Al día siguiente, Henry se levantó temprano y se encontró con su padre en la biblioteca. Phillip se reunió con ellos algo después. Henry les dijo que, efectivamente, había pedido a la señorita Smallwood que tocara la campana, y que ella se había limitado a obedecerle, teniendo en cuenta la gravedad de la situación. La bofetada había sido la única manera de librarse de Lizzie.

Sir Giles le miró, perplejo.

—¿Pero qué interés podía tener Lizzie en impedirselo?

Henry vaciló.

—Tal vez temía la venganza de los contrabandistas, como dijo la señorita Smallwood.

—Julian negó haberlo dicho —dijo Phillip—. Solo tenemos la palabra de la señorita Smallwood.

—Pero es la explicación más lógica —insistió Henry—. Todos sabemos que era muy posible que los contrabandistas buscaran venganza, especialmente después de derribar la torre. ¿Para qué iba a mentir la señorita Smallwood?

Henry miró a su hermano. Le sorprendía que no hubiera salido en defensa de la señorita Smallwood. Estaba empezando a pensar que Phillip estaba enamorado de otra persona.

—¿Y para qué iban a mentir Lizzie y tus hermanos? —argumentó sir Giles.

Henry tenía sus propias teorías al respecto, pero aún no estaba preparado

para decirlas en voz alta.

—Lizzie dice que fue la señorita Smallwood la que la agarró a ella —dijo Phillip—. Y que la señorita Smallwood quería tocar la campana para impresionarte, porque... está enamorada de ti.

Henry se quedó estupefacto.

—¡Eso es ridículo! La señorita Smallwood nunca recurriría a una estratagema tan infantil. A diferencia de Lizzie, Emma nunca se ha comportado como una colegiala celosa. Y menos cuando hay vidas en juego, independientemente de lo que pueda sentir por mí.

Phillip frunció el ceño.

—No hay necesidad de criticar a Lizzie —dijo. Luego preguntó—: Y... ¿qué es lo que siente por ti?

Henry tragó saliva.

—Cuando vivíamos en Longstaple, no podía soportarme. Ahora nos llevamos mejor, sobre todo desde que conoció a Adam. Ambos vamos a visitarle de vez en cuando. Pero no te preocupes. No hay nada más entre nosotros.

Henry se acordó del abrazo en la playa, pero se obligó a apartar aquella imagen de su mente. Si Phillip estaba celoso, se estaba esforzando muy bien en disimularlo.

Sir Giles sacudió la cabeza.

—En cualquier caso, Lizzie está enfadada con ella... y me temo que lady Weston también. Siempre se opuso a que el señor Smallwood se instalara en esta casa. Y después de esto...

—El señor Smallwood no ha hecho nada malo, y su hija tampoco. Por favor, no permitas que los eche injustamente.

Sir Giles suspiró.

—Eso es muy fácil de decir, hijo mío. Pero cumplirlo va a ser mucho más difícil —el barón se levantó—. Veré qué puedo hacer para calmar los ánimos.

Cuando su padre salió de la sala, Henry contempló a su hermano. Phillip miraba por la ventana, perdido en sus pensamientos.

—Me sorprende tu falta de lealtad hacia la mujer que amas —dijo Henry.

Phillip frunció el ceño, pero siguió mirando por la ventana.

—Me gustaría creerla, pero... nunca he visto que la señorita Smallwood se comportara de forma deshonesta.

Henry miró a su hermano con la boca abierta. Sin darse cuenta, Phillip había confesado el verdadero objeto de sus afectos. Por un momento se sintió aliviado, pero luego se dio cuenta de una cosa: su elección no solo le haría infeliz, sino que además provocaría un enfrentamiento con lady Weston.

Después de dejar a su hermano sumido en sus pensamientos, Henry atravesó el vestíbulo en busca del señor Davies. Quería hablar con él antes de hacer una visita a los marineros.

Cuando se acercaba al cuarto del mayordomo, vio a Derrick Teague saliendo por la puerta del servicio. Henry reconoció su cabello pelirrojo y grasiento desde atrás. ¿Qué hacía ese hombre en la mansión Ebbington? ¿Habría venido a entrevistarse con Davies, o con otra persona?

Henry lo llamó:

—¡Señor Teague!

El hombre lo miró por encima del hombro, pero siguió su camino.

Henry lo alcanzó y empezó a caminar a su lado.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

Teague lo miró con una sonrisa de superioridad.

—He venido a visitar a un amigo.

—¿A quién? ¿A Davies?

—Eso no es asunto suyo, ¿no le parece? —dijo Teague con una malvada sonrisa.

—Todo lo que tenga que ver con la mansión Ebbington y la familia Weston es asunto mío.

—Usted no es el gallo del corral, así que deje de darse tanta importancia.

Henry se sintió ofendido por la insolencia de aquel hombre.

—Si no me lo dice, volveré a casa y preguntaré a todo el mundo hasta averiguar con quién ha hablado y por qué. Espero que no haya venido a amenazar a alguien de mi familia.

El hombre parecía más divertido que asustado.

—Tenga mucho cuidado, muchacho —repuso Teague—. A lo mejor no le gusta lo que descubre.

Henry apretó los puños. Le habría gustado golpear a aquel hombre, pero se contuvo.

—Buenos días, señor Teague.

A continuación regresó a grandes zancadas a la mansión. Nada más entrar se fue directamente al cuarto del mayordomo.

Cuando le oyó, Davies levantó la vista de su escritorio.

—¿Qué quería Teague de usted? —preguntó Henry.

El mayordomo se quedó varios segundos con la boca abierta antes de responder.

—Oh, Teague viene aquí de vez en cuando.

—¿Por qué? ¿Qué negocios tiene con usted?

—Oh, ya conoce a Teague.

—No, no lo conozco. Ilumíneme, por favor.

Davies revolvió nerviosamente los papeles de su escritorio.

—Siempre tiene algún plan descabellado entre manos, o alguna baratija que vender. Si yo fuera usted, no me preocuparía por eso.

—Lo siento, pero sí me preocupo. Y sus palabras no me tranquilizan en absoluto. Nombre una sola cosa que le hayamos comprado al señor Teague.

—Nunca le hemos comprado nada.

Henry contempló al mayordomo. Puede que Davies dijera la verdad, pero parecía nervioso. Algo no encajaba.

—Mejor —dijo Henry—. No quiero que tengamos ningún trato con ese hombre.

Con eso sería suficiente por hoy. Hablaría con su padre y echaría un vistazo a los libros de contabilidad antes de seguir presionando al señor Davies.

Pero antes quería hacer una visita a los marineros. Quería asegurarse de que tenían todo lo necesario. Davies podía esperar. Y Teague, también.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Davies dijo:

—Por cierto, señor. Tenga cuidado si piensa dar un paseo por la costa. Es la primera vez que veo la marea tan alta en estas fechas. Ya vio lo revuelto que estaba el mar ayer. Creo que se avecina una terrible tormenta.

El mayordomo nunca se equivocaba en sus predicciones.

—Gracias, Davies. Tendré cuidado.

Henry pensó en ir a caballo, pero, después del esfuerzo que había hecho Capitán el día anterior, decidió que merecía un descanso. Iría andando.

Mientras atravesaba la llanura, repasó todo lo que sabía sobre Derrick Teague.

Según le había contado el señor Bray, Teague siempre tenía problemas con la ley por sus negocios de contrabando.

El señor Bray solía trabajar en el equipo de salvamento de las compañías dueñas de los barcos. Cuando había un naufragio, Bray estaba autorizado a almacenar las mercancías y venderlas, normalmente a precio reducido, siempre que el grano estuviera mojado y los barriles se hubieran roto.

Hacía unos años, un barco que transportaba un cargamento de trigo chocó contra la Capilla de la Roca. El señor Bray reunió todos los sacos de trigo que pudo salvar y los guardó en unos almacenes bajo los acantilados. Afortunadamente, toda la tripulación se salvó.

Bray ofreció a los habitantes del pueblo el trigo mojado a un precio reducido. Solo tres chelines por saco. Según les prometió, una vez que hubieran lavado, secado y aventado el grano, podrían conseguir un pan de buena calidad.

Pero el señor Teague y un amigo suyo —un hombre de mala fama— no estaban dispuestos a comprar el trigo a bajo coste, como todo el mundo. De modo que entraron en los almacenes por la fuerza y robaron la mayoría de los sacos. Sin embargo, los ladrones fueron descubiertos.

En el juicio, Teague consiguió volver los testimonios contra su compañero, y el hombre fue encarcelado en la prisión de Bodmin. Por alguna extraña razón, a Teague le permitieron pagar una cantidad de dinero a cambio del trigo que robó, y de esa forma quedó libre sin cargos. Desgraciadamente, no era la primera vez que conseguía salir indemne de sus fechorías.

Mientras bajaba por el acantilado, Henry pensó en todas las personas que habían perdido la vida en aquellas costas. Luego volvió a dar las gracias a Dios por haberle permitido salvar a los marineros. Estaba deseando saber cómo se encontraban.

Cuando se acercó a los almacenes todo le pareció tranquilo y silencioso.

*Buena señal.* Henry llamó a la puerta. Enseguida escuchó un arrastrar de pies y varios murmullos en lengua extranjera.

—¿Quién es? —preguntó un hombre con voz asustada.

Henry frunció el ceño. Aquel no era el recibimiento que esperaba.

—Henry Weston —respondió—. Nos conocimos ayer, cuando su barco... naufragó.

La puerta se abrió unos centímetros, y unos ojos negros le contemplaron, enmarcados por un cabello tan oscuro como el suyo.

—¡Aaahhh! ¡Señor Weston!

El rostro bronceado esbozó una sonrisa, mostrando dos dientes de oro, y la puerta se abrió del todo para darle la bienvenida.

Aquel hombre —que era el capitán y, como Henry descubrió más tarde, el dueño del barco— era el único que sabía hablar inglés, aunque de forma rudimentaria. El hombre le explicó que por la noche habían sido atacados por unos hombres que querían llevarse las pocas pertenencias que habían conseguido salvar del naufragio: dos grandes sacos de telas, dos de naranjas y otro de limones, así como varios barriles de oporto, con los que obtendrían unos considerables beneficios.

—Uno de ellos nos dijo que nos mataría si no le entregábamos los... —dijo el hombre, señalando uno de los barriles— los tubos...

—Los barriles.

—Sí. Se llevó dos.

—¿Quién era?

—No sé cómo se llamaba. Un hombre grande. ¿Cómo se dice *cabelo vermelho*...?

—¿Pelirrojo? —preguntó Henry.

El hombre asintió enérgicamente.

—Sí.

Teague, pensó Henry. No le apetecía volver a enfrentarse a él, pero no le quedaba más remedio. Había arriesgado su vida para salvar a aquellos marineros. No estaba dispuesto a dejarles morir a manos de un sucio contrabandista.

Henry se quedó hablando con el capitán un rato más. El hombre quería

volver a Portugal cuando lograra encontrar un barco. Al parecer, el señor Bray se había ofrecido a ayudarlo. Al ver que los marineros tenían todo lo que necesitaban, Henry se acercó a la puerta para marcharse.

Los hombres le dieron varios abrazos, y uno de ellos se atrevió a besarle ambas mejillas. Menos mal que no había allí ningún otro inglés para presenciar la escena. Luego insistieron en que se llevara un saco de naranjas en señal de gratitud.

Henry se preguntó si a la señorita Smallwood le gustarían las naranjas.

Pero primero debía hacer una visita al señor Teague.

Teague vivía en una de las casas que rodeaban el puerto, pero Henry no sabía en cuál. Decidió preguntárselo a un joven que pasaba por allí, que le señaló la última casita de la calle, una blanca con el techo de paja.

Después de suspirar, Henry llamó a la puerta.

Teague le abrió arqueando las cejas.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí...

—Buenos días, señor Teague.

—¿Qué quiere, Weston?

El hombre apestaba a oporto y tenía los dientes manchados de color púrpura.

Henry empezó a decir:

—Tengo entendido que ha ido a visitar a los marineros que sobrevivieron al naufragio.

—Vaya, ¿no me diga que ha ido a ver a esa gentuza? —dijo Teague, arrastrando las palabras—. Me sorprende que un señorito como usted esté dispuesto a mancharse sus preciosas botas.

Henry apretó los dientes.

—Acabo de verlos. Esos hombres están alojados en nuestros almacenes. De modo que son nuestros invitados. Ha sido muy amable haciéndoles una visita. Pero, como se le ocurra visitarlos otra vez, me veré obligado a llamar al nuevo jefe de aduanas que, según tengo entendido, no se deja comprar tan fácilmente como el anterior.

—Solo he tomado lo que me corresponde, nada más.

Henry estaba deseando llamarle ladrón, recordarle que no solo habían

sobrevivido los marineros, sino también el dueño del barco. Pero Teague estaba tan borracho que era absurdo razonar con él. Nunca conseguiría convencerle. Llamar al jefe de aduanas era la única amenaza que Teague se tomaría en serio.

Henry emprendió el camino de vuelta a la mansión. El sendero que subía el acantilado era mucho más arduo de lo que recordaba. Henry supuso que su cuerpo aún no se había recuperado del esfuerzo del día anterior. Los músculos de las piernas se le resentían. Y el saco que llevaba sobre los hombros tampoco ayudaba.

Una vez que llegó a la casa, decidió subir a su habitación y tumbarse a descansar. Pero, cuando estaba atravesando el vestíbulo, lady Weston lo llamó desde la sala de dibujo.

—Buenos días, Henry. ¿Cómo se encuentra nuestro héroe?

—Bien. He ido a hacer una visita a los marineros.

—No hacía falta. Davies lo habría hecho con mucho gusto. Supongo que todos gozan de buena salud gracias a ti.

—Efectivamente, gracias a mí. Porque, si fuera por el señor Teague, ya estarían muertos.

Lady Weston frunció el ceño.

—¿El señor Teague?

—Esta noche ha ido a robarles parte de sus mercancías. Y, ahora que lo pienso, también nos ha robado a nosotros, porque esos almacenes son nuestros.

Lady Weston lo miró fijamente.

—Espero que no te hayas peleado con él —dijo, jugando con la cinta que llevaba en el cuello.

—No me he peleado con él. Cuando fui a verle se había bebido medio barril del oporto que robó y estaba completamente borracho.

—¿Y qué llevas en ese saco, si se puede saber?

—Naranjas. Es un regalo de los marineros. ¿Quiere una?

Lady Weston arrugó la nariz.

—No, gracias. Me resultan muy complicadas de pelar. Además, no me gusta la membrana blanca que hay debajo de la piel.

—Como desee.

Henry se dio la vuelta para marcharse, pero su madrastra volvió a llamarle.

—¿Henry?

Henry se volvió hacia ella.

—Ten cuidado con el señor Teague –dijo—. Es un hombre muy peligroso. No debes amenazarle, ni siquiera en broma.

—No le he amenazado en broma, señora, sino muy en serio.

Nada más salir de la sala, Henry fue en busca de la señorita Smallwood.

La encontró arriba, sentada en la sala de estudio.

—Señorita Smallwood...

Ella le miró con sorpresa y, si sus sentidos no le engañaban, también con placer.

—Señor Weston, ¿cómo se encuentran los marineros?

Henry frunció el ceño.

—¿Cómo sabe que he ido a verlos?

—No lo sé. Simplemente lo imaginé.

Henry sonrió. Sin darse cuenta, la señorita Smallwood acababa de hacerle un cumplido.

—Se están recuperando muy bien. Aunque todavía están cansados.

Henry decidió no preocuparla con la historia del robo. Luego colocó el saco de naranjas en el escritorio y sacó una.

—¿Le gustan las naranjas?

—Por supuesto. ¿A quién no?

—A lady Weston, no. Dice que detesta la membrana blanca que hay entre la piel y la fruta.

—No se tarda nada en quitarla. Muchos de los placeres de la vida son así. Requieren un poco de esfuerzo, pero merecen la pena.

Henry sonrió.

—Tome –dijo, entregándole unas cuantas—. Quiero compartirlas con usted. Usted también participó en el rescate tocando la campana.

Emma sacudió la cabeza.

—Con dos será suficiente. Una para mi padre y otra para mí. Oh... ¿Puede

darme otra para Adam? A no ser que prefiera dársela usted mismo...

A Henry le gustó que se acordara de su hermano.

Sonriendo, Henry le dio otra naranja. Por un momento, ambos la sostuvieron a la vez. Sus dedos se rozaron alrededor del fruto.

—Gracias —dijo Emma, contemplando sus dedos.

—Gracias a usted —respondió Henry, acentuando la última palabra.

Henry contempló sus ojos verdes. De pronto deseó pelar la fruta y dársela allí mismo, gajo a gajo.

*Cálmate, Weston*, pensó.

Suspirando, Henry soltó la naranja y fue a entregar el resto del saco a las cocineras.

— —

Emma le llevó una naranja a Adam, le ayudó a pelarla y luego lo contempló mientras se la comía. Cuando terminó, le invitó a lavarse sus manos pegajosas y jugó una partida de ajedrez con él. Se quedó impresionada de lo bien que jugaba. Estaba claro que Henry era un excelente profesor.

Más tarde le llevó otra naranja a su padre y se alegró al encontrarle de mejor humor.

El señor Smallwood le contó que había tenido una larga conversación con sir Giles. El barón le dijo que el incidente de la torre había quedado aclarado, al menos en parte, y que no tenían ninguna intención de despedirle. Sir Giles le habló también de su hijo mayor, Adam. Su padre admitió que se quedó muy sorprendido al enterarse de su existencia, pero que entendía sus razones para ocultarle.

A Emma no le gustó la reacción de su padre, pero recordó que, durante mucho tiempo, todas las familias ocultaban a los hijos que nacían con algún defecto.

Cuando la conversación empezó a languidecer, su padre sugirió que jugaran una partida de ajedrez. Emma tuvo que confesar que le había prestado el juego a Adam, y que de hecho acababa de jugar una partida con él.

—Pero no me molesta jugar otra vez —dijo—. ¿Quieres que vayamos a su

habitación y te lo presente?

Su padre vaciló.

—Gracias, querida. Me gustaría conocerle, pero... conozco la opinión de mis anfitriones al respecto. No quiero ofenderles.

Emma suspiró.

—Está bien, papá. Tú te lo pierdes.

Su padre la miró. Era evidente que su contestación le había ofendido.

—Emma... —dijo.

Emma volvió a suspirar.

—Lo siento. Pero estoy segura de que te encantaría conocerle. Adam es la persona más dulce que conozco. Tiene mucho talento y es un gran jugador de ajedrez, y eso que acaba de aprender.

—¿De veras? —preguntó su padre, impresionado. Sin embargo, Emma no consiguió hacerle cambiar de opinión.

Se sentía decepcionada con su padre, pero no quería admitirlo en voz alta. Y menos ahora, que parecía de mejor humor.

Emma tenía ganas de marcharse pero, en vez de eso, sugirió que jugaran una partida de backgammon.

Su padre la miró fijamente. Ambos se pidieron disculpas con la mirada.

—Así que quieres jugar al backgammon... —dijo su padre, con un brillo de alegría en los ojos—. Por fin hablamos la misma lengua.

Emma trató de fingir entusiasmo, aunque ese juego no le interesaba lo más mínimo. A veces no queda más remedio que hacer un esfuerzo por las personas que amas.

— —

Aquella noche, Henry se despertó con un sobresalto. Alguien estaba inclinado sobre su cama, mirándole.

—¿Henry? ¿Henry? ¿Henry? —gritaba.

Henry estaba profundamente dormido. Tardó varios segundos en darse cuenta de que era Adam. La luz de la luna penetraba por las ventanas, iluminando sus enormes ojos asustados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Henry, sacando los pies de la cama.

—Es Emma.

Henry sintió un vuelco al corazón.

—¿Emma? ¿Qué le ha pasado? ¿Se encuentra bien?

Adam asintió.

Henry se levantó, se puso un batín y salió de la habitación.

—¿Dónde está? —preguntó.

Avergonzado, Adam agachó la cabeza, tal vez recordando lo que Henry le había dicho: que no debía curiosear en las habitaciones de los demás, especialmente por la noche.

—¿En su habitación? —preguntó Henry.

Adam asintió.

—¿Está enferma?

Adam no respondió, pero siguió a Henry por el pasillo y las escaleras. Al pasar por el rellano, Henry cogió la lámpara sin tropezarse.

*Dios mío, no permitas que le haya ocurrido nada malo.* Henry deseó que sus sospechas no fueran ciertas. Era imposible que alguien quisiera hacerle daño por haber tocado la campana. Y menos por una simple bofetada... no tenía sentido. ¿Sería una venganza por haber privado a los contrabandistas de las mercancías? Henry sintió un nudo en el estómago. *Por favor, Dios mío. Por favor.*

Cuando llegó a la habitación, vio que Adam había dejado la puerta entornada. A no ser que alguien hubiera entrado desde entonces.

Henry empujó la puerta. Todo estaba en silencio. La luz de la luna iluminaba la habitación. Henry observó la cama de la señorita Smallwood y su figura acostada, con las mantas arrebujadas alrededor de la cintura. Al acercarse, la luz de la lámpara iluminó su blanco camisón. En el pecho tenía una mancha de color rojo.

Henry sintió un sudor frío. Por un momento se limitó a quedarse donde estaba, paralizado, contemplando su pálido rostro, tan inmóvil, y la mancha carmesí en su pecho. Se sentía tan ahogado por la angustia que apenas podía respirar.

Después cayó de rodillas junto a la cama y extendió la mano para coger su

muñeca. Henry cerró los ojos para concentrarse y enseguida sintió el pulso de su corazón. *Gracias, Dios mío.*

Ambos abrieron los ojos a la vez. Emma le miró con aire soñoliento. ¿Estaría consciente? ¿O seguiría débil por la pérdida de sangre?

—Emma... ¿quién ha sido?

Henry acercó la mano a su camisa, dispuesto a examinar la herida.

Cuando sus dedos rozaron la tela, Emma extendió la mano y le agarró de la muñeca.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —preguntó.

Henry le señaló el pecho.

—¿No lo ve? Está sangrando.

Emma se miró. Al ver la enorme mancha a la luz de la lámpara, ahogó un grito. Luego se incorporó, tocándose el pecho. Finalmente tiró del cuello del camisa y se miró la piel.

—Estoy bien —dijo—. No estoy herida.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó Henry, alzando la voz.

Emma frunció el ceño.

—A mí no me grite. Yo no he ido a despertarle a usted.

—Bueno, en realidad fue Adam el que me despertó —Henry señaló a su hermano, que estaba inmóvil en el umbral de la puerta—. Lo siento. Es que me ha dado usted un buen susto.

Con su lámpara, Henry encendió la vela de la mesilla. Fue entonces cuando vio la huella roja en la pared.

—¿Qué diablos es...?

Henry tocó la huella con el dedo y descubrió que era espesa y viscosa... Luego se acercó el dedo a la nariz y aspiró. La sustancia no poseía el acre olor de la sangre.

—Tranquilo, Adam —dijo Emma—. Estoy bien. No estoy herida.

Henry miró por encima del hombro y vio que Adam se acercaba tímidamente.

Emma extendió la mano hacia él.

—Estoy bien, Adam. No estoy herida. ¿Ve? Esta no es mi sangre.

Seguramente es solo pintura. Es un truco, nada más.

—¿Un truco? —repitió Adam, confundido.

—Una broma. Aunque no ha tenido ninguna gracia.

Adam sacudió la cabeza.

—No me gustan los trucos.

*A mí tampoco*, pensó Henry.

— —

A la mañana siguiente, Henry le pidió a la señorita Smallwood que esperara en el vestíbulo. Luego ordenó a Morva que no limpiara la habitación y que dejara el camisón manchado encima de la cama. Finalmente llamó a lady Weston, sir Giles, los mellizos, Phillip y Lizzie y los convocó allí.

La señorita Smallwood quería mantenerlo todo en secreto y enfrentarse al incidente a su manera: sin reaccionar. Pero Henry no podía soportar quedarse de brazos cruzados. Esta vez se habían pasado de la raya.

Aparentemente, su madrastra accedió. Observó la huella roja en la pared y el camisón manchado, escuchó las explicaciones de Henry y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Esto es el colmo! Lo siento, querido, pero tenemos que tomar una determinación. Te avisé de lo que ocurriría si no encerrábamos a Adam bajo llave. ¡Y mira lo que ha pasado! ¡La habitación de la señorita Smallwood llena de manchas de sangre! Si esto no es una amenaza, que venga Dios y lo vea. Tenemos que buscar otro sitio para él. El señor Davies puede encargarse de encontrarlo. Puede que él tenga más suerte que Henry. Hasta entonces, debemos encerrarlo en su habitación. Por su propio bien y por el nuestro. Esta vez no ha hecho daño a nadie. ¿Pero quién sabe lo que planea su mente enferma? Puede terminar asesinándonos a todos.

Sir Giles agachó la cabeza. Henry, por el contrario, se apresuró a defender a su hermano:

—Adam no ha sido. Es incapaz de planear una cosa así. Su mente no funciona de manera simbólica, sino literal. Además, estaba aterrorizado cuando vino a despertarme.

—¿Y cómo es posible que lo supiera?

Henry no había previsto esa pregunta.

Lady Weston añadió:

—Además, ¿qué hacía vagando por la casa a esas horas de la noche?

—¿Vio Adam a otra persona saliendo de la habitación? —preguntó sir Giles.

Henry suspiró.

—No. O al menos no me lo dijo.

—Ajá... Así que estaba curioseando de nuevo en la habitación de la señorita Smallwood —dijo lady Weston—. Sin duda fue él quien cogió su diario y lo devolvió con aquel asqueroso dibujo. ¿No veis que todo encaja? ¿Cómo podía saber que había manchas de sangre en su habitación si no estaba allí?

—Sí. Adam entró en la habitación de la señorita Smallwood —admitió Henry—. Pero recuerde que esa era su habitación cuando era pequeño. Es natural que entre de vez en cuando. Nunca entenderé por qué se empeñó en llevarle al ala norte.

—¿Y también es natural que la amenace con matarla?

Henry sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que él no fue. Y, si le hubiera visto, usted también lo estaría. Adam estaba aterrorizado. Pensaba que era real.

—A lo mejor es un excelente actor.

—¿Realmente cree que es tan listo?

Lady Weston se encogió de hombros.

—No hace falta ser listo para intentar salvar el pellejo. Es algo instintivo. Como un animal que intenta escapar de su propia trampa.

—Yo no estoy tan seguro, madre —intervino Julian—. Mira el tamaño de la huella. Pertenece a una mano mucho más grande que la de Adam. Ni siquiera Rowan tiene la mano tan grande. De hecho, el único que tiene la mano de ese tamaño es el propio Henry.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Henry a su hermanastro—. Yo no fui.

—¿Seguro? Porque parece muy propio de ti. Todos conocemos las bromas que solías gastar a la señorita Smallwood cuando eras joven.

Henry miró a Phillip, pero su hermano se limitó a encogerse de hombros.

—Reconócelo, Henry —dijo Phillip—. Tus bromas eran muy desagradables.

Henry frunció el ceño, pero, antes de que pudiera añadir nada más, Julian prosiguió:

—¿En qué se diferencia esta broma de meter ratones en su cama o falsas cartas de amor debajo de su puerta?

—Eso fue hace mucho tiempo.

Henry se arrepintió de haber contado a sus hermanos sus bromas de adolescente. Ahora tendría que pagar por ello.

Pero prefería que le acusaran a él y no a Adam. Así le dejarían en paz.

—Yo no fui, lo juro por mi honor —dijo Henry—. No he vuelto a gastar bromas a la señorita Smallwood desde que era adolescente. Pero hay alguien aquí que sí tenía motivos para hacerlo.

Lady Weston frunció el ceño.

—¿Y por qué nos miras a nosotros? ¿Acaso pretendes acusarnos?

—Efectivamente, señora. ¿Quién puede querer asustar a la señorita Smallwood, tal vez buscando venganza?

Lady Weston miró a Lizzie.

—Yo no he sido —dijo la muchacha.

—Pues ha tenido que ser alguien —insistió Henry—. Y tarde o temprano lo descubriré.

Henry salió de la habitación. Acababa de sentarse en su despacho cuando entró su criado, con las manos detrás de la espalda y una mueca de disgusto.

Henry suspiró, preguntándose qué pasaría ahora.

—¿Qué ocurre, Merryn?

—Señor, no quisiera quejarme de mi suerte, pero es muy desagradable servir a un caballero que no solo descuida sus prendas de vestir, sino que directamente las maltrata, y a su criado también.

Merryn sostuvo algo entre dos dedos, como si estuviera agarrando una rata por el rabo.

Henry observó de qué se trataba.

En su mano, el criado sostenía uno de sus guantes. La palma y los dedos estaban manchados de rojo oscuro. Parecía pintura seca... o sangre.

El misterio de cómo habían hecho la huella «sangrienta» en la pared estaba

resuelto.

Pero aún quedaban muchas preguntas por responder... ¿Quién lo hizo?  
¿Y por qué?

# Capítulo 23

*Cuando en el inmenso mar los vientos turban las aguas,  
es hermoso mirar desde la orilla el lejano naufragio.  
No te alegra el espectáculo de la ruina del otro,  
sino la distancia de una suerte semejante.*

Lucrecio, poeta y filósofo romano

CUANDO Henry le contó la conversación que había mantenido con su familia, Emma se quedó muy preocupada. No solo por su propia seguridad, sino también por el destino de Adam. Le daba miedo que los rumores y la creciente indignación se volvieran contra él. Deseaba idear un gran plan, un *coup de grâce* que pusiera fin a la campaña orquestada contra él, pero no se le ocurría nada. Solo tenía una pequeña idea. Un pequeño plan para volver el viento a su favor. Ignoraba si funcionaría, pero tenía que intentarlo.

El domingo no tuvo oportunidad de llevarlo a cabo, pero, el lunes, Emma se sentó en una silla junto a la sala de música y se puso a rezar para que su plan funcionara. A esa hora, lady Weston solía retirarse a su habitación para escribir cartas y dormir un poco. Emma deseó que no se desviara de su rutina.

De pronto escuchó unos pasos. Emma se recostó en la silla con la cabeza pegada a la puerta, fingiendo que escuchaba la música. Lady Weston se acercó a ella, mirándola con curiosidad.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí, señorita Smallwood?

Emma se llevó un dedo a los labios.

—Shhh. Estoy escuchando.

Lady Weston la miró con el ceño fruncido. Luego giró la cabeza para escuchar mejor.

—Es Julian —dijo la mujer, al cabo de un momento—. Debe de estar practicando una pieza nueva. Tiene tanto talento...

—Desde luego.

—¿Por qué no entra en la sala para escucharle mejor?

Emma sacudió la cabeza.

—No quiero molestarle. Me parece que aún tiene que... perfeccionar algunas notas. Desde luego, hoy no es su día.

—No diga estupideces —insistió lady Weston—. Está tocando maravillosamente bien —la mujer siguió escuchando unos segundos más—. De hecho, nunca ha tocado mejor.

Lady Weston se acercó un paso más y cerró los ojos para saborear la música.

—Es una melodía preciosa. Me pregunto qué pieza será. ¿Usted la conoce?

—No.

—Tendré que preguntárselo.

—No creo que lo sepa.

—No sea ridícula. Por supuesto que lo sabe. A no ser que... ¿está sugiriendo que se trata de una pieza de su propia invención? Eso me sorprendería hasta a mí, que soy su más fiel admiradora.

—No, estoy segura de que la ha oído antes.

Lady Weston resopló.

—Bueno, ya está bien de escuchar detrás de la puerta, como las criadas. Entremos.

Lady Weston agarró el pomo de la puerta. Pero Emma la detuvo suavemente.

—Espere... Vamos a echar un vistazo antes de entrar. Odio interrumpir al intérprete en medio de su actuación, y más cuando tiene tanto talento.

—Oh, está bien —susurró lady Weston.

La mujer abrió la puerta unos centímetros. A través de la rendija, observó la sala con una sonrisa.

Pero su sonrisa se desvaneció al instante. Lady Weston siguió mirando la

sala con la boca abierta.

Emma se puso de puntillas y echó un vistazo por la rendija de la puerta. Allí, sentado al piano, estaba Adam Weston con los ojos cerrados, pulsando las teclas con sentimiento.

Lady Weston se quedó inmóvil, escuchando un rato más, como si fuera incapaz de entender lo que estaba viendo. Entonces cerró la puerta lentamente. Emma volvió rápidamente a su silla.

—Vaya. Resulta que no era Julian –murmuró lady Weston.

—¿Ah, no? –preguntó Emma con naturalidad.

Lady Weston la miró con rabia, pero Emma no quiso ofrecer ninguna explicación. Tampoco mencionó que había visto a Julian hacía media hora, hablando en los establos con el señor Teague.

—Me ha engañado a propósito, ¿verdad? –preguntó lady Weston.

—Sí –susurró Emma, mirándola a los ojos. Quería que la familia llegara a apreciar a Adam. Que lo aceptara.

Lady Weston vaciló unos segundos. Luego se marchó, sumida en sus pensamientos.

Cuando Adam terminó de tocar, Emma lo acompañó a su habitación. Después echó un vistazo a su reloj de bolsillo. Era hora de volver a la sala de estudio para las clases de la tarde. Después de despedirse de Adam, subió corriendo las escaleras. No había visto a su padre en toda la mañana.

Cuando entró en la sala, encontró a Rowan dibujando en su cuaderno. Pero no había ni rastro de su padre.

—Buenas tardes, Rowan.

El joven levantó la cabeza.

—Buenas tardes, señorita Smallwood. Me han pedido que le dé esto –dijo, entregándole una nota–. Me temo que su padre no podrá acompañarnos.

—¿Ah, no?

Emma se quedó sorprendida. Su padre no le había dicho nada. Después de desdoblar la nota, empezó a leer:

*Querida Emma:*

*Recuerdo lo mucho que te gustó la Capilla de la Roca, de modo que he decidido ir a verla por mi cuenta. Volveré a tiempo para las clases de la tarde.*

*J. Smallwood*

¿Su padre yendo a la Capilla de la Roca...? ¿Solo? ¿Habría preguntado a Henry por el nivel de las mareas? Recordaba haberle dicho que aquel lugar era peligroso, que solo podía visitarse a ciertas horas del día.

Emma sintió un nudo en el estómago. *Tranquila*, se dijo. Al fin y al cabo, su padre era un hombre inteligente. Era un profesor, por amor de Dios. No sería capaz de pasear por un sitio tan peligroso sin tomar precauciones.

Sin embargo, su padre no conocía bien aquella región. No estaba acostumbrado al clima de la costa, ni a las mareas.

Emma observó la nota una vez más. La letra parecía temblorosa. ¿Estaría su padre nervioso por algo? Su letra solía ser mucho más firme, aunque Emma reconoció sus habituales *jotas* y *eses* y su inclinación característica. Qué extraño que hubiera firmado con su nombre, en vez de poner *padre*. Como siempre habían vivido juntos, su padre nunca le había mandado una carta, pero la firma le pareció muy fría. ¿Seguiría enfadado con ella?

Emma decidió consultar las mareas en el cuaderno de Henry. De modo que se disculpó y bajó a su despacho. Según tenía entendido, Henry había salido para entrevistarse con alguien. Aun así, Emma llamó suavemente a la puerta. Al ver que nadie respondía, decidió entrar.

Sus ojos recorrieron el escritorio, donde había visto el cuaderno otras veces. Pero no estaba allí. ¿Se lo habría llevado? Emma registró la habitación, buscando en las estanterías y en los armarios. De pronto, un lomo rojo llamó su atención. Emma se acercó a la estantería y lo cogió. Después de pasar varias hojas, emitió un suspiro de alivio. Por fin había encontrado lo que buscaba. Puede que Henry o una criada hubieran ordenado la habitación desde la última vez. O puede que Henry hubiera decidido seguir sus consejos y tener un sitio para cada cosa.

Emma abrió el cuaderno y encontró la tabla de la semana y las mareas previstas para aquel día. Luego comparó los números con la hora de su reloj.

Menos mal. Todavía quedaban tres horas para que subiera la marea. Su padre tenía tiempo de sobra para visitar la capilla y volver sano y salvo.

Emma dejó el cuaderno donde lo había encontrado y regresó a la sala de estudio. Rowan seguía dibujando, aunque no había hecho grandes progresos. Emma se acercó al escritorio de su padre para revisar los planes del día y comprobar qué más quedaba por hacer. De vez en cuando consultaba su reloj o miraba por la ventana. Desde allí veía la torre de vigilancia y un trozo de cielo, pero ni rastro de su padre.

El cielo estaba cubierto de nubes. ¿Se avecinaría una tormenta? Desgraciadamente, la tabla de mareas no servía para predecir las tormentas.

En ese momento entró Julian.

—¿Dónde está el señor Smallwood? —preguntó.

—Vendrá en cualquier momento —respondió Emma, tratando de conservar la calma—. Ha ido a visitar la Capilla de la Roca.

—¿De veras? —preguntó Rowan—. Pensaba que iba a... —Rowan se interrumpió y miró a su hermano—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me das una patada?

Julian se volvió hacia Emma.

—No quisiera preocuparla, señorita Smallwood, pero todos sabemos lo peligroso que es ir a esa capilla. Espero que no le haya pasado nada malo. Aunque imagino que no es la primera vez que la visita. ¿No fue una vez con Henry?

Emma frunció el ceño.

—No que yo sepa.

—Espero que haya comprobado el nivel de la marea antes de salir.

Una ráfaga de viento golpeó las ventanas y se coló por las grietas de la pared.

Rowan sacudió la cabeza.

—Esto tiene muy mala pinta.

—Davies ha dicho que se avecina una terrible tormenta, y él nunca se equivoca —añadió Julian.

—¿De veras? —preguntó Emma, angustiada—. ¿Se lo dijo también a mi padre?

Julian se encogió de hombros.

—No creo.

Emma se levantó abruptamente. Sus zapatos chirriaron contra el suelo de la sala.

—Será mejor que vaya a comprobar si le ha pasado algo. Ustedes quédense aquí. Pueden aprovechar para leer... —Emma consultó las notas de su padre— ... *La Iliada*. Desde donde lo dejamos ayer hasta... hasta que yo vuelva.

Rowan empezó a protestar, pero Emma no quiso ceder. No dejaba de imaginarse a su padre arrastrado por las olas.

Antes de salir, Emma bajó a su habitación para ponerse las botas de media caña y la pelliza. Tardó unos minutos en atarse las botas, pero sabía que lograría recompensar el tiempo perdido caminando más rápido que con los zapatos.

Cuando bajó las escaleras se encontró con Lizzie, que estaba sentada en una silla junto a la puerta. Al escuchar los pasos de Emma, Lizzie levantó la cabeza de *La gaceta de las damas*.

—¿Adónde va? —preguntó la muchacha.

Desde el incidente de la torre apenas se hablaban.

—Voy a buscar a mi padre. ¿Le ha visto?

—Ha salido a dar un paseo, pero de eso hace mucho tiempo.

—Creo que ha ido a visitar la Capilla de la Roca.

—¿De veras? —preguntó Lizzie, arqueando las cejas—. ¿Con este viento?

Emma tragó saliva.

—Si alguien le pregunta por mí, dígame que he ido a la capilla.

—De acuerdo.

Cuando iba a salir, Lizzie la llamó.

—¿Emma?

Emma se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Lo siento.

Emma se quedó sorprendida. Sorprendida y aliviada.

—Gracias, Lizzie. Yo también.

Las dos intercambiaron una sonrisa. Después, Emma abrió la puerta.

—¿Emma?

Emma se volvió una vez más.

—¿Sí?

Lizzie se quedó dudando un momento.

—Tenga cuidado —dijo.

Emma atravesó el jardín y echó a correr por la llanura de hierba. Sus ojos recorrieron la costa, buscando a su padre. O a Henry.

Pero no vio a ninguno de los dos.

Estaba a mitad de camino cuando se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, había salido sin sombrero y sin guantes. Pero ya no podía volver. Sus bucles volaban sueltos, rozándole la cara. Emma miró hacia arriba. Sí, el cielo se iba oscureciendo por momentos, y el viento era cada vez más fuerte. Lo más seguro era que su padre hubiera emprendido el camino de vuelta.

Cuando llegó al borde del acantilado, Emma oteó el océano. No había ningún barco en peligro. Luego observó el brazo rocoso con la capilla en la punta. Las olas golpeaban los extremos de la estrecha península, pero no la cubrían. Sin embargo, aquella tarde el mar estaba muy revuelto, y las olas eran cada vez más altas. Emma no vio ni rastro de su padre. ¿Estaría dentro de la capilla? Desde allí era difícil distinguir si la puerta estaba cerrada o no.

Emma se dio la vuelta y empezó a bajar por el sendero, recordando que había hecho lo mismo después de tocar la campana, cuando bajó a buscar a Henry. Ahora sintió una urgencia similar, un temor parecido. ¿Pero por qué? Ningún barco había chocado contra las rocas. No había vidas en peligro.

O eso esperaba.

Según el cuaderno, faltaban dos horas para que la península quedara sumergida bajo el mar. Y Henry le había dicho que las previsiones eran muy precisas.

Sin embargo, el corazón seguía laténdole a toda velocidad. Emma dobló la curva, deseando encontrarse con su padre. ¿Se habría parado a recuperar el aliento? ¿Estaría en el pueblo?

*¿Dónde estás, papá?*

Henry paró su caballo en el cruce de caminos. Había tomado el atajo de siempre hacia la carretera principal. El camino de la izquierda llevaba al pueblo, el de enfrente a Stratton, y el de la derecha al sur, a su reunión con el señor Trengrouse. Quería encargarle un aparato de salvamento para el puerto de Ebford.

Henry se quedó mirando el cartel. Sabía perfectamente lo que ponía en los letreros, pero su mirada se detuvo, observando cómo temblaban los tablones de madera. El viento era cada vez más fuerte. ¿Se avecinaría una tormenta?

Entonces sintió una punzada en el estómago, como si hubiera olvidado algo. Algo importante.

Por un momento se quedó inmóvil, pensando y escuchando.

*Date la vuelta.*

¿De dónde procedía aquella voz? ¿De su conciencia, o de la voluntad de Dios? Henry no estaba seguro, pero con el tiempo había aprendido a tomarse en serio aquellas advertencias, ya fueran producto de su conciencia o de Dios. El señor Trengrouse tendría que esperar.

Henry se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso a la mansión. Mientras cabalgaba, la sensación de urgencia se intensificó. ¿Le habría ocurrido algo a la señorita Smallwood?

Delante de él vio al señor Smallwood, caminando con su bastón.

—Buenas tardes, señor Smallwood —dijo—. ¿Va todo bien en casa?

—Que yo sepa, sí.

—Me alegro. Por cierto, no se aleje demasiado. Creo que se avecina una tormenta.

—Solo quería llegar al cementerio de Upton y volver —dijo el tutor, enseñándole un mapa con la mano—. El viento no me molesta.

—Muy bien. En ese caso disfrute del paseo.

A pesar de las palabras del señor Smallwood, Henry seguía preocupado. Mientras cabalgaba hacia la mansión Ebbington, se preguntó por qué iría el señor Smallwood al cementerio de Upton, especialmente a esas horas. Al parecer, su hija tendría que dar la clase en su lugar.

Cuando llegó a los límites de la finca, Henry siguió cabalgando hacia los establos. Allí, el mozo se hizo cargo de su caballo.

—No lo desensille, por favor —dijo Henry—. He olvidado una cosa. Tendré que volver a salir dentro de un rato.

El mozo asintió, y Henry entró en la mansión por la puerta de atrás. De pronto, Rowan dobló la esquina, tropezando con su hermano.

—¡Henry! —dijo Rowan, asustado—. Creí que habías salido a entrevistarte con el señor Trengrouse.

—Así es. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás en clase?  
Rowan se mordió el labio.

—Arriba no hay nadie. Al parecer tenemos la tarde libre.  
Henry estudió el rostro de su hermano.

—¿Dónde está la señorita Smallwood? —preguntó.

—Ha salido a buscar a su padre.

—¿Por qué? —preguntó Henry, pensando en el fuerte viento.  
Rowan vaciló.

—Al parecer, su padre ha salido a visitar la capilla.

—¿La capilla? ¿Y por qué iba a visitar la capilla?

Rowan se encogió de hombros.

—No lo sé. Eso es lo que me dijo la señorita Smallwood.

—Maldita sea —murmuró Henry, mientras subía los escalones de tres en tres.

Una vez en su despacho, Henry buscó el cuaderno en su escritorio, pero no lo encontró. *Qué raro*. Siempre lo dejaba encima de la mesa. ¿Se lo habría llevado la señorita Smallwood? Esperaba que hubiera consultado las mareas antes de salir.

Henry buscó por toda la habitación, hasta que encontró el cuaderno en la estantería. ¿Lo habría puesto Emma allí? A ella siempre le había gustado tener las cosas ordenadas. Henry cogió el cuaderno y buscó la semana correspondiente. Frunciendo el ceño, consultó los días anteriores para comprobar si se había equivocado. Luego comprobó los datos una vez más. No había duda. Las horas previstas para ese día estaban equivocadas. Además, aquella no era su letra. Henry se acercó el cuaderno para verlo mejor. ¡Maldita sea! Alguien había raspado la tinta y había escrito un horario diferente. Un horario equivocado.

Dios mío. La marea estaba empezando a subir. Y con aquel viento... era tremendamente peligroso aventurarse en la Capilla de la Roca.

Henry bajó las escaleras a toda prisa. Al ver lo oscuro que estaba el cielo, decidió ir al cuarto de las lámparas para coger una linterna.

Después de encenderla, corrió a los establos en busca de su caballo. Henry tomó las riendas, montó con la linterna en la mano y salió al galope.

¿Por qué pensaría Emma que su padre había ido a la capilla, si nunca había mostrado el menor interés por ella?

Había algo que no encajaba.

— —

Emma estaba de pie en la playa, en el lugar donde la arena terminaba y empezaba la península rocosa. Desde allí contempló su larga extensión. Las olas se estrellaban contra las rocas, lanzando espuma blanca hacia los bordes del camino.

—Papá, ¿estás ahí? —gritó—. ¡Papá!

Pero era inútil. El viento se tragaba sus palabras, como las gaviotas hambrientas que atrapan al vuelo las migas de pan.

Si su padre hubiera vuelto, tenía que habérselo encontrado por el camino, pero no le había visto. Emma sabía que, si a su padre le pasaba algo, nunca se lo perdonaría. Tenía que ir a buscarlo. Iría rápidamente a la capilla para ver si estaba. Y, si no estaba, podría regresar a casa tranquila. Iría y volvería. Cada segundo que pasaba, la marea seguía subiendo...

Emma puso el pie en la primera roca.

El viento empezó a soplar con más fuerza, levantándole el vestido y agitando sus bucles. Emma se agarró la falda para ver el camino que quedaba por delante. Al menos no se había mojado. El viento humedecía sus mejillas y sus medias, pero las olas seguían rompiendo a cierta distancia.

Cuando llegó a la capilla empezó a subir los escalones, echando de menos la ayuda de Henry y su confortante presencia. La puerta estaba cerrada. Puede que su padre la hubiera cerrado para evitar que entrara el viento.

Emma abrió el cierre y empujó la puerta. Sus ojos tardaron unos segundos

en acostumbrarse a la luz que penetraba por las ventanas.

—¿Papá? —llamó. Los muros de piedra le devolvieron el eco de su propia voz—. ¿Estás ahí?

Emma escuchó el rugido del mar y el graznido de las gaviotas. ¿Se habría quedado su padre dormido en uno de los bancos? Emma recorrió con la mirada la pila bautismal, los bancos desplomados y el altar podrido. Luego se acercó al extremo de la capilla, al muro de ladrillo que antiguamente conducía a la nave principal.

Pero la capilla estaba vacía. Allí no había nadie. ¿Dónde estaba su padre? ¿Habría entrado un momento y luego se había marchado? ¿O habría bajado al pueblo a tomar una pinta de cerveza?

De pronto le pareció escuchar un ruido. Alguien se disponía a entrar por la puerta. Emma deseó que no fuera un extraño, o, lo que era peor, el señor Teague. Tardó unos segundos en reconocer la figura que la miraba desde el umbral de la puerta, con una linterna en la mano.

Cuando por fin la reconoció, Emma emitió un suspiro de alivio.

—¿Henry! Quiero decir... señor Weston.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí? —dijo Henry, sin dignarse saludarla—. ¿No ve que la marea está subiendo?

A Emma no le gustó su tono de superioridad.

—He venido a buscar a mi padre. Su cuaderno dice que tengo tiempo de sobra. ¿O es que se ha equivocado en sus predicciones?

—No. Pero alguien ha cambiado los números.

Emma sintió un vuelco al corazón.

—¿Quién?

Henry atravesó la capilla y le tendió la mano.

—Ya tendremos tiempo para hablar de eso —dijo—. Ahora acompáñeme. He dejado el caballo en la playa.

Emma se acercó tímidamente y le dio la mano.

—¿Ha visto a mi padre?

Henry tiró de ella.

—Sí, estaba en...

La puerta de la capilla se cerró de un golpe, seguido del sonido de la llave

en la cerradura.

—¡No cierre! ¡Estamos aquí! —gritó Henry.

Henry dejó la linterna en el suelo y corrió hacia la puerta. Intentó abrirla, pero fue en vano.

—¡Abra la puerta! —gritó, golpeándola con todas sus fuerzas—. ¡Le ordeno que abra la puerta!

Emma se unió a él, deseando que sus voces consiguieran atravesar la puerta.

—¡Nos hemos quedado encerrados! ¡Por favor, abra la puerta!

Ambos se quedaron escuchando. Nada. Solo el viento y las olas. Hasta las gaviotas parecían haber huido a tierra firme.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Emma—. A lo mejor se ha cerrado con el viento —dijo, mirando a Henry.

Henry se peleó con el cierre una vez más.

—¿Y también se ha cerrado con llave? Lo dudo.

—¿Quién ha podido ser? —preguntó Emma—. Pensé que tenía la llave en su despacho.

—Así es. Pero está claro que alguien la cogió.

Henry apoyó el hombro en la puerta y la empujó.

—¡Tenga cuidado! —gritó Emma—. ¡Va a hacerse daño!

Henry se detuvo y la miró con sus profundos ojos verdes.

—¿Es que no lo entiende, señorita Smallwood? Si no conseguimos salir de aquí, moriremos.

Emma le miró con ojos asustados. Henry se arrepintió de haber expresado sus miedos en voz alta.

—Estoy segura de que exagera, señor Weston —dijo Emma fríamente, dispuesta a no dejarse llevar por el pánico—. La marea no estaba tan alta cuando recorrí el camino, y el viento... En fin, he visto vientos peores en esta región.

Henry no respondió. No quería repetir sus predicciones, ni las advertencias del señor Davies. En vez de eso empezó a dar vueltas por la capilla, mirando una de las estrechas ventanas y luego la otra, buscando algún sitio por donde escapar. Pero era inútil.

Por muy delgada que fuera, Emma nunca conseguiría atravesar aquellas ventanas.

Henry se acercó a la puerta sellada que conducía al resto de la iglesia, ahora derribada. Tal vez fuera menos resistente que los muros de roca, que habían soportado el paso de los años y las tormentas. Si tuviera algún tipo de herramienta... Henry observó la linterna de aceite que había traído para alumbrarse. El metal podía servir para golpear el mortero y aflojar los ladrillos. Pero lo más probable es que no funcionara y además perdiera la llama en el proceso. Si al menos tuviera un cuchillo...

—No se preocupe —dijo Emma—. Mi padre hará sonar la voz de alarma.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Cuando vea que no estoy en la sala de estudio, deducirá que he venido a buscarle.

—¿Y por qué pensó que su padre había venido aquí? —preguntó Henry, mientras seguía observando los ladrillos en busca de alguna grieta.

—Porque me dejó una nota.

—¿De veras? ¿Está segura de que era su letra?

Emma se quedó pensando.

—No lo sé. Es cierto que noté algo raro...

—Señorita Smallwood, antes de regresar a casa me encontré con su padre. Iba al cementerio de Upton.

Emma le miró con la boca abierta.

—Pero, entonces, ¿por qué me escribió...? Quiero decir... ¿por qué alguien escribió una nota diciendo que mi padre estaría en la capilla?

Henry la miró fijamente, pero no quiso expresar sus sospechas en voz alta.

—Bueno, Lizzie sabe dónde estoy —dijo Emma—. Y los mellizos también.

Henry sintió un nudo en el estómago. ¿Se dignarían sus hermanastros ayudarla?

—Además, seguro que alguien le ha visto venir —añadió Emma, con un hilo de esperanza en la voz.

—Puede ser. En cualquier caso, no le he dicho a nadie adónde iba.

—Eso ha sido una imprudencia por su parte, ¿no le parece?

Henry se dio la vuelta.

—En ese momento tenía otras cosas más importantes en qué pensar — admitió—. Aunque venir aquí también ha sido una imprudencia por su parte.

Emma iba a protestar, pero se mordió la lengua.

—Tiene razón. Lo hice sin pensar, siguiendo un impulso. Como suele hacer usted.

Henry sonrió y prosiguió su inspección. ¿Por qué no se habría traído la llave?

—Mire, no tiene sentido discutir —dijo Emma—. Tenemos que pensar una solución. Ambos somos personas inteligentes. Seguro que se nos ocurre algo.

—Usted piense lo que quiera —dijo Henry, respirando profundamente—. Yo voy a empezar a rezar.

# Capítulo 24

*Los cuatro vientos del cielo agitaban el mar.*

Daniel 7, 2

CUANDO la primera ola golpeó la ventana, Emma lanzó un grito. Pronto fue seguida de otra, que consiguió atravesar la hendidura y salpicó el suelo de piedra, mojando sus botas. Henry, que estaba aporreando los ladrillos con una piedra que había encontrado, se dio la vuelta. Por un momento, ambos se quedaron mirando en silencio. Al cabo de un rato, Henry volvió a golpear la pared con renovado entusiasmo. Emma corrió hacia la puerta, intentó abrirla una vez más y empezó a gritar pidiendo ayuda.

Henry se preguntó qué sería de ellos si la marea alcanzaba su máxima altura. Por un lado estaba dispuesto a aceptar su destino. Tenía tanta fe en la vida eterna que no le daba miedo morir. No obstante, no le importaría vivir cincuenta años más si Dios se lo permitía.

Lo que no estaba dispuesto a admitir era la muerte de Emma Smallwood. Y menos a manos de un miembro de su familia. Su destino descansaba como una pesada losa sobre sus hombros, más pesada que seis marineros.

Mientras se afanaba en romper el muro, empezó a rezar. Estaba seguro de que Dios escucharía sus súplicas, pero no quería quedarse de brazos cruzados. En el Antiguo Testamento había aprendido que, aunque Dios concedió a su pueblo la tierra prometida, quiso que este luchara para conseguirla. Así que siguió rezando mientras golpeaba el mortero.

Un cuarto de hora más tarde el agua, que caía en un flujo constante por las

ventanas, empezó a llegarles por los tobillos. Las olas golpeaban la capilla, haciendo temblar la construcción desde sus cimientos.

Los dos trataron de atrancar la ventana derecha, pero las olas se llevaban por delante cualquier obstáculo. ¿Acabaría el mar arrasando la capilla, como había hecho con el resto de la iglesia? Puede que acabaran ahogándose antes de que eso ocurriera.

Por las demás ventanas penetraban fragmentos de luz. Hasta que empezara a anochecer, era muy difícil que alguien viera la linterna. ¿Seguiría la torre en pie hasta entonces?

Emma caminó dificultosamente por el agua, buscando una forma de escapar o una herramienta para ayudar a Henry. Estaba temblando. Qué estúpido soy, pensó Henry. Estaba tan concentrado en su trabajo que no se había dado cuenta de que Emma estaba helada de frío. Henry chapoteó hacia ella, quitándose el abrigo.

Adivinando sus intenciones, Emma negó con la cabeza.

—Es tan grande que puedo nadar en él —dijo.

*Más le vale ponerse a nadar cuanto antes*, pensó Henry para sus adentros, aunque no quiso decirlo en voz alta.

—Sujételo un momento —dijo.

Emma aceptó el abrigo, doblándolo en los brazos para que no se mojara, mientras Henry se quitaba la chaqueta con cierta dificultad. Tenía las manos entumecidas por el frío y el esfuerzo.

—Discúlpeme —murmuró, al quedarse en chaleco y mangas de camisa.

—No me ofende verle así, señor Weston. Los modales no deberían ser nuestra mayor preocupación en estos momentos, ¿no cree?

Henry le entregó su chaqueta.

—Póngasela —dijo.

—Pero va a helarse de frío... —protestó Emma.

—Tonterías —dijo Henry, mientras le colocaba la chaqueta encima de los hombros—. Yo soy un hombre duro, acostumbrado al clima de la costa; usted es solo una pobre muchacha del interior.

Emma esbozó una sonrisa. Era una pena que empezaran a entenderse justo ahora.

La joven le devolvió el abrigo y metió los brazos por las mangas de la chaqueta.

—Muchas gracias, caballero —dijo, haciendo una pequeña reverencia.

Henry se inclinó con la mano en el pecho.

—Es un placer, señorita Smallwood.

Por un momento, ambos se miraron a los ojos, sintiendo una extraña atracción. Entonces, una ola golpeó la ventana y los empapó.

Emma lanzó un grito al sentir el agua helada, y el momento pasó. Henry se puso su abrigo y decidió continuar con su trabajo.

Después de un rato golpeando el mortero, Henry vislumbró una grieta. Pero su sensación de triunfo desapareció enseguida. Porque, a través de la hendidura, empezó a penetrar un fino chorro de agua. Era demasiado tarde. Aunque consiguiera abrir un agujero, el camino por el que debían escapar estaba cubierto de agua. El mar había conseguido penetrar por esa zona. De hecho, abriendo aquella apertura solo habría conseguido empeorar la situación. Ahora, el agua podría entrar libremente en su pequeño santuario.

Al oír que cesaban los golpes, Emma miró el muro con un brillo de esperanza en los ojos. Pero, cuando vio el chorro de agua, su esperanza se desvaneció. A continuación se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas.

*¡Señor, déjame salvarla!*, rogó Henry. Cuánto le habría gustado ser su príncipe azul. Demostrarle que ya no era el adolescente cruel que ella recordaba.

Fuera, la tormenta no dejaba de empeorar. El viento y las olas sacudían los muros de piedra. Con cada ola, el mar penetraba en cascada por las ventanas. Dentro de la torre, el agua les llegaba por las rodillas.

Henry chapoteó hacia la pila bautismal. Hacía tiempo que su cubierta decorativa había desaparecido. Probablemente la robó algún vándalo. Henry arrancó una tabla de madera de un banco y la colocó encima de la pila. Luego llamó a Emma para que se acercara.

—Suba a la pila. Aquí estará más segura.

Emma le miró con desconfianza.

—¿No se le ocurre nada mejor?

—De momento, no. Solo rezar para que alguien vea la luz y sepa que estamos aquí.

—Pero el sendero que lleva a la torre estará cubierto de agua.

—Esperemos que no —dijo Henry, ofreciéndole una mano—. Venga.

Emma contempló su mano y luego su cara. Henry adivinó el motivo de sus dudas. Aceptar su mano era aceptar la derrota. Aceptar que no se podía hacer nada salvo esperar a que alguien viniera a salvarlos. A Emma siempre le había gustado tener el control de la situación. Odiaba sentirse indefensa, a merced de los demás. A él tampoco le gustaba depender de otra persona, a no ser que esa «persona» fuera Dios. Pero así es como estaban. Indefensos. A merced de Dios.

—Venga —insistió, quedándose donde estaba. Henry pensó en ir hasta ella para obligarla. Pero quería que Emma se acercara a él por su propia voluntad, que se rindiera.

Emma se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, no podía hacer nada. Ni siquiera durante la enfermedad de su madre había querido aceptar lo inevitable. En ningún momento dejó de consultar libros de medicina y diccionarios de hierbas, en busca de alguna cura. Durante todos aquellos meses mantuvo su habitación impoluta y revisó la preparación de comidas sanas y caldos vigorizantes. Importunó al boticario con preguntas incesantes y, cuando su padre ya se había rendido, pidió una segunda opinión a un médico de Plymouth. Al final todos sus esfuerzos fueron en vano, pero al menos lo *intentó*. Luchó hasta el final.

Pero ahora era distinto. No podía hacer nada para cambiar el destino. No había segundas opiniones, ni libros de consulta, ni tía Jane a la que recurrir. Solo podía rezar. ¿No era un acto de hipocresía recurrir a Dios ahora, cuando su vida estaba en peligro? Obviamente, sí. ¿Pero no hacían lo mismo las personas que rezan en su lecho de muerte?

Emma avanzó penosamente por el agua. Su falda, ahora empapada, volvía sus pasos lentos y dificultosos.

Una ola que entró por la ventana le mojó la cara. Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Emma miró a Henry un momento. También él estaba llorando. De alguna forma, Emma supo que no lloraba por él, sino por

ella.

Cuando llegó hasta él, colocó la mano en la suya.

—Está bien –susurró.

Henry observó la pila bautismal, calculando su altura.

—Tendré que subirla en brazos –dijo.

—Imposible –dijo Emma—. Peso demasiado para usted.

—No diga tonterías.

Henry la asió por la cintura y, haciendo un pequeño esfuerzo por el peso de su falda, la levantó.

Por un momento, Emma se quedó sentada en la pila mientras Henry la agarraba de la cintura, mirándola desde abajo.

De pronto, Henry notó que el agua empezaba a penetrar en sus botas y se estremeció sin querer.

—Usted también debería subir. Está helado –dijo Emma.

—No hay sitio para los dos.

—Debo insistir, señor Weston. No pienso quedarme aquí mientras usted está sumergido en el agua. Va a coger un resfriado de muerte.

Henry sonrió ante aquella desafortunada elección de palabras. Mientras, Emma empezó a recogerse la falda.

—Deme la mano –ordenó.

—Sí, señora. Será un placer.

Apoyándose en él, Emma se puso de pie encima de la tabla. Henry se alegró al ver cómo conseguía guardar el equilibrio.

—Tenga cuidado –dijo.

—Ahora le toca a usted –dijo Emma.

Henry empezó a protestar:

—No creo que sea buena...

Emma le tendió la mano.

—Por favor.

Henry vio algo en sus ojos que le dio el valor que necesitaba. Pero no sabía cómo subir sin tirarla al suelo. No era el momento de jugar al rey del castillo.

Como tenía las piernas muy largas, Henry puso una bota encima de la

tabla. Tenía la otra llena de agua, pero, si se daba el impulso suficiente, conseguiría subir.

—Deme la mano. Yo le ayudaré —dijo Emma.

—Si me ayuda, se caerá.

—Tengo buen equilibrio. Déjeme ayudarlo. Usted tenga cuidado de no golpearme con su enorme cabeza —bromeó Emma.

Henry sonrió.

—No sé cómo consigo encontrar sombreros de mi talla.

—Me imagino que pagará muy bien a su sombrerero.

Henry tomó su mano.

—Si ve que me caigo, suélteme. ¿Me oye? No pienso subirla otra vez. Pesa usted una barbaridad.

Qué extraño era ponerse a bromear en un momento como este, pensó Henry. Pero era mucho mejor reír que ponerse a llorar o a lamentarse. Mucho mejor.

Con la ayuda de la señorita Smallwood, Henry consiguió subir a la pila bautismal. Sin embargo, su cuerpo invadió demasiado espacio y Emma empezó a tambalearse hacia atrás. Henry la rodeó con sus brazos.

—Gracias —murmuró Emma.

—Bueno, por fin lo conseguimos —dijo Henry, suspirando.

—Sí —respondió Emma, mirando hacia el techo—. Ya estamos más cerca del Cielo.

—El problema es que no podemos llegar allí por propia voluntad... —dijo Henry.

—Ya lo sé. A diferencia de usted, yo no me quedada dormida en los sermones del domingo.

Henry esbozó una sonrisa.

—Me alegra saberlo.

Emma sonrió brevemente. Luego cerró los ojos.

—Lo siento —susurró.

—¿Por qué? —preguntó Henry.

—No estaba hablando con usted.

—Ah.

Emma sacudió la cabeza.

—No debería haber bromeado sobre el Cielo. Sé perfectamente que no lo merezco. No estoy preparada para encontrarme con Dios.

—Nadie lo está —susurró Henry—. Por eso nos envió a su Hijo. Para que cargara con nuestros pecados.

Emma asintió, pero sus ojos permanecieron distantes.

Henry respiró profundamente.

—Emma, debe saber que Dios lo perdona todo. Si usted se lo pide, Él la salvará. A lo mejor no lo hará aquí, en esta vida. Pero sí en la siguiente.

Emma le miró. Una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios.

—Creo que se ha equivocado usted de profesión, señor Weston. Debería haber entrado en la iglesia.

Henry sonrió.

—En este momento, desearía no haber entrado *en esta iglesia* en particular...

Emma sonrió tristemente.

—Lo siento. Sobre todo por mi padre. Ahora que empezaba a recuperarse de la pérdida de su esposa...

Henry asintió.

—Yo también lo he pensado.

—Al menos le quedará su hermana —dijo Emma.

—Sí —concedió Henry—. Su tía Jane es una mujer maravillosa. Siempre le he tenido mucho cariño.

—Y ella a usted también.

—Me temo que su tía es la única Smallwood que me aprecia.

—Eso no es cierto —dijo Emma.

Henry observó sus mejillas, que habían enrojecido de repente. Puede que, a pesar de todo, Emma le quisiera, aunque solo fuera un poquito. Con cuidado de no asustarla, levantó un brazo y le acarició la barbilla.

—Tiene los labios azules —susurró.

Emma se los mordió para devolverles su color, pero no fue suficiente.

Henry acercó el dedo pulgar y le acarició el labio inferior. Emma retrocedió, asustada, pero él la agarró con fuerza, temiendo que pudiera

caerse. Cuando dejó de resistirse, Henry se agachó y presionó su boca contra la suya.

—Emma... —suspiró.

Sus labios eran suaves y cálidos al tacto. Henry volvió a besarla, esta vez con más intensidad. Un inmenso placer le embargó. Placer mezclado con arrepentimiento. ¿Por qué había tenido que esperar tanto?

Emma le abrazó con tanta dulzura que Henry olvidó que tenía frío. Quería recuperar el tiempo perdido. Quería saborearla, respirarla y dar gracias a Dios por haberla creado tal como era, con su elegante figura, su inteligencia y su manía por el orden. Si tuvieran más tiempo por delante...

Henry retrocedió para recuperar el aliento, pero enseguida volvió a acercarse para besarle la sien, la frente, una mejilla, luego la otra...

—Señor Weston —protestó Emma—. Creo que...

—A estas alturas puede llamarme Henry, ¿no le parece?

Henry observó un momento el suelo de la capilla. ¿Era su imaginación, o el nivel del agua no había vuelto a subir? Al menos, no parecía subir tan rápido como antes. Le habría gustado pasar todo el tiempo que le quedaba abrazado a la mujer que amaba.

—¿No le parece gracioso que estemos subidos a una pila bautismal para huir del agua?

Emma observó el rostro de Henry Weston. Su corazón latía con fuerza, lleno de amor. Nunca había sentido nada parecido hacia Phillip.

De pronto la torre tembló. Asustada, Emma se aferró a Henry, que la agarró con fuerza de la cintura. Para tranquilizarla, Henry empezó a recitar los versos de un himno:

*Aunque arrecie la tormenta  
y la tempestad mezcle tierra y cielo,  
al naufragio no temeré,  
pues llevo conmigo mi mayor tesoro.*

*Si tú estás conmigo, Jesús,  
viviré feliz,*

*seguro de que,  
cuando llegue la muerte,  
hallaré en ti la vida eterna.*

Sus palabras hicieron eco en los muros de piedra.

—Es precioso —susurró Emma.

Henry asintió.

—Sí que lo es. Pero no es mío. Lo escribió Phillip Doddridge hace más de sesenta años.

—Pues sigue estando de plena actualidad. Sobre todo hoy.

Emma hizo una pausa. Le había parecido escuchar el eco de su propia voz. ¿Habría amainado el viento?

A continuación echó un vistazo por la ventana que daba al oeste.

—Siento mucho que no haya podido vivir la vida que quería —dijo—. Que no haya podido viajar por el mundo, ni vivir aventuras.

Henry sonrió.

—¿Y lo que estamos viviendo no le parece suficiente aventura? Siempre dicen que hay que tener cuidado con los deseos, porque pueden hacerse realidad.

Emma intentó sonreír, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. Se estaba esforzando tanto en ser valiente y controlar sus emociones...

—¿Y usted? —preguntó Henry, secándole las lágrimas—. ¿Qué es lo que le habría gustado hacer?

—Nada importante —dijo Emma, encogiéndose de hombros—. Tal vez viajar. O animar a tía Jane a vivir su propia vida.

—¿Nunca ha tenido los sueños normales de cualquier mujer, casarse y formar una familia?

Emma agachó la cabeza.

—Tal vez.

Sus ojos volvieron a humedecerse de nuevo.

Henry tomó su rostro entre las manos y la besó.

De pronto, Emma escuchó una voz. ¿O sería el graznido de una gaviota?

—¿Ha oído eso? —preguntó, poniendo fin al beso.

Henry inclinó la cabeza para escuchar mejor.

Unas palabras penetraban por la puerta de la capilla, seguidas del tañido de una campana: *Tan, tan, tan.*

Era la campana de la torre.

Los dos se quedaron escuchando un momento. A continuación, Henry la miró a los ojos.

—Quédese donde está.

Henry saltó al agua, que ahora le llegaba por los muslos. Era evidente que gran parte se había colado por algunas hendiduras secretas, probablemente demasiado pequeñas para que Emma y él pudieran escapar por ellas. Aun así, su frialdad casi le corta la respiración.

Apretando los dientes, Henry avanzó penosamente hacia la puerta. El agua llegaba hasta el tirador. Henry golpeó la madera con el puño.

—¡Abrid la puerta! ¡Nos hemos quedado encerrados!

Luego hizo una pausa para escuchar.

—¡No te acerques tanto! —gritó la voz de Julian—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Tenemos que llegar hasta la puerta —dijo Rowan.

—Vas a matarnos a los dos.

—Dame la llave.

—Será mejor que regresemos. ¡Las olas son muy altas!

—Aún no. Dame la llave.

No hubo respuesta. Henry contuvo la respiración.

—Maldita sea, Julian —gruñó Rowan—. Dame la llave.

A continuación se escuchó un golpe, el sonido de un puño contra la carne.

¿Qué demonios estaba pasando? Por fin se oyó un sonido metálico y el giro de la llave en la cerradura.

Henry alcanzó el tirador. ¿Qué le esperaba al otro lado? ¿Un muro de agua? Después de mirar por encima del hombro para asegurarse de que Emma seguía en la pila, tiró de él. La puerta se abrió hacia adentro por la fuerza del agua, que subió hasta su cintura, pero no más. Henry emitió un suspiro de alivio. *¡Gracias, Señor!*

Al otro lado de la puerta, el agua cubría los escalones. Aunque el mar

seguía revuelto, daba la impresión de que la tempestad había amainado. El agua cubría el sendero completamente. A unos metros, protegida parcialmente por el rompeolas, flotaba una barca de pescadores. Rowan estaba de pie, con las piernas abiertas para mantener el equilibrio. Detrás de él, sentado en el fondo, estaba Julian.

Rowan tomó los remos y avanzó hacia la capilla.

En la orilla, Henry vio a Derrick Teague, que los miraba de brazos cruzados, a su caballo y a Lizzie, que corría hacia la playa. ¿Sería ella la que había tocado la campana?

Henry saludó a su hermano:

—Rowan, gracias a Dios que has venido.

Rowan luchó contra las olas para acercar el bote a la puerta.

A su espalda, Henry oyó una salpicadura. Cuando se dio la vuelta vio a Emma avanzando hacia él. Henry se encontró con ella a medio camino, le dio la mano y tiró de ella hasta la puerta.

Fuera, Rowan luchaba contra las olas para mantener la barca a flote.

—¡Julian, tírale la cuerda a Henry! —gritó.

—¡Julian! —gritó Derrick Teague desde la orilla, con un tono de advertencia en la voz.

—Tírame la cuerda —ordenó Henry, estirando la mano.

Julian miró a Henry y luego a Teague. No sabía por cuál decidirse. En lugar de eso, miró a su mellizo.

—¡Me has pegado! —gritó, acariciándose la mandíbula.

—Te lo merecías —repuso Rowan—. ¡Tírale la cuerda!

Pero Julian se abalanzó sobre su hermano y le tiró al fondo de la barca.

—¡Julian, déjame!

La barca se alejó rápidamente de la capilla.

—A mí nadie me pega, estúpido —gruñó Julian.

Rowan apretó el puño y le golpeó de nuevo. Julian retrocedió y perdió el equilibrio. Finalmente cayó de espaldas al agua.

Desde la orilla, Lizzie empezó a gritar, presionándose las mejillas con ambas manos.

Rowan volvió a tomar los remos y avanzó hacia la capilla.

Julian asomó la cabeza a la superficie, escupiendo y maldiciendo a su hermano.

—La señorita Smallwood, primero —dijo Henry, mirando a Julian de reojo.

Luchando para mantener el equilibrio mientras la barca se balanceaba sobre las olas, Rowan se puso de pie y le lanzó la cuerda.

—Daos prisa —dijo—. La tormenta ha amainado un momento, pero lo peor está por llegar. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Henry se apresuró a obedecerle. Con una mano tomó la cuerda; la otra se la ofreció a la señorita Smallwood.

—Súbase a la barca, Emma.

—Pero... ¿y Julian?

—Usted primero.

Emma tomó su mano, extendió la otra hacia Rowan y cayó torpemente en el bote.

—¡Pagarás por lo que estás haciendo, Rowan! —gritó Julian, mientras luchaba por mantenerse a flote.

Cuando Emma estuvo sentada en la barca, Henry se subió de un salto. El bote se inclinó violentamente, pero afortunadamente no llegaron a volcar. Henry se apresuró a tomar los remos.

—Tírale la cuerda a Julian —ordenó, apretando los dientes.

Rowan negó con la cabeza.

—Es capaz de tirarnos al mar.

—¡Pero hay que salvarle! —gritó Emma.

Rowan miró a Henry, esperando su decisión.

—Muy bien —dijo Henry, al fin—. Le arrastraremos hasta la orilla.

Rowan le lanzó la cuerda a su hermano. Julian la cogió y se la ató a la cintura. Su peso añadía una carga más, pero Henry remó con todas sus fuerzas.

El bote estuvo a punto de volcar en varias ocasiones, pero finalmente tocó tierra.

—Gracias a Dios —dijo Henry, suspirando.

—Amén —respondió Emma.

Atraídos por el sonido de la campana, los habitantes del pueblo fueron reuniéndose en el puerto. Entre ellos se encontraba el señor Bray.

De pronto, Derrick Teague emergió de la multitud, agarró a Julian del brazo y lo arrastró hasta la orilla.

—Estúpido. Lo has echado todo a perder –gruñó.

Julian se tumbó de costado, tosiendo. Estaba empapado y muerto de frío, pero sano y salvo.

Henry ayudó a Emma a bajar de la barca. A continuación apoyó las manos en las rodillas, jadeando por el esfuerzo. Cuando levantó la cabeza, vio que el señor Teague le amenazaba con el puño, pero no tuvo fuerzas para enfrentarse a él.

Teague dio un paso hacia él, buscando pelea, pero el señor Bray le detuvo. El hombre miró al policía con desprecio.

—¿Y usted qué quiere?

—Quería darle las gracias por ayudar a ese chico –repuso Bray educadamente—. Ahora, lo mejor será que vuelva a casa –añadió, con una sombra de amenaza en la voz—. Aquí no queda nada más que hacer.

Teague asintió.

—Tiene usted razón. Estaba ayudando al hijo de los Weston. Recuérdelo.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

Lizzie corrió hacia Henry, chapoteando por la orilla.

—¡Oh, Henry! Vi la luz en la ventana de la capilla y tu caballo en la playa. Fue entonces cuando toqué la campana. Estaba tan preocupada por ti... –sollozó, echándole los brazos al cuello.

Henry consideraba a Lizzie como una hermana pequeña, de modo que se dejó abrazar.

—Menos mal que Rowan vino a salvarnos –dijo.

Luego se dio la vuelta y observó a Julian.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando, Julian? –gritó—. Vas a tener que explicarnos muchas cosas –Henry echó un vistazo a la multitud y bajó el tono de voz—. Pero será mejor que esperemos a llegar a casa. ¿Entendido?

Los mellizos asintieron a la vez.

—Nunca pensé que llegaríamos a esto. ¡Nunca! –exclamó Lizzie.

El señor Smallwood entró en escena, jadeante y enrojecido. ¿Habría venido corriendo desde la mansión? Sus ojos se posaron inmediatamente en su

hija.

—¡Emma! —exclamó.

Poco después, dos carruajes avanzaron hacia la playa. Uno de ellos era el landó de los Weston, guiado por su lacayo. El otro era una carreta conducida por un criado.

Sir Giles se bajó de un salto. Hacía años que Henry no lo veía tan lleno de vida. Seguramente su padre había oído la campana y había mandado llamar a los carruajes. El barón observó brevemente al grupo e, ignorando sus protestas, ordenó a sus hijos que subieran al carruaje de la familia.

Henry se dejó arrastrar al landó mientras sus hermanastros seguían discutiendo.

Por el camino intentó llamar la atención de Emma, pero ella estaba muy ocupada hablando con su padre. Tendría que llegar a casa para poder conversar con ella. Si es que Emma quería hablar con él. Después de lo que había pasado, tenía derecho a no volver a dirigir la palabra a ningún miembro de su familia.

Emma se alegró de ver a su padre sano y salvo.

—Gracias a Dios que estás viva —dijo su padre—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, papá —dijo Emma—. ¿Y tú?

—Ahora que te veo, sí —el hombre jadeó para recuperar el aliento—. Iba de camino a Upton cuando sospeché que me habían engañado. Regresé corriendo a casa, y, cuando encontré la nota falsa en la sala de estudio, me temí lo peor. Alerté a sir Giles y salí corriendo hasta aquí mientras él llamaba a los carruajes.

El señor Smallwood se apartó ligeramente para observarla.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

Emma miró de reojo al criado.

—Más tarde te lo contaré todo, ¿de acuerdo? Espera a que estemos solos.

El criado apartó la vista bruscamente, fingiendo interés en el caballo.

—Está bien —dijo su padre

Cuando levantó la cabeza, Emma vio que sir Giles arrastraba a Henry al carruaje de la familia. Henry movió los labios como si quisiera decirle algo, pero Emma no pudo distinguir sus palabras. De modo que se encogió de

hombros y sacudió la cabeza, como si quisiera decir: *No te oigo*. Quién sabe cómo interpretaría Henry aquel gesto. Él levantó la mano en señal de despedida.

Al ver a Henry en el elegante landó de la familia, Emma sintió como si le hubieran lanzado un jarro de agua fría. Como si hubiera despertado de un sueño y tuviera que enfrentarse a la triste realidad.

Henry jamás se casaría con ella. Lo que les separaba era algo mucho más profundo que la distancia física. Henry Weston era el hijo de un barón y su más firme heredero. Después de la muerte de su padre sería sir Henry, y ella seguiría siendo la señorita Smallwood, la hija de un tutor. No tenía títulos, ni relaciones, ni fortuna. La línea que los separaba era tan clara como una raya dibujada en la arena.

La chaqueta mojada de Henry le pesaba como una coraza. Sus rodillas temblaban bajo su peso. Emma pensó en todo lo que había pasado en la capilla. En la manera en que Henry la miró, en sus abrazos, sus besos y sus palabras.

Una duda la asaltó de repente. ¿Habría sido una emoción pasajera?

Emma se preguntó cómo se sentiría Henry en aquel momento. ¿Avergonzado? ¿Arrepentido? ¿Se habría comprometido con ella sin darse cuenta, cuando en realidad deseaba casarse con la señorita Penberthy? Lo último que quería era que él se sintiera atrapado, obligado a cumplir sus obligaciones con ella. Deseaba que la amara de verdad, sin reservas. Pero cuando lo vio allí, sentado en el carruaje con su familia, se dio cuenta de que aquello era imposible.

Enfrente, las olas golpeaban la capilla con furia. El viento atravesó sus ropas como si fuera un cuchillo, y Emma se estremeció sin querer. Al verla, su padre se quitó el abrigo y se lo puso encima de los hombros.

Mientras subían a la carreta, un terrible estruendo resonó a sus espaldas. Se trataba de un violento crujido, como si una capa de hielo hubiera sido golpeada por el puño de un gigante.

Emma se dio la vuelta y vio que la capilla se inclinaba y se derrumbaba lentamente. Las olas hambrientas lamieron el resto de la construcción, la consumieron y finalmente la enterraron bajo el agua. La capilla había

desaparecido para siempre.

La multitud observaba el espectáculo con la boca abierta.

*Pobre Henry*, pensó Emma. *Con lo que amaba este lugar.*

Luego respiró profundamente. Al menos está vivo, pensó.

*Y yo también*, se recordó. Con eso bastaba. Ahora tocaba dar las gracias a Dios y empezar a vivir.

# Capítulo 25

*El pino más grande es el que más azotan los vientos,  
más dura es la caída de las torres más altas,  
y es en la cima de los montes donde hiere el rayo.*

Horacio

**S**UANDO el consejo de Henry, que quería discutir el asunto en privado, los Weston hicieron el trayecto en silencio.

Cuando llegaron a la casa, agotados y temblorosos, lady Weston y Phillip los esperaban con cara de preocupación. Sir Giles ignoró sus preguntas, condujo a sus hijos al interior de la mansión y ordenó a los criados que prepararan baños calientes para todos.

—Está bien, padre —dijo Henry—. Pero después tenemos que hablar. Todos.

Los Smallwood llegaron en su carreta unos minutos más tarde. Antes de que pudieran retirarse, les convocaron a una reunión que empezaría dentro de dos horas.

Antes de subir a su dormitorio, Emma se acercó a Henry y le devolvió su chaqueta, que estaba echada a perder, al igual que sus esperanzas.

— —

A la hora señalada, todos se reunieron en la sala de dibujo, algunos a regañadientes, otros deseando saber qué había ocurrido y por qué. Henry se sorprendió al ver que Julian entraba voluntariamente en la sala. ¿Tan convencido estaba de su propia inocencia?

Lady Weston se sentó en su sillón acostumbrado; sir Giles tomó asiento detrás de ella. Emma Smallwood y su padre compartieron sofá, mientras Lizzie y Phillip compartieron otro. Los mellizos se sentaron cada uno en un sillón. Henry se quedó de pie al lado de la chimenea, con la mano apoyada en la repisa. El único Weston ausente era Adam. Henry se alegró de que su hermano no tuviera que presenciar aquella escena.

Sin acusar a nadie, Henry empezó a resumir los acontecimientos de aquel día: la nota falsa que recibió Emma; el señor Smallwood caminando hacia el cementerio de Upton; Henry siguiendo a Emma hasta la capilla, donde alguien los encerró con llave...

Cuando terminó su resumen, añadió:

—Si Rowan no hubiera llegado a tiempo, la señorita Smallwood y yo habríamos muerto —luego miró a Julian—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué? —preguntó él, con aire inocente.

—Lo sabes muy bien. Encerrarnos en la capilla.

Julian se cruzó de brazos.

—Yo no fui. Fue Rowan.

Rowan frunció el ceño.

—Eso es mentira, Julian.

Julian se volvió hacia Lizzie.

—Cuéntaselo, Lizzie. Cuéntale quién fue.

Lizzie se mordió el labio. Primero miró a Henry, luego a Phillip y finalmente a Julian.

—Fuiste tú —susurró.

Julian torció el gesto.

—Estúpida...

Henry le interrumpió agarrándole del brazo.

—De acuerdo, fui yo —reconoció Julian—. Pero solo quería gastaros una broma.

—¿Una broma? —exclamó Henry—. ¿Arrastrar a la señorita Smallwood a la capilla en plena tormenta te parece una broma?

—Bueno, yo no podía saber a qué hora iba a salir. Ni cómo sería la tormenta.

—¿Pretendes decirme que no cambiaste el horario de las mareas en mi cuaderno, que no escribiste aquella nota, imitando la letra del señor Smallwood, y que no dijiste a Emma que su padre se había marchado a la capilla cuando sabías perfectamente que no era así?

—Yo no le di la nota —dijo Julian, señalando a su hermano—. Fue Rowan.  
Rowan frunció el ceño.

—¿Y yo cómo podía saber que la nota era falsa? Lizzie me dijo que se la había dado el señor Smallwood y me pidió que se la entregara a Emma. No podía conocer su contenido.

—Pero sí que enviaste a su padre a Upton para quitártelo de encima — insistió Julian.

Rowan asintió.

—Sí, es verdad. Confieso que le mentí cuando le dije que había visto varias lápidas con el apellido Smallwood en el cementerio de Upton, y que le di un mapa con varias direcciones falsas para alargar su paseo. Pero nada más —Rowan miró a su tutor—. Lo siento, señor Smallwood —luego miró a su hermano con el ceño fruncido—. Pensé que el plan consistía en librarnos de las clases. Pero no sabía que cambiaste el horario de las mareas. Ni que cogiste la llave de la capilla. De haberlo sabido, jamás habría participado en esto.

—¿Cómo puedes pretender que te creamos? —preguntó Julian, mirando de reojo a su madre—. Reconoces que te quistaste al viejo de en medio... ¿y ahora pretendes decir que no participaste en el resto del plan? Ja.

—Yo le creo —dijo Lizzie en voz baja.

Julian la fulminó con la mirada.

—¿Tú también te vuelves en mi contra? —dijo, frunciendo el ceño—. Quería dejarte fuera de esta estúpida representación, pero olvídale. ¿Por qué no dices la verdad? ¿Que entregaste a Rowan la nota sabiendo que era falsa? —Julian miró al resto de los oyentes—. Por cierto, no es la primera nota que falsifico — dijo, con aire orgulloso.

—Nunca pensé que llegarías tan lejos —dijo Lizzie—. Que planeabas encerrarla hasta que... hasta que fuera demasiado tarde.

—Pero Julian... —intervino lady Weston—. Imagino que luego pensabas regresar a la capilla para abrir la puerta. Pero la marea había subido

demasiado y no lo conseguiste. ¿Verdad?

Julian no respondió.

Lizzie miró a Henry con ojos llorosos.

—No sabíamos que tú también estabas allí. De haberlo sabido, nunca lo habríamos hecho.

Henry la miró con incredulidad.

—¿Entonces te parecía bien encerrar a la señorita Smallwood, pero a mí no?

Lizzie agachó la cabeza.

—Yo no digo que estuviera bien. Pero ella no es nadie para nosotros.

Emma sintió que se le encogía el estómago. El señor Smallwood se dispuso a levantarse, pero su hija le detuvo.

Lizzie prosiguió:

—Cuando comprendí que Julian pretendía llegar hasta las últimas consecuencias, toqué la campana para detenerle.

—¿Por qué lo hiciste, Julian? —preguntó el señor Smallwood—. ¿Qué te ha hecho mi hija?

Julian resopló.

—Entrometerse, eso es lo que ha hecho. Meter las narices donde no le importa. Escuchar a escondidas. Señalar noticias incriminatorias en los periódicos. Obligar a mamá a suspender... ciertas actividades. Y obligar a Phillip a volver a mitad del trimestre para... confundir a cierta señorita.

—Eso no es cierto —protestó Phillip.

Pero Julian continuó, impertérrito:

—Coquetear con Henry, cuando todos sabemos que está destinado a casarse con la señorita Penberthy. Tocar la maldita campana. El señor Teague no soporta la existencia de la torre. Fue él quien sugirió que dar un escarmiento a la señorita Smallwood serviría para escarmentar a Henry.

—¿El señor Teague? —preguntó sir Giles, extrañado—. ¿Qué tiene que ver Teague con todo esto?

—Mucho más de lo que tú te crees, papá —respondió Julian—. ¿Verdad, mamá?

Lady Weston se quedó mirándole. Estaba increíblemente pálida. Luego

sacudió la cabeza lentamente.

—Julian... Nunca pensé que serías capaz de hacer algo así...

Julian arqueó una ceja.

—¿A que estás orgullosa de mí? —preguntó.

—¿Orgullosa? —lady Weston volvió a sacudir la cabeza—. Estoy asustada. Decepcionada. ¿Desde cuándo te has vuelto tan cruel? ¿Tan... despiadado?

—No seas modesta, mamá —repuso Julian con una malvada sonrisa—. Todos sabemos lo mucho que me parezco a ti. Al fin y al cabo, ambos procedemos de una larga dinastía de contrabandistas. ¿No crees que el abuelo Heale estaría orgulloso de nosotros?

Lady Weston le miró con la boca abierta.

—Maldito desagradecido... Mi padre se pasó toda su vida intentando superar la reputación de mi abuelo, esforzándose para que la familia fuera admitida en sociedad. Y lo consiguió. No pienso escuchar ni una palabra más.

—¿Qué te pasa, mamá? —preguntó Julian—. ¿Temes que papá se entere de tus negocios con tu amigo el señor Teague?

Los ojos de lady Weston brillaron de rabia.

—El señor Teague no es mi amigo, Julian. Lo sabes perfectamente. Solo somos socios, nada más.

—¿Socios? —repitió sir Giles, sin poder dar crédito a sus palabras—. ¿Cómo puedes ser socia del señor Teague, un infame ladrón?

—Oh, puede que fuera un ladrón en su juventud, pero ahora es mucho más sofisticado —intervino Julian.

—¿Teague, sofisticado? ¿Desde cuándo?

—Ya no se limita a robar las mercancías de los barcos, padre. Ahora se ha convertido en un distribuidor a gran escala. Teague busca mercados rentables para ciertos objetos que en esta región no valdrían nada. Pero en Bristol o en Londres... No te imaginas lo que la gente está dispuesta a pagar por ellos.

—Sigo sin entender qué tiene que ver todo eso con nosotros.

—Me sorprende que no lo sepas, papá. Mamá es la protectora del señor Teague. Siempre que él encuentra algo especialmente valioso entre las mercancías del barco o las pertenencias del capitán, por ejemplo, joyas, un bonito reloj

o metales preciosos, mamá le presta su nombre. Si un hombre como Teague intentara vender esas mercancías por su cuenta, todo el mundo sospecharía que son robadas. Pero cuando mamá manda una carta firmada por lady Violet Weston, explicando las desafortunadas circunstancias que le obligan a vender ciertos recuerdos de su familia, a la vez que solicita absoluta discreción para evitar la vergüenza de su marido, el barón sir Giles... En fin, eso abre puertas que al señor Teague le estarían vedadas.

Sir Giles se quedó mirando a su esposa. La sorpresa había aflojado sus músculos faciales, haciéndole parecer mayor.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Cómo es posible que conozca tan poco a mi propia esposa?

Lady Weston apretó los dientes.

—Sí, es cierto, y tú eres tan culpable como yo. Si no fueras tan inútil, no me habría visto obligada a llegar a esto. ¿De dónde crees que procede el dinero que llevo transfiriendo a las arcas de la familia todo este tiempo?

El barón se quedó pensando.

—No lo sé. ¿De tu dote...? ¿De tu herencia familiar...?

—Ambas se agotaron hace tiempo, por culpa de tu pésima administración. Tengo que pensar en mis hijos. No quedaría nada si no fuera por el dinero que he aportado a esta casa. Deberías darme las gracias en vez de torturarme.

Sir Giles sacudió la cabeza lentamente.

—No, señora. No puedo darte las gracias por asociarte con un criminal. Ni por rebajar el nombre de la familia al nivel de Derrick Teague.

Julian sonrió.

—¿No te parece irónico, mamá? Tú, la dama elegante, desesperada por ascender en la escala social, por distanciarte de los crímenes de tu abuelo. ¿Y qué haces ahora? Sumergirte hasta el cuello en el fango que tanto desprecias.

Lady Weston se retorció las manos, avergonzada.

—Una madre hace lo que sea por el bien de sus hijos.

La mujer se volvió a su esposo con aire desafiante.

—Yo que tú me lo pensarías dos veces antes de emprender acciones legales contra el señor Teague o contra mí. Porque, si me hundo, tú te hundirás conmigo. Nadie creerá que una mujer ha podido amasar tal fortuna sin la

participación de su esposo.

Tenía razón. Y Henry no podía soportar la idea de que su padre fuera castigado injustamente.

Emma trató de asimilar aquella información. Sentía compasión por sir Giles, por Henry y por todos.

—Yo también me lo pensaría dos veces antes de amenazar a mi padre, señora —dijo Henry—. Tenga en cuenta que, esta tarde, su querido Julian casi me mata a mí y a la señorita Smallwood. Si alguien tiene derecho a emprender acciones legales es...

—No lo hizo a propósito —le interrumpió su madrastra.

—¿Ah, no? Pues el cuaderno manipulado y la nota falsa dicen todo lo contrario.

—Nadie te creerá. Me limitaré a decir que tienes celos de mis hijos.

De pronto, Rowan se levantó de su asiento.

—Entonces seré yo el que testifique contra Julian —dijo—. Estoy harto de protegerle. Primero las peleas en el colegio, luego las bromas a la señorita Smallwood —las cartas, el dibujo, la sangre falsa...—, y ahora esto.

—Pero Rowan... Julian es tu hermano —dijo lady Weston.

—Y Henry también, y Julian estuvo a punto de matarle. Y a la señorita Smallwood también, cuando lo único que ha hecho es ser amable con nosotros. Llevo demasiado tiempo defendiéndole.

—Yo también —dijo Lizzie.

—Oh, tú cállate, Lizzie —dijo lady Weston—. ¿O quieres que cuente a todo el mundo por qué estás aquí?

Lizzie empalideció.

—¿Qué quieres decir, madre? —preguntó Phillip—. Lizzie es tu ahijada, la hija de tu prima.

—¿De mi prima? Qué estupidez. Tengo un parentesco lejano con la desvergonzada de su madre, pero el señor Teague nunca ha sido primo mío. Desgraciadamente, ahora se ha convertido en mi dueño. Después de... trabajar juntos un tiempo, Teague se dio cuenta del poder que tenía sobre mí. Con su nueva fortuna, consiguió seducir a la madre de Lizzie. Pero ella le abandonó unos meses más tarde, dejándole a su hija. Teague me presionó para que

acogiera a Lizzie, para que le diera todos los lujos de una muchacha de buena familia. Me dijo que, si no lo hacía, acabaría delatándome. Os dije que era mi ahijada para explicar su presencia en esta casa.

Lizzie bajó la cabeza, avergonzada.

—¿Y qué importa que sea la hijastra del señor Teague? —exclamó Julian—. Yo lo sé y aun así la amo. Y no me gusta que le hables así, mamá. Estamos prometidos, y cuando seamos mayores vamos a casarnos.

Lady Weston arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Tú, casarte con Lizzie Henshaw? Ni lo sueñes.

Emma trató de asimilar aquella revelación. Julian era el *Weston más joven* con el que Lizzie se había prometido, y no Phillip, como había pensado al principio.

—No se preocupe, lady Weston —dijo Lizzie—. Ya no estoy enamorada de Julian. Hay otro Weston que ha conquistado mi corazón.

Lady Weston se volvió hacia ella, hecha una furia.

—¿Tu corazón? Dudo mucho que tengas uno, cazafortunas. ¿Crees que voy a permitir que mi hijo se case contigo, la hijastra de un ladrón? ¿Cómo te atreves a pensar una cosa así? Los Weston solo se casarán con muchachas de buena familia.

—Eso lo tienen que decidir ellos, no usted —insistió Lizzie.

Emma recordó las palabras de Lizzie en el jardín: *Me he enamorado perdidamente de... un Weston más mayor*. Cuando Emma le preguntó si ese hermano le correspondía, Lizzie contestó: *Creo que sí. Espero que sí*.

De modo que Lizzie no estaba enamorada de Henry, sino de Phillip. Pero aquello no le sirvió de consuelo. ¿Cómo había podido pensar que era Henry? Un hombre como él jamás se casaría con Lizzie Henshaw. Ni con ella tampoco.

Pasaron varios segundos, pero Phillip no dijo nada. ¿Habría malinterpretado Lizzie sus sentimientos? ¿O Phillip no se atrevía a declarar su amor delante de lady Weston?

*Esta situación es muy extraña, pensó. No pienso quedarme aquí para presenciarla.*

Emma tiró a su padre de la manga. John Smallwood se levantó y empezó a

hablar con una firmeza sorprendente:

—Deben disculparnos, pero todo esto son asuntos familiares y no queremos entrometernos. Teniendo en cuenta lo mucho que mi hija ha sufrido hoy, lo mejor será prepararnos para partir mañana mismo.

Su padre le ofreció el brazo y la ayudó a levantarse.

Sir Giles empezó a protestar, pero el señor Smallwood levantó una mano para interrumpirle.

—No, sir Giles. No pienso quedarme aquí para que sigan amenazando e insultando a mi hija. Si nos necesitan para declarar ante la justicia o dar testimonio por escrito, pueden contar con nosotros.

El barón se aclaró la garganta.

—Amigo mío, ¿me permite resolver este asunto a mi manera, sin tener que recurrir a la justicia? Puede quedarse tranquilo, Julian pagará por lo que ha hecho. Pero no quiero que la reputación de mis otros hijos se vea perjudicada por su culpa.

El señor Smallwood consideró su propuesta.

—Está bien —dijo al fin—. Puede contar con nuestra discreción. Mientras tanto, ¿le importaría llamar a un carruaje para que nos lleve al pueblo a primera hora de la mañana? Siempre que pueda garantizar la seguridad de mi hija hasta entonces. ¿O tal vez deberíamos marcharnos esta misma noche?

Emma estuvo de acuerdo en no acusar a Julian Weston, pero sabía que no lograría dormir hasta que estuviera bien lejos de aquella casa.

—Por supuesto —dijo sir Giles—. Le garantizo personalmente que Julian no causará más problemas. De hecho, pienso poner un vigilante en su puerta para que no se le ocurra salir de su habitación. Mañana decidiré lo que hago con él.

—Vamos, papá, te aseguro que no será necesario —protestó Julian. A continuación miró a lady Weston—. ¿Verdad, mamá?

Pero ella se limitó a sacudir la cabeza, sin mirarle a los ojos. Su ira había desaparecido, dando lugar a una amarga desilusión. Parecía diez años más vieja.

También Emma se sentía más vieja. Al ver que le temblaban las piernas, se apoyó en el brazo de su padre y salió de la sala.

Con una mezcla de alivio y desilusión, Emma se dio cuenta de que nadie se

oponía a su partida.

— —

Fue increíble la rapidez con la que guardaron varias semanas en la mansión Ebbington en sus baúles y maletas. Morva ayudó a Emma con sus vestidos y su ropa interior, mientras ella empaquetaba sus libros y su taza de té ribeteada en oro. El criado de Henry, Merryn, se encargó de ayudar a su padre, pues el sirviente que solía hacerlo estaba montando guardia en el dormitorio de Julian.

Donde más se demoraron fue en la sala de estudio: tuvieron que separar sus libros, cuadernos y mapas de aquellos que pertenecían a la familia.

Después de una noche sin incidentes, Emma se levantó temprano. Una mezcla de alivio y tristeza le revolvió el estómago. *Esta mañana dejo la mansión Ebbington para siempre*, se dijo.

Morva subió a la habitación y la ayudó a vestirse. A continuación, Emma se disculpó y le pidió que terminara de hacer el equipaje.

Después de avanzar por el pasillo, sorteó el lecho que habían colocado junto a la habitación de Julian. El criado que le vigilaba ya estaba despierto. Luego se dirigió al ala norte. Ya no sentía la emoción habitual, solo tristeza. No volvería a ver a Adam nunca más. Y, probablemente, a Henry tampoco.

Cuando llegó, llamó suavemente a la puerta.

—Pase.

Emma sintió un vuelco al corazón. Porque aquella no era la voz de Adam, sino la de Henry Weston.

¿Tan temprano? No se le había ocurrido que pudiera encontrarse con Henry. Además, no sabía si tendría el valor suficiente para hablar con él. Con el deseo de ahorrarse aquel encuentro tan incómodo, Emma se dio la vuelta.

Pero la puerta se abrió a su espalda.

—¿Emma...? Quiero decir... ¿señorita Smallwood?

Emma se volvió, forzando una sonrisa. Henry la miró con expresión expectante. ¿Pensaría que había venido a comprometerle? ¿A montar una escena?

—He venido... —titubeó—. He venido a despedirme de Adam. Pero si está ocupado...

—Por favor, pase. Adam desea verla. Llevo toda la mañana intentando que se haga a la idea de su partida.

Emma entró en la habitación con la cabeza gacha. No se sentía capaz de mirar a Henry a los ojos.

Adam estaba sentado al lado de la ventana, jugando con un soldadito. Cuando oyó las botas de Emma no se levantó ni hizo el menor gesto, pero la miró por el rabillo del ojo.

Emma se sentó enfrente de él. Encima de la mesa estaba su juego de ajedrez.

—Buenos días, Adam —dijo amablemente.

Él la miró un momento.

—Buenos días, Emma.

Emma hizo un esfuerzo para mostrarse alegre.

—Hoy me voy a mi casa.

—Ya lo sé. Henry me lo ha dicho. Pero yo no quiero que se vaya.

Emma advirtió que, aunque estaba jugando con el soldadito, Adam escondía algo en la otra mano.

—Hemos guardado el juego de ajedrez en su caja —dijo Adam—. Henry dice que debo darle las gracias por dejarme jugar con él.

Después de hablar, Adam tomó aire.

Emma sintió un nudo en el estómago.

—Muchas gracias, Adam —dijo. Luego le preguntó en voz baja—: ¿Qué guardas en esa mano?

Adam se quedó mirando su mano izquierda. Luego estiró los dedos lentamente, mostrando la reina blanca. El joven contempló la pieza largo rato. Luego se la tendió lentamente.

Emma escuchó que Henry decía a su espalda:

—No quería dejarla marchar.

Sus palabras le atravesaron el corazón. ¿Se refería solo a la pieza de ajedrez? ¿Se refería solo a Adam, o a sí mismo?

Emma tragó saliva.

—Quédatela, Adam. Ahora es tuya. El juego de ajedrez era un regalo. No he venido a llevármelo. Solo quería despedirme.

Adam asintió, aparentemente aliviado.

Emma se levantó y forzó una sonrisa.

—¿Te gustaría darme la mano antes de que me vaya?

Emma extendió la mano lentamente, temerosa de su reacción.

Por un momento, Adam se quedó contemplando su mano temblorosa. Luego soltó el soldadito y se la estrechó brevemente.

—Gracias, Adam –susurró Emma, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas. No quería llorar delante de él, y menos delante de Henry—. Adiós.

Adam se limitó a hacer un leve asentimiento.

Emma se volvió hacia la puerta, secándose un ojo desobediente.

Henry la siguió hasta el pasillo y cerró la puerta tras él.

—Señorita Smallwood –empezó a decir–, yo...

*No, por favor*, pensó Emma. No quería escuchar sus explicaciones ni sus excusas.

De modo que se apresuró a interrumpirle:

—No hace falta que diga nada, señor Weston.

Como no se atrevía a mirarle a la cara, Emma se concentró en el pañuelo que Henry llevaba atado en el cuello.

—Sé cómo se siente –dijo Henry—. Después de lo que ha pasado, entiendo que no quiera ver a nadie de mi familia nunca más. Pero espero que algún día pueda perdonarme.

—¿Perdonarle?

*¿Por qué?*, se preguntó Emma. ¿Por las palabras que había dicho, pensando que no viviría para cumplirlas? ¿O por los besos que le había dado, sin sospechar que podían atarle a una mujer con la que no tenía ninguna intención de casarse?

—¿Acaso fue usted el responsable de lo que ocurrió ayer? –se limitó a preguntar.

—No, directamente no. Pero me arrepiento de no haberlo previsto. Y de haberles contado a los mellizos las bromas que solía gastarle en Longstaple. Para empezar, nunca debí hacerlas. Creo que he sido un mal ejemplo para

ellos.

—Usted no es el responsable del comportamiento de sus hermanos.

—Aun así, me gustaría haberlo evitado de alguna forma.

Emma asintió.

—Bueno, ambos estamos sanos y salvos. Eso es lo único que importa.

—¿De veras? ¿Le parece que eso es lo único que le importa? A mí, no.

—Por favor, señor Weston. No piense más en ello. No quiero que diga o haga nada por simple compromiso.

—Pero Emma... señorita Smallwood. Todo lo que dije ayer...

Emma le interrumpió.

—Eso fue ayer, cuando ambos pensábamos que íbamos a morir. Es lógico que nos dejáramos llevar por las emociones. No tiene de qué preocuparse. No pienso tener en cuenta nada de lo que dijo. Y espero que usted haga lo mismo.

—Me duele mucho oírle decir eso.

—¿De veras? —preguntó Emma, tragando saliva—. ¿Qué parte exactamente? Henry vaciló.

—Todo lo que dije fue de corazón —susurró Henry, haciendo una mueca de dolor—. Aunque es cierto que ahora mismo debo... ocuparme de ciertas obligaciones familiares. Y no tendré libertad para atender los... asuntos que tratamos en la capilla. Sin embargo...

*Los asuntos que tratamos en la capilla...* Aquellas palabras entristecieron profundamente a Emma, que se obligó a sobreponerse y tomó aire.

—Señor Weston, vuelvo a repetirle que no tiene ninguna obligación hacia mí.

Henry abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla, como si se arrepintiera de lo que iba a decir.

—Hay algo que me gustaría recordarle —dijo al fin—: a pesar del mal que le ha hecho mi familia, no dé la espalda a Dios. Y menos ahora, que había empezado a rezar otra vez.

*No lo entiende, quiso decir Emma. Yo no doy la espalda a nada ni a nadie. Me gustaría aferrarme a cada una de sus palabras, a cada uno de sus besos y sus caricias. Si pudiera. Si usted me quisiera de verdad. Si no fuera a casarse con otra.* Si lady Weston no pensaba consentir que Julian se casara

con Lizzie, ¿qué diría si Henry pretendía casarse con la hija de un tutor?

Henry le apretó la mano.

—Por favor, dígame que no fue una emoción pasajera.

Emma sintió un nudo en la garganta. Luego tragó saliva, sacudió la cabeza y susurró:

—No.

— —

Sir Giles se empeñó en que viajaran a Longstaple en el carruaje de la familia. No quería que fueran en la posta, y menos después de lo que Emma había sufrido. Él mismo se aseguró de que su equipaje estuviera bien colocado y de que tuvieran suficiente comida para el viaje. Luego encargó al cochero y al mozo que cuidaran de ellos.

Cuando hubo terminado, se volvió para estrechar la mano del señor Smallwood.

—Lo siento, pero lady Weston está... indispuesta y no puede despedirle. Le manda sus mejores deseos.

Rowan se acercó a su tutor y volvió a disculparse por lo que había hecho.

—Obraste mal, muchacho —dijo el señor Smallwood—, pero al final salvaste la vida de mi hija. Todo lo demás está perdonado.

—Gracias, señor —dijo Rowan, estrechando su mano—. Siento mucho que tenga que marcharse. Es usted un gran profesor.

El hombre sonrió de satisfacción.

Lizzie se acercó a Emma con las manos entrelazadas en la espalda. Su actitud frívola había desaparecido.

—Lo siento, señorita Smallwood. De veras. Nunca sospeché que Julian podía llegar a ese extremo. Me alegro mucho de que se encuentre bien.

La muchacha parecía sinceramente arrepentida, y Emma quiso creerla. Deseaba que Lizzie llegara a ser una buena persona, especialmente si terminaba casándose con un miembro de la familia, a pesar de la oposición de lady Weston.

—Gracias —dijo Emma—. Por cierto, ¿dónde está Julian? Espero que no

siga encerrado en su habitación.

Lizzie negó con la cabeza.

—Peor. Está recluido en casa con su querida mamá.

—Bueno, adiós, Lizzie —dijo Emma, sintiendo un nudo en la garganta.

Cuando se volvía al carruaje, Phillip apareció delante de ella, pálido y triste.

—Lo siento mucho, Emma. Aún no termino de creer lo que ha pasado.

Emma asintió.

—Yo tampoco.

—Siento mucho cómo me he comportado con usted. Tal vez le hice creer que...

—En absoluto —le interrumpió Emma, consciente de la presencia de Lizzie, que observaba cada uno de sus movimientos.

Phillip insistió:

—Pero al menos debí defenderla como amigo.

—No se preocupe. Usted no sabía nada —Emma sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Esta tarde regreso a Oxford. A partir de ahora pienso hacer las cosas bien.

Emma forzó una leve sonrisa.

—Me alegro.

Phillip la ayudó a subir al carruaje. A continuación fue a despedirse del señor Smallwood.

Desde la ventana, Emma vio que Henry salía de la casa para estrechar la mano de su padre. Cuando el señor Smallwood se hubo sentado y el carruaje se puso en marcha, Henry la miró a los ojos. Luego levantó la mano y se despidió de ella en silencio.

# Capítulo 26

*La señorita Naylor hace saber a sus amigos y al resto del público que su internado de señoritas reabrirá el próximo 29 de julio...*

Anuncio publicado en  
el *Stamford Mercury* en 1819

DURANTE el viaje, Emma se dio cuenta de que su padre no dejaba de mirarla. Sabía que estaba preocupado por ella, que quería oírla hablar para asegurarse de que estaba bien. Pero, por primera vez en su vida, no tenía fuerzas para demostrárselo.

Con los ojos fijos en la ventana, sin apenas mirar el paisaje, Emma murmuró:

—Ha sido muy triste, ¿no te parece?

—Sí —respondió su padre.

Al ver que Emma no decía nada más, su padre prosiguió:

—Aunque no es la primera vez que vemos algo así, querida. Padres permisivos que malcrían a sus hijos, que llevan una vida egoísta e inmoral y luego se sorprenden de que sus hijos sigan su ejemplo.

Emma asintió vagamente. No estaba hablando de Julian Weston, aunque se alegró de que su padre hubiera malinterpretado sus palabras. No estaba completamente de acuerdo con él, aunque no se molestó en señalar que la misma educación había producido cuatro Weston muy diferentes, por no hablar de Adam.

Emma volvió a pensar en su teoría de los cuatro vientos. Al principio pensaba que Phillip era el dulce viento del Oeste, y probablemente tenía razón, aunque su lealtad hubiera flaqueado en varios momentos. Ahora sabía que Rowan tenía buenas intenciones, aunque a veces soplara con excesivo entusiasmo, como el viento del Sur. ¿Y quién era el viento del Oeste, con su carácter violento y su amor por las tormentas? Obviamente, Julian. Se había equivocado completamente al juzgar a Henry, que no era tan frío como había pensado. Además, ni siquiera conocía la existencia de Adam cuando elaboró su estúpida teoría.

Al final, el mito no tenía ninguna importancia. Lo que verdaderamente importaba era el carácter de las personas, lo que hacemos con las cualidades que Dios nos ha dado y la decisión de comportarnos bien a pesar de nuestras tendencias egoístas y nuestras debilidades.

¿Y ella? ¿Qué podría hacer ahora con la vida que Dios le había dado?

Aquella misma tarde llegaron a Longstaple, después de siete horas de viaje. Habían parado varias veces para cambiar los caballos, estirar las piernas y tomar algún refrigerio de la cesta que les había preparado la señora Prowse.

Su padre ordenó al cochero que los llevara directamente a casa de tía Jane. No podían presentarse en su casa de repente y pedir a sus inquilinas que se marcharan.

A Emma no le gustaba llegar sin previo aviso, pero no había tenido tiempo de mandar una carta.

Tía Jane los recibió con una mezcla de alegría y preocupación. ¿Se encontraban bien? ¿Con buena salud? ¿Había ocurrido algo malo?

Por supuesto que eran bienvenidos, insistió su tía. Emma dormiría con ella; su hermano ocuparía la habitación libre que había dejado una alumna.

Contenta de tener un lugar agradable donde quedarse, Emma emitió un suspiro de alivio y pidió al mozo y al cochero que colocaran el equipaje en el vestíbulo. Luego les dio las gracias, les ofreció una propina –que ambos rechazaron educadamente– y les recomendó una posada donde pasar la noche antes de emprender el camino de vuelta.

Cuando los dos se hubieron marchado, tía Jane los invitó a pasar al salón.

—Queridos, vamos a tomar el té. Pediré a Jenny que os traiga algo de comer.

—No hace falta, tía Jane —dijo Emma—. Hemos comido muy bien durante el viaje, aunque no me importaría tomar una taza de té.

Unos minutos más tarde, Jenny les llevó una bandeja con la tetera, las tazas y un plato de pastas. Todo en el viejo juego de té de su tía.

Emma echó un vistazo a las finas tazas de porcelana que descansaban en el aparador y sintió una profunda tristeza. Así que se levantó, les pidió que la disculparan un momento y fue en busca de su equipaje. Después de abrir su baúl, sacó la taza ribeteada de oro con su plato, quitó la tela que la envolvía, la llevó al salón y la colocó en la mesa con un gesto teatral.

—Ya puedes servirme el té —dijo Emma, echando un vistazo a la bandeja—. Y una pasta, por favor.

Su padre la miró con la boca abierta.

—Querida, no me digas que he vuelto a olvidar tu cumpleaños.

Emma sonrió.

—No, papá.

Su padre la miró, confundido; tía Jane arqueó las cejas hasta la línea del pelo. Al ver que Emma no ofrecía ninguna explicación, su padre se aclaró la garganta y preguntó a su hermana por las novedades del pueblo. Después tomaron el té y hablaron de los detalles del viaje: el estado de los caminos y las posadas, la comodidad del carruaje... Durante toda la conversación, Jane Smallwood observó a su sobrina con aire preocupado.

Como estaba muy cansada para deshacer el equipaje, Emma tomó prestado uno de los camisones de su tía. Tía Jane la ayudó a quitarse la ropa y le desató el corsé. Jane colgó su vestido en el armario mientras su sobrina se ponía el camisón y se metía en la cama.

Emma echó un vistazo a la mesilla y vio la carta del señor Farley junto al libro sobre máquinas de vapor.

—Veo que sigues conservando la carta, tía. Ahí está, acumulando polvo, igual que tu juego de té.

—Y tu taza. Hasta hoy —repuso su tía.

*Y nuestros corazones,* pensó Emma.

Tía Jane le dio un beso en la frente y fue a comprobar si sus alumnas se habían acostado.

Mientras la esperaba, Emma cogió la carta. Hacía tiempo que no la leía, aunque recordaba perfectamente su contenido: el señor Farley hablaba de la admiración que sentía hacia la inteligencia y la belleza de su tía y expresaba su deseo de conocerla mejor.

De pronto recordó el rostro de Henry Weston. Emma hizo un esfuerzo para borrarlo de su mente, pero fue en vano.

Unos minutos más tarde regresó tía Jane, interrumpiendo sus ensoñaciones. La mujer se desvistió y se sentó al borde de la cama para que Emma pudiera desatarle el corsé. Luego se puso el camisón y se metió en la cama. Las sábanas crujían con sus movimientos.

—¿Nunca le respondiste? —preguntó Emma.

Jane observó la carta que su sobrina sostenía en la mano.

—No, nunca.

—¿Por qué?

Tía Jane hizo una pausa y acarició la colcha.

—No lo sé. En aquel momento no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Tenía una escuela que atender. Además, las escuelas de señoritas suelen dirigirlas mujeres solteras.

—No siempre.

Jane suspiró.

—No lo sé, Emma. Simplemente no le escribí, y él tampoco. El tiempo pasó muy deprisa.

—Pero él te admiraba mucho.

Su tía se giró para mirarla.

—Sí, pero... ¿quién sabe cuánto duraría su admiración?

—¿Cómo puedes decir eso? Tú eres una mujer maravillosa.

Jane le guiñó un ojo.

—Me parece que no estás siendo muy imparcial, ¿no crees? —luego le arrebató la carta suavemente—. A veces ni siquiera la leo. Simplemente me dedico a mirarla. Me sirve para recordar que una vez tuve un admirador, aunque fuera por poco tiempo. Y de vez en cuando, cuando tengo un mal día o

las cuentan no cuadran... me pongo a pensar en lo que podría haber sido mi vida.

—Todavía estás a tiempo.

—No. Ese barco zarpó hace mucho, Emma —su tía colocó la carta en su sitio, se incorporó para apagar la vela y volvió a tumbarse—. Sin duda el señor Farley ha encontrado a una mujer más adecuada que yo para el papel de esposa.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—No lo sé, me lo imagino. Es lo que me digo para no llevarme una decepción en el caso de que llegara a enterarme.

—¿Y por qué no le escribes una carta y se lo preguntas?

—¿Para qué? ¿Para que la lea la señora Farley? ¿Para poner al señor Farley en un compromiso? No me parece una buena idea.

Jane se quedó pensando un momento. Luego preguntó:

—¿Piensas contarme alguna vez lo que ocurrió en Cornualles?

Emma le contó brevemente lo que había pasado: las bromas de Julian y el incidente de la capilla.

Su tía reaccionó con la sorpresa esperada. Luego le hizo un montón de preguntas, que Emma intentó contestar lo mejor que pudo. Cuando su tía terminó de preguntarle y quedó satisfecha, Emma estaba agotada.

Pero no le contó lo que había ocurrido entre Henry y ella. No estaba preparada para revelar las palabras y las caricias que habían compartido. Aquello era su secreto, su carta de amor para leer en las tardes de invierno.

Su tía se quedó callada largo rato. Emma pensó que se había dormido. Entonces, Jane se giró en la cama y le dio la espalda.

—Siempre me gustó Henry Weston —murmuró, después de bostezar—. Mucho más que su hermano Phillip.

¿Habría adivinado sus sentimientos? Ciertamente, su tía la conocía muy bien. Emma se limitó a decir:

—¿De veras?

—Sí.

No era la primera vez que le oía decir eso, pero le gustó oírlo otra vez. Porque a Emma también le gustaba Henry Weston. Aunque ya no pudiera hacer

nada al respecto.

— —

A la mañana siguiente, Emma se vistió con la ayuda de Jenny, la criada de su tía.

—¿Dónde está Jane? —preguntó, mientras la criada le abrochaba los botones del vestido.

—Está atareada en la cocina, señorita.

*¿En la cocina?*, pensó Emma, picada por la curiosidad.

—¿Y qué está haciendo?

La muchacha sonrió.

—Será mejor que baje y lo vea por sí misma.

Emma bajó las escaleras, pasó por el salón y bajó a la cocina por las escaleras de atrás. Encontró a su tía en el fregadero, remangada hasta los codos y con las manos sumergidas en agua y jabón. En la encimera había colocado las tazas, los platos y las bandejas de porcelana de su precioso juego de té.

Emma se echó a reír.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Yo también podría preguntarte lo mismo —sonrió Jane—. ¿Piensas ayudarme o no?

Emma se remangó el vestido y se puso manos a la obra.

Aquella tarde, Emma revisó la caja de libros que su tía le había guardado cuando se marchó a la mansión Ebbington. Entre ellos encontró un volumen sobre batallas militares que pensó enviarle a Adam.

Durante su inspección, descartó un montón de libros que ya no necesitaba. Luego les quitó el polvo, los guardó en una caja y le pidió a su padre que se los llevara al vicario, por si él conocía a algún niño que no tuviera libros. Su padre le dijo que el señor Lewis haría buen uso de ellos.

Satisfecha, Emma se dio la vuelta y se topó con su tía Jane, que la miraba con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—¿Se puede saber quién es usted, señorita, y dónde está mi sobrina, el

ratón de biblioteca que se marchó a Cornualles?

Emma sonrió y le acarició la cara con el plumero.

Pero su tía no estaba bromeando.

—Cuánto has cambiado, Emma —dijo, muy seria—. ¿Es porque pensabas que ibas a morir?

Emma se quedó pensando.

—En parte, sí. Pero no solo por eso.

—¿Ah, no?

—Eso me influyó, sin duda. Pero hubo algo más.

—¿El qué?

—Hubo dos cosas que me ayudaron a darme cuenta de lo mucho que deseaba *vivir* y no desperdiciar el tiempo. Una de ellas fue descubrir lo frágil que es la vida. Efectivamente, ese día pensé que iba a morir en la capilla, pero también podía haber muerto en el viaje de regreso a casa. Solo Dios sabe el tiempo que nos queda...

—¿Y la otra? —preguntó su tía.

Emma se quedó pensativa.

—La otra fue una larga mirada por una ventana que daba al oeste...

— —

Unos días después, Emma y su padre fueron a visitar a su inquilina, la hermana del vicario. Mientras tomaban el té en la salita, la señora Welborn les presentó a su hermana, la señorita Lewis, que ahora vivía con ella. Emma vio a su padre más nervioso de lo habitual. Tal vez le resultaba incómodo discutir asuntos económicos en presencia de una invitada. Pero finalmente su padre se aclaró la garganta y abordó educadamente la necesidad de recuperar su casa antes de tiempo.

La señora Welborn frunció el ceño y dijo que le resultaría muy difícil abandonar la casa en ese momento, pues estaba a punto de dar a luz y su hermana había venido desde muy lejos para asistirle en el parto.

Con el deseo de suavizar la negativa de su hermana, la señorita Lewis añadió:

—Pero lamentamos mucho causarles molestias.

Personalmente, Emma pensaba que era una crueldad poner fin al contrato si las inquilinas no podían abandonar la casa, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias, pero temió que su padre no estuviera de acuerdo. Sentada frente a la señora Welborn y la señorita Lewis, Emma aguardó nerviosa la negativa de su padre. Al ver que no decía nada, Emma levantó la cabeza y vio que su padre miraba embelesado a la señorita Lewis, la hermana soltera del vicario. El señor Smallwood sonrió con aire galante y dijo que las damas podían quedarse en su casa el tiempo que hiciera falta.

Emma se quedó tan sorprendida que estuvo a punto de derramar el té.

A ella no le importaba quedarse con su tía, o incluso ayudarla en su escuela, como siempre había soñado. Siempre le había parecido más fácil enseñar a las chicas que a los chicos. Aun así, echaba de menos tener presencias masculinas a su alrededor. Sobre todo, una en particular.

Su padre, sin embargo, se sentía incómodo en una casa llena de mujeres. Como no quería perjudicar el negocio de su hermana ocupando una habitación, preguntó al vicario si podía alojarse con él. El señor Lewis, que se sentía culpable porque sus hermanas hubieran ocupado la casa de los Smallwood, accedió enseguida.

Mientras Emma ayudaba a su padre a instalarse en su alojamiento temporal, el señor Lewis les contó que, durante su ausencia, había recibido la visita de un aristócrata de la zona. El hombre llevaba mucho tiempo deseando abrir una escuela de beneficencia en Longstaple, y preguntó al vicario si deseaba encargarse del proyecto y ser su director. El señor Lewis, que estaba muy ocupado en aquel momento, declinó su oferta. Pero ahora que el señor Smallwood había regresado y estaba libre de responsabilidades, el vicario le preguntó si quería ayudarlo a supervisar la construcción de la escuela y ser su director.

Sí, respondió su padre, sorprendiendo a Emma una vez más. Estaría encantado de dirigir aquella escuela.

Una tarde, Emma y su tía estaban sentadas en la salita. Las alumnas ya se habían ido a la cama. Jane estaba relejendo uno de los diarios de viajes que tanto le gustaban, mientras Emma miraba un libro de geografía. Pero en realidad estaba pensando más que leyendo. Finalmente, Emma se levantó, desdobló uno de los mapas del libro y lo extendió sobre el regazo de su tía.

Sorprendida, Jane miró primero el mapa y luego a su sobrina.

Emma se arrodilló junto a ella.

—Venga, tía Jane. Vamos a vivir nuestra propia aventura. ¿Por qué tenemos que quedarnos en casa leyendo los viajes de los demás? Nosotras también podemos hacerlo. Yo tengo un dinero ahorrado de la herencia de mi madre. Y tú tienes las vacaciones de verano.

Jane abrió la boca, pensó lo que iba a decir y volvió a cerrarla. Luego miró a Emma con ojos brillantes.

—Bueno, supongo que no hay nada de malo en explorar las posibilidades. De hecho, puede ser muy divertido. Podríamos hacer una lista con nuestros destinos favoritos y luego planear un itinerario.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesta a acompañarme? —preguntó Emma, entusiasmada.

Su tía sacudió la cabeza.

—Solo he dicho que lo pensaré. Nada más.

Emma sonrió. Estaba deseando empezar una nueva lista.

# Capítulo 27

Más vale aprender tarde que nunca.

Publio Siro,  
escritor latino del siglo I

**E**MMA y Jane pasaron tardes muy agradables bebiendo té, consultando mapas y planeando itinerarios.

Venecia estaba a la cabeza de sus destinos favoritos. Pero pronto se dieron cuenta de que tanto el coste como la duración del viaje estaban por encima de sus posibilidades. Solamente la travesía por mar les llevaría unas tres semanas, dependiendo del clima y los vientos.

De modo que decidieron investigar la posibilidad de navegar a Francia y viajar a Italia desde allí, pero descubrieron que aquella ruta era todavía más larga. Además, cruzar los Alpes era peligroso y muy caro.

Dos alumnas de su tía pensaban ausentarse todo el verano, pero el resto estaría fuera solo dos meses. Jane podía buscar a alguien que se ocupara de la escuela en su ausencia. Pero sería muy difícil encontrar a una mujer dispuesta y capaz para el puesto. Si Jane decidía marcharse finalmente, el viaje le llevaría unas seis semanas. Eso supondría que, al volver, solo tendría una tarde para organizar el siguiente trimestre. Y eso contando con que no hubiera ningún retraso.

¿Y cuánto les costaría un viaje de dos meses y medio...? Pues una suma que superaba con creces el presupuesto de las dos.

Jane se quitó las lentes, se frotó los ojos y suspiró.

—Tal vez deberíamos empezar por un sitio más cercano. Hay muchas zonas de Inglaterra que no conocemos. Podríamos vivir una aventura en nuestro propio país.

Por mucho que odiara admitir la derrota, Emma sabía que su tía tenía razón. De modo que tragó saliva y dijo:

—Tal vez podríamos recorrer el norte de la isla. Tardaríamos mucho menos y los gastos serían más asequibles. Derbyshire tiene fama de ser precioso.

Su tía sonrió, admirando su valor a pesar de las dificultades.

— —

Henry estaba sentado en su cama, revisando su caja de recuerdos una vez más. Naturalmente, la pieza de ajedrez había desaparecido. Ahora la tenía Adam, y el frasco de perfume, también. Henry se lo devolvió después de enseñárselo a Phillip. Esta vez centró su atención en el trozo de carta que había escrito su madre: *Sé valiente, hijo mío. Y recuerda que...*

Llevaba mucho tiempo pidiéndole a su padre el resto de la carta. Pero él se había negado a dársela una y otra vez. Tal vez ahora, que era un adulto, sir Giles le dejara leer lo que su madre había escrito antes de morir.

Henry bajó las escaleras y encontró a su padre donde solía estar a esa hora del día: en la biblioteca, leyendo el periódico y contestando la correspondencia. Él y su padre habían pasado mucho tiempo juntos desde que se fueron los Smallwood. Había tanto que hacer...: decidir qué harían con Julian, cortar para siempre los lazos con Derrick Teague, interrogar a Davies para conocer su participación en el asunto...

Cuando todo quedó aclarado, Henry decidió que el mayor pecado de Davies había sido su lealtad a Violet Weston, a la que llevaba sirviendo desde que era el mayordomo de su familia. Al darse cuenta de los problemas financieros de los Weston, Davies sugirió a su señora que aceptara la propuesta de Teague, es decir, que enviara cartas a su nombre para vender las mercancías y repartirse los beneficios. Davies había actuado como intermediario. Pero el mayordomo se arrepintió enseguida de su propuesta,

porque lo que había empezado como una medida pasajera acabó convirtiéndose en una trampa. Teague no dejaba de presionarles para continuar con el negocio.

Después de escuchar la explicación del mayordomo, Henry y su padre decidieron no despedirle. En vez de eso le ordenaron que se encargara de devolver poco a poco los objetos que había vendido.

Mientras tanto, sir Giles se encargó de decidir el futuro de Julian, pasó mucho tiempo con Rowan y escribió a Phillip para asegurarse de que terminaría el trimestre antes de volver a casa. Henry se alegró de que su padre tomara por fin las riendas de la familia. Eso le dio libertad para encargarse de la construcción de una torre de piedra en el lugar donde estaba la capilla.

Después de entrar en la biblioteca, Henry le enseñó a su padre el trozo de papel y le preguntó:

—¿Sigues conservando el resto de la carta?

Sir Giles cogió el papel y lo leyó por encima. Luego suspiró, abrió un cajón de su escritorio y sacó una caja muy parecida a la caja de recuerdos de Henry. Después de hurgar en su interior, cogió una carta con una esquina rasgada, leyó unas líneas para confirmar su contenido y miró a su hijo.

—Espero que no sigas enfadado conmigo. Habla de Adam, y, como tu madre y yo no queríamos hablarte de él ni revelarte su paradero, pensé que lo mejor sería no darte la carta entera. Aquellos días estaba de luto y aún no podía pensar con claridad.

*¿La carta entera?*, se preguntó Henry.

—¿Entonces no estaba dirigida a ti? —preguntó.

Después de negar con la cabeza, el barón le entregó la carta.

Henry se sentó en una silla y, conteniendo la respiración, empezó a leer:

*Querido Henry:*

*No puedes imaginar lo mucho que te quiero. Cuando veo tu cara, tan bonita e inteligente, mi corazón se llena de amor. Espero que no pierdas nunca tu inocencia. Porque yo siempre estaré contigo. Aunque sea en forma de recuerdo.*

*Por favor, cuida siempre de tu hermano pequeño. Lo va a necesitar. Sé que Phillip es muy pequeño y no podrá recordarme. Tal vez sea egoísta, pero pensarlo me parte el corazón.*

*Sin embargo, espero que tú me recuerdes siempre, Henry. Sé valiente, y recuerda que no debes sentirte culpable si mi recuerdo se va borrando con el tiempo. Así es la vida. No quiero que te aferres al pasado ni que llores demasiado mi ausencia (aunque un poco no estaría mal).*

*Me imagino que tu padre volverá a casarse dentro de un tiempo. Si es así, trata de querer a tu nueva madre. No la rechaces por mi culpa. Todos deseamos ser amados. Todos queremos que nos abracen de vez en cuando. Bueno, casi todos.*

*No sé qué decirte de tu hermano Adam. Es un niño tan diferente... No le gustan las muestras de afecto tanto como a nosotros. Aun así, yo le quiero mucho. ¿Cómo no iba a quererle? Espero que hayamos tomado una buena decisión sobre su futuro. Y, si no es así, que Dios me perdone. Espero que el señor y la señora Hobbes le cuiden como se merece.*

*Tengo muchas esperanzas puestas en ti, hijo mío. No me importa si te conviertes en un inventor famoso o en un político de renombre. Solo quiero que poseas lo realmente importante. Lo que proporciona la dicha eterna, no la alegría pasajera que depende de las circunstancias. Espero que conserves tu fe en Dios y en la vida eterna. Porque deseo que algún día nos encontremos en el Cielo. ¡Pero que sea dentro de muchos, muchísimos años!*

*Y, cuando alcances la madurez, espero que encuentres una buena esposa. No una mujer superficial, que solamente sea bonita por fuera. Porque la belleza desaparece con el tiempo o, en mi caso, con la enfermedad, como compruebo cada vez que me miro en el espejo. Aunque tu padre sigue encontrándome bonita, y con eso me basta.*

*Haz que tu vida merezca la pena, Henry David Weston. Para que, cuando eches la vista atrás, sepas que has sido un buen padre, un buen esposo y un buen cristiano.*

*Te quiere,*

*Mamá*

Henry sintió que las lágrimas le corrían por las mejillas. El pecho le quemaba con una mezcla de tristeza y alegría. Cuánto la había echado de menos. Aunque era una alegría recibir su carta justo ahora.

—Gracias, padre —dijo con voz ronca.

Sir Giles lo miró por encima de sus lentes.

—¿Entonces no estás enfadado conmigo?

Henry sacudió la cabeza.

—No. Te estoy muy agradecido.

— —

Al día siguiente, Henry observó a su padre desde la ventana del vestíbulo. Sir Giles iba a acompañar a Julian a conocer el barco donde trabajaría a las órdenes de un capitán amigo suyo. Su hermanastro estaría embarcado por lo menos dos años. Todos esperaban que el capitán, que se había ganado el respeto y la obediencia de muchos marineros a lo largo de los años, lograra inculcar en Julian un poco de disciplina.

Personalmente, Henry pensaba que solo Dios conseguiría operar una transformación semejante. Puede que le hubiera venido bien asumir la pena impuesta por la justicia. Pero sir Giles decidió darle una segunda oportunidad. Así dejaría de meterse en problemas por un tiempo.

Lady Weston observaba la escena desde la ventada de al lado, llorando. Al sentirse observada, la mujer se limpió las lágrimas. Henry se acordó de Emma Smallwood, siempre decidida a ocultar sus emociones.

—Sé lo difícil que es esto para usted —dijo Henry suavemente—. Siempre ha estado muy unida a Julian.

Lady Weston retorció el pañuelo que tenía entre las manos. Henry se dio cuenta de que estaba esperando a que dijera algo más, como «*se lo merecía*» o «*¿qué esperaba?*». Algún comentario crítico o malintencionado.

Pero, al ver que Henry no decía nada más, su madrastra hizo un leve asentimiento.

Henry recordó las palabras de su madre: «*Me imagino que tu padre volverá a casarse dentro de un tiempo. Si es así, trata de querer a tu nueva*

*madre. No la rechaces por mi culpa. Todos deseamos ser amados...».*

De modo que tragó saliva y dijo:

—Lo siento mucho... madre.

Lady Weston dejó de retorcer su pañuelo. Henry contuvo la respiración, y ella también. ¿Se burlaría de él por usar ese término, después de tantos años negándose a hacerlo? No se merecía menos.

La mujer le miró tímidamente, como si temiera que Henry estuviera burlándose de ella. Las lágrimas surcaban sus mejillas empolvadas.

Lady Weston volvió a asentir levemente. Luego susurró, tan suave que apenas pudo oírla:

—Gracias, hijo mío.

— —

Tres semanas después de regresar, Emma y su padre recibieron una carta desde Cornualles. Emma reconoció al momento la letra de Rowan Weston. O al menos esperaba que fuera de Rowan, y no una broma de su hermano Julian. La joven llevó la carta a la vicaría para enseñársela a su padre.

Una vez que su padre la hubo leído, dijo:

—Menos mal que Rowan ha decidido estudiar con un maestro de dibujo. Si se le hubiera ocurrido venir a la Academia Smallwood, se habría encontrado con la señora Welborn, su hermana y un montón de críos.

Emma estuvo de acuerdo. A continuación leyó la carta:

*Queridos señor y señorita Smallwood:*

*Espero que los dos se encuentren bien y gocen de buena salud. Quisiera disculparme una vez más por mis travesuras durante su estancia en la mansión Ebbington. Y por mi participación en el episodio de la capilla, aunque fuera inconsciente. Nunca me cansaré de pedirles disculpas y de rezar para que me perdonen.*

*Me gustaría anunciarles que voy a abandonar la mansión Ebbington para estudiar con un maestro de dibujo. Fue Henry quien convenció a mi padre para que me ofreciera esta oportunidad. De lo contrario, me*

*habría gustado estudiar con ustedes en su academia, aunque sé que es algo presuntuoso por mi parte pensar que me habrían admitido.*

*Julian se ha embarcado a las órdenes de un viejo capitán amigo de papá. Todos esperamos que la disciplina a bordo mejore su carácter. Echaré de menos a mi hermano, no voy a negarlo. Aunque al mismo tiempo me siento libre, como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Mamá dice que he crecido un palmo, aunque sin duda exagera, como todas las madres.*

*Lizzie también se ha marchado. Mamá y Henry la acompañaron a Falmouth para que se reuniera con su madre. Aunque nunca estará dispuesta a reconocerlo, sé que mamá le ha cogido mucho cariño y la echará de menos, a pesar de su relación con el señor Teague.*

*Mamá está deseando que mejoren las cosas para nuestra familia. Sigue soñando con que alguno de sus hijos se case con la señorita Penberthy. Pero, después de lo que ha pasado, me temo que sus esperanzas serán en vano.*

*La península parece tan vacía, tan desnuda sin la capilla... Al parecer, Henry y yo no somos los únicos que lamentamos su pérdida. El juez del pueblo ha decidido comprar dos de mis cuadros, que representan la Capilla de la Roca cuando aún seguía en pie. «Es una manera de preservar nuestra historia local», dijo.*

*Lo cierto es que no me vienen mal nuevos fondos para financiar mis estudios artísticos.*

*Aún no termino de creer que la capilla se derrumbara en aquella tormenta, minutos antes de que usted, señorita Smallwood, y Henry consiguieran escapar de ella. A pesar de todos los errores que he cometido, me alegro de haber acudido en su ayuda.*

*Les deseo mucha suerte a los dos.*

*Afectuosamente,*

*Rowan Weston*

Emma se alegró de la buena suerte de Rowan. Ya no sentía ningún rencor hacia él. Tampoco hacia su hermano, Julian. De hecho, le entristecía enterarse

de su destino. Según había leído, la vida a bordo podía resultar muy dura. Y tremendamente peligrosa.

También se preguntó si Henry o Phillip terminarían casándose con la señorita Penberthy, especialmente ahora que Lizzie había abandonado Ebford. Podía imaginarse a cualquiera de los dos casado con ella, mucho más que con Lizzie. ¿Y Phillip? ¿Habría renunciado a Lizzie, o seguiría enamorado de ella? ¿Y qué pensaría la propia Lizzie?

Le habría gustado saber más cosas sobre el resto de los miembros de la familia: Phillip, sir Giles, Adam y, por supuesto, Henry. Aun así, se alegró de que Rowan les hubiera escrito. Aunque aquella no fuera la carta que ella esperaba.

# Capítulo 28

Caballero y serio y formal de Cornualles desea  
contraer matrimonio con una mujer agradable.  
Cualquier dama que quiera conocer a un  
compañero sociable, tierno y educado,  
encontrará este anuncio de su interés.

Anuncio publicado en el *West Briton* en 1828

UN bonito día de julio Emma salió a dar un paseo, una nueva costumbre que había adquirido desde que abandonó Cornualles. Primero se detuvo en la vicaría para visitar a su padre. Se sorprendió de encontrar allí a la señorita Lewis, que estaba tomándose un respiro de los hijos de su hermana. ¿Habría ido a visitar a su casero?, se preguntó Emma. Le alegraba ver el brillo en los ojos de su padre, algo que no veía desde hacía mucho tiempo.

Al cabo de un rato regresó a casa de su tía y entró en el antiguo cuarto del mayordomo, que ahora servía de despacho. Allí encontró a su tía, leyendo la correspondencia. Al verla, Jane se sobresaltó y escondió las cartas detrás de la espalda.

Emma sintió una mezcla de temor y curiosidad. ¿Habría recibido noticias sobre el futuro matrimonio de Henry? ¿Por eso no quería enseñarle la carta?

—¿Qué ocurre, tía? ¿Has recibido malas noticias?

—No, querida. Todo lo contrario.

—¿De veras?

Impulsivamente, Jane le entregó la carta. Emma la miró y vio que estaba

dirigida a la *señorita Jane Smallwood*. No pudo identificar la letra, aunque le resultaba vagamente familiar. Después de mirar a su tía, que asintió para mostrar su consentimiento, Emma la desdobló. Empezaba con un *Querida señorita Smallwood*, y estaba firmada por el *señor Delbert Farley*.

Solo tuvo que leer la primera línea para darse cuenta de que la carta no era asunto suyo.

Querida señorita Smallwood:

*No se imagina cuánto me alegra haber recibido su carta después de tanto tiempo.*

Emma observó el rostro de su tía.

—¿Entonces le escribiste? —preguntó, muy sorprendida.

—Sí. Mi sobrina no pensaba dejarme descansar hasta que lo hiciera. Y mi conciencia, tampoco.

Ambas mujeres intercambiaron una sonrisa, nacida de los secretos compartidos y los sueños por cumplir.

Emma se acercó a su tía y le apretó la mano. Entonces se dio cuenta de que su otra mano seguía escondida detrás de la espalda.

Jane la miró con un brillo en los ojos, pero se negó a enseñarle lo que ocultaba.

—Me parece que ya has curioseado bastante por hoy, Emma Smallwood.

— —

Emma siguió planificando su itinerario por Derbyshire, incluyendo las localidades de Matlock, Chatsworth, Dovedale y Peak. Pero no tardó en darse cuenta de que ni siquiera ese viaje sería posible, porque, unos días más tarde, el señor Delbert Farley vino a hacerles una visita.

Emma le conoció cuando salía a dar un paseo con su tía por los alrededores. Se trataba de un hombre elegante de unos cuarenta y cinco años, con una encantadora sonrisa y una mirada inteligente.

Aquella noche, mientras comprobaba que todas las alumnas se hubieran acostado, Emma le oyó despedirse de su tía en el piso de abajo.

—¿Podré volver a visitarla, señorita Smallwood? —preguntó el señor Farley.

—Me encantaría —dijo su tía sin dudar—. Y, por favor, llámeme Jane.

— —

El señor Farley regresó a la semana siguiente. Él y su tía pasaron la tarde juntos, y, por la noche, invitaron a Emma y a su padre a cenar. Mientras comían, el señor Farley les habló de su vida en Bodmin y de los avances tecnológicos que quería incorporar a sus minas de caolín. Luego preguntó al señor Smallwood por su futura escuela de beneficencia y habló de libros con Emma. Era un hombre muy instruido.

No había más que ver las sonrisas de tía Jane para saber lo mucho que le gustaba el señor Farley. Y, aunque no quería hacer juicios precipitados, Emma tuvo que reconocer que a ella también. No podía pensar en un compañero más adecuado para su tía.

Después de cenar, Jane y Emma se retiraron para que los hombres pudieran conocerse mejor.

Jane llevó a su sobrina a su despacho.

—Emma, me gustaría que tú fueras la primera en saberlo —susurró—. El señor Farley me ha pedido matrimonio.

—¡Tía Jane! —exclamó Emma, tomando sus manos—. ¡Cuánto me alegro! ¿Has aceptado?

—Sí. Pero me temo que nuestro viaje a Derbyshire tendrá que...

—Por supuesto que podemos aplazarlo —se apresuró a decir Emma—. Me imagino que tú y el señor Farley querréis iros de luna de miel.

—Pero será un viaje muy corto. El señor Farley no puede desatender sus negocios.

—Entiendo. ¡Oh tía, cuánto me alegro por ti!

Jane la miró con preocupación.

—¿No estás decepcionada conmigo?

—¡En absoluto! —protestó Emma—. Me alegro de verte feliz.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

Emma apretó las manos de su tía. Se alegraba tanto por ella... De verdad. Aunque, inexplicablemente, sentía unas ganas terribles de echarse a llorar.

— —

Unos días después, Emma salió a dar un paseo a su hora habitual. Siguiendo su costumbre, primero se detuvo en la vicaría para visitar a su padre. Se alegró de verle ilusionado con la señorita Lewis y con su futura escuela.

Emma estaba considerando unos planes parecidos. Su tía le había propuesto dirigir su escuela cuando ella se casara con el señor Farley y se instalara en Bodmin. Pero Jane quería que se tomara un tiempo para pensarlo. Lo último que deseaba era que su sobrina tomara una decisión precipitada. Primero debía averiguar qué quería realmente. La idea de un futuro estable debería haberla hecho feliz. Y Emma se sentía feliz, aunque no del todo.

En el camino de vuelta, se detuvo en la posada para contemplar el cartel con los destinos de la posta y los horarios de salida: *Penzance, Exeter, Bristol, Bath...*

Emma suspiró. ¿Conseguiría viajar a alguno de esos lugares?

—¡Señorita Smallwood! —gritó una voz a lo lejos.

Emma se dio la vuelta y observó la figura que se acercaba. Pestañeó, pero la aparición seguía ahí. De hecho, se acercaba cada vez más.

Henry Weston, increíblemente apuesto con su abrigo verde, sus pantalones de montar y sus botas, cabalgaba al galope hacia ella.

Antes de llegar, se detuvo a un metro de distancia. El aire trajo su inconfundible aroma a sándalo.

Henry se inclinó sobre el caballo para hacer una pequeña reverencia.

—Señorita Smallwood, cuánto me alegro de verla.

—Señor Weston... —dijo Emma, inclinando la cabeza—. No esperaba verle por aquí.

—Normal. Parece asustada. Espero que se alegre de verme.

—Por supuesto. ¿Qué le trae a Longstaple?

Henry la miró directamente a los ojos.

—He venido a verla a usted.

Emma sintió un vuelco al corazón, pero se dijo que no debía hacerse ilusiones. Recordaba perfectamente lo que Henry le había dicho antes de abandonar la mansión Ebbington: *Ahora mismo debo ocuparme de ciertas obligaciones familiares. Y no tendré libertad para atender los... asuntos que tratamos en la capilla.*

¿Habría venido a contarle que se había prometido con la señorita Penberthy? ¿Debía alegrarse por él y desearle buena suerte? Emma sintió un nudo en el estómago. Tendría que hacer un gran esfuerzo para conseguirlo.

Henry la contempló desde su caballo. Emma le miró entre sus pestañas, con una mezcla de miedo y esperanza.

Finalmente alcanzó a decir:

—¿Cómo se encuentra su familia?

—Bien —repuso Henry—. Aunque realmente no sé nada de Julian. Mi padre le obligó a embarcarse con un capitán amigo suyo. Aún no hemos recibido noticias de él.

—Rowan nos escribió para contárnoslo —dijo Emma—. ¿Cómo se lo ha tomado lady Weston?

—Ha sufrido mucho. Aunque esto ha servido para mejorar su relación con los demás: con mi padre, con Rowan, con Adam y hasta conmigo. Así que al menos ha sacado algo bueno.

Henry esperó a que pasara una ruidosa carreta antes de añadir:

—Lady Weston dice que se alegra de haberse librado de las exigencias del señor Teague. Al parecer, llevaba mucho tiempo intentando romper su relación con él, pero Teague no dejaba de amenazarla con revelar sus secretos.

—¿Y no han recibido más amenazas del señor Teague?

Henry sacudió la cabeza.

—De momento, no. Está muy ocupado intentando evitar al nuevo jefe de aduanas.

—¿Y cómo se encuentra Adam? —preguntó Emma.

—Muy bien, gracias. La señora Prowse se encarga de cuidarle. Y papá juega al ajedrez con él todas las tardes.

—¿De veras? ¡Cuánto me alegro!

Henry añadió:

—Adam siempre gana.

Ambos intercambiaron una sonrisa.

—Lady Weston se ha aficionado a oírle tocar el piano. Creo que la música la consuela de la ausencia de Julian.

Emma asintió, imaginándose la escena.

Henry respiró profundamente.

—Todo esto ha servido para mejorar el ánimo de mi padre. Ha decidido recuperar su papel de cabeza de familia con renovado entusiasmo. Piensa supervisar la educación de mis hermanos mientras esté a tiempo. También me ha liberado de mis responsabilidades en la propiedad, al menos por ahora.

—Me alegro mucho, Hen... señor Weston —dijo Emma con una tímida sonrisa.

Henry echó un vistazo al cartel de la posada y se cruzó de brazos.

—¿Y usted, señorita Smallwood? ¿Qué planes tiene para el futuro? ¿Piensa viajar a algún sitio?

—No. Bueno, mi tía y yo habíamos planeado hacer un viaje. Pero ella se acaba de prometer, de modo que...

Henry la miró a los ojos.

—Qué lástima. Me refiero a su viaje, no al compromiso. Su tía me contó sus planes en una de sus cartas.

Emma le miró con la boca abierta.

—¿En una de sus cartas?

—Hemos intercambiado unas cuantas, sí.

Sin poder dar crédito a sus palabras, Emma preguntó:

—¿Usted y... tía Jane?

—Sí. Siempre le he tenido mucho aprecio.

—Y ella a usted... —murmuró Emma. Luego hizo una pausa, perdida en sus pensamientos. Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que Henry la miraba con expectación—. Oh, disculpe mis modales, señor Weston. ¿Le apetece venir

a casa de mi tía? Estará encantada de verle.

—En realidad acabo de venir de allí. Su tía me sugirió dónde podría encontrarla.

—¿De veras? Oh —Emma enrojeció—. Bueno, ¿le apetece tomar el té con nosotras?

—Será un placer.

Los dos emprendieron el camino a casa de su tía, Emma a pie y Henry a caballo.

—¿Y cómo está Phillip? —preguntó Emma.

—Terminó el trimestre con buenas notas y ahora ha vuelto a casa para pasar el verano.

—Cuánto me alegra saberlo.

—A nosotros también. Estamos muy orgullosos de él.

—¿Y Lizzie? —preguntó Emma tímidamente—. Rowan decía en su carta que se había marchado a Falmouth.

—Así es. Lady Weston y yo la acompañamos hasta allí para que se reuniera con su madre. Lizzie no quería volver con Teague —repuso Henry, sacudiendo la cabeza—. Desgraciadamente, su madre no parecía muy contenta de verla.

—Cuánto lo siento.

Henry prosiguió:

—Cuando supo que Phillip iba a volver a casa para pasar el verano, lady Weston se apresuró a librarse de Lizzie. Quería poner fin a lo que ella considera una relación desigual. Sigue creyendo que Phillip se casará con la señorita Penberthy, pero ya veremos.

—¿Y Phillip? ¿No está desilusionado? —preguntó Emma.

Henry se quedó pensando un momento.

—Yo creo que no. Cuando las sórdidas conexiones de Lizzie salieron a la luz, por no mencionar su participación en los planes de Julian, creo que mi hermano perdió el interés por ella.

—¿Y Lizzie?

Henry se encogió de hombros.

—Tal vez esté siendo cruel, pero creo que se sintió aliviada de poder

macharse sin asumir las consecuencias y con un guardarropa bien surtido.

Emma sonrió al escuchar aquel comentario. Sabía que era cierto, al menos en parte. ¿Estaba Lizzie realmente enamorada de Phillip, o solo lo veía como un pasaporte para una vida mejor? Emma pensó que ambas cosas a la vez.

Cuando llegaron a casa les abrió la puerta Jenny, la criada. Mientras desataba su sombrero, Emma le pidió que informara a su tía de su regreso y que preparara el té para tres personas. Luego condujo a Henry al despacho de su tía.

En el interior de la estrecha estancia, Emma volvió a sorprenderse de la altura de Henry, de la anchura de sus hombros y de su masculinidad. Cuánto le había echado de menos. Ambos se contemplaron un momento. Emma fue la primera en apartar la vista. Durante unos segundos, los dos quedaron sumidos en un incómodo silencio.

Afortunadamente, Jenny llegó al poco tiempo con la bandeja del té. En ella había colocado la taza de Emma y dos tazas del juego de su tía.

—Gracias, Jenny. Puedes retirarte.

Cuando la criada hubo salido del despacho, Emma preguntó:

—¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias.

Menos mal que Henry había declinado su oferta. A Emma le temblaban tanto las manos que no estaba segura de poder servirle.

—¿No quiere sentarse? —ofreció, señalando la silla de invitados.

—No, gracias —repitió Henry—. Prefiero quedarme de pie.

Henry se fijó en la taza de Emma. Con mucho cuidado, se agachó y la levantó del plato. Luego contempló un buen rato la góndola veneciana pintada a mano.

—Recuerdo esta taza. También recuerdo que usted nos tenía prohibido tocarla. No quiero pensar en lo que habría pasado si hubiéramos llegado a romperla.

—Eso fue hace mucho tiempo, señor Weston.

Emma hizo un esfuerzo para cambiar de tema.

—¿Y qué piensa hacer con su recién estrenada libertad? —preguntó—. ¿Seguir los vientos del oeste? ¿Embarcarse en un viaje por el mundo?

Henry sonrió.

—Me gustaría viajar. Pero no quiero hacerlo solo.

Emma tragó saliva.

—¿Ah, no?

Henry sacó un papel del bolsillo y lo desdobló.

—Este el itinerario que he planeado —dijo—. ¿Qué le parece?

Emma aceptó el papel. Cuando contempló la lista, llena de destinos italianos —ciudades, iglesias, ruinas y *palazzos*—, frunció el ceño. Luego se volvió al escritorio de su tía, abrió un cuaderno y comparó el papel con su propio itinerario. A excepción de la letra, las listas eran idénticas.

Henry se acercó a ella.

—Me gustaría viajar con mi esposa —dijo—, pero en este momento no está... disponible.

Emma se ruborizó.

—¿De veras? ¿Y por qué?

Henry esbozó una sonrisa.

—Porque todavía no ha aceptado casarse conmigo —dijo, tomando sus manos.

Emma contempló sus manos entrelazadas con incredulidad.

—No lo entiendo.

Henry se acercó una de sus manos a la boca y la besó.

—Le pedí a su tía una copia de la lista y ella accedió a enviármela. Espero que no le importe.

¿Cómo podía importarle si apenas podía respirar?

—Pero... mi tía no me ha dicho nada.

—Era un secreto entre nosotros.

Emma respiró profundamente. El corazón le latía a toda velocidad.

—Pero... lady Weston nunca lo consentirá.

Henry la miró a los ojos.

—La amo, Emma Smallwood —dijo—. Y me casaré con usted, diga lo que diga lady Weston. Pero estoy seguro de que mi madrastra acabará aceptándolo. Su orgullo ha sufrido un terrible revés. Emma, después de todo lo que ha pasado, entiendo que no quiera llevar mi apellido. Pero espero que acepte.

Emma estudió sus ojos para comprobar si era sincero.

—¿Quiere casarse conmigo, Emma Smallwood? —preguntó Henry, estrechando sus manos—. ¿Quiere ser mi esposa y hacerme el hombre más feliz del mundo?

Emma no terminaba de entenderle.

—Pero... usted me dejó marchar. Pensé que...

—Fui yo el que pensé que no quería saber nada de mí. Y con razón, teniendo en cuenta todo lo que había sufrido

—Henry tomó aire y prosiguió—: Pero, aun sabiendo que podía rechazarme, decidí intentarlo. Escribí a su tía para tantear el terreno. Ella me contestó, diciendo que aún había esperanza entre nosotros. Eso me dio valor. Pero habría venido a verla igualmente. Con valor o sin él.

Emma sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Henry Weston sin valor? Eso es inconcebible.

—Es evidente que no sabe el poder que tiene sobre mí.

—¿Poder? —preguntó Emma, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué poder?

—El poder de hacerme feliz o desgraciado el resto de mi vida.

Emma esbozó una ligera sonrisa.

—Creo que haré ambas cosas.

Henry la estrechó entre sus brazos.

—Espero que me haga más feliz que desgraciado.

Emma levantó los brazos y rodeó su rostro con ambas manos.

—Pondré todo mi empeño en conseguirlo. De hecho, pienso incluirlo en mi lista.

Henry sonrió.

—Espero que su lista incluya besarme de vez en cuando, Emma Smallwood.

—Por supuesto —dijo ella, poniéndose de puntillas—. Ese es el punto número uno.

Emma presionó su boca contra la suya. Luego se apartó ligeramente, le miró a los ojos y le gustó la intensidad que vio en ellos.

Henry se acercó a ella y le devolvió el beso con tal pasión que la dejó sin aliento y con las rodillas temblorosas. Menos mal que la tenía bien agarrada

para que no pudiera caerse.

Luego empezó a besarle la frente y las mejillas.

—¿Es eso un sí, Emma?

—Sabe perfectamente que sí.

Henry la subió en brazos y empezó a darle vueltas por el pequeño despacho, golpeando sin querer su taza y un jarrón de cristal.

Rápidamente, el joven la dejó en el suelo y se apresuró a recoger la taza. Pero el jarrón terminó haciéndose añicos contra el suelo.

Emma se tapó la boca con las manos.

—Por poco —dijo Henry, dejando la taza en su sitio—. Esto habría arruinado mis posibilidades, ¿verdad?

Emma contempló el jarrón roto y se imaginó su taza en fragmentos verdes y dorados. Pero, en lugar de entristecerse, sintió una inmensa alegría.

—Me habría casado con usted igualmente —dijo—. Aunque la hubiera roto.

Henry tomó la taza una vez más y la contempló.

—¿Sabe una cosa? Esta taza necesita una compañera. Cuando vayamos a Venecia en nuestra luna de miel, le compraré una igual.

Emma sonrió.

—Prefiero el otro regalo de bodas que me prometió.

Henry frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Una vez me dijo que, si algún día llegaba a casarme, bailarían la danza del sable en mi banquete de bodas.

Henry sonrió.

—Esperaba que lo hubiera olvidado —el joven dejó la taza en la bandeja y se acercó a ella—. ¿Recuerda qué pensaba llevar puesto ese día?

Emma sintió que le ardían las mejillas.

—Será mejor que deje esa actuación para nuestra noche de bodas, ¿no le parece? —bromeó Henry, con los ojos brillantes.

Emma se ruborizó de nuevo.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y su tía asomó la cabeza.

—Me había parecido oír un ruido. ¿Va todo bien? —preguntó.

Jane contempló el jarrón roto, luego a Henry y finalmente a su sobrina. Por

un momento los tres se quedaron en silencio, mirándose con una sonrisa.

—Por lo que veo, mejor que bien —dijo Jane, mostrando sus hoyuelos. La mujer cerró la puerta lentamente y los dejó solos.

Emma besó a su prometido una vez más.

Le alegraba seguir conservando su taza, pero no habría cambiado a Henry por nada en el mundo.

# Nota de la autora

**G**RACIAS por leer *La hija del tutor*. Espero que te haya gustado. Me gustaría aprovechar esta nota para aclarar algunos aspectos históricos del libro.

Para todos los que no entiendan la actitud de la familia Weston hacia Adam, me gustaría explicar el caso que me sirvió de inspiración para crear este personaje. Uno de los hermanos de Jane Austen vivió toda su vida al cuidado de un familiar en una aldea cercana. Me enteré de este dato cuando visité el Centro Jane Austen en Bath, Inglaterra. El guía del museo nos contó que el joven George Austen fue enviado a vivir con un familiar debido a una discapacidad física o mental. (Algunos sugieren que padecía epilepsia, y que además era sordomudo). No hay indicios de que George volviera a visitar a su familia y Jane no lo menciona en ninguna de sus cartas. No obstante, los Austen se encargaron de pagar su manutención y el padre de Jane escribió sobre él: «Tenemos el consuelo de que nunca será un niño travieso o malvado». Algunos autores han criticado a la familia Austen y otros la han defendido, recordando que, teniendo en cuenta la época, los Austen se comportaron humanamente y asumieron la responsabilidad con respecto a George, que vivió feliz hasta los setenta y dos años, mucho más que la propia Jane. Yo tiendo a estar de acuerdo.

Me gustaría aclarar también que el señor (Henry) Trengrouse, el inventor que aparece en el libro, es un personaje real de Helston, Cornualles. Después de presenciar la muerte de cientos de personas por culpa de los naufragios, Trengrouse dedicó toda su vida a diseñar máquinas de salvamento, como el cohete que dispara cuerdas salvavidas para los barcos en peligro.

Otro personaje real es el jefe de policía John Bray.

Como suele pasar, muchas veces la realidad supera la ficción. Aunque

resulte inverosímil que Henry Weston logre rescatar a los marineros a caballo, debo decir que escribí esa escena basándome en una experiencia del propio Bray, tal como aparece contada en su libro *Naufragios en la costa norte de Cornualles, 1750-1830*. Para escribir sobre los naufragios, los contrabandistas y la ley referente a ese tema confié plenamente en ese pequeño volumen, que no fue publicado hasta después de la muerte del autor.

John Bray vivió toda su vida en la zona de Bude, Cornualles, que me sirvió de inspiración para crear el pueblo en el que se sitúa la novela. Mi marido y yo tuvimos el placer de visitar Bude durante nuestro segundo viaje a Inglaterra. Pasamos por allí por casualidad, mientras visitábamos Devon y Cornualles. Desde la ventana de nuestro hotel, situado al norte del puerto, o *haven*, como dicen allí, se veía una enorme mansión de piedra rojiza situada en lo alto del acantilado. Inmediatamente pensé: «Me encantaría ambientar un libro en este lugar».

Cuando preguntamos a un habitante del pueblo por la casa, nos dijo que se llamaba «la casa Efford», y que fue construida por la misma familia que antiguamente poseía una mansión más antigua en la misma zona, la mansión Ebbington. Para describir la mansión de los Weston me basé en una combinación de ambas casas.

Durante nuestra estancia en Bude, a mi marido y a mí nos encantaba subir al acantilado para disfrutar de las vistas. En la punta del cabo se alza una torre octogonal que inspiró mi Capilla de la Roca. En realidad es un antiguo puesto de vigilancia construido en 1840, conocido como «el Punto Cardinal». Desde allí puede contemplarse el rompeolas que se extiende por encima del puerto. (Según los documentos eclesiásticos, antiguamente había allí una capilla, donde un monje mantenía encendido el fuego para prevenir a los barcos contra las rocas. Desgraciadamente, la capilla fue arrastrada por el agua hace siglos).

Resulta muy emocionante contemplar el mar infinito desde las estrechas ventanas de la torre. Si alguna vez tienes la oportunidad de visitar Cornualles, te recomiendo que vayas a verla. Mientras tanto, puedes contemplar algunas fotos de este bello lugar en mi página web: ([www.julieklassen.com](http://www.julieklassen.com)).

Antes de despedirme, me gustaría dar las gracias a mi marido, que condujo valientemente por las estrechas carreteras de la costa para que yo pudiera

contemplar el sureste de Inglaterra. Gracias, cariño.

Gracias a Cari Weber y a Raela Schoenherr por sus ideas y sus útiles comentarios. Gracias a Connie Mattison, profesora de educación especial, por revisar las escenas de Adam, y a Mark Sackett por informarme de las variedades florales en los jardines de Cornualles. Me gustaría dar las gracias también a mi pastor, Ken Lewis, a mi agente, Wendy Lawtor, y a mi editora, Karen Schurrer. Y, como siempre, a mis queridos lectores.

**Julie Klassen** ama todo lo que tiene que ver con Jane, sobre todo *Jane Eyre* y Jane Austen. Después de licenciarse en la Universidad de Illinois, Julie trabajó dieciséis años en el mundo editorial. Ahora se dedica exclusivamente a escribir. Tres de sus novelas, *The silent governess* (2010), *The girl in the gatehouse* (2011) y *The maid of Fairbourne Hall* (2012), ganaron el Premio Christy de Romance Histórico. Julie y su marido tienen dos hijos y viven en Saint Paul, Minnesota.

Si deseas más información, puedes visitar su página web ([www.julieklassen.com](http://www.julieklassen.com)).